

100

17
CIC

CAZARO PAVIA

ERNANDEZ MORA

JOYAS

LITERARIAS

SAFO

PQ7297

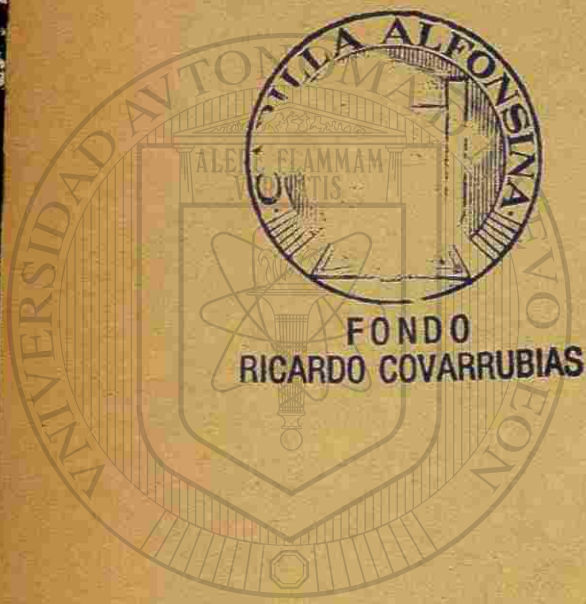
.P267

J6

F. C.



1020028309



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

"BIBLIOTECA DEL HOGAR"

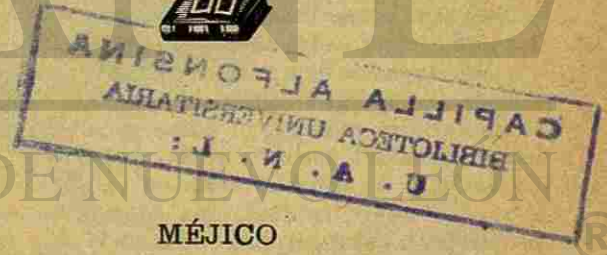
JOYAS LITERARIAS

EN PROSA

RICARDO COVARRUBIAS

LIBRO FORMADO CON ARTICULOS
DE LOS MAS RENOMBRADOS LITERATOS DE CASI TODOS LOS PAISES DEL MUNDO
ARREGLADO POR

LAZARO PAVIA



MÉJICO

IMPRENTA DE EDUARDO DUBLAN

CALLE JON de 57 NUM. 7.

1901

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO TEN"
Año. 1925

100000

34455

868
P

PQ 7297
P 267
56



FONDO
RICARDO COVARRUBIAS

Esta obra es propiedad del editor. Los derechos reservados.

CAPILLA ALFONSINA
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
U. A. N. L.

DIRECCIÓN GENERAL DE

INTROITO

El *álbum*, en el hogar, es como el aya cariñosa i buena para los niños, el amigo sincero del joven i del hombre, el viejo camarada del anciano; un *álbum* debe ser, en el sagrado de las afecciones, el íntimo guardador de la honra de la casa i nunca el violador de las virtudes de la familia, que ve en él, como en el más leal amigo, al depositario de los tesoros domésticos.

Ese libro, que de los salones pasa a las alcobas para matar el hastío, excitar los recuerdos i acopiar esperanzas, ha de llevar en sus páginas la pureza del sentimiento, el óleo de la creencia i la santificación de la idea: de esa ave del alma cuyas alas no deben tocar el fango de las pasiones viles; i así como el niño se duerme distraído por el aya que le refiere cuentos mágicos para que sueñe con palacios encantados i princesas cautivas, así como un buen amigo lleva al otro por el sendero de la vida, salvándole de las escabrosidades, i el viejo camarada del anciano pasea con él siempre, recordando la juventud, i con él discurre por los parques i avenidas a las horas del crepúsculo tedioso, olvidando las horas de oficina i hasta olvidando su propia ancianidad, así el volumen que va de mano en mano, ya sobre el atril lujoso o

humilde, ya en la mesa de trabajo del escritor i del poeta, ya en la aromosa falda de la gentil doncella, instruye i deleita, moraliza i unge el alma de consuelo.

¡Oh!, dichosos los libros buenos, los que no llevan el veneno en la tinta que impregnó la prensa, para dar forma al pensamiento corrompido i a la idea maléfica.

Dichosos, si, mil veces, los autores que han producido obras sanas para el hogar, i que pueden poner su nombre, sin mancilla, en la portada del libro que les inmortaliza.

Para el hogar laboramos, porque en él residen todos nuestros afectos, i no habrá móvil alguno que nos desvíe del sendero que se ha trazado nuestra pluma para la formación de los libros que forman la BIBLIOTECA DEL HOGAR, cuyas obras, ya de propia cosecha, ya de ajena, se hacen dignas de figurar en el santuario de la familia, en el que han sido bien aceptadas porque no llevan ningún germen nocivo.

«JOYAS LITERARIAS,» en prosa, es un volumen nuevo para esa BIBLIOTECA, no porque los artículos que contiene sean inéditos, sino porque las bellezas literarias que los forman tienen el brillo de la publicación en conjunto; esos artículos, que apenas han tenido la vida del periódico, esa existencia tan laboriosa como efímera, vienen hoy en nueva gestación intelectual, por decirlo así, a vivir por más tiempo en un libro, en el que las firmas de autores de nombradía i de fama relevan al editor de todo juicio que intentara hacer de las producciones contenidas en el volumen, i sólo le permiten fijar la atención del lector para que vea en esas firmas la personificación literaria del moderno arte i de la antigua riqueza intelectual.

«JOYAS» son, sin disputa alguna, «EL HADA AMOROSA,» de Emilio Zola; «A LAS PUERTAS DEL CIELO,» de Alfonso Daudet; «AMOR,» de Guy de Maupassant; «EL VESTIDO

BLANCO,» de Manuel Gutiérrez Nájera; «EL PRÍNCIPE ALACRÁN,» de Clemente Palma; «OH, MIS AZAHARES,» de la galana poetisa Luisa Godoy, i «MISA DEL ALBA» i todos los que sería prolijo enumerar, entre los que figuran, dicho sea sin herir a personalidades literarias mejicanas, eminentes escritores sud-americanos, que sin descanso trabajan en periódicos por la propagación i engrandecimiento del arte. Muchos de ellos, poetas como el nunca olvidado Manuel Gutiérrez Nájera, que hizo escuela, dejaron en sus producciones el ritmo i la cadencia, que si no las encadena el verso, esplenden en el párrafo elegante, campean en la frase que detalla i llevan al espíritu la nota i el arpegio, hasta formar una armonía grandiosa que eleva al sentimiento hasta la perfectibilidad moral. Los prosistas, los que en raudales de poesía sorprenden a la Naturaleza en todas sus manifestaciones i al corazón en todo su dominio, hermocean el ejemplo, dulcifican la máxima i enseñan, deleitando. El cuento, con sus ramificaciones en sus giros, lleva a la imaginación por senderos tan variados, que cuando se deja el artículo puede decirse que se sueña despierto con la narración.

Los autores de los cuentos son las ayas buenas.

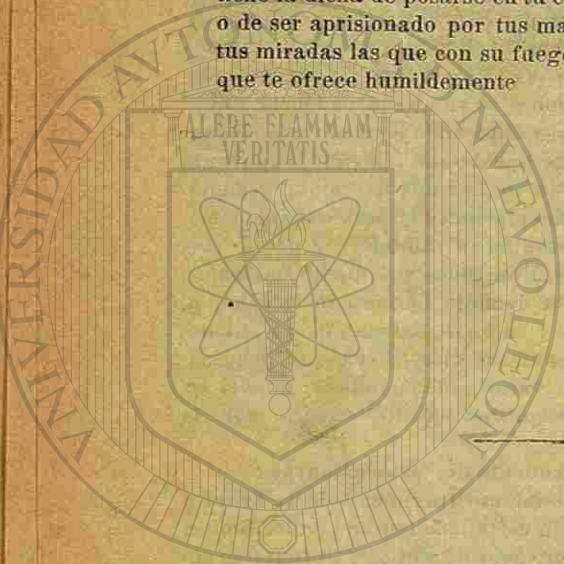
La leyenda tradicional, ese fragmento de la historia de un pueblo, la novela corta, condensada en los límites de un artículo, pero sin inverosimilitudes ni funestas enseñanzas con falsos romanticismos, son los amigos nobles de los jóvenes que sueñan i de los hombres que recuerdan i esperan, i los artículos pasionales que llevan la psicología del estudio i el fruto de la observación, son los viejos camaradas de los ancianos que han dejado muy lejos el recuerdo i que ya no tienen esperanza.

De todo ello hallará el lector en este libro, formado con escrupulosidad i honrada conciencia, sin que se haya destilado siquiera un átomo del tóxico de las malas

producciones que enferman el alma i acaban por matar sus afectos.

Vayan, pues, al hogar estas «JOYAS» i sean las maravillas de los sueños de los niños, los ensueños del joven i los consuelos del anciano; i si este libro, lectora mía, tiene la dicha de posarse en tu elegante falda perfumada o de ser aprisionado por tus manos aristocráticas, sean tus miradas las que con su fuego den vida a las páginas que te ofrece humildemente

LÁZARO PAVÍA.



EL HADA AMOROSA

¡YES, querida Ninon, cómo azota la lluvia de diciembre los cristales de nuestro cuarto? El viento se queja por los largos corredores, en esta horrible noche en que los pobres tiritan a las puertas de los ricos que tiemplan su frío al compás de los vales bajo dorados techos. Arroja lejos de ti esos zapatitos de raso, siéntate sobre mis rodillas al lado del templado hogar; quítate tus lujosos adornos i escucha un cuento que voi a contarte, un cuento de hadas.

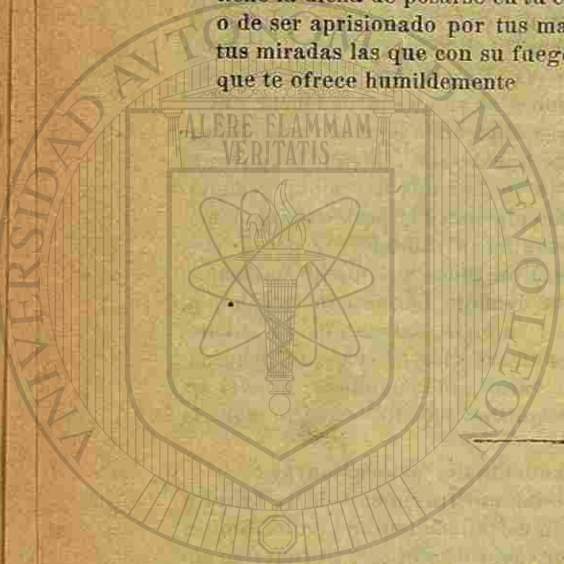
Ya sabrás, niña mía, que había en otros tiempos, sobre la cumbre de una montaña, un viejo castillo lúgubre i sombrío, rodeado de almenas, torreones i puentes levadizos cargados de cadenas. Unos hombres cubiertos de fuertes armaduras velaban noche i día sobre sus murallas, sin dejar acercarse a la fortaleza más que a los soldados i guerreros, únicos huéspedes admitidos por el Conde de Eguerrand, señor del territorio.

Si hubieras visto al viejo guerrero pasearse a lo largo de las galerías, i escuchado el timbre de su voz breve i amenazadora, hubieras temblado de terror como temblaba su sobrina Odetta, piadosa i linda señorita. ¿No has visto por las mañanas abrirse las capuchinas a los prime-

producciones que enferman el alma i acaban por matar sus afectos.

Vayan, pues, al hogar estas «JOYAS» i sean las maravillas de los sueños de los niños, los ensueños del joven i los consuelos del anciano; i si este libro, lectora mía, tiene la dicha de posarse en tu elegante falda perfumada o de ser aprisionado por tus manos aristocráticas, sean tus miradas las que con su fuego den vida a las páginas que te ofrece humildemente

LÁZARO PAVÍA.



EL HADA AMOROSA

¡YES, querida Ninon, cómo azota la lluvia de diciembre los cristales de nuestro cuarto? El viento se queja por los largos corredores, en esta horrible noche en que los pobres tiritan a las puertas de los ricos que tiemplan su frío al compás de los vales bajo dorados techos. Arroja lejos de ti esos zapatitos de raso, siéntate sobre mis rodillas al lado del templado hogar; quítate tus lujosos adornos i escucha un cuento que voi a contarte, un cuento de hadas.

Ya sabrás, niña mía, que había en otros tiempos, sobre la cumbre de una montaña, un viejo castillo lúgubre i sombrío, rodeado de almenas, torreones i puentes levadizos cargados de cadenas. Unos hombres cubiertos de fuertes armaduras velaban noche i día sobre sus murallas, sin dejar acercarse a la fortaleza más que a los soldados i guerreros, únicos huéspedes admitidos por el Conde de Eguerrand, señor del territorio.

Si hubieras visto al viejo guerrero pasearse a lo largo de las galerías, i escuchado el timbre de su voz breve i amenazadora, hubieras temblado de terror como temblaba su sobrina Odetta, piadosa i linda señorita. ¿No has visto por las mañanas abrirse las capuchinas a los prime-

ros besos del sol entre espinas i zarzas? Así crecía la joven entre aquellos hombres rudos. Cuando niña siempre suspendía sus juegos al divisar el fiero rostro de su tío, para echarse a llorar amargamente; entonces, que ya era joven hermosa, su seno se oprimía de un terror más intenso cada vez que aparecía el señor de Eguerrand.

Siempre permanecía encerrada en alejado torreón ocupada en bordar banderas, en elevar a Dios sus plegarias i en contemplar por la ancha ventana la campiña color de esmeralda i el cielo azul. ¡Cuántas noches se arrojaba de su lecho para entretenerse en la contemplación de las estrellas i preguntarles con fraternal cariño qué clase de sentimientos eran los que agitaban su corazón de diez i seis abriles! Después de aquellas noches sin sueño, después de aquellas ansias de amor, hubiera deseado poder oprimir en sus brazos al anciano señor; pero una frase seca, una mirada fría la detenían i volvía temblorosa a comenzar su tarea. Compadécela, Ninon, era como una flor fresca i perfumada que ve despreciado su embalsamado brillo.

Un día que la desolada Odetta seguía con la vista a una pareja de tórtolas que volaban, oyó al pie del castillo una voz dulce; se inclinó sobre el alféizar de la ventana i vió a un hermoso joven que con sentida canción pedía hospitalidad. Desde la altura no comprendía el sentido de sus frases; pero la dulce voz oprimió su corazón hasta el punto de hacer brotar lágrimas de sus ojos, las cuales rodando por su mejilla cayeron en una ramita de mejorana puesta en su pecho.

El castillo permaneció cerrado i un hombre de armas gritó desde los muros:

—Retiraos: sólo admitimos guerreros.

Odetta siguió mirando i tan absorta quedó, que dejó caer la ramita de mejorana, húmeda por sus lágrimas, a los pies del cantor, el cual levantó los ojos i al ver la rui-

bia cabeza cogió la rama, la besó i huyó con ella, volviendo de vez en cuando la cabeza.

No bien hubo desaparecido, prosternóse la niña en su reclinatorio i oró largo rato, dando gracias al cielo por la alegría que inundaba su alma sin causa conocida.

Aquella noche tuvo un hermoso sueño. Parecióle ver salir de entre las hojas de la mejorana una hada encantadora con alas de fuego, corona de miosotis i una larga túnica verde, color de esperanza.

—Odetta—dijo con armoniosa voz—soi el hada amorosa. Yo fui quien encaminé hacia aquí a Lois, el dulce cantor de esta mañana, para ver si consigo enjugar tus lágrimas. Voi por la tierra uniendo amantes corazones, i del mismo modo visito las chozas que los palacios señoriales; más de una vez junté el cayado al cetro real. Siembro de flores el camino de mis protegidos, los encadenó con hilos tan brillantes i preciosos que sus corazones se estremecen de placer. Habito en las yerbas del campo, en los calcinados troncos del hogar, en los cortinajes de nupciales lechos, ¡i por doquiera que poso mi planta nacen los besos i las tiernas caricias. No llores más, Odetta, soi Amorosa, el hada benéfica que viene a enjugar tu llanto.

I al terminar su discurso volvió a encerrarse en el cáliz de la flor, que se hizo capullo al plegar sus hojas.

No ignoras, Ninon mía, que existe el hada Amorosa; mirala revolotear por nuestro hogar i compadece a las pobres gentes que no creen en el hada benéfica.

Al despertarse Odetta, un rayo de sol iluminó su estancia, el canto de los pájaros llegó hasta ella, i el viento matutino al acariciar sus rubias trenzas parecía decirle: «espera.» Levantóse alegremente i pasó el día cantando, esperando lo que el hada le dijo, sin dejar de contemplar la campiña, sonriendo a los pajaritos, sintiendo desconocidos deseos no revelados hasta entonces.

Al llegar la noche descendió al salón del castillo donde, cerca del Conde Eguerrand, se hallaba un caballero escuchando los relatos del anciano. Cogió la rueca, sentóse ante el hogar, i el hueso de marfil giró rápidamente entre sus dedos. Cuando más absorta parecía hallarse en su labor, dirigió al caballero una mirada, i grande fué su asombro al reconocer en él a Lois, el cantor, mostrando en su mano la ramita de mejorana. Un grito de alegría quiso brotar de sus labios; pero consiguió ahogarlo en su garganta i ocultar su rubor inclinándose sobre la débil lumbre que en el hogar quedaba, con el pretexto de arreglarla con las pesadas tenazas de hierro. Chisporroteó la lumbre, cesaron las llamas, i de entre las escapadas chispas surgió Amorosa sonriente i apresurada. Sacudió de su traje verde las abrazadas partículas que corrían sobre la seda semejantes a culebrerías de oro; avanzó hasta la sala i fué a colocarse, invisible para el Conde, detrás de los enamorados jóvenes, murmurando en su oído mientras el viejo narraba un espantoso combate contra los infieles, estas palabras:

—Amaos, hijos míos. Dejad los recuerdos a la vejez austera; dejadla también los largos relatos contados al lado de los ardientes troncos. Que al resplandor de la llama no se mezcle más que el ruido de vuestros besos; ya tendreis tiempo de endulzar vuestras penas al recordar tan dulces horas. Cuando se ama a los veinte años, es inútil la voz; más dice una mirada que un largo discurso. Amaos, hijos míos, dejad hablar a la vejez.

Cubriólos tan bien con sus alas, que el Conde, explicando cómo el gigante Cabeza de hierro fué derribado por un terrible mandoble del caballero Giraldo de la fuerte espada, no vió a Lois depositar el primer beso sobre la frente de la temblorosa Odetta.

Las alas de mi hada Amorosa eran transparentes como el cristal i menudas como las de un mosquito; pero

cuando los dos amantes se hallaban en peligro de ser vistos, hacíanse tan oscuras, tan espesas, que encubrían las miradas ahogando el ruido de los besos. Así es que el guerrero continuó largo rato su prodigiosa relación, mientras Lois acariciaba a la bella rubia en las barbas del malvado señor feudal.

¡Qué hermosas alas, Dios mío! muchas jóvenes me han dicho que las encuentran por doquier i gracias a su protección pueden ocultarse a los ojos de sus guardianes. ¿Lo creés tu, Ninon?

Así que el Conde terminó su historia, el hada Amorosa desapareció entre las llamas i Lois se alejó dando gracias al caballero i enviando un último beso a Odetta. La joven durmió tan dichosa que aquella noche soñó con montañas de flores iluminadas por millares de astros, cada uno mil veces más brillante que el sol.

Bajó a la mañana siguiente al jardín, internándose por las más sombrías calles, i allí encontró a un guerrero que la saludó acercándose i oprimiendo en su mano una rama de mejorana bañada en lágrimas, por la cual reconoció otra vez al cantor de la voz dulce, disfrazado de distinto modo. La hizo sentar en un banco cubierto de césped, al lado de una fuente, i mientras se miraban ambos, ebrios de amor, las curruucas cantaban aspirando el ambiente que el hada benéfica esparcía a su alrededor. Excuso decirte las frases oídas por las discretas encinas, llenas de placer al contemplar tan largo tiempo unidos a los enamorados, tan largo tiempo, que una curruca de un árbol vecino tuvo tiempo de construirse mientras tanto el nido.

De repente los pesados pasos del Conde Eguerrand se dejaron oír en aquel sitio, haciendo temblar a la joven pareja; pero el agua de la fuente brotó más despacio, i saliendo Amorosa de la fresca corriente, rodeó a los amantes con sus alas i se deslizaron en un grupo por delante

del viejo, sumamente admirado de oír voces sin encontrar ningún ser humano.

—Meciendo a sus protegidos, les repetía en voz baja:

—Soy la que protege los amores, la que cierra los ojos i los oídos de las gentes que no aman.

No temáis, bellos amantes, amaos a la luz del día, en los bosques, al borde de las fuentes, por todas partes por donde vayais, me hallo yo velando por vosotros. Dios me ha enviado a la tierra para que los hombres ajenos a todo sentimiento elevado no turben jamás vuestras puras emociones; me ha dado estas alas diciendo: «Ve i que los jóvenes corazones se regocijen.» Amaos, yo os protejo.

I se alejó humedeciendo sus labios con rocío, su único alimento, arrastrando a Lois i a Odetta en una vertiginosa danza con las manos enlazadas.

¿Quieres saber lo que hizo de los dos amantes? En honor de la verdad, querida mía, no me atrevo a decírtelo. Tengo miedo de que no me creas, o de que, celosa de su fortuna, no me quieras devolver ya mis besos. Pero veo que he picado tu curiosidad i no tengo más remedio que darte gusto. Sabe que el hada anduvo así hasta la noche, hora en que al querer separar a los amantes los vió tan tristes, tan tristes por tener que alejarse, que condolidada de su dolor les habló al oído. Algo bueno les diría porque sus rostros resplandecieron i sus ojos expresaron un gozo inefable; terminó la diosa, consintieron ambos i tocó sus frentes con la varita mágica.

De repente... ¡Oh! ¡Ninon bella, cómo abres tus asombrados ojos! ¡Cómo golpearías el suelo con tu pequeño pie si no terminara el cuento!

De repente, Lois i Odetta se transformaron en ramas de mejorana, tan bella que sólo de las manos de un hada pudiera salir otra semejante. Los dos unidos mezcla-

ron sus hojas i cambiaron eternamente sus perfumes i su rocío.

El Conde Euguerrand se consoló de la pérdida de su sobrina contando todas las noches cómo el gigante Cabeza de hierro cayó por el terrible golpe recibido de manos de Giraldo de la fuerte espada.

I nosotros, Ninon, cuando recorramos el campo, juntos buscaremos las mejoranas, preguntándoles en qué flor se halla el Hada Amorosa. Tal vez se oculte en este cuento una moraleja; pero yo sólo te lo he contado, hija mía, para hacerte olvidar la lluvia de diciembre que azota los cristales e inspirarte en esta noche un poco más de amor para el pobre narrador del cuento.

EMILIO ZOLA.

A LAS PUERTAS DEL CIELO

JARJAILLE, mozo de cuerda de Saint-Rémy, ha dejado de existir i va a parar a la eternidad.

¡Rueda que rueda!

La eternidad es muy vasta, negra como la pez, profunda i desmesurada hasta causar pavor.

Jarjaille vaga en las tinieblas de la noche, castañeteando los dientes, tirando brazadas a ciegas.

Al fin, después de algún tiempo, distingue una lucecilla, lejos, muy lejos, i hacia allá se encamina.

Jarjaille llega a las puertas del cielo i llama presuroso.

—¡Pam!... ¡Pam!... ¡Pam!...

- ¿Quién va?—Grita San Pedro.
 —Soy yo.
 —¿Y tú quién eres?
 —Jarjaille.
 —¿Jarjaille de Saint-Rémy?
 —El mismo.
 —Pero galopin —dice San Pedro— ¿no te da vergüenza querer entrar al Paraíso!... ¡Tú, que en veinte años ni una sola vez has ido a misa!... ¡Tú, que comías carne el viernes que podías i el sábado que tenías!... ¡Tú, que por burla llamabas a los truenos el tambor de los caracoles, porque los caracoles salen durante las tormentas!... ¡Tú, que a las santas palabras de tu padre: «Jarjaille, Dios te castigará,» respondías las más de las veces:
 —¿Dios? ¿Quién le ha visto?... ¡Cuando uno se muere es porque está bien muerto!...
 —Tú que blasfemabas i renegabas de El, haciéndole temblar!... ¿Es posible que te presentes aquí, tú que estás dejado de la mano de Dios?
 El pobre Jarjaille respondió:
 —No digo lo contrario. Soy un pecador, un miserable pecador. Pero... ¿quién iba a sospechar que después de la muerte había aún tantos misterios? En fin, confieso que me he equivocado. Pero al menos, Santísimo Padre, dejadme ver un instante a mi tío para avisarle lo que pasa en Saint-Rémy.
 —¿Qué tío?
 —Mi tío Materi, que era penitente blanco.
 —¿Tu tío Materi? Está en el purgatorio por cien años.
 —¿Por cien años!... ¿Pues qué ha hecho?
 —Recordarás que llevaba la cruz en las procesiones... Un día, algunos de sus compañeros acordaron divertirse a su costa.
 I héte aquí que uno de ellos dice:

- «¡Mira a Materi, que lleva la cruz!»
 Luego prorrumpe otro:
 —«¡Mira a Materi, que lleva la cruz!»
 Finalmente, un tercero, señalándole con el dedo, exclama:
 —«¡Mira, mira a Materi qué lleva!»
 Materi, impaciente, replica:
 —«¿Lo que llevo?... ¿Qué llevo?... Si te llavara a ti, llevaría un aveztruz a cuestras.
 —Se le subió la sangre a la cabeza i murió en un arrebatado de cólera.
 —¡Pobre Materi!... Entonces dejadme ver a mi tía Dorotea, que era tan... devota.
 —Debe estar con el diablo, porque no la conozco.
 —¡Oh! No me sorprende que esté en los infiernos.
 —Jarjaille, no tengo tiempo de oírte porque voy a abrirle la puerta a un pobre barrendero, al que una mula, de una coz, acaba de enviar al Paraíso.
 —Oh, Santísimo Padre! Ya que habeis sido tan bueno para mí, i que el mirar no cuesta nada, dejadme ver vuestro Paraíso. ¡Dicen que es tan hermoso!
 —¡Pardiez!... Dificilillo me parece que deje entrar al Paraíso a un vil hugonote como tú...!
 —¡Vamos, señor! Considerad que mi padre, que es marinero del Ródano, lleva vuestro estandarte en las procesiones.
 —Bien, sea —dice el santo.— Por tu padre te lo concedo; pero ya sabes, buena pieza, en lo que has convenido. Introducirás solamente la punta de la nariz, lo indispensable para ver.
 —Nada más.
 Entonces, el celestial llavero entreabre la puerta i dice a Jarjaille:
 —¡Vamos, mira!...

Pero al mismo tiempo, Jarjaille, dando una vuelta entra reculando en el Paraíso.

—¿Qué haces?—le dice San Pedro.

—Me ha cegado tanta luz—responde el mozo de Saint-Rémy—i he tenido que entrar de espaldas. Pero estad tranquilo: cuando haya introducido la nariz, no iré más lejos.

—¡Ea!—piensa el aventurado—le he dado el pie i se toma la mano. ¡I el mui gandul se ha entrado en el Paraíso como Pedro por su casa!

—¡Oh—dice Jarjaille—qué bien estais aquí! Qué hermoso es esto! ¡Qué música!...

Después de un momento, el santo portero dice:

—Cuando hayas mirado lo bastante... supongo que te irás... porque no tengo tiempo de estar aquí papando moscas.

—Por mí no os molesteis—responde Jarjaille.—Si teneis algo que hacer, podeis marcharos. Yo saldré... cuando salga. No tengo prisa.

—¡Oiga! Pues no es eso lo que hablamos convenido.

—¡Por Dios, santo varón! No hay que exaltarse tanto por tan poco. Si teneis que salir de aquí, ya es otra cosa; haced lo que tengais que hacer sin cumplimiento alguno. En cuanto a mí no hai que preocuparse... Gracias a Dios, no es sitio el que aquí me falta.

—Lo que digo es que salgas al momento, porque, si como temo, llega a pasar Dios...

—¡Oh! Esa no es cuenta mía; si viene Dios, arreglaos como podais. Yo siempre he oído decir: «El que esté bien que se esté quieto.» Yo estoi bien aquí, i aquí me quedo.

San Pedro sacudía la cabeza i golpeaba el suelo con el pie.

Al fin se fué a buscar a Ibo.

—Ibo—le dijo—tú que eres abogado, es preciso que me des un consejo.

—No uno, te daré dos i cuantos consejos necesites—respondió San Ibo.

—¡No sabes la que me ha venido encima?... ¡Buena la hemos hecho! Me hallo en tal caso... me pasa esto... aquello... lo otro... i lo de más allá, i no sé lo que debo hacer.

—Es preciso—dijo San Ibo—buscar un buen procurador, i por medio de escribano hacer que Jarjaille comparezca ante Dios.

Buscaron un procurador; pero nadie ha visto un procurador en el Paraíso.

Buscaron un escribano; menos todavía.

San Pedro no sabía qué hacer ni a qué santo encomendarse.

En esto acertó pasar San Lucas.

—¿Qué tienes, Perico? ¿Por qué haces pucheros? ¿Acaso Nuestro Señor te ha calentado las orejas?

—¡Oh!—dice mi hombre.—Me ocurre un caso extraordinario i estoi entre la espada i la pared. Hai un galopin llamado Jarjaille, que ha entrado por sorpresa en el Paraíso i... aquí me tienes que no sé cómo echarle fuera.

—¿I de dónde es ese intruso?

—De Saint-Rémy.

—¿De Saint-Rémy?—dice San Lucas.—¡Ah, Dios mio, cuán bueno eres! Pues nada más sencilló que hacerle salir del Paraíso, como alma que lleva el diablo. Escucha. Yo soi, como sabes, amigo de los bueyes i patrón de los vaqueros; con este título corro por Arlés, Nimes, Beaucaire i Tarascón; conozco las costumbres de todo ese honrado pueblo i sé cómo es necesario tratarle...

—Mira, esas gentes se arrojarían al fuego por ver una corrida de toros... Aguardá un poco, yo me encargo de despachar a Jarjaille.

En aquel momento pasaba por allí, volando, un grupo de angelitos patudos.

—¡Muchachos!—gritó San Lucas.—¡Pts! ¡pts! ¡pts!

—Salid sin hacer ruido, del Paraíso, i, cuando esteis delante de la puerta, pasad corriendo i gritando como en Saint-Rémy:

—Los toros! Los toros!... Las banderillas!... Las picas!... Las banderillas!

Así lo hicieron los ángeles.

Salieron del Paraíso, i, ya delante de la puerta, se precipitaron gritando a voz en cuello:

—Los toros!... Los toros!... Oh! Eh! Oh! Eh!... Las picas!... Las banderillas!...

Apenas oye esto Jarjaille, Dios santo! se vuelve estupefacto i exclama:

—¡Rayos y truenos!... También aquí hai corridas de toros!... Pronto!... Vamos allá!...

I se lanza a la puerta como un loco i sale del Paraíso. ¡Infeliz!

San Pedro, que estaba en acecho, empuja rápidamente la puerta tras él, echa la barra, i, asomando en seguida la cara a la ventanilla:

—Vamos, Jarjaille—le dice riendo—¿cómo estás ahora?

—¡Bah!—replica el mancebo.—Si realmente me dieran una corrida de toros, no echaría de menos mi parte de Paraíso.

I diciendo esto se lanza de cabeza en la eternidad.

ALFONSO DAUDET.

AMOR

NACI con todos los instintos del hombre primitivo, moderados por los razonamientos i las emociones de la civilización. Así, pues, nada tiene de extraño la afición que siempre he tenido a la caza.

Hace ya muchos años que al comenzar el invierno fui llamado por mi primo Carlos de Ranville, para ir a matar patos a una de sus posesiones.

Llegué a casa de mi primo una noche en que hacía un frío que helaba hasta las piedras.

Durante la cena, en el vasto comedor del castillo, Carlos me dió cuenta detallada de los preparativos que había dispuesto para la partida de caza.

Debíamos salir a las tres i media de la madrugada, a fin de llegar a las cuatro i media, al punto designado para dar comienzo a nuestra tarea, en el cual se había construido una choza de nieve para abrigarnos contra el viento terrible que precede al día.

Mi primo se frotaba las manos de gusto i decía:

—No he visto en mi vida una nevada como ésta.

A las diez de la noche estábamos a doce grados bajo cero.

Me acosté después de haber cenado, i a las dos me despertaron precipitadamente. Me puse una piel de carnero i encontré a mi primo cubierto con una piel de oso.

Tomamos dos tazas de té hirviendo seguidas de dos copas de aguardiente, i nos pusimos en marcha, acompañados de dos excelentes perros.

Al salir al campo me sentí helado hasta los huesos. Era

una de aquellas noches en que la tierra parece que está muerta de frío.

Carlos i yo íbamos el uno al lado del otro, con la cabeza inclinada, las manos en los bolsillos i la escopeta bajo el brazo.

De pronto, al extremo de un sendero, divisé la choza de hielo que para nosotros había sido construída expresamente. Entré, i como todavía debíamos esperar cerca de una hora, me eché en un rincón con objeto de descansar un rato.

Pero el frío de las paredes me impresionó de tal modo, que me puse a toser, lo cual alarmó un tanto a mi primo Carlos, quien me dijo:

—No quiero que pilles un catarro i vamos a encender lumbre.

Acto continuo dió orden de que cortaran unas ramas i encendiesen una hoguera, no sin que hiciera antes un agujero en el techo para la salida del humo.

Cuando la roja llama ascendió a lo largo de las paredes de cristal, comenzaron éstas a fundirse poco a poco, como si aquellas piedras de hielo hubiesen sudado.

Carlos que había permanecido en el campo, me llamó i me dijo:

—Ven a ver esto.

Sali i me quedé estupefacto ante el espectáculo que presenciaban mis ojos.

Nuestra choza en forma de cono, ofrecía el aspecto de un monstruoso diamante con un corazón de fuego en el interior.

En aquel momento se oyó sobre nuestras cabezas un grito errante i desesperado. El resplandor del fuego había despertado a los pájaros silvestres.

Nada tan conmovedor como esos primeros clamores de vida que circulan por los aires, antes de que aparezca en el horizonte la claridad del día.

Carlos dijo de repente a uno de nuestros servidores: —Apagad el fuego; ya surge la aurora.

En medio de las sombras, estalló de pronto un vivo resplandor. Carlos acababa de disparar, i acto continuo los dos perros echaron a correr.

Desde aquel instante, mi primo i yo apuntábamos apenas veíamos de lejos una bandada de pájaros. I los perros nos traían presurosos las piezas muertas.

Había salido el sol, no nevaba i el día se presentaba espléndido i sereno. Íbamos a partir, cuando se deslizaron bruscamente por encima de nuestras cabezas dos pájaros con el cuello tendido i las alas desplegadas. Uno de ellos cayó a mis pies. Era un hermoso pato de plateado vientre i grandes proporciones.

A los pocos momentos se oyó en el espacio el grito estridente de una ave. Era un lamento triste i desgarrador, lanzado por un pájaro que daba vueltas en el espacio, encima de nosotros, contemplando a su compañera muerta, que tenía yo entre mis manos.

Carlos, con la escopeta en la mano, esperaba que el ave estuviese más cerca para disparar contra ella.

—Has matado a la hembra —le dije— i el macho no se moverá de ahí.

I, en efecto, no se iba, sino que daba vueltas alrededor nuestro.

Ningún sollozo me ha desgarrado jamás el corazón, como el llamamiento terrible de aquel pobre animal perdido en el espacio.

Emprendía a veces la fuga con la amenaza de la escopeta que seguía su vuelo, i parecía hallarse dispuesto a continuar solo su camino por el cielo. Pero no pudiendo resolverse, desistía de su propósito i volvía en busca de su compañera.

No tardó el ave en acercarse más i más, despreciando

BIBLIOTECA DE LA UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE ALFONSO URBANO
Aprdo. 1625

el peligro i estimulada únicamente por el amor hacia su hembra.

Carlos disparó, i vi una cosa negra que caía en tierra i que uno de los perros no tardó en presentarme.

Metí las dos aves en el mismo morral i a las pocas horas regresé a París.

GUY DE MAUPASSANT.

EL VESTIDO BLANCO

MAYO, ramillete de lilas húmedas que Primavera prende a su corpiño; mayo, el de los tibios, indecisos ensueños de la pubertad; mayo, clarín de plata, que tocas diana a los poetas perezosos; mayo, el que rebosa tantas flores como las barcas de Myssira: tus ojos claros se cierran en éxtasis voluptuosos i se escapa de tus labios el prometedor ¡hasta mañana!, cual mariposa azul de entre los pétalos de un lirio.

Hace poco salía de la capilla, tapizada toda de rosas blancas, i entreteníame en ver la vocinglera turba de las niñas que, con albos trajes, velos cándidos i botones de azahar en el tocado, habían ido a ofrecer ramos fragantes a María. Mayo i María son dos nombres que se hermanan, que suavizan la palabra; dos sonrisas que se reconocen i se aman. No sé qué hilo de la Virgen une a los dos. Uno es como el eco del otro. Mayo es el pomo i María es la esencia.

Las niñas ricas subían joviales a sus coches; las niñeras vestían de gala; santo orgullo expresaban en sus ojos,

aún llorosos, las mamás. Acababan de recibir la confirmación de la maternidad.

En uno de aquellos grupos distinguí a mi amigo Adrián; salí a su encuentro, besé a la chicuela, que todavía no sabe hablar sino con sus padres i con sus muñecas; sentí ese fresco calor de inocencia, de *edredón*, de brazos maternales, que esparcen las criaturas sanas, bellas i felices; i cuando la palomita de alas tímidas, cerradas, se fué con la mamá i el aya, ruborizada la niña i de veras, por la primera vez, Adrián i yo, incansables andariegos, nos alejamos de las calles henchidas de gente dominguera, para ir a la calzada que sombrean los árboles i que buscan los enamorados al caer la tarde i los amigos de la soledad al medio día.

Adrián es un místico; pero no es, en rigor, un creyente. Lámpara robada al santuario, su flámula oscila, rebelde al aire libre; mas el aceite que la alimenta es el mismo que la hacía brillar, a modo de pupila extática, cuando, ya dormida la oración, velaba ella en el templo. Todavía busca esa llama la mirada de las monjas que rezaban maitines en el coro bajo; todavía siente con deleite el frío del alba entrando por las ojivas; todavía la espanta el cuerpo negro de la lechuza, ansiosa de sorberla.

Como esa, hai muchas almas, en las que han quedado las creencias transfiguradas en espectros, que perturban el sueño con quejidos, sólo perceptibles para ellas, o en espíritus luminosos, pero mudos; almas tristes, como isla en medio del océano, que miran con envidia a la ola sumisa i a la ola resueltamente rebelde; almas cuyos ideales semejan estalactitas de una gruta oscura, bajo cuyas bóvedas muge el viento nocturno; almas que se ven vivir, cual si tuvieran siempre delante algún espejo i a ocasiones, medrosas, apocadas, o por alto sentido estético i moral, cierran los ojos para no mirarse; almas en cu-

yo hueco más hondo atisba siempre vigilante i duro juez; almas que no sintiéndose dueñas de sí mismas, sino esclavas de potencias superiores e ignotas, claman en la sombra: ¿en dónde está, cuál es mi amo?

Adrián, sujeto a todas las influencias, buenas i malas; pétalo en el remolino humano; susceptible de entusiasmos i desfallecimientos, tenía aquella mañana el espíritu en una nube de incienso. Había vuelto a la edad en que nadie le llamaba «papá» i él decía: «padre!» Pero como en él proyecta la alegría inseparable sombra de tristeza; como le acompaña siempre «el pobre niño vestido de negro que se asemeja como un hermano,» hablóme así de su reciente júbilo:

—Tú no sabes cuánta melancolía produce un vestido blanco, cuando ya se ha vivido mucho para sí o para los otros. Esta mañana, al ver junto a la camita de mi niña el traje inmaculado que iba a vestir para ofrecerle, por primera vez, hermosas flores a la Virgen; al tocar ese velo sutilísimo que parece deshacerse como la niebla, si queremos asirla, sentí la vanidad del padre cuya hija comienza a dar los primeros pasos, a balbucear las primeras oraciones, i que, ataviada con primor, feliz porque de nada carece i todo ignora, camina al templo, ya conscientemente i como blanca molécula integrante de la comunión cristiana. La besé con más besos dentro de cada uno que otras veces. Sonreí, reí al verla mirándose i admirándose en el espejo, como si preguntara: ¿esa soy yo? Me encantaba la torpeza natural con que soltó a andar en su recamarita, cuidando de que el roce no ajara su vestido i levantando éste con la mano para que no lo tocara ni la alfombra. Ya en el coche, la acomodamos en su asiento como a una princesa pequeñuela de cuento de hadas que va a casarse con el rei azul. Parecía una hostia viva, i es, en verdad, la hostia de mi alma.

En el templo, la ceremonia no es solemne, es tierna.

Solemne, la imposición de órdenes sacerdotales; solemne, la toma de hábito; solemne, el oficio de difuntos; solemne, la pompa del culto católico en los grandes días de la iglesia; tierna, vivida, pura, esta angélica procesión de almas intactas que llevan flores a la Virgen.

Los cirios se me figuraban cuerpecitos de niños que se fueron adelgazando, murieron i se salvaron; cuerpecitos cuya alma casta resplandece, en forma de llama fija, en las niñas blancas que van a poner las primeras hojas de su nido en el ara de María. La Madre de Dios parece como más madre rodeada por todas esas virginidades, ignorantes aún de que lo son; por todas esas inocencias que lo invocan. Las niñas sienten como que han crecido.

A la mía se la llevaron con las más pequeñas. Se la llevaron sin que ella resistiera. Se la llevaron... ¿sabes tú lo que esa frase significa? Antes i desde hace poco, sólo en casa andaba sola... en casa, esto es, en mis dominios. Desde aquel momento ya se iba con otras, sin echarnos de menos a la mamá i a mí; ya no nos pertenecía tanto como la vispera; ya no eran nuestras manos su apoyo único, ya su voluntad, acurrucada antes, entreabría las alas. Del coro infantil se alzó el canto balbuciente, parecido a una letanía de amor oída desde lejos. La vi a ella bajar con algún trabajo del banco i dirigirse paso a paso, todavía vacilante, con su ramo de flores, a las gradas del altar. Alzándome sobre las puntas de los pies, procuraba no perderla de vista, con miedo de que cayera, temeroso de que llorara; i no cayó, ni lloró, ni volvió la vista a vernos; la acariciaban, la sonreían, preguntabanla su nombre, i esas sonrisas oreaban mi espíritu, como hálitos de cariños desconocidos a los que nunca volverá a encontrar.

Se iba; pero se iba con la Virgen, con el ideal del amor, con el ideal del dolor vestido de esperanza. A ella, a Ma-

ría, si se la dejaba sin temores, porque estaba cierto de que iba a devolvérmela, i si no a mí, a la madre, porque madre fué ella. Algo como agua lustral caía de mi ser. Si, vuelca, hija, tu canastillo de botones blancos en las gradas del altar; dile a la Virgen que ponga, por vela, una ala de ángel en la barca de tu vida; pídele la pureza que es la santa ignorancia del placer doloroso.... mas, ¿qué vas a pedirla, si sabes nada más que pedir juguetes i la palabra vida no cristaliza todavía en tu entendimiento, ni, preguntona, ha salido de tus labios?

Después la ví volver. Los azahares temblaban en sus rizos rubios: parecía una novia. Llevaba de la mano a otra niña, más bajita de estatura: parecía una mamá.

Estas dos palabras: novia.... mamá.... dichas interiormente, despertaron en los ecos profundos de mi espíritu no sé qué rumores pavorosos. Hai otro vestido blanco, tal como éste de ofrecer flores, acaso más lujoso, más rico en nubes de encaje, traje de resonante i larga cauda. Hai otros azahares que no brincan de gusto en las móviles cabecitas de las niñas, sino que están quietos i rígidos en la cabellera de la desposada. Ese vestido aguardará en el canapé, cuando llegue una mañana triste del mañana.

Ahora, ese vestido blanco, esos azahares, yo se los di, son míos, porque ella es mía. Pero.... el otro, los otros, serán de alguien a quien no conozco, de alguien que vendrá, con más poder que yo, a arrancármela, porque la humanidad se perpetúa por ineludible lei de ingratitud. I entonces, esa barca no volverá a la orilla donde estoy, tras una breve travesía, en el lago quieto; se perderá en el alta mar de la vida, sin que pueda ampararla, sin que a nado, me sea posible darle alcance. ¿Cómo, en qué tono, brotará entonces de esos labios la palabra VIDA? En esa mar surge la bruma; allí lo desconocido humano dice en voz alta su recóndito secreto; allí sólo cuando el

dolor exasperado grita, el padre oye.... el pobre padre que desde lejos adivina i calla.

Cuando se siente esa angustia moral, vuélvese el espíritu a la Virgen, diciéndole: abre los ojos para que haya luz. Te lleva flores; como tú tienes tantas, guarda las que te ofrece, para ella. I yo no sé si porque la luz de los cirios inflama los ojos, se nos saltan algunas lágrimas que el calor o el orgullo varonil evaporan.

¿Verdad que el vestido blanco es sugestivo? Ser novia.... ser mamá.... pedir de veras a la Virgen.... saber lo que es la vida.... ¡ya el traje blanco se vistió de luto!

I hai otro traje blanco.... ¡ah, no, jamás.... no hai otro traje blanco!

Mi amigo, el místico a lo Verlaine i a lo Rod, había dado el último sorbo del ópalo verde que da el sueño i la muerte.

MANUEL GUTIÉRREZ NÁJERA.

EL PRINCIPE ALACRAN

MI hermano Feliciano no había vuelto aún a dormir, i resolví acostarme sin esperarle más. Con seguridad que el mui borracho se habria quedado roncando debajo de algún banco de la taberna, o en algún rincón de un garito o cantina. Ya me tenían desesperados sus vicios i pensaba arrojarle de mi casa al día siguiente,

porque era imposible que siguiéramos viviendo juntos, llevando él una vida tan desastrada i escandalosa. Continuamente salía su nombre en los diarios, en la sección de policía, i todos los meses tenía yo que ir dos o tres veces a sacarle de la conserjería, mediante una multa, que después Feliciano me reembolsaba de la renta que nos dejó nuestro padre, renta que satisfacía holgadamente nuestras necesidades.

Lo que más me irritaba, era que como teníamos la misma edad i el mismo rostro, continuamente se creía que era yo el escandaloso i el perdido. ¡Maldita la hora en que fuimos engendrados! Desventurada ocurrencia de la Fatalidad, de enviarnos a este mundo con pocos momentos de diferencia, i lo que es peor aún, con rostros tan semejantes. Sólo diferíamos en carácter i en gustos. Feliciano era borrachón alegre, expansivo, mujeriego, jugador i pendenciero; yo Macario, soy concentrado, triston, algo misántropo; no tengo el vicio de beber, pero en cambio tengo la manía de inyectarme morfina; soy poco predispuesto para el amor, o mejor dicho, para el amor como lo sentía mi hermano: el amor sano, vulgar; la sensualidad de Feliciano le llevaba a las mujeres rollizas, hermosotas i ardientes; a mí me enamoraban las mujeres delgadas, enfermas, nerviosas i malvadamente frías. . . . De allí las continuas disputas entre Feliciano i yo, disputas que concluían en mutuas burlas i hasta en mutuos insultos. Pero ¡ah! es imposible discutir con el borrachón de Feliciano: es intratable. I la verdad es que yo quiero mucho a este endiablado borracho. Pero ya era imposible vivir más tiempo con él, porque sus constantes escándalos me ponían en muy serios compromisos. Resolví, pues, despedirle en cuanto viniera; quizá así, el disgusto de vivir solo, sin su hermano Macario, le haría más discreto i juicioso.

Con estos pensamientos me quedé dormido, no sin ha-

berme hecho antes una inyección con mi fina jeringuilla Pravaz. Comenzaba a quedarme dormido cuando sentí un ligero ruido debajo de mi escritorio. No hice caso al principio. Bajo el escritorio tenía yo muchos libros a la rústica, que hacía mucho tiempo pensaba enviar a la encuadernación; estaban allí los autores más opuestos en gustos i épocas, en la más revuelta confusión: «Orestes» de Sófoeles i la «Vida de Cristina de Stohlemn,» escrita por un candoroso hagiógrafo; «El ingenioso hidalgo» y el «Kama-Sutra,» de Vatsyayana; el «Goetz de Berlichingen,» de Goethe, i «L'Animale,» de Rachilde; la «Disquisitione Magicarum,» de Martín del Río, i «Zo'ar,» de Catulle Mendès; la «Parerga,» de Shopenhauer, i la «Justina,» del marqués de Sade; «To solitude,» de Zimmermann, i otros libros más. El ruido comenzó a inquietarme; era como si un pequeño gnomo se entretuviera en saltar de un libro a otro, en rascar las cubiertas, tirar de las páginas i transportar las letras. Me imaginaba yo, guiado por mi enferma imaginación, que el caballero manchego se había empeñado en nueva i desaforada aventura con algún súcubo del libro teológico de del Río, o que la enamorada de «L'Animale» había seducido al vengador «Orestes» o al incestuoso La Roquebrussane de «Zo'ar.» Me cansé al fin de idear extravagancias: deseaba dormir, i los constantes saltos, roces, chirridos, desgarraduras i choques me despertaban apenas empezaba a hundirme en las deliciosas regiones del ensueño. . . . Me puse unas zapatillas, encendí luz i fui a buscar lo que producía esos ruidos; levanté un libro que recuerdo era «La Parerga,» i salió bajo él un enorme alacrán negro, erizado de pelos i armado de formidable púa en la extremidad de la cola. El animalejo huyó rápidamente, pero logré alcanzarle i le retuve de la cola; no sé por qué me pareció que el bicho levantó hacia mí los brazos en actitud de pedir perdón; tuve un momento

de lástima en el que pensé dejarle con vida, pero reflexioné que si lo hacía, esa alimaña continuaría mordiendo mis libros i haciendo el ruido insoportable que no me dejaba dormir. Era un hermoso ejemplar negro que tenía en el caparazón una especie de corona ducal del color del carei. . . . No hubo perdón i resolví matarle; por un refinamiento de crueldad le dejé en libertad, para que el bicho, creyéndose a salvo, huyera. . . . di un salto i le caí encima, aplastándole ruidosamente; quedó en el suelo un conjunto informe de diminutivas vísceras, pedazos de coraza i de tenazas flotando sobre líquidos turbios i sanguinolentos. . . .

Volví a acostarme tranquilamente en mi lecho. A poco sentí un ligero ruido como de algo que se arrastra. . . .—¡Si le habré dejado vivo! ¡Imposible! No ha quedado un fragmento capaz de moverse!—pensé. Cesó el ruido i me puse a dormir.

De pronto desperté, miré en torno mío i me quedé frío de terror: por todas partes me rodeaban enormes alacranes que agitaban pausadamente las tenazas, haciendo ruido de mandíbulas que masticaran, e infinidad de ojillos fosforescentes i viscosos me miraban con fijeza codiciosa. A la luz de esos ojos veía brillar los accidentados lomos de cuyas escamas i pelos salía un sudor rubio i pegajoso como la miel. I las erguidas colas se inclinaban hacia adelante, como trompas, con movimientos espasmódicos, ostentando sus púas agudas i ponzoñosas. Por todas partes subían a mi cama agitando sus colmillos húmedos i encorvados. Unos subían por las cortinas, con los lomos vueltos hacia mí, i para no perderme de vista se arqueaban horrorosamente; otros se colgaban con la púa a las borlas de los cordones, se balanceaban i pasaban a una pulgada de mis ojos sus tenazas erizadas de dientes. Todos ellos espiaban mis movimientos: me veían perfectamente, púas de sus ojos

bizcos salía una luz fosfórica i amarillenta, como la de los ojos de los buhos. I los sentía caminar resbalando sus cuerpos ásperos, enredando los pelos de sus patas en el tejido de la sobrecama. De todas partes acudían: el suelo de mi cuarto estaba cubierto de escorpiones: los más pequeños tendrían la longitud del brazo, con tenazas más grandes que mi puño. Los que estaban a los bordes de mi cama se cogían fuertemente con las patas delanteras i estiraban la cola a los que estaban en el suelo, para que éstos, a su vez, subieran; i éstos, al hacerlo, rozando sus vientres contra el lomo de aquellos producían un ruido como de cueros o cáscaras que se frotaran. Vi uno de los alacranes que quería subir a dosel de mi lecho, desde la cabecera; le veía en actitud de saltar; esperó que el escorpión que se balanceaba en una de las borlas pasara cerca de él—¡Dios mío!—pensé—si yerra en su salto va a caerme encima. . . .—Y esperé, helado de espanto. El animal saltó al fin i se cogió al caparazón del otro, pero le hincó en la carne por una juntura; el herido se volvió irritado i, casi en el aire, por varios segundos, lucharon ambos bichos, a dentelladas i cólazos, cayéndome en el pecho, por la abertura de la camisa, unas cuantas gotas de sangre fría i hedionda. . . . Qué horror! Yo tenía la piel cubierta de esos granitos que engendra el espanto, i debía tener los cabellos más derechos que alfileres. A medida que más alacranes subían, más amenazadores se ponían, con más saña me dirigían sus venenosas púas i sus formidables tenazas; me encontraba en medio de una salva de garras dentadas, los ojillos torcidos de esos animales se ponían más irritados i biliosos; de sus bocas salía una especie de *gruñido* mezclado a crujidos de muelas. Como el número crecía, se apiñaban contra mí, caminaban los unos sobre los otros, luchaban i rozaban sus cuerpos fríos, melosos, contra mis brazos i mejillas. Sentía el

vaho fétido de sus fauces deformes, el ruido que hacían al saborear la próxima carnicería que iban a hacer conmigo, i la deglución de su propia saliva. Lo más curioso es que yo *entendía como si fueran palabras coherentes* los gruñidos de esas alimañas; repercutían en mi intelecto, al modo de una extraña sugestión o telepatía, sus feroces deseos de venganza; lo que entraba por mi oído como un sonido puramente animal, se recomponía en mi inteligencia i formaba períodos perfectamente claros, expresiones concretas; amenazas e imprecaciones de un sentido distintamente humano. Comprendí que iban a vengar la muerte que sin compasión había dado a su Rei; comprendí que esperaban la orden de un jefe para devorarme; unos hundirían sus púas en mis ojos, otros cogerían mi lengua con las tenazas i me la arrancarían, otros entrarían por mi boca hasta el interior del tronco i me sacarían por ella el corazón i los intestinos. . . . No podría huir, porque había escorpiones en el techo, en las paredes, en el suelo, en todas partes; i en cuanto pretendiera escapar, caerían de golpe sobre mí. El corazón se lo comería la Reina, i con mis huesos construirían un túmulo a mi víctima. Yo era un ingrato: a ellos les debía que no hubiera arañas ni hormigas en mi cuarto. . . . Oh! no quedaría uno sólo que no mojara sus patas en mi sangre: todo sería obra de un segundo. No esperaban sino que viniera la Reina i diera la señal. . . . I cada momento que transcurría venía a aumentar la saña de esos animales; los crujidos de dientes eran cada vez más horrosos; los que estaban a la cabecera me golpeaban la frente con sus colas i me tiraban de los cabellos; otros me cogían los dedos i las orejas entre las tenazas i apretaban ligeramente. Al menor movimiento que yo hacía me dirigían sus armas i se preparaban a saltar. . . . No me quedaba más recurso que resignarme a morir de una manera tan cruel. De pronto oí un crujido más fuerte,....

—¡Dios mío! Es la señal—murmuré en una convulsión de espanto.—Feliciano, hermano mío, adiós! Perdóname, oh Dios misericordioso, todo lo que he blasfemado contra tí. . . . Perdóname el haber sido impío i enemigo de tu Divino Hijo! Cuánto me arrepiento de haberte ofendido con una vida tan llena de depravaciones i pecados. . . . Dios magnánimo, Jesús Sacramentado, recíbid mi alma en vuestro seno. . . . *Padre nuestro, que estás en los cielos, santificado sea tu nombre, vénganos el tu reino. . . .*

Quise cerrar los ojos, pero el terror me había petrificado los párpados. Sentí que los animales tiraron de la sobrecama. . . . ¡Será para comerme mejor!—pensé. Un alacrán negro, hiperbólicamente grande, se irguió encima de los demás: estaba cubierto de telarañas desde la cabeza chata i horrible, hasta la espiga ponzoñosa de la cola; tenía una corona grabada en el corselete; un sacudimiento de horror contrajo mi cuerpo. El bicho tenía las dimensiones de un hombre. Avanzó lentamente hacía mí en el espacio que le dejaron los demás escorpiones respetuosamente; cuando su espantosa cabeza estuvo a la altura de la mía, gruñó, mientras sus tenazas me sujetaban de los brazos. . . .

—¿A dónde se ha ido tu orgullo de hombre, de sér inteligente? Ah débil, ruin, cobarde i miserable criatura! . . . Ha poco dejaste un reino sin Rei; pensabas que se trataba de un bicho despreciable, al que su especie no vengaría, i viniste a acostarte sin el más pequeño peso en la conciencia. Pues bien, el sér despreciable eres tú; el bicho ruin eres tú; tú, que estás en la cúspide de la creación; tú, que eres el hijo predilecto de Dios; tú, la obra más perfecta de la Vida. . . . Ah, no tuviste clemencia del Rei, que te pedía le perdonaras la vida, justo es que mueras; pues bien. . . .

—Perdón, Reina, perdón!...—murmuré gimiendo.

—Pues bien, yo sí tendré clemencia contigo....

Hubo un crujido formidable de rabia por todas partes, las tenazas se agitaron i las colas se dirigieron hacia mí espantosamente amenazadoras.

—Tendré clemencia contigo. El Rei buscaba entre tus libros la ciencia del buen gobierno, quería adquirir la astucia, la maldad i la inteligencia de la especie humana; le asesinaste vilmente antes de que pudiera conseguir su objeto, i sin que tuviera un heredero para su reino. Si yo tuviera un hijo de tí, el futuro Rei tendría lo que tu desventurada víctima descaba adquirir: lo tendría por herencia. Has privado a un reino de su Rei; debes darle otro; si te niegas, mueres; mueres de la manera horrible que has escuchado.

I su boca viscosa se pegó a mis labios, i sus tenazas enñeron mi cintura amorosamente, i sentí bajo mi pecho los estremecimientos de amor de esa bestia fria, repugnante, melosa, áspera, erizada i fétida....

En la mañana llegó Feliciano borracho aún i me despertó; con la lengua estropajosa comenzó a darme disculpas por su tardanza i embriaguez. Yo no le atendía porque estaba conmovido con la aventura asquerosa i terrible que había tenido en la noche.... ¡Quizá todo había sido una espantosa pesadilla!—pensé. Para cerciorarme, dejé a Feliciano sentado a los pies de mi cama, i fui a ver junto a los libros el real cadáver. El suelo estaba manchado, pero no estaba el cuerpo del alacrán que maté!....

Feliciano me vió inmutado i creyó que de cólera para con él; se levantó para abrazarme.... Pero de pronto le vi dando zancadas i traspies....

—Ya está uno.... ya está uno.... Ya está el otro.

—¿Qué tienes, borrachón del demonio? ¿Estás loco?

—No, hombre; vi saltar un alacrán negro i grande de

tu.... de tu cama.... i luego un alacrancito.... i los he.... despachurrado.

—¡Asesino!—le grité—con los cabellos erizados—has matado.... has matado.... a mi hijo!....

Feliciano se alzó de hombros como si no me comprendiera. Esa misma tarde cambié de casa i me separé de Feliciano, quien ha seguido tan borrachón i escandaloso como antes. Feliciano es incorregible.

CLEMENTE PALMA.

MISA DEL ALBA

SON las cinco! El vigilante de policia hace su última ronda, hundida la barba en una bufanda a cuadros.

Un rayo de sol, pálido i gozoso, da los buenos días con una caricia que dura un segundo.

¡I qué frío hace en la iglesia! No se distingue más que el altar mayor con cuatro cirios encendidos, que parecen otras tantas estrellitas. La cortina de cuero de la entrada se levanta a ratos, i un fantasma negro se desliza junto a una bocanada de aire glacial que eriza los pelos de la nuca al sacerdote que masculla latinajos.

El ministro tiene casulla roja i el oro de la estola se eriza con chispas que parecen exhalaciones. Detrás de mí hai un confesonario i en el ventanillo opuesto una mujer susurra sus pecados; a mis oídos llegan algunas palabras del confesor: «corrijase, hermana; la envidia es el vicio....» i nada más porque un grupo de pajarrillos, posándose en el cristal roto de una ventana, inun-

da la iglesia con un rosario de gorjeos tan agudos, que el monago tiene que apretar los dientes para no reir.

Ya clarea: el presbiterio es de mármol, lívido e inmaculado, como el camisolín de la Virgen que sostiene al niño.

La cortina se alza i un grupo de muchachas cuchicheando i con sombreritos de colores, se arrodillan ante un banco i abren ruidosamente los devocionarios.

El sacerdote vuelve la cara i bendice la cabeza de los fieles, cerrando los ojillos tras los cristales de los espejuelos.

En la calle es ya de día; los mozos de un almacén abren las puertas, bostezando, con dislocaciones de mandíbulas, i, en la casa de tres pisos, frente a la iglesia, un piano suspira sus notas matinales.

Alguien estudia. Es un vals preciosísimo, que arranca a las muchachas de sus éxtasis religiosos; i el ramillete profano de notas que se deshoja, es un rocío de bienestar que ensancha los pechos en aquella obscuridad mezclada al asfixiante humo del incensario.

El sacerdote rumia una frase besando el altar, i entra en la sacristía seguido del monago, que guiña a las muchachas cuando comulgan i pellizeca a las beatas cuando se quedan dormidas.

El vals ritma su cadencia, que recuerda cotillones i diálogos de amor. Las jóvenes de sombreritos de colores mueven las cabezas llevando el compás, i una rubita de mejillas encendidas, cierra el devocionario, i me mira sonriendo, como preguntando:

—¿Ballamos?

FRANCISCO GARCÍA CISNEROS.

EL PRIMER DRAMA

Los sinsabores i las amarguras que tuvo que apurar el joven autor, las humillaciones que se vió obligado a soportar antes que un director de escena quisiera tomarse la molestia de leer su drama, no son para contados, ni, si se refrieran, serian creídos por quien no haya pasado nunca el amargo trance de tener que ablandar el corazón de un «nombre ilustre» que en cada ingenio naciente ve un rival para el porvenir, tanto más aborrecible cuanto mayor sea su talento.

! nuestro joven tenia verdadero talento i un nombre conocido en el mundo de las letras; pero carecía en absoluto de influencia sobre los empresarios, i para colmo de males, su primera producción dramática no representada, le habia acarreado el odio de cuantos, por aquel entonces, imponían su lei en periódicos, casas editoriales i teatros.

La tal producción, titulada *Cromwel*, habia sido escrita, no para la escena, sino para ser impresa, i su autor la habia precedido con un prólogo en que alzando la bandera del romanticismo, declaraba la guerra a sangre i fuego al clasicismo preceptista, a la sazón imperante, i se burlaba de todos aquellos venerables varones que le rendían fervoroso culto.

Para hombres acostumbrados a ver que sus opiniones son leyes i sus juicios artículos de fe, el cartel de desafío lanzado a su rostro por aquel joven principiante, constituía una ofensa tal que no podía menos de ser castigada con el mayor rigor. De aquí que él tropezara con

da la iglesia con un rosario de gorjeos tan agudos, que el monago tiene que apretar los dientes para no reir.

Ya clarea: el presbiterio es de mármol, lívido e inmaculado, como el camisolín de la Virgen que sostiene al niño.

La cortina se alza i un grupo de muchachas cuchicheando i con sombreritos de colores, se arrodillan ante un banco i abren ruidosamente los devocionarios.

El sacerdote vuelve la cara i bendice la cabeza de los fieles, cerrando los ojillos tras los cristales de los espejuelos.

En la calle es ya de día; los mozos de un almacén abren las puertas, bostezando, con dislocaciones de mandíbulas, i, en la casa de tres pisos, frente a la iglesia, un piano suspira sus notas matinales.

Alguien estudia. Es un vals preciosísimo, que arranca a las muchachas de sus éxtasis religiosos; i el ramillete profano de notas que se deshoja, es un rocío de bienestar que ensancha los pechos en aquella obscuridad mezclada al asfixiante humo del incensario.

El sacerdote rumia una frase besando el altar, i entra en la sacristía seguido del monago, que guiña a las muchachas cuando comulgan i pellizeca a las beatas cuando se quedan dormidas.

El vals ritma su cadencia, que recuerda cotillones i diálogos de amor. Las jóvenes de sombreritos de colores mueven las cabezas llevando el compás, i una rubita de mejillas encendidas, cierra el devocionario, i me mira sonriendo, como preguntando:

—¿Ballamos?

FRANCISCO GARCÍA CISNEROS.

EL PRIMER DRAMA

Los sinsabores i las amarguras que tuvo que apurar el joven autor, las humillaciones que se vió obligado a soportar antes que un director de escena quisiera tomarse la molestia de leer su drama, no son para contados, ni, si se refrieran, serian creídos por quien no haya pasado nunca el amargo trance de tener que ablandar el corazón de un «nombre ilustre» que en cada ingenio naciente ve un rival para el porvenir, tanto más aborrecible cuanto mayor sea su talento.

! nuestro joven tenia verdadero talento i un nombre conocido en el mundo de las letras; pero carecía en absoluto de influencia sobre los empresarios, i para colmo de males, su primera producción dramática no representada, le habia acarreado el odio de cuantos, por aquel entonces, imponían su lei en periódicos, casas editoriales i teatros.

La tal producción, titulada *Cromwel*, habia sido escrita, no para la escena, sino para ser impresa, i su autor la habia precedido con un prólogo en que alzando la bandera del romanticismo, declaraba la guerra a sangre i fuego al clasicismo preceptista, a la sazón imperante, i se burlaba de todos aquellos venerables varones que le rendían fervoroso culto.

Para hombres acostumbrados a ver que sus opiniones son leyes i sus juicios artículos de fe, el cartel de desafío lanzado a su rostro por aquel joven principiante, constituía una ofensa tal que no podía menos de ser castigada con el mayor rigor. De aquí que él tropezara con

muchos más obstáculos que ningún otro autor novel para conseguir que el primer drama que había escrito para ser representado, fuese admitido por una empresa sujeta, como todas las que entonces funcionaban en París, al dictamen i censura del consejo de los doctos.

Otro cualquiera habría desfallecido i renunciado a realizar su propósito; pero él no se abatió un momento: cada nuevo revés parecía darle mayores bríos, i las burlas de los unos i el desdén de los otros, lejos de resolverle a darse por vencido, hacíanle mantener con más tesón su firme empeño de salir airoso. El drama era bueno, ¡yaya si lo era! Lo había leído i releído mil veces i, como nadie tiene obligación de ser modesto consigo mismo, i él no era una excepción de esta regla, al pedirse a sí mismo una opinión sincera, había hecho un estudio minucioso de la obra i se había respondido que, en caso de representarse, el éxito sería segurísimo i grande. La había sometido después al juicio de sus amigos del *cenáculo*, i ellos, que no acostumbraban usar de contemplaciones i galanterías, habían pronunciado el más lisonjero fallo por unanimidad.

Era necesario, por consiguiente, no ceder, agotar todos los recursos posibles, sufrir con paciencia todos los descalabros i no abandonar, por ninguna causa, la empresa. Si el drama llegaba a representarse, el público sería suyo i el éxito sería algo más que la satisfacción del amor propio del autor: significaría el triunfo de la nueva tendencia por la cual había lanzado el provocador reto a la rancia escuela clásica; entrañaría una revolución en la escena.

Había también otra razón por la cual ni quería ni podía nuestro joven autor declararse vencido. Hijo de una ilustre familia, nacido i creado en la abundancia, por una serie de circunstancias fatales se veía pobre. En su casa era muchos días un problema de difícil solución ha-

llar que llevarse a la boca. De la admisión del drama dependían, por consiguiente, su nombre, su porvenir, el triunfo de una escuela de la que se había constituido paladín i, en otro orden de ideas, su presente.

Pocas máximas son tan ciertas como la que afirma que la constancia todo lo puede. Cuando nuestro joven iba perdiendo la esperanza, su drama fué aceptado en un teatro, el Odeón. Un buen día que el director de escena estaba aburrido, se le ocurrió echar una ojeada por aquel rollo de papeles que yacía cubierto de polvo en su mesa, i, una vez leída la primera escena, devoró con creciente interés toda la obra.

Dispusieron los ensayos a toda prisa, se hizo pintar las decoraciones i se fijó día para el estreno.

La víspera, el autor recibió un aviso del almacenero que le comunicaba su resolución de no fiarle más; hacía más de una semana que el carnicero le había dicho otro tanto. El trago era duro; pero ¡bah! el porvenir sonreía i ante esa promesa, bien se podían pasar dos días con pan solo... i aun sin él, en caso de apuro.

Llegó el día con tanta impaciencia esperado. En el ensayo general todos los concurrentes habían aplaudido con entusiasmo, i el autor había recibido las más calurosas felicitaciones de los íntimos de la empresa.

Los amigos del *cenáculo* ofrecieronle una modesta cena en que reinó la mayor alegría, i a las ocho, después de brindar por la gloria, que aquella noche abriría sus puertas a nuestro joven, salieron todos juntos con dirección al teatro. Apenas habían dado unos pasos, cuando llamó su atención un tropel de gente que corría apresurada en la dirección que ellos seguían.

—¿Qué pasa?—preguntó el autor a uno de los que corrían.

A lo que respondió sin detenerse:

—Que el Odeón está ardiendo.

Ahora noto que olvidé decir el nombre del joven autor protagonista de mi narración.

Se llamaba Victor Hugo.

EMILIO VERA I GONZÁLEZ.

UN 14 DE JULIO

¡Voi a referiros una breve i triste historia, i voi a referiría porque hoi habrá muchos semblantes risueños en las calles i es bueno que los alegres, los felices, se acuerden de que hai algunos, muchos desgraciados. Es un episodio del 14 de julio, pero no del 14 de julio de 1789, sino del 14 de julio de 1890. I la heroína es una paisana nuestra, una hermosa i desventurada mejicana. ¡Ah! De ella hablaron mucho los diarios de París hace dos años; más que de madame Iturbe i de sus trajes, más que de la señorita Escandón i de su boda. Arsenio Houssaye, ese anciano coronado de rosas, le dedicó una página brillante, una aureola de oro como esas que circundan las sienes de las mártires. La piedad la amó un momento, un momento nada más, porque la piedad tiene siempre muchísimo que hacer. I ahora que miro esas banderas, esas flámulas, esos gallardetes, simbolos de noble regocijo, pienso en la pobre mejicanita que pasó en París el 14 de julio de 1890.

Estaba casada con un francés que vino a nuestra tierra cuando la malhadada intervención. Aquí tuvo seis hijos... ya sabeis que la pobreza es mui fecunda! Vivian penosamente, i el marido, esperanzado en hallar protección más amplia en su país, regresó a Francia con

su mujer i su media docena de criaturas. El era pintor, decoraba, hacia cuadrillos de flores i de frutas para comedores, iluminaba retratos i tenía buena voluntad para admitir cualquier trabajo honesto. Pero he aqui lo que no hallaba. ¡Es tan grande París! ¡Hai en sus calles tanto ruido! ¡Es tan difícil percibir allí la voz de un hombre!

Altivo, orgulloso como era, jamás se habría resignado a pordiosear. La miseria, enamorada sempiterna del orgullo, vino a acompañarle.

Una noche, agotados ya todos sus recursos, dijo:

—Es preciso morir.

Le oyó el más pequeñuelo de sus hijos, i preguntó entonces a la madre:

—Mamá, ¿qué cosa es morir?

—Morir, hijito, es irse al cielo.

—¿I cómo será el cielo? ¿como el mar?

—No; el cielo es un jardín en donde hai muchas flores i muchas frutas i muchos juguetes para los niños.

—Sí; pero no serán para mí. También aquí hai todo eso i nada es mío.

—En el cielo cogen los niños que no son traviesos, cuanto quieren.

—¡Mamá, vamos al cielo!

La muchachita, que escuchaba atenta, terció entonces en la plática:

—Pero el viaje ha de ser largo, mui largo... ¡De aquí al cielo...!

—No, mucho más cómodo i más rápido que el de Méjico a Francia. Se duerme uno i cuando despierta está en el cielo.

—¿I allá hai fiestas como la de mañana, con fuegos artificiales i con músicas?

—Todo el año.

—Pues iremos.

I aquellas criaturas, para quienes la tierra era tan dura, se alborotaron con la idea de ir al cielo.

¡Morir! ¡Qué hermosa palabra! Sonaba en sus oídos como suena, cantando, en los de algunos hombres.

—Pero no nos iremos todavía—dijo otro de los niños. Mañana es el 14 de julio. Quiero ver los fuegos.

Padre i madre cruzaron una mirada suplicante.

—¡Esperaremos!

Casi habían olvidado ya su hambre, con la esperanza de ir al cielo, i se durmieron soñando en rehiletes de estrellas i en jugueterías de porcelana blanca, atendidas por ángeles. Sólo la más chiquita, que no había entendido, dijo con voz desfalleciente:

—¡Mamá! ¡papá!...

Los dos esposos se miraban sin hablar. ¿Cómo esperar a mañana?

—Yo puedo todavía, vendiendo lo último, juntar un franco. ¡Pedro, Juanito quiere ver los fuegos!

I aguardaron...—Sería blasfemia escribir: esperaron.—El padre tenía una tablita de flores pintadas, que no había podido vender. Iba a regalársela a la buena señora del estanquillo. ¡Tal vez le diera algo!

Muy temprano fué. Ya cantaba la fiesta su himno triunfal en plazas i bulevares.

A poco, abríase de nuevo la puerta del tabuco, i el pintor entraba de regreso.

—¿Qué te dieron?

Aquél, vencido, sin despegar los labios, dejó caer en el suelo unas cuantas estampas.

Eso... para que los niños se diviertan. ¿No recordais la historia de Schiavoné? Aquel pintor veneciano también tenía mujer, seis hijos i hambre. También era soberbio. I pintó, no se qué, para los padres de la Santa Croce, fué a entregar su trabajo i los padres le dieron como recompensa un ramillete de rosas. También dejó caer las flores sobre la desnuda tarima, i la blanca Gia-

cinta, su mujer, fué deshojándolas en los platos vacíos, i cuando ya no hubo más pétalos, dijo al esposo i a los hijos:

—Venid: ya está la cena.—Un instante después moría de hambre.

La mejeana, si, había reunido ya algo más de un franco para pasar el día 14. Todos juntos salieron a la calle para que los niños pasearan. ¡Qué alegría! ¡qué esplendor!

Los muchachitos, débiles i enfermos, al pasar por frente a los aparadores, decían:

—Mamá, ¿qué hai en el cielo pollo asado?

—¿I jamón?

—¿I pasteles?

La muchacha más grande, la de catorce años, veía con tristeza los escaparates de las tiendas de modas. Era hermosa, i se iba sin que el mundo la hubiera conocido. Tal vez la pobrecita no creía en el cielo; pero en la muerte hospedadora si. No engañaron sus oídos las músicas de viento; no engañaron sus ojos los fuegos artificiales; no engañaron su imaginación las promesas del cielo. Si, el cohete sube, también resplandeciente quiere llegar a las estrellas... pero en el aire se apaga. Lo cierto es la arremazón, es el esqueleto del castillo que un momento fulguró. I lo cierto es la noche densamente negra.

Ella fué la primera que dijo:

—¿Ya nos vamos?

I los niños más chicos, en coro repitieron:

—Sí, papacito, vámonos al cielo.

En el camino compraron un pan. Tenían más hambre, mucha hambre. En su tabuco devoraron aquel pan. El padre no: no pudo. La madre no: no quiso.

Pero en ese pan habíase empleado hasta el último céntimo. I para dormir bien, para dormir como ellos querían, el carbón era indispensable.

—¡Ah, no hai cuidado! dijo la mayor. La portera me fia. I salió. I lo trajo.

No hubo necesidad de que apagaran la vela. También ella se apagó. Ardía el carbón, i su fulgor dantesco se mejaba un boquete del infierno asomando en la sombra. ¿Quién llora? ¿Quién solloza? ¿Quién se queja? ¿Quién se retuerce? ¿Quién sofoca blasfemias? ¿Quién se ahoga?

La asfixia se lleva primero al niño de pecho; amordaza después a los más débiles; amarra a los padres para que presencién impotentes la agonía de sus hijos; i en medio de este horror i de esta espantosa lucha muda, rasga el silencio la voz de la hija mayor:

—¡Ya no! ¡Ya no! ¡Ya no quiero morir! ¡Padre, perdóname!

Al día siguiente, un vecino rompió la puerta: adentro estaban los cadáveres. Los sacan al aire, hacen esfuerzos inauditos. . . . ¡Todo inútil!

¿Verdad que ese cuadro debió de ser horrible? La vida inventó un castigo, inventó un suplicio que no había soñado el Dante: ¡la madre estaba viva!

¡Ah! ¡este sí que excede a todos los tormentos! Ugolino devora a sus hijos; pero los lleva dentro de sí. I Ugolino muere. A aquella madre no la quiso la muerte.

¿En dónde está? ¿No se ha aplacado Dios? ¿No ha permetido que muera? ¡Santo cielo! Cuando asisto a las fiestas de este día, cuando miro reír i jugar en la *kermesse* a tantos niños bien vestidos, pienso en las inocentes criaturas que, hambrientas i asfixiadas, perecieron ha dos años, i digo a las almas buenas:

—¡Una caridad, por amor de Dios!

. . . . Señor, ¿en dónde está la pobre mejicana? Si vive aún, dale la muerte de limosna!

MANUEL GUTIERREZ NAJERA,

EL COMEDIANTE

AL regresar a su casa del Teatro el hermoso i pálido actor de perfil de romano adolescente, no pudo menos que sonreír—tanto se había acostumbrado a semejantes homenajes—mirando los muebles del salón atestados de flores maravillosas, sobrecargados de montones enormes de gardenias, suntuosas pirámides de lirios i grandes banastas de rosas blancas que se esparcían en nevosas cascadas. Sobre coronas de jazmines, las letras de su nombre formadas de miosotis; i aquí i allá, buquesitos de dos sneldos—ofrendas de una admiración más humilde—mezclaban su plegaria discreta a los votos desenfundados de las supremas floraciones! . . .

Apenas aparecía en la escena—señor trajeado de raso mateo caballero vestido con draperías oscuras donde irradiaba el oro—un estremecimiento de placer i deseo agitaba a las damas desde el lunetario hasta las galerías, a causa de su esbeltez a un tiempo robusta i delicada, de sus ojos negros en que flotaba el sueño, de sus labios parecidos a la boca de una mujer i de sus bellas manos afiladas que vanidoso contemplaba al decir los recitados. . . . En los palcos, los abanicos de las mundanas solaban sin cesar, refrescando los rubores i disipando la tibieza de los alientos, en tanto que al compasado tie-tac de las botinas trastornaba los taburetes, i la sofocación de las gruesas burguesas echadas de bruces sobre los antepechos distendía la seda de los corpiños haciéndolos

estallar como los globos henchidos, i allá arriba, las modistillas absorbían imaginarios besos en el azúcar ácido de los mandarines, mientras el comediante parecía no enidarse de la emoción que producía. ¡Ni una mirada con intención, ni un ademán de agradecimiento! Triunfaba como sin saberlo, añadiendo al orgullo de ser victorioso, la altivez de desdeñar la victoria sin inmutarse absolutamente. Todavía, a fin de que ninguna espectadora imaginara para sí los arrebatos apasionados del papel que desempeñaba, dijo tranquilo i con voz reposada: «Yo os adoro» a la enamorada de la pieza; mirando como al desgair sus bellas manos afiladas.

I no era menos indiferente fuera de la escena. Jamás habla contestado a las esquelas amorosas que le enviaban ocultas en los ramilletes, tan perfumados como las flores mismas; ya ni leía los eróticos reclamos que de propósito olvidaba intactos sobre el tocador, entre el frasco de pomada i la caja del cosmético. Las puertas de su cuarto i de su habitación se hallaban cerradas a toda súplica piadosa; los camareros i domésticos tenían órdenes severas: «Las flores, sí; las mujeres, no,» habiales dicho un día mientras lustraba con una piel de gato el nácar rosado de sus uñas. En vano la Marquesa de Portalegre hace tres meses que lo espera todas las noches en su cupé, frente a la puerta por donde salen los artistas; en vano la Señora de Lurey-Seví le ha enviado un cofre de carei lleno de perlas finas, con este acápite: «no habría bastantes perlas en el mundo para vos, si quisiera enviaros tantas como las lágrimas que he vertido,» i en vano también una exquisita criatura, euajada toda de rosa i oro, una rubia brasileña, la Baronesa de Villablanca, inclinando sobre el antepecho del paleo su talle tan escotado que los senos se miraban como pezones cristalinos, había jurado que se mataría infaliblemente si no obtenía

esa misma noche el favor de una entrevista! El pálido i hermoso comediante permanecía insensible i hoi contemplaba sin enternecerse las flores suplicantes que decoraban el salón.

No obstante, en el momento de entrar a su alcoba, un ruido extraño le detiene i hace regresar. Del cesto de rosas blancas, volcado sobre la alfombra, una mujer acaba de salir temblorosa i deslumbrante al través de la batista de su camisa. ¡Era la Baronesa de Villablanca! El la observó sin gran sorpresa; luego le preguntó: «¿Qué deseais, señora?»—«¡A vos!» contestó ella, apretándole el cuello con los brazos desnudos... Mas él, con sus manos bellas, afiladas i de uñas relucientes, rechazó indignado la fogosidad de esa caricia, diciendo: «Todo lo que yo puedo por vos, señora, es no arrojaros de mi casa tan a deshora i con un tiempo como este.» En seguida entró a su cámara, cerró la puerta con doble llave i abandonó a la Baronesa que, toda friolenta, levantó el cesto i se hundió en camisa entre las rosas hasta la mañana siguiente.

CATULLE MENDÉS.

SOL DEL DOMINGO

¡Sol del Domingo, al son de la música i giro del carrousel. Carrousel, tio vivo, calesitas, todo es uno, ante el sol del Domingo i los ojos infantiles... Las sonrosadas risas de los niños van como llenando de rosas el

recinto; i allí, en las jirafas de madera, en los elefantes, en los poneys, van juntos el niño rico que llega con su ayo i el niño pobre, para quien ha ahorrado la madre trabajadora el precio de ese gozo rápido i armonioso. I el niño se divierte, en un tiempo momentáneo, va en los aires, le brota en los ojos una luz. Los niños no saben el verso de Verlaine, *Tournez, tournez, petits chevaux*. . . Pero yo no puedo ir a ver girar las calesitas sin acordarme del divino i pobre Lelian, que fué un niño sobre la tierra en su camino de dolor. *Tournez, tournez, petits chevaux*. . . La caja de música derrama sus valsos, sus sonatas; deslie en el aire sonoras Constantinoplas, vagas i lejanas Venecias; i al impulso acústico los caballos, los elefantes, las jirafas de madera, siguen girando, girando, girando. I los niños todos están risueños, i aguardan su turno para ir a la grata vuelta, al giro harmónico que da la ilusión de un vuelo. Todos los niños contentos, menos ese pobrecito que se come con los ojos los caballos. . . i su madre no tuvo que darle este domingo. . . *Tournez, tournez, petits chevaux*. . .

—Sol del Domingo, en el boulevard. El obrero va vestido de nuevo, con los hijos de la mano; el pequeño burgués se ha calzado las botas flamantes, i luce en el abdomen la gran cadena de oro macizo, es Benito. . . ; la señora Benito junto a él, empingorotada, no puede casi con su humanidad de un enorme número de kilos; rebosa en ella la salud i la gordura, i sus manos forman a modo de cinco butifarras entre los mitones. El sombrero, imposible i detonante, solamente se siente vencido por el adorno de la falda, que hace vibrar trescientas chirimias, del amarillo escatológico al rojo sangre de toro.

Su marido la lleva a remolque, por la larga avenida, i en esos cerebros no pasa más chispa que la del color del cartel que anuncia una nueva bebida o una comedia nueva; descansan de la incubación del jamón de maña-

na. A su lado, les envidia la modistilla que no sabe que en sí lleva mayor riqueza que la que ha acaparado el dueño del almacén; la lleva en sus ojos de grandes ojeras, en su seno que revienta el corpiño, en su talle de ánfora, en su andar que modela bajo el paño de afuera la pompa de adentro.

RUBEN DARÍO.

EL TURCO DE LA COMMUNE

ERA un tamborillerito de tiradores indígenas. Se llamaba Kadur, procedía de la tribu del Djeudel, i formaba parte de aquel puñado de turcos que se refugiaron en París con el ejército del General Vinoy. Había hecho toda la campaña, desde Wissemburgo hasta Champigny, atravesando los campos de batalla, como ave de tormenta, con sus sonajas de hierro i su *derbuka* (tambor árabe), tan vivaracho, tan inquieto, que las balas no sabían dónde alcanzarle. Mas cuando vino el invierno, aquel pequeño bronce africano, enrojecido al fuego de la metralla, no pudo soportar las noches de grandes guardias, la inmovilidad entre la nieve; i una madrugada de enero rociéronle a orillas del Maine, con los pies helados, yerto de frío. Permaneció mucho tiempo en la ambulancia. Ahá le vi por primera vez.

Triste i sufrido como un perro enfermo, el turco miraba en torno suyo con sus dulces ojos mui abiertos. Cuando le hablaban, se sonreía i mostraba su dentadura. Esto es todo lo que podía hacer, pues nuestra lengua le era desconocida, i a duras penas hablaba el sa-

UNIVERSIDAD DE MURCIA
BIBLIOTECA
ALFONSO
Año. 1625

recinto; i allí, en las jirafas de madera, en los elefantes, en los poneys, van juntos el niño rico que llega con su ayo i el niño pobre, para quien ha ahorrado la madre trabajadora el precio de ese gozo rápido i armonioso. I el niño se divierte, en un tiempo momentáneo, va en los aires, le brota en los ojos una luz. Los niños no saben el verso de Verlaine, *Tournez, tournez, petits chevaux*. . . Pero yo no puedo ir a ver girar las calesitas sin acordarme del divino i pobre Lelian, que fué un niño sobre la tierra en su camino de dolor. *Tournez, tournez, petits chevaux*. . . La caja de música derrama sus valsos, sus sonatas; deslie en el aire sonoras Constantinoplas, vagas i lejanas Venecias; i al impulso acústico los caballos, los elefantes, las jirafas de madera, siguen girando, girando, girando. I los niños todos están risueños, i aguardan su turno para ir a la grata vuelta, al giro harmónico que da la ilusión de un vuelo. Todos los niños contentos, menos ese pobrecito que se come con los ojos los caballos. . . i su madre no tuvo que darle este domingo. . . *Tournez, tournez, petits chevaux*. . .

—Sol del Domingo, en el boulevard. El obrero va vestido de nuevo, con los hijos de la mano; el pequeño burgués se ha calzado las botas flamantes, i luce en el abdomen la gran cadena de oro macizo, es Benito. . . ; la señora Benito junto a él, empingorotada, no puede casi con su humanidad de un enorme número de kilos; rebosa en ella la salud i la gordura, i sus manos forman a modo de cinco butifarras entre los mitones. El sombrero, imposible i detonante, solamente se siente vencido por el adorno de la falda, que hace vibrar trescientas chirimias, del amarillo escatológico al rojo sangre de toro.

Su marido la lleva a remolque, por la larga avenida, i en esos cerebros no pasa más chispa que la del color del cartel que anuncia una nueva bebida o una comedia nueva; descansan de la incubación del jamón de maña-

na. A su lado, les envidia la modistilla que no sabe que en sí lleva mayor riqueza que la que ha acaparado el dueño del almacén; la lleva en sus ojos de grandes ojeras, en su seno que revienta el corpiño, en su talle de ánfora, en su andar que modela bajo el paño de afuera la pompa de adentro.

RUBEN DARÍO.

EL TURCO DE LA COMMUNE

ERA un tamborillerito de tiradores indígenas. Se llamaba Kadur, procedía de la tribu del Djeudel, i formaba parte de aquel puñado de turcos que se refugiaron en París con el ejército del General Vinoy. Había hecho toda la campaña, desde Wissemburgo hasta Champigny, atravesando los campos de batalla, como ave de tormenta, con sus sonajas de hierro i su *derbuka* (tambor árabe), tan vivaracho, tan inquieto, que las balas no sabían dónde alcanzarle. Mas cuando vino el invierno, aquel pequeño bronce africano, enrojecido al fuego de la metralla, no pudo soportar las noches de grandes guardias, la inmovilidad entre la nieve; i una madrugada de enero rociéronle a orillas del Maine, con los pies helados, yerto de frío. Permaneció mucho tiempo en la ambulancia. Ahá le vi por primera vez.

Triste i sufrido como un perro enfermo, el turco miraba en torno suyo con sus dulces ojos mui abiertos. Cuando le hablaban, se sonreía i mostraba su dentadura. Esto es todo lo que podía hacer, pues nuestra lengua le era desconocida, i a duras penas hablaba el sa-

UNIVERSIDAD DE MURCIA
BIBLIOTECA
ALFONSO
Año. 1625

bir, jerga francoargelina, compuesta de provenzal, de italiano i de árabe, formada por palabras cambiantes recogidas como conchas en las costas de los mares latinos.

Kadur no tenía más que su *derbuka* para distraerse. De tarde en tarde, cuando se aburría en extremo, se lo llevaban a su cama i le permitían tocarlo, pero no muy fuerte a causa de los otros enfermos. Entonces su pobre fisonomía oscura, tan deslucida i macilenta con la claridad amarilla i el paisaje de invierno que ascendía de la calle, animábase; gesticulaba, seguía todos los movimientos de su ritmo. Ya brillaban sus blancos dientes con una sonrisa feroz, o bien humedecíanse sus ojos al tañer alguna alborada musulmana, ensanchaba las aberturas de la nariz, i entre el pesado olor de la ambulancia, en medio de redomas i compresas, le parecía ver de nuevo los bosques de Blidah llenos de naranjas, i las moritas saliendo del baño, con blancos velos por antifaz perfumadas con verbena.

Así transcurrieron dos meses. En estos dos meses, París había hecho muchas cosas: pero Kadur no lo sospechaba. Había oído pasar bajo sus ventanas el rebaño de hombres que regresaba rendido de cansancio i desarmado; más tarde, los cañones paseados, rodando desde la mañana a la noche; por último, el somatén i el bombardeo. A todo esto, no comprendió nada más sino que continuaba la guerra i que iba a poder batirse nuevamente, puesto que estaban curadas sus piernas. A la postre salió, con su tambor a la espalda, en busca de su compañía. No tuvo que buscar por mucho tiempo. Unos federados que pasaban leváronle consigo al gobierno militar de la plaza. Después de un largo interrogatorio, como no podían sacar de él en limpio otra cosa sino algunos «*bono be ef, macache bono,*» el general de día acabó por darle diez francos i un caballo de ómnibus, i le agregó a su Estado Mayor.

En aquellas escoltas de la *Commune* había un poco de todo: chamarretas rojas, mantos polacos, casaquillas húngaras, blusas de marinero i oro, terciopelo, lentejuelas, galones. Con su chaquetilla azul bordada de amarillo, su turbante i su *derbuka*, el turco acabó de completar la mascarada. Contentísimo de verse en tan buena compañía, ebrio por el sol, el cañoneo i el tráfico callejero, con aquella batahola de armas i uniformes, i persuadido además de que continuaba la guerra contra Prusia con un no sé qué más vivo, más libre, aquel desertor inconsciente tomó parte del modo más simplón en la gran bacanal parisiense i tuvo una celebridad momentánea. Por todas partes aclamábanle los federales i le festejaban al pasar él; la *Commune* estaba tan orgullosa de poseerle, que hacía ostentación de ello, lo pregonaba, lo llevaba a guisa de una escarapela. Veinte veces al día le enviaban desde la comandancia de la plaza al Ministerio de la Guerra, al Palacio del Ayuntamiento. ¡Les habían dicho tantas veces que sus marinos eran simulados i sus artilleros fingidos! Por lo menos, este era un turco de verdad. Para convencerse de ello bastaba mirar aquella vivacidad pizpireta de mono joven, i todo el salvajismo de aquel cuerpecillo al agitarse sobre su caballo con los caracoleos de la *fantasia*.

Sin embargo, para la dicha de Kadur faltaba una cosa. Hubiera querido batirse, hacer hablar a la pólvora. Por desgracia, con la *Commune*, como con el Imperio, los del Estado Mayor no solían entrar a menudo en fuego. Fuera del servicio de partes i de las paradas, el pobre turco pasaba el tiempo en la plaza de Vendôme o en los patios del Ministerio de la Guerra en medio de aquellos campamentos desordenados, llenos de barriles de aguardiente siempre en cata, de toneles de tocino con las tapas quitadas, francachelas al aire libre en las cuales conocíase aún todo el hambre del sitio. Demasiado

buen musulmán Kadur para tomar parte en aquellas orgías, apartábase de ellas, sobrio i tranquilo; hacía sus abluciones en un rincón, hacía su alcuzcuz con un puñado de sémola, luego, después de tocar un ratito el *derbuka*, se arropaba en su alquicel i se dormía sobre unas gradas de piedra, al calor de las fogatas del vivac.

Al amanecer de un día del mes de mayo, despertó al turco un horroroso fuego de fusilería. El ministerio era presa del pánico: todo el mundo echaba a correr, huyendo. Maquinalmente hizo como los demás, montó a caballo i siguió al Estado Mayor. Las calles estaban llenas de cornetas despavoridos, de batallones a la desbandada. Estaban desempedrando i haciendo barricadas. Es evidente que ocurría algo extraordinario.

Conforme se iban acercando al muelle, la fusilería era más perceptible i mayor el tumulto. En el puente de la Concordia, Kadur perdió de vista al Estado Mayor. Un poco más lejos le quitaron su caballo: era para un individuo de kepis con ocho galones, a quien apremiaba mucho ver lo que ocurría en el Palacio del Ayuntamiento. Furioso el turco, echó a correr con dirección al sitio del combate. Mientras corría iba armando su fusil «Chassepot» i diciendo entre dientes: *Macache bono, Brustán*. . . . pues para él eran los prusianos quienes acababan de entrar. Silbaban ya las balas en torno del obelisco, entre el follaje de las Tullerías. En la barricada de la calle de Rívoli unos «vengadores de Flourens» le llamaron: —¡Eh, turco, turco! Eran sólo una docena, pero Kadur valía por todo un ejército.

De pie en lo alto de la barricada, altivo i chillón como una bandera, batíase dando saltos i gritos, bajo una granizada de metralla. Por un instante, entre dos descargas de cañón, describióse un poco la cortina de humo que subía de la tierra i le permitió ver en los Campos Elíseos masas de tropas con pantalones rojos. En seguida todo

volvió a presentarse confuso. Creyó haberse engañado, i siguió haciendo disparos a más i mejor con su fusil.

De repente la barricada se quedó en silencio, el último artillero acababa de huir de ella soltando su postrer disparo. El turco, por su parte, no se meneó. Agazapado i pronto a saltar, caló bayoneta i se puso a la espera de los cascós puntiagudos. . . . ¡La infantería de línea fué quien llegó! . . . Entre el sordo ruido del paso de carga gritaban los oficiales:

—¡Ríndete!

El turco tuvo un minuto de estupor, i luego dió un brinco, con el fusil al aire.

—¡Bono, bono, Francese! . . .

En su inteligencia de salvaje, figurábase vagamente que aquel era el ejército libertador, el del General Faidherbe o el del General Chaney, a quienes de tan largo tiempo atrás esperaban los parisienses. ¡Qué feliz era i cómo se reía a carcajadas, enseñádoles toda su blanca dentadura! . . . En un abrir i cerrar los ojos tomaron la barricada. Rodeáronle a empellones.

—¡A ver tu fusil!

Su fusil estaba caliente todavía.

—¡A ver tus manos!

Sus manos estaban negras de pólvora. I el turco se las enseñó con orgullo, sin cesar en sus risotadas. Entonces le empujaron contra una pared, i ¡pum! . . .

Murió sin haber comprendido nada de aquello.

ALFONSO DAUDET.

LAS NIÑAS PRECOCES

LILIA

ULTIMAMENTE, en una de esas hermosas tardes que la primavera tanto nos regatea, me senté en las Tullerías, a la fresca sombra de los frondosos castaños. El jardín estaba casi vacío. Algunas señoras bordaban, formando pequeños grupos, al pie de los árboles. Jugaban los niños interrumpiendo con sus risas agudas el sordo murmullo de las casas inmediatas.

Mis miradas acabaron por detenerse en una niña de seis a siete años, cuya joven madre conversaba con una amiga, algunos pasos de mí. Era una niña rubia, poco más alta que mi bota i afectaba ya el aire de una señorita. Llevaba uno de esos lindos trajes con que sólo las parisienses saben vestir a sus bebés; basquiño de seda rosa, abofada, que dejaba ver las piernas cubiertas con medias de g:is perla, un jubón escotado, adornado con encajes, gorro con pluma blanca, pendientes, collar i brazalete de coral. Se parecía a su mamá, con algo más de coquetería.

Se había apoderado de la sombrilla de aquélla i se paseaba gravemente con la sombrilla abierta, aunque no se deslizaba por entre las hojas de los árboles el menor rayo de sol. Estudiaba la manera de andar ligeramente, deslizándose casi, como había visto que lo hacían las personas mayores. No creía que la observaban. Repetía su papel como una cómica, ensayaba actitudes, muecas graciosas. Al dar frente al tronco de un viejo castaño hizo seriamente media docena de reverencias.

Era toda una mujer en pequeño.

Quedé realmente consternado ante su aplomo i su ciencia. No tenía aún siete años i sabía ya su oficio de coqueta. Sólo en París se encuentran niñas tan precoces que brillan perfectamente antes de conocer las letras.

Me acordé de los niños de provincias. Son toscos i torpes; se revuelcan como animales en el suelo. No estropearía así Lilia su bonito traje.

Prefiere no jugar; derecha como huso dentro de sus enaguas almidonadas, pone su alegría en que la miren, en oír que dicen:

«¡Ah, qué niña tan encantadora!»

Lilia seguía saludando al tronco del viejo castaño. De pronto la ví enderezarse bruscamente i ponerse en guardia, con la sombrilla inclinada, la sonrisa en los labios i el aire placentero. Comprendí en seguida. Otra niña, morena, vestida de verde, venía por la alameda del centro. Era una amiga; había que recibirla con todas las reglas del buen tono.

Las dos muñecas se tocaron ligeramente las manos, haciendo los visajes de costumbre entre mujeres de la misma clase. Fingían esa sonrisa de satisfacción que es de buen gusto en semejantes circunstancias; cuando hubieron acabado sus cumplimientos, se pusieron a pasear la una al lado de la otra, conversando con voz meliflua. En todo pensó, menos en jugar.

—Lleva usted una túnica mui bonita.

—Esos adornos son géneros valencianos, ¿no es cierto?

—Mamá ha estado indispuesta hoy por la mañana. Temí no poder venir, como le prometí a usted.

—¿Ha visto usted a la coquetuela de Teresa? Tiene un *trousseau* magnífico.

—¿Es de usted esa sombrilla? Es preciosa.

Lilia se sonrió. Jugeteaba con la sombrilla de su madre, comprendiendo la superioridad que esto le daba sobre su amiga, que no tenía sombrilla.

Aquella pregunta la puso en duro aprieto. Comprendió que estaba vencida si decía la verdad.

—Sí, respondió con gracia, papá me la ha regalado.

Era el colmo. Sabía mentir, como sabía ser agradable.

Podía crecer; poseía a fondo la ciencia de la mujer bonita.

Con tal educación, ¿cómo es posible que los novios no disparen?

En este instante pasó un muchachillo de ocho años, tirando de un carretoncillo cargado de guijarros, i lanzaba ¡hues! terribles. Se imaginaba que era un carretero. Jugaba con sus circo sentidos.

Al pasar, poco faltó para que atropellase a Lilia.

—¡Qué brutales son los hombres! dijo ésta con desdén. Vea que despechugado va ese niño.

Las dos se sonrieron despreciativamente. El niño, en efecto, debía parecerles muy inocente al hacer así de caballo. Si dentro de quince o veinte años alguna se casa con él, lo tratará siempre con la superioridad de una mujer que a los siete años sabía manejar la sombrilla, cuando él sólo pensaba en romper sus pantalones.

EMILIO ZOLA.

LA HOJA DE PARRA

LAS dos de la tarde acababan de dar en el gabinete, amueblado con el lujo aparatoso e insolente propio de una cortesana vulgar enriquecida de pronto, cuando Magdalena, envuelta en ligeras ropas de levantar, i aún tembloroso el cuerpo por el frescor del baño, atizó los leños

de la chimenea, i aproximando al fuego el mueblecillo que le servía de tocador, extendió sobre él un lienzo guarnecido de puntillas, encima del cual fué colocando cepillos, peines, tarretes, frascos, polvoreras i cuanto había menester para peinarse; en seguida inclinó el espejo hacia sí, se sentó, i sin llamar a la doncella comenzó a soltarse el largo i abundoso pelo, antes castaño muy obscuro i ahora teñido de rojo caoba, como el de las venecianas a quienes retrató el Tiziano. Jamás permitía Magdalena que nadie le ayudase en aquella importante operación del peinado: primero por horror instintivo a que otra mujer la manosease la cabeza, i además, porque deseaba estar sola cuando su amante, según costumbre, iba siempre a la misma hora para deleitarse en contemplarla, bien arrellanado en un sillón, en tanto que sus manos primorosas se hundían i surgían de entre las matas de la cabellera, formando altos i bajos, bucles, ondas i rizos hasta dejar prieto i sujeto el moño con orquillas doradas, mientras los pelillos revoltosos de la nuca, que llaman tolanos, quedaban sueltos en torno de su cuello como rayos de un nimbo roto.

Por coquetería i por dar tiempo a que su dueño i señor llegara, iba lo más despacio posible, levantándose a veces para distraerse en otras cosas, pues lo esencial era que al aparecer su amante, aún tuviese suelta la sedosa madeja que le inspiraba tantas frases lisonjeras, dándole a ella pretexto para estar con el escote entreabierto i los brazos desnudos puestos en alto, haciendo mil embelesadoras monadas.

Un buen rato pasó escogiendo i apartando medias i puntillas que le habían mandado de una tienda; púsose luego unos zapatos nuevos para convencerse de que le harían bonito pie, antes de pagarlos, i, por último, se probó un cebre-corsé i una bata, permaneciendo en adoración de sí misma ante el armario de luna, complaciéndose

se, más que en los primores de las galas, en su gallarda figura de madrileña esbelta i en su gentil cabeza de mujer dominadora i altiva.

Era rubia, mui blanca, verdaderamente hermosa i bien formada, aunque algo gruesa, como si en plena juventud pretendiera la carne ahogar a la belleza. Tenía las facciones delicadas, los ojos oscuros, de mirar expresivo, i los gestos i ademanes tan enérgicos i desenvueltos, que a un tiempo delataban la vivacidad de su carácter i el empeño de mostrar una gracia más provocativa i libre de los que su propia indole consentía. Aún no denotaban su lenguaje i modales completa perversión; más ya sabía desplegar, a modo de recursos seguros, el licencioso desparpajo i la franca deshonestidad de quien para vivir se pone precio, esperando acrecentar con el estímulo el deseo i con el impudor la ganancia. Comprendía el poder de sus atractivos i lo extremaba, siendo tan complaciente i mimosa al concederse, como dura i despótica para dominar a su amante, que la quería poco i la estimaba menos, pero hallaba en ella dulcísimo empleo a sus sentidos, porque era hermosa, i completa satisfacción a su vanidad porque le costaba mucho.

Ya comenzaba a impacientarse por la tardanza de su señor, que acaso no pasase de arrendatario, cuando al oír sonar prolongadamente un timbre se acomodó de nuevo ante el tocador. Pocos segundos después una doncella levantaba la cortina de la puerta, dejando pasó i diciendo:

—El señorito.

A pesar del diminutivo, el hombre que entró, sin quitarse el sombrero, era un señor de 50 años lo menos; alto, bien plantado, mostrando en la mirada i el porté que, a despecho de la barba entrecana i el pelo casi blanco, aún debía de apreciar en toda su intensidad los encantos de aquella buena moza. Vestía con exquisita elegancia,

i por su edad i aspecto aparentaba ser individuo de algún alto cuerpo del Estado, banquero poderoso o senador por derecho propio. ¿Quién era, en realidad? Uno de esos para quienes el deber es lo que ha de cumplir el prójimo; un favorito de la fortuna, ávido de goces, huérfano de escrúpulos, pero intolerante, asustadizo; cualquiera, nadie i la personificación de muchos.

Acercóse a Magdalena, dióle un beso en el cuello, sin que ella mostrase resistencia ni agrado, i quitándose guantes, gabán i sombrero, se sentó en una butaca colocada frente al tocador, de modo que pudiese ver á su amante por la espalda i al mismo tiempo contemplar su rostro, reflejado en el espejo.

—Besitos,—dijo ella frunciendo el entrecejo,—besitos... i poca vergüenza. Vamos a ver, ¿por qué no ha venido usted ayer en todo el día? Mira, que si yo quisiera... apenas tenía horas libres....

—Hija, no he podido.

—No, ¿eh? ¡Un día entero! ¿Qué has tenido que hacer?

—Muchas cosas.

—Pues todo me lo has de contar para que te perdone... hora por hora... minuto por minuto.

I alardeando de apasionada i ofendida, se levantó con el pelo suelto, yendo a ponerse de media anqueta en un brazo de la butaca donde él estaba, diciendo:

—Anda, pichón, dime todo lo que has hecho, i si mentes... ¡te ahogo!

—Pues, mira: ayer me levanté a las doce, almorcé, i a las dos ya me tenías en el Consejo Magno de ferrocarriles Hispánicos.

—¿I qué pito tocas tú allí?

—Teníamos junta los consejeros, porque los guarda-agujas piden aumento de sueldo i se han declarado en huelga. Dicen que ganan, no sé cuánto, ocho o diez reales, i trabajan dieciseis o veinte horas... i no duermen.

Acordamos negar, pero hubo discusión; hasta las tres i media estuvimos allí.

—¿I luego?

—Fui a Hacienda a ver al ministro.

—¿Para qué?

—Ya sabes que tengo unas dehasas en la Mancha. Pues entre investigadores i denuncias... Nada, que me quieren cobrar doble contribución de la que pago... ¡i no me da la gana!

—Pero ¿con razón?

—Nunca hai razón para cobrar tanto. Claro que... en realidad, debía pagar más... pero, ¿quién paga lo justo? Nadie.

—¿I qué te dijo el ministro?

—Medias palabras. No podía ser explicito; pero comprendí que todo se arreglaría. ¿No ves que en su distrito, si yo quiero, no saca el gobierno ni un voto?

—En fin, que te saldrás con la tuya.

—Caball! Pagaré lo que hasta aquí.

—I luego ¿dónde fuiste?

—De allí salí a las cuatro i media. Me encontré en la calle a Pignorate, i estuvimos un rato mui largo hablando de negocios.

—¿Qué negocios?

—Una empresa que tenemos. La cosa parece que se tuerce. Pignorate es el que da la cara: el dinero es de varios, yo entro en ellos. Dicen malas lenguas que si es limpio o no es limpio. Todo consiste en adelantar dinero a señoritos... i claro que han de pagar algo. Que algunos son menores... pues que sean. Lo mismo necesitan dinero los jóvenes que los viejos. Pignorate dijo que iba a meter a un muchacho en la cárcel, pero ya verás como no lo consienten sus padres.

—Vamos, que teneis una sociedad para prestar a menores, i luego... lo arreglan sus familias!

—Así, tan en crudo... no; pero el que quiera dinero para vicios, que lo pague.

—¿I después?

—Me metí en el Congreso. Tenía que votar con el Gobierno, por pura disciplina, una gran picardía; sin embargo, como lo primero es el partido, voté. Luego tuve que ir al Círculo para buscar a uno.

—¿Jugaste?

—Poco; hasta las siete.

—¿I qué tal?

—Medianamente; gané mil pesetas.

—Pues me vienen a pelo.

El caballero sonrió bondadosamente, i sacando del tarjetero diez billetes de a veinte duros, los colocó sobre la falda de Magdalena, diciendo:

—Para afileres; i ya puedes agradecerlo... Mis chicas tenían no sé qué capricho... Cosas de muchachas. Otra vez será.

Ella, dando por terminado aquel incidente, tiró sobre el focador los billetes i continuó:

—¿Qué hiciste luego? Por qué no viniste de noche? Te estuve esperando... se perdió el palco, ¡i me acosté de un humor!

—Fui a casa a comer, con propósito de venir temprano. ¡Que si quieres! Hizo la maldita casualidad que, contra lo acostumbrado, no tuviésemos más convidado que mi suegra.

—¡Lagarto, lagarto!

—Si; estuvimos en familia. Luego se marchó la buena señora, mis hijas se fueron a vestir para ir al teatro, i me quedé solo con mi mujer.

—¿Tu mujer? ¿Y qué pasó?

—Lo de siempre, cuando nos quedamos a solas. La gran jaqueca. Es buena, cariñosa, dulce, la estimo i la respeto i la considero... pero no nos entendemos.

- ¡Ya conseguirá que me dejes!
- ¡Eso no! Tuvimos una escena mui desagradable i estuve mui enérgico.
- No te atreverías.
- ¿Qué no? Pues mira, le dije: «no me apures la paciencia, porque nos separamos. Tú eres libre.... hasta cierto punto: yo soi dueño de mis acciones; i en paz, o damos el gran escándalo.»
- Te hablaría de mí.
- Por indirectas. Me dijo que gastaba demasiado, que en casa se debía la mar, que ella estaba humillada, despreciada, que las chicas se iban a quedar sin tener que comer.... i lo que más me enfurece! se echó a llorar.
- Para que te ablandases.
- Pues no me ablandé. Lo que siento que las chicas...
- ¿Qué pasó?
- Del comedor habíamos pasado al despacho. Las niñas vinieron vestidas, oyeron voces, se detuvieron junto a la puerta, i se enteraron de todo.
- Como son mayorcitas, se harán cargo.
- Se abrazaron a su madre.... llorando. ¡Figúrate!
- ¡Tonto! Haberte venido.
- Ya se me ocurrió; pero se me había levantado tal dolor de cabeza que tuve que acostarme i tomar anti-pirina.
- ¡Potíngues! ¡I yo aqui sola!
- Quiso él entonces abrazarla, por quitarle el enojo; mas ella, levantándose de su lado, le dijo mui seria:
- Todo eso está mui bien, i el cuadro de familia interesantísimo. Para evitar que se repita esta tarde, me llevas a comer a cualquier parte.
- Convenido. I no mando recado a casa: ya se irán acostumbrando.
- Magdalena sonrió gozosa, i volviendo a su interrogatorio i reprimenda, para disimular su alegría, preguntó con gesto desabrido:

- I hoi ¿por qué no has venido más temprano?
- He tenido que hacer una visita.
- ¿A quién?
- A un amigo con quien estoi organizando una sociedad mui útil i provechosa. Ahora no existe ninguna semejante, ni parecida; queremos que sea medio sociedad, medio cofradía, con honores de tribunal. Si nos dejan, el Santo Oficio con levita. Hace mucha falta, porque hoi no se respeta nada, ni se cree en nada; el sentido moral anda por los suelos, el mundo está perdido.... Pero tú no puedes entenderme.
- Magdalena, sonriendo entre provocativa i burlona, al mismo tiempo que se prendía las últimas horquillas en el moño, volvió la cara hacia su amante, hizo con los ojos un guiño mui expresivo i dijo:
- Hazte socio, monín. Oye, ¿i cómo se llamará esa hermandad?
- La hoja de parra.*
- ¿I para qué es?
- El caballero se puso mui serio, i con voz grave i sonora, repuso:
- La hoja de parra* será una Asociación para atajar los progresos de la inmoralidad i de la falta de fe.
- JACINTO OCTAVIO PICÓN.

HISTORIAS VIVAS

"NUBIO"

A ver, tío Nacho, cuéntenos usted esa célebre historia del perro — que entre paréntesis, no es nada bonita, ni mucho menos interesante — dije al anciano sastre, quien contestó:

- ¡Ya conseguirá que me dejes!
- ¡Eso no! Tuvimos una escena mui desagradable i estuve mui enérgico.
- No te atreverías.
- ¿Qué no? Pues mira, le dije: «no me apures la paciencia, porque nos separamos. Tú eres libre.... hasta cierto punto: yo soi dueño de mis acciones; i en paz, o damos el gran escándalo.»
- Te hablaría de mí.
- Por indirectas. Me dijo que gastaba demasiado, que en casa se debía la mar, que ella estaba humillada, despreciada, que las chicas se iban a quedar sin tener que comer.... i lo que más me enfurece! se echó a llorar.
- Para que te ablandases.
- Pues no me ablandé. Lo que siento que las chicas...
- ¿Qué pasó?
- Del comedor habíamos pasado al despacho. Las niñas vinieron vestidas, oyeron voces, se detuvieron junto a la puerta, i se enteraron de todo.
- Como son mayorcitas, se harán cargo.
- Se abrazaron a su madre.... llorando. ¡Figúrate!
- ¡Tonto! Haberte venido.
- Ya se me ocurrió; pero se me había levantado tal dolor de cabeza que tuve que acostarme i tomar anti-pirina.
- ¡Potíngues! ¡I yo aqui sola!
- Quiso él entonces abrazarla, por quitarle el enojo; mas ella, levantándose de su lado, le dijo mui seria:
- Todo eso está mui bien, i el cuadro de familia interesantísimo. Para evitar que se repita esta tarde, me llevas a comer a cualquier parte.
- Convenido. I no mando recado a casa: ya se irán acostumbrando.
- Magdalena sonrió gozosa, i volviendo a su interrogatorio i reprimenda, para disimular su alegría, preguntó con gesto desabrido:

- I hoi ¿por qué no has venido más temprano?
- He tenido que hacer una visita.
- ¿A quién?
- A un amigo con quien estoi organizando una sociedad mui útil i provechosa. Ahora no existe ninguna semejante, ni parecida; queremos que sea medio sociedad, medio cofradía, con honores de tribunal. Si nos dejan, el Santo Oficio con levita. Hace mucha falta, porque hoi no se respeta nada, ni se cree en nada; el sentido moral anda por los suelos, el mundo está perdido.... Pero tú no puedes entenderme.
- Magdalena, sonriendo entre provocativa i burlona, al mismo tiempo que se prendía las últimas horquillas en el moño, volvió la cara hacia su amante, hizo con los ojos un guiño mui expresivo i dijo:
- Hazte socio, monín. Oye, ¿i cómo se llamará esa hermandad?
- La hoja de parra.*
- ¿I para qué es?
- El caballero se puso mui serio, i con voz grave i sonora, repuso:
- La hoja de parra* será una Asociación para atajar los progresos de la inmoralidad i de la falta de fe.
- JACINTO OCTAVIO PICÓN.

HISTORIAS VIVAS

"NUBIO"

A ver, tío Nacho, cuéntenos usted esa célebre historia del perro — que entre paréntesis, no es nada bonita, ni mucho menos interesante — dije al anciano sastre, quien contestó:

Tampoco su historia es bonita ni extraordinaria, pero es un caso de tierna fidelidad; es la historia de una familia antes feliz, después abatida por las desgracias. I ese perro que ustedes vieron salir de allí enfrente, tan feo, tan enfermo i tan viejo, es el único ser fiel que visita la casa donde se desarrollan los vulgares sucesos que constituyen esa tierna leyenda:

Erase una grande familia que vivía dichosa i feliz hasta donde es posible serlo, naturalmente. El padre, un empleado de una de las oficinas del Gobierno, cincuenta pesos al mes; la madre bordaba, tejía, confeccionaba dulces i pasteles según antiguas recetas, cuyas fórmulas vultan un tesoro; tres hijas de quince a veintidos años; las dos mayorcitas cosían *munición* i hacían camisas *para la tienda*; la menor, Luisa, estudiaba en la Encarnación; dos hijos, uno meritorio en la misma oficina de su padre; el otro, veinte años, muy formal i trabajador, era boticario i pasaba integro su sueldo para el gasto de la casa, donde reinaba plena armonía.

II

Daba gusto ver a aquella familia los domingos en la tarde, cuando después de comer el eterno *mole de guajolote*, desfilaban todos rumbo al Teatro Hidalgo a conmovirse con «El Campanero de San Pablo», «La Abadía de Castro», ó los trecebundados «Veinte años, ó la Vida de un Jugador». . . . Rompía la marcha la linda Luisa, muy alegrita, su cara vivamente sonrosada, contoneándose, altanera como una niña princesa que sabe que toda una corte la admira a su paso; después, más serias, pero rebosando contento, las dos hermanas mayores, en medio de las cuales iba el boticario, cuando no estaba de guardia, acicalado como un lagartijo de patio de vecindad, luciendo sus lentes de arillo dorado i un clavel rojo en el ojal de su sagrada levita dominguera. . . .

Atrás, serietes, estirados, envueltos también en sus trajes de domingo, negro el de él con chaleco blanco, ella con antiguo sombrero repleto de flores. I el meritorio, travieso muchacho aún, cerraba la caravana. En la noche, a las nueve i media, regresaban después de haber gozado infinitamente de los horrores del drama i de los chistes del sainete, devorando dulces i *tortas compuestas*.

En toda la vecindad era la única familia donde nunca surgían querellas ni chismografías, i la única de quien jamás se decía mal; así es que bien eran acreedores a la salud i relativa felicidad de que disfrutaban.

I era Luisa, la bella, la orgullosita alumna de la Encarnación, el alma de tanta dicha. Desde el bueno del trabajador escribiente, grave i metódico, hasta el meritorio rapaz, todos la adoraban i con mucha justicia, porque era buena i afable.

III

El tal mozo solía llevar a la casa a un su amigo, jovenzuelo como él, pero reposado i altivo, con su vasta inteligencia, como que era estudiante de segundo año en la Preparatoria, i ambicionaba ser médico. Era un ser práctico, sin entusiasmo ni calaveradas, prudente: un tesoro.

Fué desde entonces la única importante visita. . . . ¡Ah! no, no era la única, porque habiendo recogido un día en plena calle un perrito recién nacido, abandonado, lo llevó para que Luisa le diese leche empapada en su pañuelo.

El estudiante i su perro iban diariamente, i como la niña adoraba al animalito, porque era muy gracioso, con sus ojillos inteligentes i tiernos, i su piel negra, sedosa i fina, pasaban los tres largas horas de intimidad, en tan-

to que el padre leía su periódico, bordaba la señora i en sus máquinas cosían, infatigables, las muchachas.

Así empezó el idilio.

IV

Como hubieran de notar (no tanto ellos, como los que tan contentos los veían mimando al perro) que se amaban, hubo de convenirse en que habían de casarse los amantes al año de haberse recibido de médico el novio de Luisa.

I en la honrada vivienda, rumorosa por el trabajo, se desarrolló lentamente el feliz idilio en torno del negro i juguetón «Nubio», que así se llamaba el nuevo amigo.

Todas las noches, a las siete, alegres ladridos anunciaban la llegada del retozón animal; i por fin, disparado furiosamente o a saltos tremebundos, moviendo la cola, atravesaba el patio; en un segundo subía la escalera i al instante se hallaba escarceando ante Luisa, gimiendo de placer i lamiéndole las manos satinadas, radiantes de alegrías sus magníficos ojos negros veteados de oro.

Pasaron cuatro años, el hermano boticario se casó abandonando la casa: la hermana mayor también contrajo matrimonio con un empleado que la llevó fuera de Méjico; pero el idilio de los dos amantes seguía siempre tranquilo i casto, ella bordando con la vista puesta sobre el blanco pañuelo, él leyéndole sonoros versos o refiriéndole las peripecias de su vida estudiantil, en tanto que el cariñoso «Nubio» retozaba en torno de ellos, o fatigado, sentado sobre sus patas traseras, los contemplaba con profunda atención, tembloroso de cariño, feliz.

V

Después, empezaron con la ancianidad del digno escribiente, a llover desdichas. Muere su esposa: él, ago-

biado por la pena i un atroz reumatismo, deja su oficina, i luego, vendiendo i empeñando los muebles de tiempos mejores, sigue pasando la vida ya entre zozobras i amargos recuerdos, vida apenas alegrada con la esperanza de que el matrimonio de Luisita haga surgir de nuevo el sol de la felicidad, haciendo cesar la noche de aquel cruel eclipse.

Una noche, repentinamente murió la hermana, la pobrecita que despedazaba sus pulmones ante la máquina donde cosía la abominable *munición*, para sostener a su padre anciano, porque el antiguo meritorio, habiendo pasado al ejército como oficial, vivía bien fuera de Méjico sin acordarse, naturalmente, de su padre.

I he aquí a éste solo, al lado de la orgullosita, de la mimada, pero siempre buena i afable, quien es ahora la que cose, cose desde que amanece hasta las altas horas de la noche... Su novio va como siempre con el cariñoso «Nubio»; aquél lee el periódico, ella trabaja. *Nubio* los contempla *echado* en los ladrillos, su negro hocico sobre las patas traseras... I el viejo clavado en su sillón, sufre i calla, fingiendo escuchar.

Así, monótonamente, siguió el vulgar idilio casto i tranquilo. Hasta que sucede que cierta vez el perro llega solo; ¿por qué? ¿está enfermo su amo? No, al día siguiente da una disculpa; pero vuelve a faltar más i más hasta llegar a ser frecuentes sus ausencias. *Nubio* llegaba entonces solo, pero siempre llegaba.

Por fin, el estudiante no volvió ya nunca.

¿A qué amar a una pobre joven amenazada por la anemia i la tisis, como su desdichada hermana, como ella embrutecida por el trabajo diario, que marchitaba su belleza i encallecía sus manos antes tan finas i tan deliciosamente satinadas? Para un joven de porvenir, aquel idilio era tonto, mas no como un perro como *Nubio*. El i su padre fueron los únicos que miraron enternecidos las lá-

grimas de la pobrecita.... Todas las noches, lloviendo i helando, estuviese lejos o cerca, *Nubio* dejaba a su amo i a carrera tendida emprendía el viaje hasta llegar a lamer la falda de percal de la trabajadora Luisa.

Jamás faltó. Ni aun el día de la boda, cuando años después, el médico se casaba con la rica dama que hoy es su esposa i cuyos hijos juegan con el viejo *Nubio* que les gruñe malhumorado como viejo achacoso i agrio.

Era natural, Luisa murió también.... El anciano no quiso abandonar la antigua vivienda; a ella su hijo el boticario llevó su nueva familia, entre la cual perpetuamente clavado en su sillón, vejeta, puesto como un mueble estorboso en el rincón de la sala.... i sólo torna de su sueño semejante a la muerte, cuando *Nubio*, tan enfermo i tan viejo como él, sube en las noches a lamer su mano fría o va a enroscarse en el rincón donde empezó el idilio de los amores de Luisa.

El pobre *Nubio* se lamenta a veces gimiendo de amargura.... ¡quién sabe qué evocaciones habrá en su breve cerebro!.... i sale después tristón, claudicante i feo como lo han visto ustedes salir ahora.... I ya lo ven, esto no es maravilloso ni raro, sino sencillo i vulgar; pero muy real i tierno....

HERIBERTO FREIAS.

EL MEJOR REGALO

En el fondo de la choza humilde estaba la cama tosca de la campesina enferma....

Su pálida cabeza se perdía entre las almohadas i, amorosa, con la santa ternura de todas las hembras por sus cachorros, amamantaba al recién nacido, hermoso i robusto como un San Juan.

El padre se vestía con sus ropas domingueras. Su mujer le miraba fijando en él sus ojos de expresión laxa, i luego besaba sonriendo al pequeñuelo. Nevaba; la noche era oscura a pesar de la gris fosforescencia de la escarcha, i sin embargo, el buen labrador se acicalaba cuidadosamente, como un mozo galán que se prepara a la cita de una amada aristocrática. Era que iba a buscar a la Reina de las Hadas, quien le había ofrecido ser la madrina de su hijo.

Cinco meses antes, una tarde en que fué, como de costumbre, al bosque a cortar encinas, salvó a una cierva perseguida de cerca por un lobo; con destreza tiró su hacha a la cabeza de la fiera i la tendió muerta. Grande fué su asombro al ver que la cierva se convirtió en una dama hermosísima, ricamente vestida, que se le acercó i le dijo:

—Te agradezco, leñador, el servicio que me has prestado. Soy la Reina de las Hadas. Cuando nazca tu hijo seré su madrina i mis compañeras i yo le haremos dones. Toma esta ramita de saúco i cuando nazca el niño ven en la noche a este mismo bosque i golpea con la rama en cada árbol. Saldrá una Hada. Aquella más robusta i añosa tocarás para llamarme. Adios.

El leñador refirió a su mujer lo que le había pasado. Pasaron los cinco meses i una mañana nació su hijo.

*
*
*

Regresó del bosque contentísimo: había tocado multitud de encinas i habían salido innumerables hadas. Sólo que tocó equivocadamente un pino, también salió una Hada negra, pero muy bella i ricamente vestida. Apenas cabían en la cabaña. Hicieron cumplidos a la enferma i se agruparon en torno a su lecho. La Hada negra permaneció inmóvil en un rincón.

—Yo le haré amado de las mujeres!—dijo la Reina de las Hadas, i dió un beso en la frente al niño.

—Le daré riquezas.—Le haré Rei.—Le daré la Fuerza.
—Yo, el Valor, Todas obsequiaban al niño con un don i le besaban. Sólo la Hada negra se mantuvo inmóvil en su rincón.

—Señora—dijo el leñador suplicante—¿vos no quereis favorecer a mi hijo?

—Mira, buen hombre—contestó con voz lúgubre; los ojos le brillaban extrañamente—yo puedo dar a tu hijo la Dicha, la Felicidad, dones que no le han obsequiado mis colegas; puedo impedir que sufra las mordeduras del Dolor, puedo hacerle el obsequio más valioso para un hombre... ¿Quieres que lo haga? ¿Lo exiges?

—¡Oh, señora, os lo pido de rodillas!

—Bueno, voi a complacerte—dijo sonriéndose la Hada negra, acercándose al niño.

Las demás Hadas le abrieron paso. Entonces tomó al infante que al sentir el frío de sus manos lloró. Le besó en la frente, y luego... luego le estranguló!

Había hecho al niño el mejor regalo, la muerte.

CLEMENTE PALMA.

EL SUEÑO DEL LEON

TIENDE la noche su inmensa túnica de sombras. Se hunde en la penumbra la espantosa soledad de la selva, i el monarca de los montes, como un cansado gladiador, busca reposo en el antro de una gruta... Allí duerme con el estertor de un gigante en agonía. Por sus anchas fauces salen acompasadamente corrientes de aire, levantando remolinos de polvo, como si en los pulmones de la fiera colosal se agitara el terrible *simun* de los desiertos!

Duerme poco, pero con la tranquilidad del que nada teme. ¿Quién se atreve a perturbar su sueño? El vampiro huye espantado hacia el más obscuro rincón i va a colgarse como un arete en la bóveda escarpada de la gruta. El grillo acalla su chirrido espeluznante i el reptil horrorizado recoge sus toscos anillos en el fondo de la cueva.

Ni un vago rumor se escucha en aquella pavorosa soledad; ni un pájaro cruza entre el follaje, i sólo allá lejos se oye de vez en cuando, como el eco perdido de un lamento, la voz fatídica del buho.

¡Qué imponente es la obscuridad de la selva! ¡Cuánto misterio reina en aquel paraje a la hora del sueño del león! Esa hora tal vez es la hora nupcial para las flores. Polen i Estigma se dan la mano, juntan sus labios i de un beso fugitivo que agita suavemente la corola, sale una explosión de aromas que embalsama i purifica el aire. Esa hora también es la hora nupcial para las aves. Las aves son flores, cuya corola es el nido; i acaso el rui-

señor que en la noche tiende el ala a su pareja, cantará mañana la argentina estrofa que murmuró en el nido...

De repente se oye un sordo i extraño rumor... Cesa el concierto de las aves i las flores... Es que despierta la fiera magnífica. Se levanta; estira sus robustos miembros; enarca el espinazo; abre su ancha boca de caverna obscura, en donde blanquean como estalactitas los enormes dientes, i lanza terrífico un rugido atronador que estremece la montaña entera, como si una espantosa pesadilla oprimiera las entrañas colosales del monarca!

Tiembla de pavor el viajero peregrino; se encabrita el corcel i se detiene; pero el caminante hace un esfuerzo supremo de valor, cierra los ojos, «clava la espuela en el hjar del bruto» i cruza como un relámpago aquellos tenebrosos lugares.

En tanto el león abandona su guarida, hinca sus poderosas garras en la tierra i traza en el suelo hondos rasgos, como los surcos de un arado. Luego se interna en la espesura, alumbrando el sitio por donde pasa con su par de ojos fosforescentes, como los de un cocuyo inmenso....

Todos ven en el león la fiera más temible de los montes africanos; pero yo lo admiro, porque dió a la humanidad un sublime ejemplo de nobleza i gratitud!

ISMAEL E. CHRISTEN.

¡OH MIS AZAHARES!

ESTÁBAMOS separados, pero no ausentes; nuestros espíritus vagando por el azul palacio de los sueños buenos, se adivinaban en el céfiro, en la flor, en el perfume i en el somnoliento parpadeo de los astros.

¡Cuántas veces, en alas del ensueño, llegaron al regio alcázar de la reina pálida i ahí se besaron con el beso inmortal de los dolores comprendidos!

Quiso el destino que yo volviera a su terruño, a su terruño que amo, porque a la sombra de cristiana cruz reposan las cenizas de su padre; a su terruño que amo, porque él ahí vió la luz primera i bajo humilde techo vive la diosa de su hogar, su buena madre.

A la hora solemne de las nostalgias del alma, cuando los pajarillos buscan su nido i vésper como «heraldo de la noche» anuncia la muerte del día, él llegaba ante el altar sagrado de mi reja; altar de ilusiones, de sueños i esperanzas! Era el mes en que los árboles dejan su ceniciento ropaje para vestir esmeraldina túnica; en que el ave viajera forma su nido para descansar de sus fatigas; en que brota la simiente que da rosas i frutos; los naranjos en flor hacían soñar en los amores del poeta inmortal Jorge Isaacs, hombre que idealizó a la mujer no encontrada, o que encontró a la mujer que el genio sueña.

Tres noches hacía que las cintiladoras indiscretas suspiraban de envidia al contemplarnos; tres noches que la inspiradora nocturna me hacía estremecer de celo, porque besaba con sus tenues rayos la soñadora frente de mi amado.

Mañana no he de verte, me dijo al despedirnos; un compromiso social me priva de mi ventura, se trata de un baile, pero si tú no quieres, no iré; ¿qué puedo disfrutar lejos de tí? Cumple con tu deber i distraete cuanto puedas, le contesté; guárdame tu corazón, conságrame tu pensamiento, yo sueño i espero....

Sin la ilusión de extasiarme en sus miradas, ni oír su palabra conceptuosa, ¡cuán largo i tedioso me pareció el día que precedió a la noche de su ausencia! por fin llegó ésta; era blanca i silenciosa, saturada de aromas; en invisibles alas llegaban confusas i rumorosas armonías; murmurios de fuentes, cuchicheos de alondras, besos de libélulas, suspiros de brisas! Soñando i esperando... esperando i soñando, permanecí largas horas con la frente apoyada en la reja de mi ventana, el sueño ya entorpecía mis facultades, pero una fuerza superior me retenía en aquel sitio; los troncos del vecino templo dieron cuatro campanadas, oí unos pasos que hicieron latir mi corazón; de la próxima callejuela se destacó una sombra, ¡era él! mi adorado; llegó a mí i con sollozante voz, me dijo: Tú soñando i esperando.... yo allá buscando luz, donde sólo hallé tinieblas; ¡perdóname! soi un criminal, me deslumbró la hermosura de una mujer; pero mi fascinación duró un instante; un suspiro doliente llegó a mi oído i pareció que olas de tu perfume predilecto envolvían mi sér; me hirió el remordimiento i como loco salí del salón del baile para venir a arrodillarme al pie de tu ventana.... ¿me perdonas? ¡Con toda mi alma proferí palpitante de dicha; no eres infiel, fué una fascinación de tus sentidos, tu ingenuidad i tu presencia son la más satisfactoria prueba de tu amor, pero.... ¿qué traes en las manos? Toma, me dijo; el perfume de esas flores representa tus recuerdos; todas son para tí; guárdalas, las he besado con mi hanto. ¡Hasta mañana! ¡Sueña i espera....!

Los brillantes que bordaban el palio azul palidecieron la viajera de la noche ocultó su anémica faz entre roáceos cortinajes; brilló la precursora del día i sus primeros i tenues rayos bañaron de luz la nivea floración de azahares que me obsequió mi amado.

En el nectario de cada flor cintilaba una gema: ¡gotas de rocío, lágrimas que mi recuerdo arrancó del alma del inspirador de mis estrofas blancas!

¡Oh mis azahares! siempre los guardaré como reliquia santa.

LUISA GODOY.

PARISIENSE

Fué en el boulevard. Al lado de un bock de lager i de una muchacha de cabellos rojos i ojos azules como el bello cielo de la vieja Provenza.

¿Por qué me hará sufrir la narración de Cellete? Me acuerdo todavía de su pequeña boca pintada de carmín que me decía:

—¡Sí; ustedes los estudiantes son mui malditos! Yo amaba mi barbudo i bestial, muchacho que fumaba diez pipas al día i leía sin persignarse las poesias de Rollinat Le adoraba por una bella acción.

Mamá, florista de la calle Taibout, murió aquel invierno tan cruel en que el Luxemburgo estaba blanco, i los pájaros caían muertos en gran número. Mamá tenía su pasión: los claveles.

En ese mismo invierno grosero visitaba a mi madre.

Mañana no he de verte, me dijo al despedirnos; un compromiso social me priva de mi ventura, se trata de un baile, pero si tú no quieres, no iré; ¿qué puedo disfrutar lejos de tí? Cumple con tu deber i distraete cuanto puedas, le contesté; guárdame tu corazón, conságrame tu pensamiento, yo sueño i espero....

Sin la ilusión de extasiarme en sus miradas, ni oír su palabra conceptuosa, ¡cuán largo i tedioso me pareció el día que precedió a la noche de su ausencia! por fin llegó ésta; era blanca i silenciosa, saturada de aromas; en invisibles alas llegaban confusas i rumorosas armonías; murmurios de fuentes, cuchicheos de alondras, besos de libélulas, suspiros de brisas! Soñando i esperando... esperando i soñando, permanecí largas horas con la frente apoyada en la reja de mi ventana, el sueño ya entorpecía mis facultades, pero una fuerza superior me retenía en aquel sitio; los troncos del vecino templo dieron cuatro campanadas, oí unos pasos que hicieron latir mi corazón; de la próxima callejuela se destacó una sombra, ¡era él! mi adorado; llegó a mí i con sollozante voz, me dijo: Tú soñando i esperando.... yo allá buscando luz, donde sólo hallé tinieblas; ¡perdóname! soi un criminal, me deslumbró la hermosura de una mujer; pero mi fascinación duró un instante; un suspiro doliente llegó a mi oído i pareció que olas de tu perfume predilecto envolvían mi sér; me hirió el remordimiento i como loco salí del salón del baile para venir a arrodillarme al pie de tu ventana.... ¿me perdonas? ¡Cón toda mi alma proferí palpitante de dicha; no eres infiel, fué una fascinación de tus sentidos, tu ingenuidad i tu presencia son la más satisfactoria prueba de tu amor, pero.... ¿qué traes en las manos? Toma, me dijo; el perfume de esas flores representa tus recuerdos; todas son para tí; guárdalas, las he besado con mi hanto. ¡Hasta mañana! ¡Sueña i espera....!

Los brillantes que bordaban el palio azul palidecieron la viajera de la noche ocultó su anémica faz entre roáceos cortinajes; brilló la precursora del día i sus primeros i tenues rayos bañaron de luz la nivea floración de azahares que me obsequió mi amado.

En el nectario de cada flor cintilaba una gema: ¡gotas de rocío, lágrimas que mi recuerdo arrancó del alma del inspirador de mis estrofas blancas!

¡Oh mis azahares! siempre los guardaré como reliquia santa.

LUISA GODOY.

PARISIENSE

Fué en el boulevard. Al lado de un bock de lager i de una muchacha de cabellos rojos i ojos azules como el bello cielo de la vieja Provenza.

¿Por qué me hará sufrir la narración de Cellete? Me acuerdo todavía de su pequeña boca pintada de carmín que me decía:

—¡Sí; ustedes los estudiantes son mui malditos! Yo amaba mi barbudo i bestial, muchacho que fumaba diez pipas al día i leía sin persignarse las poesias de Rollinat Le adoraba por una bella acción.

Mamá, florista de la calle Taibout, murió aquel invierno tan cruel en que el Luxemburgo estaba blanco, i los pájaros caían muertos en gran número. Mamá tenía su pasión: los claveles.

En ese mismo invierno grosero visitaba a mi madre.

Marchaba con las manos en el manguito i los labios como dos frambuesas.

En mi camino estaba el hotel Romanville, donde habitaban los meridionales de barbas hasta los ojos i voces como truenos.

¿I las galanterias?

—Lleva un ramo para su amado que duerme por siempre.

—Es la viuda de algún burgués comerciante en flores para esencias.

—O es una a quien le falta uno.

Lisard—Alfonso—me siguió un día hasta el momento en que yo caí de rodillas ante la cruz de mamá. Entonces tuvo una segura convicción de mí.

Lisard dijo después de aquel día, cuando yo avergonzada llevaba mi ramo, en el traje lleno de estrellitas de nieve:

—Al primero que hable de esa chica, le romperé la cabeza. I mostraba su puño cubierto de pelos.

Desde aquel día le amé, i todo mi deseo ardiente fué que el ajenjo que tomaba lo endulzaran los besos de mi boca.

Ya murió: él me adoraba!

Al presente, son dos a los que visito: para mi madre, los ramilletes de cinco francos; para mi amado, el ramo triunfador de mis besos i las lágrimas interminables de mis ojos....

FRANCISCO GARCÍA CISNEROS.

LA ALBORADA

CUENTO TRISTE

¿POR qué me pides versos? Hace ya tiempo que mi pobre imaginación, como una flor cortada demasiado temprano, quedó en los rizos negros de una espesa cabellera, tan tenebrosa como la noche i como mi alma. ¿Por qué me pides versos? Tú sabes bien que del laúd sin cuerdas no brotan armonías i que del nido abandonado ya no brotan gorjeos. Vino el invierno i desnudó los árboles; se helaron las aguas del río donde bañabas tu pie breve; i aquella casa, oculta entre los fresnos, ha oído frases de amor que no pronunciaron nuestros labios i rizos que no alegraban nuestras almas. Parece que un amor inmenso nos separa.

Yo he corrido tras el amor i tras la gloria, como van las niñas tras la coqueta mariposa que se burla de la persecución i de sus gritos.

Todas las rosas que encontré tenían espinas, i todos los corazones olvido.

El libro de mi vida tiene una sola página de felicidad, i esa es la tuya.

No me pidas versos. Mi alma es como esos pájaros viejos que no saben cantar i pierden sus plumas una a una, cuando sopla el cierzo de diciembre.

Hubo un momento en que creí que el amor era absoluto i único. No hai más que un amor en mi alma, como no hai más que un sol en el cielo—decía entonces.—Después supe, estudiando astronomía, que los soles son muchos.

Toqué a la puerta de muchos corazones i no me abrieron, porque dentro no había nadie.

Yo vuelvo ya de todos los países azules en que florecen las naranjas de color de oro. Estoy enfermo i triste. No creo más que en Dios, en mis padres i en tí. No me pidas versos.

Preciso es, sin embargo, que te hable i te cuente una por una mis tristezas. Por eso voi a escribirte, para que leas mis pobres cartas junto a la ventana, i pienses en el ausente que jamás ha de volver. Las golondrinas vuelven después de larga ausencia, i se refugian en las ramas del pino. La brújula señala siempre el Norte. Mi corazón te busca a tí.

¿De qué quieres que te hable? Deja afuera la obscuridad i haz que iluminen tu alma las claridades del amor. Somos dos islas separadas por el mar; pero los vientos llevan a tí mis palabras i yo adivino las tuyas. Cuando la tarde caiga i las estrellas comiencen a brillar en el espacio, abre tú los pliegos cerrados que te envío, i escucha las ardientes frases de pasión que lleva el aire a tus oídos. Figúrate que estamos solos en el bosque, que olvidé todo el daño que me has hecho, i que en el fondo del *coupé* capitoneado te habló de mis ambiciones i de mis sueños. Oyeme, como escuchas el canto de las aves, el rumor de las aguas, el susurro de la brisa. Hablemos ambos de las cosas frívolas, esto es, de las cosas serias. La tarde va a morir: el viento mueve apenas sus alas como un pájaro cansado; los caballos que tiran del carruaje, corren hacia la casa en busca de descanso; la sombra va cayendo lentamente... aprovechemós los instantes.

Hace muy pocos días paseaba yo por el parque, pensando en tí. La tarde estaba nublada i mi corazón triste. ¿Cómo han cambiado las cosas! Los carruajes que van

hoi al paseo no son los mismos que tú i yo veíamos. Veo caras nuevas tras de los cristales i no encuentro las que antes distinguía. ¿Te acuerdas de aquella que encontramos siempre en *trois quart* a la entrada del paseo? Pues voi a referirte su novela. Amaba mucho; las ilusiones cantaban en su alma como una bandada de ruiseñores; se casó i la engañaron. Todavía recuerdo la impaciencia con que contaba los días que faltaban para su matrimonio. La noche que recibió el traje de novia creyó volverse loca de contento. Yo la miré en la iglesia al día siguiente, coronada de blancos azahares, trémula de emoción i con los ojos henchidos de lágrimas. ¿Quién nos hubiera dicho que aquel matrimonio era un entierro? Se amaban mucho los dos, o por lo menos lo daban así. Iban a realizar sus ilusiones; la riqueza les preparó un palacio espléndido i los que de pie en la playa la miramos partir en barca de oro, dijimos: Dios la lleva con felicidad!

Unos meses después, encontré a su marido en un café.

—¿I Blanca?

—¿Está algo mala!

Era verdad, Blanca estaba mala; Blanca se moría. Enrique la dejaba por ir en pos de los placeres fáciles, i Blanca, sola en su pequeña alcoba, pasaba las noches sin dormir, mirando cómo se persiguen i se juntan las agujas en la muestra del reloj. Una noche Enrique no volvió. Al día siguiente, Blanca estaba más pálida: parecía de cera.

Hubiérase creído que la luz del alba, que Blanca vió aparecer muchas veces desde su balcón, le había teñido el rostro con sus colores de azucena.

¿Por qué no viene?— preguntaba sondeando con los ojos la obscuridad profunda de la calle.

I graznaban las lechuzas, i el aire frío de la madrugada le hería el rostro, i Enrique no volvía. De repente sue-

BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO P. MONTENEGRO"
Apto. 1625 MONTENEGRO

nan pasos en las baldosas. Blanca se inclina sobre el barrantal para ver si venía. ¡Esperanza frustrada! Era un borracho que regresaba a su casa, tropezando con los faroles i las puertas.

Así pasaron días, semanas, meses: Blanca cada día estaba peor. Los médicos no atinaban la cura de su enfermedad. ¿Acaso hai médicos de almas?

Una noche, Blanca le dijo a Enrique:

—«No te vayas. Creo que voi a morirme. No me dejes.»

Enrique se rió de sus temores i fué al círculo donde le esperaban sus amigos. ¿Quién se muere a los veinte años?

Blanca le vió partir con tristeza. Se puso después frente a un espejo, alisó sus cabellos i comenzó a prender entre sus rizos diminutos botones de azahar.

Dos grandes círculos morados rodeaban sus ojos. Llamó en seguida a su camarera, se puso el traje blanco que le había servido para el día del matrimonio i se acostó. Al amanecer, cuando Enrique volvió a su casa, vió abiertos los balcones de su alcoba: cuatro cirios ardían en torno de la cama. Blanca estaba muerta.

—¿Ya lo ves? La vida mundana, tan brillante por fuera, es como los sepuleros blanqueados de que nos habla el Evangelio. La riqueza oculta con su manto de arlequín muchas miserias.

Cierra tus oídos a las palabras del eterno tentador. No ambiciones el oro que es tan frío como el corazón de una coqueta. Sé buena, reza mucho i ama poco.

MANUEL GUTIÉRREZ NÁJERA.

DEL CHAMPAGNE

¡VINO!.... Más vino!.... i dobló la cabeza sobre la mesa sucia que le sirvió de almohada.

Mientras Lola, la camarera, la hermosa catalana tan linda como estúpida, dejaba exhausta la botella, vaciándola en la copa del borracho....

I empezó a soñar.

**

El era dueño del mundo, señor del universo. Los soles, a su mandato, rodaban al abismo, i él se entretenía en escuchar el ruido que hacían al entrechocarse en los espacios, antes de caer para siempre en las profundidades de la eterna nada! Era un tropel de astros que él dominaba a su antojo, una hecatombe mundial, el desquicio de los orbes ordenado por él.

¡Si! Todo se hundiría bajo sus plantas, nada quedaría en pie, porque todo estaba podrido; había que reconstruirlo todo, había que empezar la obra de nuevo!

**

¡Oh, rei de los reyes, mandón supremo! ¡Con qué placer contemplas tu obra, miras el derrumbe colosal sin inmutarte, i escuchas extasiado la música del trueno! Ese estrépito inaudito, ese crujir de mundos constituye tu gloria.

Todas tus órdenes son cumplidas. Un ejecutor invisible adivina tu pensamiento; los globos luminosos siguen rodando en el vacío, pero tu cabeza no es atacada por

el vértigo de aquel remolino espantoso: no flaqueas i no te asombras de lo hecho. Has usurpado el reino de los reinos, i no tienes miedo, i no tiembles....

¿I dónde está tu ángel malo? ¿Dónde el eterno Luzbel, revelado contra tu poder omnimodo, contra tu poder excelso? Dónde el nuevo rebelde, el nuevo condenado, el nuevo Satán?

Soberbio, blandiendo en sus manos látigos de fuego, despidiendo por sus ojos relámpagos de ira, el Dios men- guado le vió acercarse.

¡Ai de tí, maldito! El que tiene en sus manos los desti- nos del orbe entero; el que a su antojo maneja el univer- so; el que en su poder tiene el rayo, castigará tu osadía, castigará tu insolencia. ¡Tiembra renegado!

I al levantar su mano para aplastarle de un solo gol- pe, la botella vacía fué a estrellarse a los pies de Lola, la hermosa catalana, tan linda como estúpida, que, con- templando al borracho, le miraba con su aire indiferen- te de sonámbula triste....

ALBERTO GHIRALDO.

EL NUMERO 32

UNA tarde, de frente al mar, que con el sordo rumor de su oleaje arrullaba nuestra indolencia, un gru- po de amigos charlábamos cordialmente, saboreando a lentos sorbos algunas repetidas copas de champaña. El sol caía vencido en la inmensidad del océano, que en una

vasta zona semejaba inmenso abanico de oro con varil- laje de nácar, sobre el cual un delicado pincel de paisa- jista hubiera trazado un vuelo acompañado de gaviotas, que no otra cosa fingían las innumerables lanchas que volvían al puerto con sus velas desplegadas, i que a lo lejos parecían rozar el cristal de las aguas, teñido por el crepúsculo con todos los colores de su paleta.

Sea porque cuando los primeros claro-oscuros de la sombra cuelgan sus paños negros sobre el azul del cielo, las tristezas i los ensueños nos arrullan con sus melan- colias, o porque la influencia del alcohol predispone a los ánimos a las confidencias, es el caso que la conversa- ción tomó un giro íntimo, que sobre nuestros corazones viejos pasó un soplo de juventud, i que todos empeza- mos a hablar de amor, relatando quién una comica aven- tura, quién el triunfo fácil sobre una virtud frágil, o quién haciendo el balance de sus desengaños.

Sólo Carlos de Ferrán permanecía impassible, extraño al entusiasmo general, con los ojos fijos en el horizonte donde parpadeaban las primeras estrellas, como si aguar- dara de muy lejos la llegada de un recuerdo perdido en- tre las brumas del tiempo, esfumado en las lejanías del pasado.

—¿En qué piensas, doctor? preguntó uno de los del grupo.

—En que también he amado, contestó débil, tímida- mente, como si respondiera a la voz interrogante de un pen- samiento íntimo, i sus ojos brillaron con una claridad ex- traña, como si al fat de una reminiscencia se hubiera he- cho la luz en su alma.

I sin que nadie pretendiera indagar su secreto, siguió hablando sobre el mismo tema, animándose a medida que avanzaba en la narración.

—¿Conocéis mi afición por el número 32? Pues obedec- ce a que él fué el objeto de mis primeros i únicos amo-

res, a que en él se encierra la poesía del misterio de mi sola impresión pasional. Escuchadme. Mi juventud alboré en las calladas galerías de un hospital i en la majestuosa soledad de un anfiteatro. Mis ilusiones, como flores de sombra, se abrieron en el pavor de una sala de disecciones, ¡figuraos qué invernadero! Como de la melancolía de mi ciudad natal a la del hospital donde debía hacer mi práctica profesional no había diferencia, pronto me habitué a la vida metódica de mi nueva habitación, i la ciencia me recompensó con creces los momentos de ocio que la consagraba, de tal suerte que fácilmente, sin esfuerzo, mi carácter i mis gustos fueron no sólo amoldándose, sino encontrando placer en la existencia monótona i quieta que llevaba en el hospital, i me acostumbré a ver la vida sin fantasías ni espejismos, sino real, descarnada, en su hermosa desnudez, desde este punto de vista que tanto nos asusta cuando, viviendo en el perpetuo carnaval de la ilusión, tenemos miedo de ver la faz siniestra de la verdad, i tanto nos seduce cuando, con el estudio i el análisis, nos acorazamos contra las voluptuosidades del ensueño. Puedo jactarme de que había realizado uno de los problemas que siempre me han preocupado hondamente: la educación del corazón, pues el mío no era la ánfora que guardaba los perfumes de todas las pasiones con que se embriaga a la razón, ni el teclado al cual la hermosura o la coquetería de la mujer podían arrancar toda la gama de los sonidos; sino el órgano fisiológico imperturbable, que no aceleraba el movimiento de la sangre por ninguna fruslería, sino que llenaba con precisión matemática las importantes funciones que en el organismo tiene asignadas.

Pero cortemos la digresión i volvamos a mi relato. Pasaron algunos años de aquella existencia plácida, consagrada a curar aquí un padecimiento, a mitigar allí un dolor, a consolar allá una angustia, a prodigar aceite a

la lámpara de la esperanza de un moribundo acullá; y obtuve mi título. Por algunos días sostuve una lucha sobre la ruta que me había de guiar al porvenir, la eterna lucha de los profesores noveles llenos de aspiraciones i de miseria; pero venció la predilección a mis enfermos, a mis libros i a mis estudios; i seguí en el hospital con mis mismas ideas i mis mismos ideales, amando al sol porque daba vigor a los organismos agotados, favorecía la fecundación en las plantas i sazónaba los frutos, i no por los matices que daba a las paisajes; i alegrándome con la llegada de la primavera, no por el derroche de flores que en los prados hiciera, sino por la influencia que en la atmósfera ejercía con sus pompas vegetales.

Solicitados mis servicios profesionales por diferentes familias, tuve oportunidad de conocer i tratar a muchas señoritas que con justicia gozaban socialmente del prestigio de hermosas; pero ninguna llegó nunca a despertar en mí la menor impresión ni el más insignificante deseo, pues acostumbrado a la realidad de la existencia, a las miserias de la vida, convencido de la fragilidad de las líneas i las formas, i no reconociendo más dominio que el soberano de la muerte, jamás pensé en que, en la juventud de unos labios frescos, en la conjunción de dos bocas rojas, podría encontrarse otra sensación que la natural i repugnante del roce con un cuerpo extraño, que muy bien podría ser el vehículo para conquistar los gérmenes de futuras enfermedades.

Viendo desmoronarse día a día vidas i vidas a la fosa común, en medio de agudísimos dolores i desesperaciones horrosas; desengañado de que la vestimenta de que la vanidad humana se muestra tan satisfecha, es más frágil que la fronda con que los árboles se visten en marzo, no podía creer en los fueros de la belleza, ni en los platonismos de la ilusión, ni en las voluptuosidades de la carne. Mi temperamento estaba contagiado de la frialdad

de la muerte; i estaba seguro de que si una hermosa me estrechara en amoroso abrazo i sintiera en mis labios el aliento de su boca, su carne joven i tentadora no encendería en mí la llama de un deseo, pues inconscientemente, por una involuntaria e invencible obsesión, cuando mis ojos querían recrearse en el plasticismo de una belleza triunfadora, pensaba en su fragilidad i en su mentira, en lo que de ella quedaría cuando estuviera próxima a la muerte; i al reproducir en mi imaginación el instante de la agonía, el tremendo espectáculo que ofrece el desenlace del drama de la vida, el momento de las supremas cobardías en que todos nos manifestamos débiles, se apagaba el fuego fatuo de cualquiera ilusión naciente i me afirmaba en la creencia de que no valía el desasosiego de una fiebre ni la anormalidad de un entusiasmo, un fugitivo instante de caricias, que de ordinario son como las aves: se van muy pronto i no nos dejan ni el ruido de sus alas.

Una mañana de octubre, preocupado por la muerte de un viejo que había expirado en medio de los dolores más terribles i las desesperaciones más espantosas; queriendo ver la luz del día que entraba alegre por una ventana vecina a su lecho, queriendo desgarrarse los párpados i los ojos, ahogados éstos en la inundación de un derrame purulento; desesperado al grado de que fué preciso sujetarle los brazos con unos cordeles, me encerré en mi estudio a buscar distracción en las páginas de un libro. Mi carácter i mi cerebro, sacudidos por aquella impresión, eran un haz de nervios, dispuesto como una caja acústica para que cualquiera sensación les arrancara una vibración. No pude leer i me puse a contemplar la caída de las hojas, el paisaje árido que presentaba el campo, el inmenso cuadro amarillo i gris manchado a trechos por el verde seco de algunos follajes sacudidos por el viento del otoño. La naturaleza habló con voz maternal

por primera vez a mi espíritu, con su panorama de invierno, seguro porque encontré en él desolación i luto, algo de realidad i de muerte.

La campaña de servicios me sacó de mis arrobos con su llamada de atención, anunciándome un nuevo enfermo, i, antes de que saliera de mi pieza, ya un practicante me daba una boleta que decía sencillamente:

Número 32.

Luisa N.

Dirigíme a donde me llamaba el cumplimiento del deber i entré a la amplia sala llena de sol, que entraba a chorros por las altas ventanas cuyos cuadriláteros recortaban un cielo azul e impasible, que no parecía hacer un gesto de desagrado al ver a la miseria i a las enfermedades que se albergaban en aquel recinto.

Bajo el número 32, que se destacaba con su color negro sobre el chillante bermellón del guardapolvo, se veía la cabecita de la nueva enferma, una cabecita rubia admirablemente hermosa, que me arrancó una mirada de asombro, a pesar de su desaliño. La abundante mata de pelo cayendo sobre los hombros, encuadraba un rostro bello i juvenil, que empezaba a marchitar la enfermedad, la enfermedad del dolor que nosotros no queremos reconocer por orgullo, porque no la sabemos curar.

Lo que más me impresionó de la enferma fué, sin duda, la melancólica ternura de su mirada, la mirada de unos ojos hundidos, como cansados de esperar, como adormidos en la voluptuosidad de un recuerdo. Me acerqué al lecho—un catre de munición con un dotamiento miserable de ropa, i un colchón de paja—a practicar el examen de la enferma i con dolor comprendí que no volvería a salir de aquella sala, que allí moriría sin que una mano piadosa cerrara sus párpados, para evitar a la vida esas terribles interrogaciones de los ojos inmóviles de los muertos. Encontré que adolecía de una afección cardíaca, de

una avanzada e incurable dilatación de la aorta. Por primera vez, ante la debilidad de la ciencia, sacudí a mi organismo una sensación de pena i de rabia que no pude explicarme sino después de muchos días, cuando una ansia secreta me hacía estar al lado de la enferma, para verme en sus ojos dormidos, que me pedían la salud con ternura; cuando contaba el transcurso de las horas en la soledad de la noche, esperando en la luz del día el fulgor de una esperanza; cuando miraba con impaciencia en los troncos secos los brotes nuevos, aguardando que el hálito suave de la primavera tonificara a mi enferma; cuando comprendí que la amaba... que en la vida había algo más que la muerte: el amor, el amor que triunfa del olvido, de la distancia i del sepulcro.

Muchas ocasiones pensé en *quitarla el número*, en sacarla del hospital, para que toda la cáfila de tópicos, ayudantes i barrenderos no la llamaran el 32; i llevarla a una casa, ponerla criados, i separarla de la sala, de toda aquella gente vulgar, reclutada en las últimas capas sociales, sacada del fango de la vida, para que después de unos días de cama, vaya a la mesa anatómica, a ofrecer a la ciencia los despojos de un cuerpo comido por la gangrena de todas las enfermedades que se adquieren en la orgía; pero ni llegué a comunicarle mi proyecto porque el egoísmo me detuvo, porque no pude resolverme a separarme de ella i a no poder vigilarla a toda hora.

La enfermedad marchaba a pasos tan agigantados como mi pasión. ¿Llegaría ella a comprenderla? No lo sé. Sólo supe que sentía un inmoderado deseo de vivir, i que cuando ponía mi oído sobre su pecho para auscultarla el corazón latía con más violencia. ¿Su historia? Tampoco la conocí: aunque se adivinaba en su mal, se traslucía en la discreción de sus frases, se comprendía en su miseria i se leía en sus ojos, en aquellos ojos dormidos que ahora miro tan lejos, como ellos parecían ver un ensue-

ño lejano. Pero ¿a qué haberla hecho sufrir la vergüenza de un pasado doloroso, si iba ya a ser de la tumba, si no había de ser mía? ¿I a qué la crueldad de confesarle mi amor, de hacerla sentir con más imperiosidad el afán de la vida, si ya en la gran sombra la esperaba la cita de lo desconocido? Tengo la creencia, la seguridad, de que me quiso, aunque no sé si con el amor vehemente que une dos juventudes, difícil para su corazón lacerado por el desengaño, o con el afecto apacible de la amistad i la gratitud; pero creo que la hice olvidar sus dolores antiguos i reconciliarse con la vida, haciéndola comprender que en el mundo no todo es miseria i dolor, sino que también hai lealtad i virtud, así como entre las espinas se encuentra la flor i entre las sombras de la noche las tenues claridades de las estrellas.

Una mañana, cuando el soplo de la brisa susurraba un leve fru-fru de seda en el follaje nuevo de los árboles, i llenaba el salón de tibios effluvios de primavera, en la cama número 32 una agonizante esperaba el último momento, sin ansiedades ni temores, en una agonía tranquila, mientras el sacerdote murmuraba los supremos consuelos de la Religión, i yo, anhelante, demudado, miraba aquellas pupilas cuya diafanidad empañaba la muerte, aquellos labios jóvenes que se tornaban cárdenos, aquellas mejillas más blancas que el satín de una gardenia... toda aquella hermosura a la cual pronto le diría la tierra, al recibirla amorosa en sus entrañas: ¡Duerme en paz!

Un movimiento de cuello casi imperceptible, el esfuerzo de un suspiro detenido en el pecho por el frío de la muerte, una admirable cabecita rubia que se inclina para no levantarse más, i sobre el inmundo lecho un nuevo cadáver... Arrastrado por una fuerza extraña e invencible, con la rapidez del rayo, me lancé sobre aquel despojo i en los labios calientes aún dejé un beso, un beso

largo i puro que heló para siempre mi boca i acabó con todos los gérmenes de amor que hubiera habido en mi alma.

Chocamos las copas para apurar el último sorbo del champaña, i el retintin del cristal nos pareció que remedaba el último eco de un requiem.

La noche había caído sobre el mar i sobre nuestros espíritus.

E. J. CORREA.

MUI BUEN VIAJE!

EN AÑO NUEVO

FORTESMENTE os acompañamos, queridos amigos nuestros, hasta el umbral de la casa. La cuadrilla compuesta de doce respetables caballeros que han venido a robarnos i nos han robado un año de existencia, amén de muchas ilusiones i de algunas verdades, se despide ahora, o lo que es lo mismo, cambia de nombres i de trajes para continuar cometiendo las mismas fechorías.

Esos doce señores tienen casi todos la propia estatura, pulgada más, pulgada menos. Sólo uno, el travieso, el medio loco, es un poco más bajo. Cada cuatro años crece como si se empinara para ver quién es el mero presidente, pero en seguida recobra su habitual tamaño. Este chiquitín parece un cascabel.

Antes de que se alejen esas doce personas, que ya están con el sombrero en la mano, debemos saludarlas con

respeto, como se saluda generalmente a los ladrones. Véamoslas por última vez, pero no tales como son, porque a nadie es bueno ver tal como es, sino como las disfrazamos nuestra fantasía, como las pinta la memoria. No iguales, no uniformadas, no con sus treinta o treinta i un casillas de tablero invariable, sino distintas, individualizadas, como las vemos al través de los recuerdos.

¿Qué es enero? Es un niño, pero no un niño recién nacido, sino uno que ya come dulces, compra juguetes, pide dinero a su papá i empaña con su vaho el cristal de los aparadores. Le gustan todos los colores, así como de joven le gustarán todas las bonitas. Salta como la pelota, corre como el aro, gira como el trompo. A veces es ya un verdadero general; la prueba es que maltrata a sus soldados. A ratos deja la espada por la prestidigitación, por la caja de suertes o de escamoteo, i se convierte en hombre político color de rosa en su cutis, porque enero no come pan como nosotros, sino merengues, caramelos, cerezas.

Este mes no existía antes. Es francés. Hai quien opina que vino con su tambor flamante i su corneta de brillantísimo latón cuando vinieron los zuavos. Pero él lo niega. Asegura que llegó en un baúl de una cantatriz de ópera bufa. Poco a poco fué recibiendo su equipaje: las bolsas de dulces, las cajitas de raso acolchonado, los muñecos que dicen *si* como los diputados, las muñecas que cuestan mucho como las mujeres, los ferrocarriles de hojalata, las casitas de madera. Antes no había más que un niño de porcelana, el niño Dios. Desde que vino el francés enero hai muchos rorros.

Tras de Bebé llega Cascabel.

Es el más rehilete que no cesa de moverse. Ya ese no es niño... ¡qué ha de ser! Cierra el rector la puerta del colegio, apaga los faroles de los claustros, ronda las celdas con paso cauteloso, espía por los agujeros de las ce-

rraduras: todos duermen! Tranquilo, pues, retirase a su cuarto. Pero apenas ha abierto el viejo rector su libro de pergamino, apenas se ha sentado en el sillón de cuero, cuando febrero que se fingió dormido, entorna la puerta de su celda, atraviesa de puntillas los pasadizos i los corredores, baja las escaleras sin hacer ruido, como baja una bolita de azogue por el plano inclinado de un espejo. . . . Salta las tapias de la huerta. . . . ¡i allá va por la calle obscura, rumbo al teatro! ¡Qué colegial! ¡Qué alegre i decidir es Cascabel! ¡Qué bien sabe arrancar una careta. . . . con los labios! ¡Cómo duerme en marzo el chiquitín desvelado!

Ah! marzo es triste. Es el regaño después de la travesura. La mamá se pone seria. Cascabel le anda huyendo el cuerpo, pero al cabo la entrevista es inevitable. Inútil fué que Cascabel se quedara a fumar con una tía, inútil que llegara a su casa después de media noche: la señora espera. I fué preciso oírla.

¿Cómo paga febrero su estudiantil escapatoria? Pues como la pagan todos los hijos de padres católicos antes de cumplir los quince años, yendo hipócritamente compungidos a la sacristía de alguna iglesia, en donde los aguarda el confesor de la mamá. Mes de Cuaresma.

La rosa se quita su corsé. La violeta abre los ojos. El agna no es lluvia aún, es rocío. El pájaro sale de la escuela. I en la atmósfera azul, cantando *bras dessous bras dessus*, corren abril i mayo por los campos. Abriles hombre; mujer mayo. ¿Qué si se casaron. . . .? Creo que sí, pero no lo aseguro. En todo caso se casarían ayer: todavía se aman mucho. Mui lindo es el sombrero que lleva ella. Mui elegante la corbata de él. Están contentos de la vida los dos novios. I ni él conoce a ella ni ella a él.

En llegando al último día del mes risueño, comienza el año a entristecerse. Ya va de bajada. Junio i julio no están tristes habitualmente; pero sí de mal humor. Riñen

con sus mujeres, padecen reuma de cuando en cuando. ¿Veis a ese caballero de paletot de hule, sombrero hongo i de paraguas inglés que se dirige al teatro, al club o a algún café en noche lluviosa? Ese caballero es junio que se aburre en su casa. ¿I aquél otro que va a la casa de una amiga? Ese es julio.

Agosto reconcilia a los esposos mal avenidos. Trae un niño rubio para ellos i . . . para otros un puñado de oro. Por algún tiempo recobra el año su alegría; pero ya no es, amor el que lo anima: es la ambición, es el deseo de gloria, es la lucha por conquistar el vellocino de oro.

¡Qué ruido hace septiembre! Tambores, clarines, disparos de cañón. . . . ¡Seré fuerte! ¡seré poderoso! ¡seré rey! Es el hombre en plena virilidad corriendo en pos de la fortuna o de la gloria! Pero a poco el delirio se apacigua: ¡allí está octubre! El crepúsculo azul envuelve el alma, se siente uno cansado; se desea, no la muerte, pero sí el sueño. Después de todo, la gloria es vana. Mejor es la dicha del hogar. Mejor es llevar a los niños de paseo en esas tardes que comienzan a ser largas para que los papás puedan ir a la calzada con sus hijos. Mejor es proveerse de pieles para el invierno. Ya tenemos nuestra casa, nuestra mujer, nuestra familia, ¿para qué ir en busca de aventuras?

Pero la vida no perdona. El apuntador llama a otro personaje i éste se presenta: es noviembre. Las campanas se estremecen cuando él llega. La naturaleza encógese aterida i la noche comienza a ser mui larga, como para acostumbrarnos a la muerte. Noviembre es blanco, pero no como el traje de las novias, no como el azahar; como la cera. Él nos enseña lo que Renán llama la última ciencia: la resignación al olvido.

I ya en diciembre todavía vivimos, pero no en nosotros, sino en nuestros hijos. Es el mes niño i no el mes viejo, como lo pintan los artistas que no saben verlo. Por

eso Jesús quiso nacer en él i por eso vemos cómo se alegran todos los niños en diciembre. Es el mes de los cohetes i de las zampoñas, de los panderos i de los rabeles, el mes en que hasta el mismo Dios es niño.

Nosotros vemos jugar a nuestros hijos i vamos cerrando los ojos poco a poco.

Llega San Silvestre, reza las oraciones de los agonizantes, i mientras los niños dejan sus botoncitos en la chimenea para ver qué deja en ellos el nuevo año, nosotros nos vamos por no estorbar, seguros de que nada trae ya para nosotros.

M. GUTIÉRREZ NÁJERA.

LA MAÑANA DE SAN JUAN

Pocas mañanas hai tan alegres, tan frescas, tan azules, como esta mañana de San Juan. El cielo está muy limpio, como si los ángeles lo hubieran lavado por la mañana; llovió anoche i todavía cuelgan de las ramas brazaletes de rocío que se evaporan luego que el sol brilla, como los sueños luego que amanece; los insectos se ahogan en las gotas de agua que resbalan por las hojas, i se aspira con regocijo ese olor delicioso de tierra húmeda, que sólo puede compararse con el olor de los cabellos negros, con el olor de la epidermis blanca i el olor de las páginas recién impresas. También la naturaleza sale de la alberca con el cabello suelto i la garganta descubierta; los pájaros se emborrachan con el agua, cantan mucho, i los niños del pueblo hunden su cara en la gran palangana de metal:

¡Oh mañanita de San Juan, la de camisa limpia i jabones perfumados! yo quisiera mirarte lejos de estos calderos en que hierve grasa humana; quisiera contemplarte al aire libre, allí donde apareces virgen todavía, con los brazos muy blancos i los rizos húmedos! Allí eres virgen: cuando llegas a la ciudad, tus labios rojos han besado mucho; muchas guedejas rubias de tu undivago cabello se han quedado en las manos de tus mil amantes, como queda el vellón de los corderos en los zarzales del camino; muchos brazos han rodeado tu cintura; traes en el cuello la marca roja de una mordida, i vienes tambaleando con traje de raso blanco todavía, pero ya prostituido, profanado, semejante al de Giroflé después de la comida, cuando la novia muerde sus immaculados azahares i empapa sus cabellos en el vino! ¡No, mañanita de San Juan, así yo no te quiero! Me gustas en el campo: allí donde se miran tus azules ojitos i tus trenzas de oro. Bajas por la escarpada colina poco a poco; llamas a la puerta o entornas sigilosamente la ventana para que tu mirada alumbre el interior, i todos te recibimos como reciben los enfermos la salud, los pobres la riqueza i los corazones el amor. ¿No eres amorosa? ¿No eres muy rica? ¿No eres sana? Cuando vienes, los novios hacen sus eternos juramentos; los que padecen, se levantan vueltos a la vida; i la dorada luz de tus cabellos siembra de lentejuelas i monedas de oro el verde obscuro de los campos, el fondo de los ríos i la pequeña mesa de madera pobre en la que se desayunan los humildes, bebiendo un tarro de espumosa leche, mientras la vaca muge en el establo. ¡Ah! Yo quisiera mirarte así cuando eres virgen, i besar las mejillas de Ninón. . . ¡sus mejillas de sonrosado terciopelo i sus hombros de raso blanco!

Quando llegas, ¡oh mañanita de San Juan! recuerdo una vieja historia que tú sabes i que ni tú ni yo podemos ol-

vidar. ¿Te acuerdas? La hacienda en que yo estaba por aquellos días, era muy grande; con muchas faenas de tierra sembradas e incontables cabezas de ganado. Allí está el caserón, precedido de un patio con su fuente en medio. Allá está la capilla. Lejos, bajo las ramas colgantes de los grandes sauces, está la presa en que van a abrevarse los rebaños. Vista desde una altura a distancia, se diría que la presa es la enorme pupila azul de algún gigante, tendido a la bartola sobre el césped. ¡Qué honda es la presa! ¡Tú lo sabes...!

Gabriel i Carlos jugaban comunmente en el jardín. — Gabriel tenía seis años; Carlos, siete. Pero un día, la madre de Gabriel i Carlos cayó en cama i no hubo quien vigilara sus alegres correrías. Era el día de San Juan. Cuando empezaba a declinar la tarde, Gabriel dijo a Carlos:

—Mira, mamá duerme i ya hemos roto nuestros fusiles. Vamos a la presa. Si mamá nos riñe, la diremos que estábamos jugando en el jardín. Carlos, que era el mayor, tuvo algunos escrúpulos ligeros. Pero el delito no era tan enorme, i además, los dos sabían que la presa estaba adornada con grandes cañaverales i ramos de zempazúchil. ¡Era día de San Juan!

—¡Vamos! —le dijo;— llevaremos un *monitor*, para hacer barcos de papel i les cortaremos las alas a las moscas para que sirvan de marineros.

I Carlos i Gabriel salieron muy quedo para no despertar a su mamá, que estaba enferma. Como era día de fiesta, el campo estaba solo. Los peones i trabajadores dormían la siesta en sus cabañas. Gabriel i Carlos no pasaron por la tienda, para no ser vistos, i corrieron a todo escape por el campo. Muy en breve llegaron a la presa. No había nadie: ni un peón, ni una oveja. Carlos cortó en pedazos el *monitor* é hizo dos barcos tan grandes como los navios de Guatemala. Las pobres moscas que iban sin alas i cautivas en una caja de obleas, tripularon humildemente las

embarcaciones. Por desgracia, la vispera habían limpiado la presa, i estaba el agua un poco baja. Gabriel no la alcanzaba con sus manos. Carlos, que era el mayor, le dijo:

—Déjame a mi que soi más grande. Pero Carlos tampoco la alcanzaba. Trepó entonces sobre el pretil de piedra, levantando las plantas de la tierra; alargó el brazo e iba a tocar el agua i a dejar en ella el barco, cuando, perdiendo el equilibrio, cayó al tranquilo seno de las ondas. Gabriel lanzó un agudo grito. Rompiéndose las uñas con las piedras, rasgándose la ropa, a viva fuerza, logró también encaramarse sobre la cornisa, tendiendo casi todo el busto sobre el agua. Las ondas se agitaban todavía. Adentro estaba Carlos. De súbito, aparece en la superficie, con la cara amoratada, arrojando agua por la nariz i por la boca.

—¡Hermano! ¡hermano!

—¡Ven acá! ¡ven acá! No quiero que te mueras.

Nadie oía. Los niños pedían socorro, estremeciendo el aire con sus gritos; no acudía ninguno. Gabriel se inclinaba cada vez más sobre las aguas i tendía las manos.

—Acércate, hermanito, yo te estiro.

Carlos quería nadar i aproximarse al muro de la presa; pero ya le faltaban las fuerzas, ya se hundía. De pronto, se movieron las ondas i asió Carlos una rama, i apoyado en ella logró ponerse junto al pretil i alzó una mano; Gabriel la apretó con las manitas suyas, i quiso el pobre niño levantar por los aires a su hermano que había sacado medio cuerpo de las aguas i se agarraba a las salientes piedras de la presa. Gabriel estaba rojo i sus manos sudaban, apretando la blanca manecita del hermano.

—¡Si no puedo sacarte! ¡si no puedo!

I Carlos volvía a hundirse, i con sus ojos negros muy abiertos le pedía socorro.

—¡No seas malo! ¿Qué te he hecho? Te daré mi cajita

de soldados i el molino de marmaja que te gustan tanto.
¡Sácame de aquí!

Gabriel lloraba nerviosamente, i estirando más el cuerpo de su hermanito moribundo, le decía:

—¡No quiero que te mueras! ¡Mamá! ¡mamá! ¡No quiero que se muera!

I ambos gritaban, exclamando luego:

—¡No nos oyen! ¡no nos oyen!

—¡Santo ángel de mi guarda! ¿Por qué no me oyes?

I entre tanto, fué cayendo la noche. Las ventanas se iluminaban en el caserío. Allí había padres que besaban a sus hijos. Fueron saliendo las estrellas en el cielo. Diríase que miraban la tragedia de aquellas tres manitas enlazadas que no querían soltarse i se soltaban! I las estrellas no podían ayudarles, ¡porque las estrellas son muy frías i están muy altas!

Las lágrimas amargas de Gabriel caían sobre la cabeza de su hermano. Se veían juntos, cara a cara, apretándose las manos, i uno iba a morirse!

—Suelta, hermanito, ya no puedes más; voi a morirme.

—¡Todavía no! ¡todavía no! ¡Socorro! ¡Auxilio!

—¡Toma! voi a dejarte mi reloj. ¡Toma, hermanito!

I con la mano que tenía libre sacó de su bolsillo el diminuto reloj de oro que le habían regalado el Año Nuevo! ¡Cuántos meses había pensado sin descanso en ese pequeño reloj de oro! El día en que al fin lo tuvo no quería acostarse. Para dormir, lo puso bajo su almohada. Gabriel miraba con asombro sus dos tapas, la muestra blanca en que giraban poco a poco las manecitas negras i el instantero que, nerviosamente, corría, corría, sin dar jamás con la salida del estrecho círculo. I decía:—¡Cuando tenga siete años, como Carlos, también me comprarán un reloj de oro!—No, pobre niño; no cumples aún siete años, i ya tienes el reloj. Tu hermanito se muere i te lo

deja. ¿Para qué lo quiere? La tumba es muy oscura, i no se puede ver la hora que es.

—Toma, hermanito, voi a darte mi reloj; toma, hermanito!

I las manitas, ya moradas, se aflojaron, i las bocas se diéron un beso desde lejos. Ya no tenían los niños fuerza en sus pulmones para pedir socorro. Ya se abren las aguas, como se abre la muchedumbre en procesión cuando la Hostia pasa. Ya se cierran i sólo queda por un segundo, sobre la onda azul, un bucle lacio de cabellos rubios!

Gabriel soltó a correr en dirección del cacerío, tropezando, cayendo sobre las piedras que lo herían. No díganos ya más: cuando el cuerpo de Carlos se encontró, ya estaba frío, tan frío, que la madre, al besarlo, quedó muerta!

**

¡Oh mañanita de San Juan! Tu blanco traje de novia tiene también manchas de sangre!

MANUEL GUTIÉRREZ NÁJERA.

MEDIOEVAL

¶ el castillo merovingio, destacábase altanero sobre abrupta roca, como centinela de avanzada, recordando a los campesinos el poderío de los antiguos señores feudales, señores de horea i cuchillo, que diezaban á sus

súbditos con enormes contribuciones, prohibiéndoles protestar bajo severos castigos.

En aquel castillo inexpugnable, el duque d'Hericourt, viejo decrepito, vivía solo con su hija Roxana, delicada flor de invernáculo, suave visión de cuentos hadaicos, que nos traía a la memoria las melancólicas heroínas de las narraciones de Hoffmann.

Sus cabellos, que parecían hechos por los rayos más rubios de un sol que se pone; sus manos, que eran dos diminutas azucenas; su talle delicado, flexible, que se columpiaba al perfumado aliento de las brisas, i sus piecitos que eran dos manojitos de jazmines, daban idea del retrato de Roxana, la hija del orgulloso duque d'Hericourt.

Roxana estaba enamorada, i sus amores eran ignorados por su padre, que soñaba para ella un príncipe de sangre real que viniera de países ignorados i que fuese portador de mentadas glorias.

Roxana tenía amores con un pajecillo de su castillo. Todas las noches, á esa hora en que hacen su salida los duendes i los trasgos; cuando las brujas, cabalgando en sus escobas, pueblan los aires con sus lacias e hirsutas cabelleras, prendiendo en ellas las almas de los malos, el pajecillo amante de Roxana subía por la enredadera que trepaba hasta la ventana de su habitación, rodeándola como festoneado marco i matizándola con sus florecillas blancas, rojas i moradas, que exhalaban por las noches el perfume de sus cálices.

A esas horas, mientras todos dormían, el pajecillo arrullaba con sus palabras, que eran ritornellos e hidromieles, los castos oídos de Roxana, que apoyada sobre el alféizar de la ventana, contemplaba con sus ojos húmedos i lánguidos a su paje, i besaba con sus labios febricitantes los labios carmeses de su amado.

Una noche, de esas serenas i melancólicas, cuando en

la atmósfera flota una suprema beatitud, el paje instaba á Roxana para que lo dejara penetrar en su alcoba de doncella; Roxana se resistía; el pajecillo reiteraba sus pedidos, i Roxana, desfalleciente de amor, embriagada con las caricias de su amante, cedió al fin, mientras el paje penetró en la alcoba i una nube negra, mui negra, i grande, mui grande, que avanzaba callada por el cielo, obscureció la luna, como inmenso cortinado, i todo, castillo, comarca, campiña, fueron envueltos en funebres tinieblas.

Roxana, después de algunas horas, después de despedir a su amante con el beso de las flores deshojadas, trató de conciliar el sueño, pero en vano; aunque por breves momentos lo lograba, se despertaba sobresaltada, angustiada, i grandes ojeras negras circundaban sus mejillas de azúmbares marchitos. Hubo un momento en que se despertó víctima de una horrenda pesadilla, creyó sentir un gemido, miró al suelo de su habitación i vió como gotas de sangre rojas, mui rojas, que se destacaban sobre el verde sombrío de la alfombra, i que eran los pétalos de los claveles rojos que su amado le había traído. Volvió otra vez a sentir algo como un gemido, pero más débil, más apagado, i temerosa, con sus cabellos sueltos, con su peinador entreabierto, semidesnuda, se asomó al alféizar de la ventana, coronada por la enredadera que servía de escala a su pajecillo, i vió en el suelo, a la luz cenicienta de la luna, sobre la losa fría del pavimento, el cuerpo inerte de su paje, que yacía en medio de un lago de sangre, víctima de una caída que había tenido al bajar, ebrio de felicidad, por la enredadera de campanillas blancas, rojas i moradas.

CASIMIRO PRIETO COSTA.

LEYENDITAS ÉPICAS

CUREÑA

I

HABÍA una inmensa muchedumbre humana que tenía sed: que se ahogaba, que enloquecía, que bramaba de sed.

Toda esperanza de beber había desaparecido i aquella muchedumbre, antes dispuesta al sacrificio, fuerte, temible, heroica i bellísima, ardía en fiebre i era una masa bestial, estremeciéndose en la noche.

La avalancha insurgente de Rayón, que descendiera azotándose en las rocas de las sierras, extendiéndose en las estériles llanuras vastísimas, desoladas, desde el Saltillo rumbo a Zacatecas, se evaporaba con rugientes alaridos bárbaros, calcinada por el sol inclemente, satánico, que en reverberaciones de fuego incendiaba los horizontes... i semejante evaporación humana era el aniquilamiento de la fe, de la esperanza i la energía en las valientes tropas...

¡Tenían sed i rugían, ebrias! El motín fermentaba trágico i lúgubre en el seno del noble ejército.....

II

El campamento de las Animas semejaba un camposanto....

Los guerrilleros de Rayón i Ponce, no parecían dormir... tendidos a lo largo tenían sombrías actitudes de cadáveres.

La noche envolvíalos en grandes sábanas negras i sueños fatídicos de pesadillas febriles—aves agoreras de la catástrofe—batían sus alas sobre las épicas frentes de los batalladores....

Una respiración de horno subía de la tierra, infinitamente negra, al cielo obscuro salpicado de gotitas irradiantes....

¡También la tierra tenía sed!

III

Frente a la enorme sombra de la hacienda de San Eustaquio hai cien hombres montados sobre cien caballos.

Es la gente del Capitán Castaños. Después del espantoso episodio del *Voladero*, unido el valiente jefe con el Coronel Garduño, intentaban tomar la hacienda para que la tropa pudiese beber.

¡Agua!—¡Beber!

Tal era el objetivo de la audaz expedición sobre el recinto fortificado de San Eustaquio.

—Cincuenta hombres subirán por los muros de la espalda, echando sus *lazos* a las almenas, mientras que los otros cincuenta baten el frente i la puerta,—dijo Garduño.

—¡Imposible!—hai al frente un ancho i profundo foso... Necesitaríamos un cañón para derribar los muros desde lejos....

—Allá entre los *huisaches* los realistas dejaron abandonado uno mui grande con municiones; pero sin cureña... mañana sin duda lo recogerán....

—¡Lástima!... Es inútil así.

—¡Yo con diez hombres lo arrastro i a ver de qué sirve, mi jefe!—gritó un guerrillero de gigantesco perfil.—¡A

traerlo. pues! A ver, sargento Picacho, diez hombres fuertes!

IV

Ya el plan está combinado i toda su preparación ejecutada... Al tercer cañonazo los hombres que ocupan el reborde de los muros de retaguardia ante el barranco, subirían rápidamente, montando sobre las bardas para caer a los patios, sorprendiendo a la guarnición realista que debía acudir primero al frente al oír los súbitos disparos del cañón.

La terrible máquina había sido arrastrada por los diez caballos de los dragones... i el gigante Valdivia, el hombre-titán, asombro de las tropas de Rayón i espanto de los enemigos, a fuerza de brazos había logrado depositarla entre grandes piedras, enmascarada por una cortina de viejas malezas i mesquites.

Los centinelas de la hacienda de San Eustaquio lanzaban a intervalos sus medrosos gritos de ¡Alerta!

La noche, tranquila i negra, bajo el cortinaje de terciopelo obscuro cuajado de diamantes, estremeciase a los rumores que las ráfagas llevaban del lejano campamento donde las valientes tropas de Rayón agonizaban de sed... i se oyó por fin el trueno del primer cañonazo.

Retumbaron los ecos de las barracas i las sierras... Coyotes i perros aullaron en siniestros coros... i un hervidero de voces i gritos, órdenes, golpes i tiroteos, surgió de la gran silueta del recinto enemigo.

Un nuevo disparo estremeció las tinieblas.

V

Ruda maldición blasfemó el capitán. Había notado que por la elevación del terreno entre el foso i la hacienda el

cañón no podía arrojar sus proyectiles sobre la fachada...

—*¡Es preciso levantarle el hocico, i como no tiene patas la lucimos!*—vociferó el jefe.

I se retorció el bigote desesperadamente.

—¿Qué le falta?—preguntó Valdivia.

—¿No lo oyes?... ¡Las patas... la cureña, hombre!

—Echémele usted en el lomo, mi capitán.

—¡Bestia!

—Le digo a usted que puedo... Que traigan lazos... ¡Pronto!

Ya en aquel momento una granzada de balas caía sobre la cortina de árboles en que se ocultaban el cañón i los asaltantes... i como faltaba asestar el tercer cañonazo para que los cincuenta gerrilleros de la espalda escalasen las paredes i cayeran a retaguardia de los realistas, el tiempo urgía.

VI

Todo fué rapidísimo: diez hombres levantaron el monstruo de bronce, colocándolo sobre el dorso de Valdivia, quien en cuatro pies, cual enorme bestia heroica, se dejó ligar rudamente.

—¡Tente fuerte, Valdivia!

—Ya me agarré a la raíz de este árbol... ¡Ya!

—¡Ahora!...

I retumbó el tercer estampido cuyo proyectil derribó unas paredes de adobes.

Espantosa gritería rugió allá lejos; oyéronse descargas de fusilería i relámpagos rojizos rasgaron la sombra.

—¿Dió?—Preguntó la cureña humana.

—¡Dió!—contestó el capitán—i ahora otro... i a cargar!

Hubo un nuevo disparo. La puerta de la hacienda que

había recibido esta vez la bomba, saltó hecha astillas, pero aún permanecía obstruida por anchos barrotes en cruz . . . i entonces a la claridad amarilla de los hachones enemigos, los insurgentes pudieron ver en el patio la silueta de la Noria! . . . ¡De la noria donde había agua!

Un bramido espantoso, i la masa de hombres sedientos, locos i feroces se abalanzó hacia el oscuro frente de la hacienda, cuyas azoteas llovian la muerte, pasando sobre el foso semicubierto con los escombros, a tiempo que otro disparo vomitaba el cañón, disparo que barrió con lo que aún quedaba de la puerta.

Los realistas sorprendidos por su retaguardia, en tanto que defendían su frente, espantados con aquellos cañonazos i salvajes aullidos de triunfo, asaltados en plena noche, cejaron al empuje de la avalancha sedienta.

El triunfo se consumaba.

¡Bebieron!

VII

Pero mientras los insurgentes triunfaban i bebían hasta rodar desmayados al borde de la noria, Valdivia, el hombre-cureña, se retorcia en la sombra, rota la espina dorsal, hecho pedazos por aquel esfuerzo épico, gigantescoamente bello.

I allí, solitario en las tinieblas, despedazado, inválido, tristísimo i sediento, Valdivia, al desvanecerse de dolor i fatiga, oyó la orgía del triunfo de sus hermanos que bebían i le olvidaban!

¡Que le habían de olvidar para siempre, que no llevarían agua a sus heroicos labios resecaos, a él que les abrió profunda fuente de gloria! ¡Oh, épica cureña humana!

HERIBERTO FRIAS.

LA FIESTA DE LOS BESOS

EL REI Amor, para celebrar uno de sus triunfos, da hoy una gran fiesta a sus buenos amigos los Besos.

Todos han aceptado la invitación i acuden presurosos a su gran palacio, hecho de ensueños e ilusiones.

Ya principian a llegar los convidados . . .

¿Veis ese grupo alegre i sonriente que viene formando una algazara atronadora con sus risas i el ruido de sus cascabeles de plata? Es formado por los Besos Inocentes, los besos de la niñez, bulliciosos i retozones.

Este doncel pálido i ojeroso, de larga cabellera i hermoso vestido azul, es el Beso Romántico, es el beso ideal de las doncellas cloróticas i soñadoras. Es pobre i es poeta. Es el único representante de la familia, ya extinguida, a que pertenecieron Musset i Victor Hugo.

Ahora entra una señora de aspecto simpático i mirada cariñosa. Ved cómo la rodean i se prenden de sus faldas los muchachitos bulliciosos . . . ¡Es el Beso de Madre!

I sigüen llegando los invitados que ya llenan los jardines del palacio . . . ¡Cuánta gente!

Ese personaje largo i estirado que ahora baja del *landau* es el Beso de Cumplimiento. Es adusto i grave: sólo asiste a los besamanos de las cortes i a las reuniones aristocráticas. Viste de diplomático i en su bordado uniforme ostenta numerosas condecoraciones. No hablará con nadie i se retirará temprano.

La pareja conversadora i casquívana que entra en este instante está invitada a todas partes; pero no goza de estimación. Se dice que es mui poco sincera i que su con-

versación es insulsa i desabrida. Son los Besos Frívolos, los besos que se dan las amigas cuando se encuentran en la calle o están de visita.

¡Qué tipo tan marcadamente hebreo el de ese individuo que se aproxima! Todos huyen de él. Trata de hacerse agradable, pero su aspecto es repugnante. ¡Ah! Es el Beso de Judas.

Un carruaje magnífico se detiene ante la gran puerta de entrada. Lacayos de flamantes libreas se apresuran a abrir las portezuelas para que baje su señor. ¿Lo veis? Es todo un buen mozo; viste elegante frac colorado, calza guantes color perla i en el ojal luce un gigantesco crisantemo. Es alegre i hablador; todo el mundo le quiere. Adora el vals i bebe champagne. Es el Beso de Amor, el predilecto de las damas. Ha dejado su hermoso palacio de perlas i corales para venir a esta fiesta, pues sin él no hai alegría completa.

Los invitados se han diseminado por todo el jardín, i unos en las grutas i otros bajo los árboles se entregan a la conversación, poblando el aire con la música melodiosa de sus voces i risas.

Los porteros van a cerrar las puertas i la orquesta preludia los acordes del primer baile, cuando penetra de improviso un individuo de aspecto sombrío i pálido semblante, que ha llegado en un carro de penachos negros....

Al verlo todos huyen i la fiesta termina bruscamente.

Este no está invitado.

Es el último Beso: el Beso de la Muerte!

CARLOS LEDGAR.

HEROICA MUERTE

¡CORRIDO hijo:

«¡Hágase la voluntad de Nuestro Señor!—Ya habrás comprendido que por fin murió mi hermano Pedro.—Hasta los últimos instantes conservó su alma de cristiano.... i sus postreras palabras fueron para entregarme a María.—Hermana, me dijo trabajosamente.... tú sólo eres su amparo; de hoy en adelante tienes una hija más; ámala i protégela, i cuando Miguel sea médico i vuelva de Méjico hecho un hombre, a quien el Señor premie sus esfuerzos, hazla su esposa.... ya sabes que se quieren i que son dignos el uno de la otra!—¡Bendito sea Dios!.... No quiero que.... I ya no pudo decir más; tuvo un repentino ataque; un borbotón de sangre brotó de su boca; alzó los ojos inundados de lágrimas para encomendar su alma al Eterno.... i voló al Cielo....

Añ hijo mío; figúrate qué no habré padecido, qué inmensa no será mi pena al verme tan pobre, tan reducida en la casita, teniendo que cuidar de la pobre de María, que se ha puesto mala.— Ah! pero no es cosa de cuidado, ya sabes que está delicadita....

«Mi aflicción es por tí que no te puedo mandar tu mesada por tanto gasto.... pero para poder hacerlo voi a hipotecar la huerta.... pronto te mandaré algo....»

Seguían luego tiernas palabras i amables consejos, en que latía el corazón todo amor de una madre dolorida por la ausencia del hijo adorado.

I cuando el estudiante hubo leído aquella carta por la tercera vez, empapándola en sus lágrimas, apoyó la am-

plía frente en el borde de la mesita en que estudiaba la *Anatomía* poco antes de que la subiera el portero, absorbiéndose en dolorosa meditación.

¡El buen tío, padre de su amada María, había muerto, dejando a la huérfana en la casa de la anciana hermana de su padre!... ¿Qué haría ésta tan pobre, que apenas podía vivir sola con una antigua sirviente en una casita en la Cañada, cerca de Querétaro, cuidando una huerta de limas i ahuacates, que sólo producía veinte o treinta pesos al mes, de los que mandaba la mitad a su hijo? ¿Cómo seguir viviendo con aquella joya huérfana, tan delicada i enferma, que tantos cuidados i medicinas necesitaba?... Bien comprendió Miguel la angustia de su pobre madre, tan miserable i sola, abandonada en aquel pueblo alejado de la ciudad, viviendo casi selváticamente bajo el alto i obscuro follaje de los ahuacates, como en el fondo de un bosque... de aquel pequeño bosque—único patrimonio—de cuyos fondos vivía. ¡Hipotecar aquella huerta!... No; sería perderla para siempre por una suma irrisoria. Además, aquello le parecía ingrato, cruel, infame, como si se tratara de una persona querida. Aquel delicioso rincón, fresco i perfumado, con algo de bosque i de jardín, antícuísima heredad que cultivaban de padres a hijos desde tiempo inmemorial en su familia, no debía venderse nunca, nunca!

I Miguel evocó un mundo de recuerdos... toda su infancia juguetera desfilando en la Cañada, a la fresca orilla de las aguas cristalinas, cerca del manantial, a la sombra paradisíaca de los magníficos árboles cuyas frutas sabrosas robaban los pillines en ajenas huertas... los días calurosos pasados en eterno baño en las ondas de los estanques o en pleno ambiente bajo el cielo de cristal azul en la corriente del río, descansando, de nadar, sobre las rocas bruñidas i redondas de los ribazos... saltando desnudos i bulliciosos, *querreando* con guijarros i *chinitas*, alejándose en correrías interminables hasta lle-

gar bajo la curva aérea de atrevido vuelo de los inmensos arcos del Acueducto que lleva el agua a Querétaro, para regresar luego en bandada al río donde se arrojaban braceando ágilmente al coro alegre de endiablada gritería...

Oh! la Cañada con sus huertas floridas en apretados ramilletes, eternamente regados por las aguas del río i los manantiales, dominadas por el rumor de los molinos i el trinar de las aves, perfumada i tranquila con su eterna primavera i la eterna caricia de la luz de su cielo de cristal azul... Oh! la Cañada! I era en aquel paraíso que visitan con placer las honradas i patriarcales familias de Querétaro para bañarse en sus estanques deliciosos i comer a la sombra de sus árboles, bajo los que se improvisan *columpios* en que se mecen, lanzando gritos agudos de pajaritos asustados, las muchachas, sonrosadas, frescas, lindísimas, atadas las orlas de los zagalejos a los tobillos con los *rebozos*, impulsándolas en mágico vuelo los jóvenes, mientras las buenas señoras conversan, serias, severas casi, de los viejos tiempos en que aún no se corrompían las costumbres ni había ferrocarriles; era en aquella Cañada tradicional, legendaria i pintoresca, donde poseían una huertecita, sacra heredad de sus abuelos desde lejanas épocas... ¡I venderla!... ¡Nunca!—¿I luego para qué? Vamos a ver. ¡Para que me manden dinero a mí! ¡A mí, que todavía no produzco nada, i si he hecho gastar tanto a mi difunto padre i a mi viejecita; a mí, que todavía no he ganado un centavo en toda mi vida!... ¡Nunca; jamás!—exclamó Miguel en voz alta, levantándose de su silla... I, pensativo, empezó a recorrer el reducido i destartado cuarto, apenas amueblado con un catre de tijera, cubierto con una frazada de hospital, una silla, una mesa sin pintar, atestada de libros i un baúl viejo; clavos de que colgaban el jaquet, la levita i un sombrero fieltro.

Por fin, se decidió, i sentándose se puso a escribir una

larga carta, muy sentida i poética, no obstante su sinceridad, porque Miguel, aunque de talento i constancia en la diaria labor, hacia versos, bonitos versos a la antigua, románticos, quejumbrosos, muy ingentos... ¡Pobre Miguel!

¡La primera vez que se los publicaron en un periódico tuvo que pagar un peso...!

Entre otras cosas decía en su carta:

«¡Hipotecar la huerta, mamacita! ¿Pero, Dios mío, qué te pasó? ¿Cómo pudiste escribir semejante cosa, tal sacrilegio, tan nefanda idea?... Oh! no; por la memoria de mi buen padre te ruego que jamás vuelvas a pensar en ese crimen... ¡Nunca; lo oyes?... Ya no me mandes dinero; gracias a Dios ya no lo necesito... Hace tres días conseguí una plaza de practicante en el Hospital de San Andrés i, además, en las noches escribo un formulario a un médico de fama... total, treinta pesos... más de lo que me enviabas... hasta voy a mandarme hacer un traje negro i un sombrero boleado como el que usa Antonio. A propósito, no se te ocurra recibir nada de ese orgulloso rico, que por desgracia es nuestro pariente... si va de visita no le *hagas mieles*... yo sé lo que te digo... Ai, mamá! cuando pienso que empecé a enamorar a María... esa blancura de azucena, ese perfume, esa luz que ilumina el fin hacia que marchó, esa radiante i gloriosa bandera con cuya pompa combató...»

I la tirada lírica se desarrollaba aún durante dos caras de papel, ponderando a su María...

Miguel faltaba heroicamente a la verdad: no era cierto que hubiese conseguido tal plaza de practicante, ni escribiera semejante formulario... La mentira era ingenua... ¿Practicante con sueldo, cuando apenas estudiaba el primer año de medicina? ¿Redactar formularios?... Algún tiempo faltaba para poder ganarse él mismo la vida de ese modo; pero era preciso tranquilizar a la pobre viejecita; ya vería cómo se las arreglaba... I puso la car-

ta en el correo, regresando con el alma henchida de orgullo, glorioso como un general que acaba de ganar una batalla i se dispone a ganar otras con la absoluta convicción de la victoria.

Su plan le pareció sencillo, matemáticamente infalible: iría a cualquier periódico, se encargaría con el Director i le diría tranquilamente:— Señor, soy estudiante, pero como no tengo con qué sostenerme, quiero escribir en su acreditado i justiciero diario... Sé escribir en verso i en prosa, naturalmente, pues tengo empezada una novelita que se llama «Dolores de un corazón apasionado,» que le he de leer a ud... A ver cuánto puede darme de sueldo—i como no había de ser exigente, se arreglarían... i él seguiría estudiando con un poquito más de quehacer.

Pronto la realidad fatal le abofeteó de la manera más terrible.

En las redacciones, cuando lo recibían los pobres diablos de gacetilleros, era para burlarse de él o humillarlo... Lloró de rabia, de impotencia, desengañado al fin, comprendiendo vagamente que a aquel mundo nuevo, de falsedades, convencionalismo, i aparato nuevo, no se entraba con el alma blanca, pura i alta como la suya, sino que había de transigirse, de humillarse, sonreír sin asomar el colmillo, pronto a devorar las piltrafas que dejan caer las cunas.

Topó con un joven repórter que había sido estudiante, pero que incapaz de orden i talento, vagabundeaba por Belem, las Comisarias i el Palacio de Justicia, cazando noticias que, convenientemente exageradas, le pagaban en un periódico de información. Era entonces cuando se despertaba esa fiebre de noticierismo i escándalo, que tan bien aprovecharon los fabricantes de substancia cerebral humana... El de aquel periódico ante quien llevó el repórter a Miguel, vió en éste una buena inteligencia que explotar, i al efecto lo aprovechó como traductor de periódicos ingleses i franceses.

Fué un constante trabajo bárbaro, miserablemente retribuido. Todo el día lo pasaba en la Redacción confeccionando supuestas correspondencias especiales del extranjero para el bien informado periódico; i en las noches, cuando salía abrumado i con las espaldas doloridas, tembloroso de hambre, su único descanso era la media hora de la cena en un fonducho de barrio. . . . I luego a fuerza de café sobrexcitaba sus pobres nervios fatigados, para emprender la más alta i fina labor del estudio de los textos de Medicina, muchas veces hasta la madrugada, sorprendiéndole el alba fría, hasta empalidecer la llama de su lámpara. . . . I apenas dormía unas cuatro horas. . . . partía al Hospital, desayunándose en un tendajo cualquiera un vaso de leche con un pan de a centavo. . . . Salía del Hospital i a la Redacción, donde casi siempre era recibido agriamente por el Director, que le decía, sin contestar el saludo del joven:

—Oigame, amigo, ya le he dicho que venga más temprano. . . . Los cajistas están sin trabajo, el periódico atrasadísimo. . . .

¡I ganaba veinte pesos al mes!

¡Pero qué fruición, qué íntima delicia, que saboreaba con refinada i lenta voluptuosidad, cuando llegaban todos los domingos las cartas de Querétaro, una de su santa viejecita, otra de su adorada María, la prometida para cuando fuese médico i el Señor premiara las batallas i esfuerzos de su brava existencia de obstinado adalid heroico!

Naturalmente a la quinta o sexta lectura quedaban las cartas en su cerebro, con tal exactitud de detalles, que en las noches, en sueños, solía ver el gráfico desfile de las líneas, cuerpos adorados que llevaban a su espíritu el alma del amor con que habían sido escritas bajo el obscuro follaje, tal vez, de los copudos *ahuacates* de la sagrada huerta de sus abuelos!

Pero cuando la alegría llegaba a la demencia en el va-

liente estudiante, era en los meses felices en que daban fruto los henditos árboles, i con cualquier viajero, amigo, le remitían las amadas mujeres *canastitas*, rebasando aquéllas, limas frescas i dulces, de regios gajos de cristal claro, formados de prismitas repletos de jugo, limas amarillas, redondas, engalanadas aún con la pompa de algunas hojas verdes; i negros i ovoides *ahuacates* de largo cuello carnoso i suave, provocativos con el negro mate de su cáscara finísima, que al levantarse mostraba la pulpa verde obscura; espléndidas granadas entreabiertas, con sonrisas de púrpura imperial que al desgajarse desgarraban rubies, i enormes chirimoyas, fruta de regalo. . . . Oh! sabrosa i amada fruta de la huerta de sus padres! de la heredad bendita, más adorada i deliciosa por ser cogida por las manos virginales de su novia; de cuánta luz, de cuánta felicidad llenaban el estrecho cuarto del estudiante que no se atrevía a probarla, sino mesurada, voluptuosa, religiosamente, saboreándola gajo a gajo con estremecimientos sensuales de fanático i de ídola, pa ladeando la pulpa de las hostias consagradas. . . . Oh! sabrosa i amada fruta de la huerta de sus abuelos!

**

Dos años transcurrieron, tristes i fecundos, en dolorosos contratiempos, en miserias ocultas en la vivienda de Miguel. . . . i sobre todo, lo más trágico para su corazón fué el no poder ir a pasar las vacaciones a Querétaro, a su linda Cañada natal, para besar la frente de la madre que le llamaba, i la mano siquiera de su novia, que le decía que lo amaba como siempre i con él soñaba delirante. . . . ¡Imposible! . . . ¿Cómo ir sin un centavo, cómo abandonar la redacción? ¡Imposible! . . . I nada, que tuvo que contentarse con seguir comunicándose por medio de cartas más i más tiernas. . . . empeñándose él en continuar sus estudios al través de tantas miserias i adversidades, cada día más decidido a vencer al *Destino*, en el obstinado duelo

en que se sentía superior por su audacia, inteligencia, actividad i salud.... ¡Vencería!.... Ya, ya mui pronto iba a ser practicante.... a estar desahogado; entonces el alba del triunfo alumbraría la noche de su desgracia, hasta que llegase la Aurora i fuese de Día....!

No lo quiso así el sombrío adversario impalpable con quien luchaba tan bruscamente.... no lo quiso así el Destino.... las fuerzas ocultas que se le oponían, o como quiera llamársele a todo lo adverso de la vida, no lo quiso así, porque una noche de lluvia fría, al salir violentamente de la Redacción después de un trabajo de dos horas ante los *quinqués*, sin abrigarse, llegó a su cuarto tiritando i herido por un dolor de espalda terrible.

Como un rayo lo formidó la pulmonía.... Guardaba, para ir en las últimas vacaciones a Querétaro, unos treinta i cinco pesos; la portera los tomó para pagar médico i medicinas, según su deseo; pero agotado el dinero, aún tuvo fuerza para escribir al Director del periódico. ¡Le mandó cinco pesos, advirtiéndole que serían los últimos; él no era hospital; si ya no trabajaba, ¿por qué había de mandarle sumas i sumas?—¡Los pobres que enferman, al hospital!

Mas si el editor pensaba tan inicuaamente, hubo el *corrector de pruebas*, el *regente* y dos *cajistas*, que se cuotizaron para auxiliar al digno D. Miguel en su enfermedad, avisando a su familia de la Cañada, en Querétaro.—El, en horas de expansión, les charlaba de su huerta i aun les obsequiaba fruta.—Aquellos buenos artesanos le querían sinceramente.

Dos días después, a media noche, expiraba Miguel, asistido sólo por un compañero de estudios, un joven practicante que cerró piadosamente los ojos del desventurado i heroico adalid, que sucumbía bajo la aureola de una gloria suprema i desconocida, murmurando poco antes del postrer estremecimiento:

—¡Dile a mamacita que nunca, nunca, venda la huer-

ta.... i a María, ah!.... que confieso mi pecado; que Antonio es un buen chico; que se case con él.... pero que se acuerde de mí.....

Murió.... Al día siguiente, desolada, levantando al cielo los brazos seniles, entraba la viejecita, que cayó de rodillas sollozando ante el cadáver piadosamente iluminado por un gran cirio....

—¡Hijito!.... ¡Hijito!.... I así permaneció todo el día orando, orando sin cesar.

Lleváronse el cadáver, i cuando ella alzó el rostro vió al joven estudiante que intentaba consolarla, en pie, a su lado, i que le dijo:

—Señora, sus últimas palabras fueron: «que no venda nunca la huerta, nunca!»

—Ah! hijo de mi corazón; oh! Señor! i yo que la vendí en una miseria para venir a verlo i salvarlo!

HERIBERTO FRÍAS.

EL ESTABLO

CUANDO hubo el príncipe Asterio cumplido veinte años resolvió casarse, i comunicó a sus ministros su real deseo, es decir, su voluntad. Respetuosamente se admiraron, recordándole que ya estaba comprometido desde

en que se sentía superior por su audacia, inteligencia, actividad i salud.... ¡Vencería!.... Ya, ya mui pronto iba a ser practicante.... a estar desahogado; entonces el alba del triunfo alumbraría la noche de su desgracia, hasta que llegase la Aurora i fuese de Día....!

No lo quiso así el sombrío adversario impalpable con quien luchaba tan bruscamente.... no lo quiso así el Destino.... las fuerzas ocultas que se le oponían, o como quiera llamársele a todo lo adverso de la vida, no lo quiso así, porque una noche de lluvia fría, al salir violentamente de la Redacción después de un trabajo de dos horas ante los *quinqués*, sin abrigarse, llegó a su cuarto tiritando i herido por un dolor de espalda terrible.

Como un rayo lo formidó la pulmonía.... Guardaba, para ir en las últimas vacaciones a Querétaro, unos treinta i cinco pesos; la portera los tomó para pagar médico i medicinas, según su deseo; pero agotado el dinero, aún tuvo fuerza para escribir al Director del periódico. ¡Le mandó cinco pesos, advirtiéndole que serían los últimos; él no era hospital; si ya no trabajaba, ¿por qué había de mandarle sumas i sumas?—¡Los pobres que enferman, al hospital!

Mas si el editor pensaba tan inicuaamente, hubo el *corrector de pruebas*, el *regente* y dos *cajistas*, que se cuotizaron para auxiliar al digno D. Miguel en su enfermedad, avisando a su familia de la Cañada, en Querétaro.—El, en horas de expansión, les charlaba de su huerta i aun les obsequiaba fruta.—Aquellos buenos artesanos le querían sinceramente.

Dos días después, a media noche, expiraba Miguel, asistido sólo por un compañero de estudios, un joven practicante que cerró piadosamente los ojos del desventurado i heroico adalid, que sucumbía bajo la aureola de una gloria suprema i desconocida, murmurando poco antes del postrer estremecimiento:

—¡Dile a mamacita que nunca, nunca, venda la huer-

ta.... i a María, ah!.... que confieso mi pecado; que Antonio es un buen chico; que se case con él.... pero que se acuerde de mí.....

Murió.... Al día siguiente, desolada, levantando al cielo los brazos seniles, entraba la viejecita, que cayó de rodillas sollozando ante el cadáver piadosamente iluminado por un gran cirio....

—¡Hijito!.... ¡Hijito!.... I así permaneció todo el día orando, orando sin cesar.

Lleváronse el cadáver, i cuando ella alzó el rostro vió al joven estudiante que intentaba consolarla, en pie, a su lado, i que le dijo:

—Señora, sus últimas palabras fueron: «que no venda nunca la huerta, nunca!»

—Ah! hijo de mi corazón; oh! Señor! i yo que la vendí en una miseria para venir a verlo i salvarlo!

HERIBERTO FRÍAS.

EL ESTABLO

CUANDO hubo el príncipe Asterio cumplido veinte años resolvió casarse, i comunicó a sus ministros su real deseo, es decir, su voluntad. Respetuosamente se admiraron, recordándole que ya estaba comprometido desde

la edad de doce años, con una princesa mui pequeñita entonces, pero que ya prometia ser más hermosa que un sol, i a la cual las hadas habían pronosticado una fortuna digna de Semíramis. Pero el príncipe Asterio respondió que él tenía veinte años i la princesa ocho apenas, i que no se esperaría, para amar, el florecimiento de esa incomparable niña.

Entonces los ministros, inclinándose, protestaron:

—Príncipe, bastaría una señal vuestra para que todas las beldades del reino, i aun nuestras propias mujeres e hijas, entraran en vuestro lecho...

—Estoi cansado de vuestras hijas i mujeres, dijo el príncipe; estoi cansado de las siervas de mi reino; quiero una mujer para esposa, para no conocer sino a ella. Quiero que al abrir la puerta de su estancia me sonría como una compañera i no como una esclava... Esto será una gran economía para el Estado, prosiguió el príncipe Asterio con severa entonación, porque vosotros me habeis costado caro, señores, i la piel de vuestras progenituras no valía ni el brocado con que las he vestido, ni los ducados con que llené vuestros bolsillos; en cuanto a vuestras mujeres... ya no tengo quince años!

Los ministros se miraron, i temiendo perder sus empleos i condecoraciones, se callaron.

—He aquí lo que he decidido: se publicará un edicto, convocando a mi palacio a todas las jóvenes de mi edad, ricas ó pobres, nobles o villanas; i a medida que lleguen se les paseará por todas partes, se las mostrará todas las maravillas de mis tesoros, se les servirá los manjares más exquisitos, se las hará oír las más dulces músicas i, por último, se las hará elegir, para pasar la noche, entre la suntuosidad de un lecho real i el lecho de paja en que durmió el niño Jesús.

—Pocas habrá en el establo, observó el primer ministro.

—Probablemente, replicó el príncipe Asterio.

II

El edicto fué publicado, i las vírgenes peregrinas fueron hacia la mansión del príncipe. Las unas llegaban acompañadas de su familias, amigos, servidores i todos los que, confiados en la belleza de la postulante, esperaban, por su servivialidad, hacer méritos para obtener favores futuros; otras llegaban solas, fuertes en su pureza i suficientemente protegidas por tal escudo; o bien lujuriosas i aun cortesanas, pensando cautivar al príncipe por su osadía o por su ciencia i prontas a subir de escalón en escalón hasta el trono.

Acudían unas i otras i se las trataba como a reinas posibles; todas eran recibidas por igual, con las atenciones más minuciosas, aunque, no obstante, las más ricas o las más hermosas, i, desde luego, las que tenían el doble don de la riqueza i de la hermosura encontraban una acogida más oficiosa. Se las ofrecía las más olorosas flores i las confituras más perfumadas; i las más cómodas i adornadas cámaras del palacio les eran indicadas por los chambelanes.

Como lo habían previsto los ministros del príncipe Asterio, ninguna de estas hermosas eligió el establo i lecho de paja de avena: al ofrecimiento de dormir entre las buenas vacas i las dulces palmeras, todas se echaban a reír, creyendo que era broma agradable, i pensaban: «Señor, ¡qué gracia tienen en la corte!»

III

Entre tanto, todos los días, minutos antes de media noche, el príncipe Asterio, disfrazado de vaquero—pero un vaquero de noble elegancia—iba solo al establo. En una mano llevaba un largo bastón de fresno i en la otra una pobre linterna sorda, de vidrios empañados. Calzado de zuecos estercolados, salta por una puerta secreta con el

menor ruido posible, i firmemente, se internaba por los senderos oscuros que conducian a la quinta a buena distancia de su palacio. Allá llevaban en coches a las jóvenes pretendientes, mientras que el príncipe a pie por entre el lodo, como un pobre labriego que vuelve a su hogar, iba pensando.

Pensaba que quizás se encontraría agazapada, bajo la paja fresca, el ángel de corazón humilde i de ojos puros que el cielo *debía* enviarle, la niña adorable que hubiera comprendido que la pobreza es el camino de la exaltación i que para llegar al lecho del rei, es necesario pasar por la puerta del establo.

Mas siempre encontraba el establo vacío i en vano rondaba el recinto con el largo bastón de fresno, alumbrando con la linterna todos los rincones. Nada veía, nada hallaba, excepto las buenas terneras, que dormían tranquilamente. Las acariciaba, quedaba allí un instante husmeando el aire tibio i almizclado; después salía, i dejando caer el pestillo, volvía tristemente a emprender su camino, entraba a su palacio i se acostaba afligido por el orgullo de las vírgenes.

IV

I entonces sucedió que una pastora que hacía apacentar sus ovejas bastante lejos de allí i lejos de toda villa, oyó hablar del edicto. Tenía veinte años i se creía bonita; pero, aunque su corazón era puro, su cuerpo estaba mancillado. Los pastores del país lo usaban familiarmente, i ella era tan bondadosa que no lo rehusaba a ninguno, por pobre o no que fuese. De modo que su reputación era mui mala i las mujeres excitaban a los chicos a que le arrojaran piedras i la llamaran indecente.

*Ils m'ont appelée vilaine
Avec mes sabots, dondaine.
Ils m'ont appelée vilaine.*

Sin embargo, se puso en marcha. Puesto que el edicto aseguraba a todas aquéllas que fueran al palacio, vivieres i hasta una mula para hacer el trayecto, ella se dijo que era una ocasión para ver algo nuevo, i luego ¿quién sabe? Si no cautivaba al príncipe, gustaría quizás a algún señor, que le daría una moneda de oro para alfileres.

Así, pues, se puso en camino.

Sus amigos, los pastores, la habían prevenido que vería cosas maravillosas, cosas como no las hai en la luna, ni en el imperio de los Antípodas; pero todo lo que se había imaginado fué menos de lo que vió, puesto que su imaginación era tan pobre como su pobre saya de pastora. Creyó enfermarse con la suavidad de los perfumes i de los almizcles i le hicieron comer confituras tan delicadas que temió no volver a encontrar jamás el sabor de las pimpinelas i de las fresas del bosque.

Los chambelanes le mostraron la cámara que se le destinaba: era la menos hermosa de todo el palacio, pero su luz era aún bastante seductora; los muros estaban cubiertos per tapicerías en las que jugaban unicornios, i sobre el piso, formado por un minucioso mosaico, se amontonaban vellones de cabras azules más blandos que almohadones de musgo i alfombras de hojas secas. El lecho era de madera dorada, las cortinas de seda cambiante, i todo ello ancho, alto, profundo como la sombra i como el silencio de una selva otoñal.

Ya gozaba con el pensamiento de dormir entre tales riquezas, cuando los chambelanes agregaron, empleando un tono incomprensiblemente irónico:

—Ahora vamos a mostraros una estancia más hermosa aún que ésta quizás.

—I vos elegireis.

Una carroza esperaba. Entraron en ella i bien pronto estuvieron en la quinta.

—Aquí es, dijeron los chambelanes; es un establo.

La pastora entró en él, i las terneras que rumiaban, volvieron las cabezas como para saludarla. Las acarició, les dió nombres, mientras los buenos animales alargaban los morros i abrían sus grandes ojos llenos de dulzura.

—I bien, me quedo, exclamó la pastora, después de haber dado una vuelta; la otra cámara es linda, pero en verdad, ésta es más linda aún. ¡I qué bien voi a dormir sobre este lecho de paja! Salid i cerrad la puerta; estoy en mi casa. ¡Buenas noches!

El príncipe Asterio estaba desesperado. Treinta veces habíase puesto los zuecos estercolados, había tomado su bastón i encendido su linterna de vidrios empañados; treinta veces había hecho, vanamente, su peregrinación al establo.

—Vamos, se dijo, la trigésima primera noche, iré otra vez más, i si no encuentro a nadie dictaré un nuevo decreto que anulará al primero, i me fastidiaré bastante. Oh, Señor, haz que encuentre a la elegida!

Cerró el pestillo, i, sin entrar, echó al establo una mirada casi distraída. No tenía fe.

Iba a salir sin buscar más, un poco avergonzado de su candor, cuando se movió algo junto al hocico de una vieja vaca colorada, cuya leche le había reconfortado algunas veces. La pastora se alzó con los cabellos rubios llenos de paja rubia; estaba tan fresca, tan graciosa, tan infantil con sus ojos turbados por la luz, que el príncipe se arrodilló, diciendo:

—¡Tú eres reina!

—Príncipe, replicó la pastora, adivinando la presencia de su señor; ¡oh, príncipe! ¡no he venido para ser reina, no soi nada más que una pobre muchacha i una desgraciada pecadora! Sí, príncipe, una pecadora. No quiero engañaros, soi... soi... una perdida.

Lloraba i gemía tanto, que su pobre bata gastada estalló bajo el esfuerzo de los sollozos, dejando ver dos redondeces cándidas i tímidas, mientras que el príncipe la besaba la mano, repitiendo simplemente:

—¡Tú eres reina, tú eres reina, tú eres reina!

REMY DE GOURMONT.

DEL CABALLETE

INDOLENTE

LA tarde. El remanso oculto por un cortinaje de espesas frondas. Bulle el agua en remolinos de cris, tal agitando las arenas de oro, i oscila en el fondo un pedazo de cielo azul, desgarrado por el tejido de las ramas. Sobre el blando yerbazal—colchón verde—está tendida una muchacha. Ciñe su cabeza redonda un pañuelo rojo, hecho nudo en la nuca. Dos rizos tupidos de cabello negro caen sobre su frente. Su camisa floja i abierta, tapa i no tapa un seno duro, capullo de la virginidad. Sus brazos, ligeramente sombreados por finísimo bello, son macizos. La enaguilla en desorden calca la amplitud combada de la cadera i deja al aire los pies descalzos i el principio de una pantorrilla desnuda. Sus pies son delgados, de un color de rosa diluido, con la planta lisa i el talón redondo. Su pantorrilla firme i fina, nerviosa con elegancia, se ensancha en una línea curva, harmónica, que se pierde entre los pliegues revueltos de la enagua.—La hierba, con sus barbitas vellosas, cosquilea los pies de la muchacha: ella se estremece, frota uno contra otro sus tobillos, i rie de voluptuosidad. Al reír,

asoma sus dientes frescos i brillantes como el granizo. Las luces del cielo, atravesando el tamiz de las frondas, extienden un reflejo verde—delicado toque de pincel apenas teñido—en sus grandes ojos claros, perversos en su inocencia. Una ráfaga fría hace temblar las hojas i encarruja el cristal del remanso: la muchacha cruza sus brazos sobre el seno, encoge las piernas, i para darse calor—acurrucada—se pone a rodar sobre el colchón verde.

LA OFRENDA

Vivientes resplandores de una mañana primaveral. Un haz de luz, saltando de la alta ventana al través de los vidrios de colores, cae sobre las baldosas del templo, tendiendo en ellas un tapiz de iris movedizos. En su capelo diáfano, la Virgen, de cara bondadosa i casi sonriente, envuelta en toca negra su cabellera, con los ojos abiertos en vidriosa inmovilidad, ostenta un vestido amplio, tupido de lentejuelas de oro i plata, como un jirón de cielo estrellado. Una niña frágil, con la fragilidad de las porcelanas preciosas, vestida de inmaculada, se acerca pronta i alegre a depositar su búcaro robosante de azahares. Dos trenzas trigueñas bajan hasta su cintura, anudadas en su extremidad por un listón. Su frente, descubierta, es ancha, correctamente curva. En su boca color de grosella, una sonrisa de placer. Tropiézase en las gradas del altar, i el búcaro rueda—roto—desparramando en el mármol un chorro de botones i de pétalos. La niña se inmoviliza i clava una mirada de angustia en la perdida ofrenda de su amor. Después, cuando levanta la cara livida a la Virgen, están lustrosas de llanto sus pupilas tristes, negras como la obsidiana.

JESÚS URUETA.

EL MONSTRUO

PARA celebrar las Misas Blancas de la Belleza tuvieron los griegos altares de mármol impoluto i radioso. Eran los magníficos pontífices Phidias, Praxiteles, Scopas... el gran libro ritual, el torso de la Venus de Milo i sus senos culminantes los dos grandes capítulos de aquel Evangelio de la hermosura i del amor!

La vejez del mármol viuo luego; el mármol griego, decrepito i triste, fué el marfil bizantino. Las vírgenes ebúrneas son los cadáveres de las Afroditas paganas. Murieron las Ménades que con la ronda de sus danzas epilépticas abrazaban las pixides i junto a sus cuerpos yacentes aparecieron las Orantes de las catacumbas.... Murieron los púgiles, i junto al último héroe gladiador cayó de rodillas el primer mártir cristiano.... Teodora, la Emperatriz de los mosaicos de Ravena, es la momia, la momia disecada de la marmórea Juno Ludovisi....

Ah, mi pálido interlocutor de los crepúsculos visionarios i remotos, gemelo de mi alma, *alter ego* dilecto de las inauditas fantasías del espíritu, ¿dónde estás...? Una falena revolotea en torno de mi lámpara, luctuosa, tenaz, zigzagueante como la insana idea de locura que obsesionaba tu espíritu! Veo al través de mi glauca vidriera una silueta de formas indecisas, en cuya mitad dos chispas fosforescen.... es un ramo del negro olivo tras del cual dos estrellas titilan, o es en verdad un buho que me fija con sus pupilas de esmeralda? Así eras tú: como un en-

gendo de la noche; así eras tú: como un enigma de la sombra. . . . Fueron para mí como el ónix las diafanidades de tu alma. . . . Eras puro como el cuello de la víctima, implacable como el hacha del verdugo. . . . Abrumaba tu frente la corona de hiedras de tus vicios. . . . i ambulabas vestido con una túnica de lino. . . . Te ví reír cuando lloraba tu querida i llorar cuando tu amigo reía. . . . Alguna vez, en castigo de una infamia suprema, alcé mi mano sobre tu rostro cínico, i bastó una mirada de tus ojos para que mi mano colérica renunciara a la venganza i perdonara! Ah, mi pálido *alter ego*, mi interlocutor de las juveniles fantasías crepusculares! pálido hermano, abyecto i majestuoso, cobarde i heroico, sensual misogino, entusiasta loco, pesimista caótico, polen en el nectario de la flor, lacio compás en la danza macabra, cuerpo disyecto, alma adamantina; ah, mi *alter ego!* sobre el hediondo cieno de tu memoria aborrecida, sobre el polvo de oro de tus ilustres cenizas, sostengo i juro que si tu alma prevalece, no habrá muerto el *Monstruo* en las edades modernas! . . .

Dejábamos atrás las Misas Blancas de la Belleza griega. . . . Esperábamos a que el día del Ideal se apagara, i ya en plena noche huíamos los sagrados bosques i el sol meridiano de la estética, para vagar bajo los claros de luna espectrales al través de las landas desoladas i de las estepas malditas. Para llegar hasta el sabbat, nos untábamos con unguento de perversión, i nuestra fantasía era el macho cabrío que nos llevaba hasta la Misa Negra. Queríamos el opio de lo extraño, las mentas más pican-tes, las belladonas más turbadoras. I un cirio de negra pez alumbraba el altar de nuestras devociones, i en el incensario sacudido con ritmos epilépticos ardían los euforbios acres en vez de los unciosos perfumes bíblicos. La

Venus Calipigya era el altar. . . . yacía prosternada, i sobre sus ancas macizas i culminantes iban i venían nuestras monstruosas divagaciones artísticas, como el hormiguero de minúsculos faunos sobre «La Lujuria,» grabada por Feliciano Rops. . . .

*
*

Seguíamos al *monstruo* paso a paso. Lo vimos nacer en Patmos, engendrado por el Profeta en el árido vientre de su Melancolia. . . . Ya lo habíamos visto en Asiria, como un toro androcéfalo i alado. En Egipto tuvo cabeza de gavilán o fué un hipopótamo con vientre i senos de mujer i acorazado por el fango del Nilo, que estallaba al fuego del sol.

En Grecia el monstruo fué bello; el perro bicéfalo i lanceolado a quien venció Herakles; el Dragón muerto por Cadmo; la Hidra, la Gorgona, la Quimera ignívoma, toda esa fauna fabulosa ornamentaba graciosamente las negras cráteras i las hydrias rojizas. La Esfinge, quizás por su bestial feminidad, por su misterio interrogante i por su crueldad implacable, detenía un momento nuestra atención. La veíamos arrastrarse como una pantera, erigiendo sus senos de hetaira i de un zarpazo derribar al inepto que no lograba desflorar el himen de su misterio hermético. . . . Dejábamos atrás ese montón de osamentas blanqueadas por el sol africano i llegábamos a la Edad Media.

Los monasterios i las catedrales estaban ceñidos por un bestiario de pesadilla i de terror. El Dragón tenía fauces de saurio i su espina dorsal era una sucesión de garfios óseos; sus garras tenían uñas retráctiles como las del tigre, membranas interdigitales como las aves marinas, i su cauda era formidable como la de un escorpión gigantesco. Luego venían seres bastardos, antropomorfos, semi-humanos i bestiales. Se diría que eran los productos

mestizos de una «menagerie» en brama; de los caimanes cubriendo a las yeguas númeradas; de las hircas aparejadas con los galápagos; del pithón fecundando al avestruz, del águila anudada con el lobo, esos eran los monstruos inauditos esculpidos en la Edad Media, engendros i concepciones de los urentes arrebatos de las bestias, de las locuras genésicas animales....

Tras de los anónimos artifices de los tiempos medios llegan algunos que como beluaros conducen al monstruo. Son Esteban Lochner, Martín Schongauer, Jerónimo Bosch, los Breughel, Callot i Goya, en fin! En las planchas sombrías i humosas de los «Caprichos» o de los «Proverbios» volvíamos a encontrar al monstruo....

No era ya el monstruo épico o hierático de los Indus o de los Asirios, ni el ornamental mito griego, ni el monstruo exclusivamente zoológico que balbucía los símbolos del infierno cristiano en los tiempos medios. El monstruo de Goya dejaba las comarcas plásticas para comenzar a internarse en el terreno psíquico. Ahí las monstruosidades se afirman por un complemento hermoso, como en la plancha en que la maja enamorada le arranca los dientes al ahorcado para hacerse un invencible talismán de amor; como la plancha titulada: «Linda maestra,» en que la monstruosidad resulta de las carnalidades llenas i redondas de la bruja neófita que cabalga en la misma escoba que la diabólica vieja iniciadora, de carnes lacias i rugosas.

I luego de Goya los japoneses i el monstruo Nipón gesticulante i colérico, el león búdico, el perro de Corea i el Dragón escamoso i serpentino, erizado de púas, colgando lacios tentáculos, con zarpas de hiena, ojos incrustados al fin de un pedúnculo; algo como un hijo del pterodáctilo i el plesiosauro del terreno ploceno.... Después las imaginaciones obscenas i terroríficas de Utamaro i las larvas i los espectros de Okusa! La aparición de Kasané asesinada, a su marido, la mujer macrocéfala, de

boca hendida, donde se ve a «la carne que se va i al gusano que llega,» la «cabellera enmarañada i el único ojo como un fanal inmenso, fijo, ciclópeo!» «El Fantasma de Okikú,» una larva de vientre distendido, flotando en la bruma, envuelto en los negros festones de su cabellera, como un sauz llorón, su rostro que todavía no es un cráneo i el fulgor electral i aperlado que la envuelve!

I las monstruosas imaginaciones eróticas de Utamaro? Sería escabroso describirlas aquí. Huysmans las califica de «espantosas i admirables;» Edmundo de Goncourt las tiene por maravillosas; Roger Marx emplea seis páginas en la descripción de una sola plancha....

* * *

Volvíamos de la Misa Negra.

El hermano pálido, el *alter ego* de las fantasmas crepusculares, concluía su plática sobre el monstruo i exclamaba envolviendo en un *obi* de suntuoso brocado el álbum japonés:

—Ya no hai monstruos en la vida moderna, en la vida plástica cuando menos; pero en el mundo moral existimos larvas de monstruos, tendremos alas cuando sobrevenga el *super hombre*, i entretanto nuestro estado medio, nuestra crisálida, será algo así como el «Horla» de Maupassant....

JOSÉ JUAN TABLADA.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
AL DE BIBLIOTECAS

LA GATA

DIGNO de la pluma festiva del Curioso Parlante, del estilo profundo de Fortún i de los pinceles de Valeriano Bécquer es el tipo que hoy ofrezco al buen humor de los lectores.

Por desventura mía, no tengo ni la verba salada de Mesonero, ni las tristes genialidades de Zarco, ni el colorido delicado del infortunado pintor, para presentaros, como es debido, con todas sus gracias i donaires i su más i su menos, esta nueva especie del reino femenino, que pollos tempraneros, lechuginos crónicos i solterones contumaces, han clasificado entre los individuos de la raza felina.

Hace tres lustros—i apelo para justificar mi dicho al testimonio de los pisaverdes de antaño—designábanle todos con el nombre genérico de *garbancera*; con el de *garbancerita* si era guapa i coqueta, con el de *garbancito* si mui joven i tímida, i con el de *garbanzo* si pasaba de los veintiocho agostos, era recia de carnes i poco llevadera de bromas i chuleos en esquinas i mostradores. ¿Cuándo cambió de nombre? No he podido averiguarlo, por más que he puesto a contribución el saber de muchos amigos míos, mui estudiosos i eruditos, i peritísimos en eso de Zoología... doméstica.

Pero *gata* o *garbancera*—como os plazca llamarla—la servidora coquetuela i lista, que nos hace la cama, nos sirve la mesa i suele satisfacer nuestro apetito con los portentos de su talento culinario, es merecedora de un breve estudio por lo menos.

Debo principiar por deciros que, aunque a veces ad-

miro sus ojitos negros i chispeantes i gozo con su ingenua alegría, si la veo ostentar en calles i espectáculos sus galas domingueras, i hasta llego a extasiarme, de cuando en cuando, con sus pies aristocráticamente calzados, no me apasiono por el género, i prefiero al plebeyo rebozo la española mantilla, i el suave perfume de la Champaca de Lahor al aroma, delator de vulgar estirpe, de la Kananga del Japón.

La *gata*, por carácter i naturaleza, es a todos simpática, no sólo para el sexo feo, sino hasta para las señoritas, que no pueden menos que admirar su lindo palmito, sin polvos ni afeites, i tienen para ella cierta benevolencia compasiva.

La *gata* es, de ordinario, el complemento de una familia numerosa, quien la encarga por lo común del cuidado de los niños, i el *factotum* de la casa. (No entran aquí las de mujeres celosas i rasca-rabias, donde una consorte fundadamente temerosa evita hasta la sombra del peligro). A ella, siempre dispuesta a salir a la calle, sin que la arredre la lluvia, ni la espanten las sombras de la noche, se confían, con incalificable ligereza, secretos encargos, delicadas misivas i compras que exigen malicia i buen humor, toda vez que hai que tratar con mercaderes expertos i mui amigos de vender en siete lo que vale cuatro. Nadie como ella para pedir muestras en las tiendas de ropa i prestar, en casos graves, oportunos servicios de tercera amorosa, para resolver terribles conflictos provocados por una madre severa o un padre intransigente, i llevar a manos de gallardo doncel, perfumado i lacrimoso billete.

Busquemos un tipo.

Es alta, esbelta, de talle cimbrador, que provocando la censura diaria de gruñona cocinera, vive oprimido, del día a la noche, por estrecho i pretensioso corsé; tiene ojos negros, rasgados i relampagueantes, torneada pierna i atrevido pie, el domingo, ajustados por tirante me-

dia i gentil botita de alto i encorvado tacón. Viste falda de lana con adornos de seda, de medios colores, como que, aunque poco a poco, ha sacado provecho de lo que oye a sus lindas i elegantes damas, en esas serias i graves discusiones, acaloradas i sin término, en que la costurera o la modista llevan la voz ministerial, i una mamá económica representa la oposición, guardadora celosa de los fondos domésticos. Completa su vestido blanco saco de hilo con tiras bordadas, imitación, que hoy está en privanza entre la gente felina, de esa prenda que designan nuestras damas con el nombre de *matinée*. Rodea su cuello exiguo pañolito de vivos colores, sujeto por modesto alfiler de relicario, en el cual, tras un vidrio, limpio como un diamante, ostenta su figura un personaje desconocido o una rosa de Esmirna pintada en papel, de esas que hoy amenizan con sus graciosos dibujos los aparadores atestados de brujerías; pendientes de celuloide; una cinta de raso azul que contiene suavemente los cabellos, los cuales, cortados sobre las cejas en rizado fleco, prestan a su fresco rostro un aspecto de refinada distinción; boca graciosa; ebúrneos dientes que no conocen zozodontes ni opiatas; mejillas morenas con tintes de natural carmín, indicios de completa salud, i que, a la sombra de la espesa patilla, redoblan sus provocativos encantos; esfumado bozo sobre el labio, i oportuno lunar que duplica la expresiva malicia del atractivo rostro.

Tan linda personita va envuelta en un rebozo, que si no conserva el perfume del telar, tiene el aroma de cedro del baúl en que permanece guardado seis días de la semana, durante los cuales vive su dueña consagrada a la badila i a la escoba.

Es de verla cuando va por esas calles, suelta de movimientos como gorrion de cementera, flexible de cintura i con andar precipitado; i es de admirarla cuando a las tres de la tarde de un hermoso domingo, sale mui orgu-

llosa con sus respunteadas botitas, luciendo, al saltar el arroyo, la blancura incomparable de sus enagnas tiesas i ruidosas, para ir en busca del amartelado zapatero, Amadis invencible de la beldad felina, o del talabarterito gallardo i vigoroso—de botines amarillos, blanco i estrecho pantalón, faja de grana, ceñida chaqueta de airo-sísimo corte, nivea camisa, corbata chillona i sombrero jarano de tremenda copa, ribeteado de galones de plata i rodeado con escandalosa toquilla—que cerca le espera, ostentando sus atléticas formas, en actitud artística, con el zarape al hombro, último toque de su apolínea belleza, tardes i noches de los días festivos.

Aquel galán desenfadado i barbilindo, dueño de aquel corazoncito lleno de aspiraciones i temores, es el bello ideal de la *gata* en los años felices en que apenas pretende sacar la planta fuera de su clase, para entrar, por buen o mal camino, en otra más elevada i más brillante.

Narrar el dulce idilio de esos amores sería cosa mui larga, i baste decir que principia en el hueco de un zaguán i tiene por teatro dominguero, como alguna escena del «Don Juan» de Mozart, fresca i dilatada calle de árboles, en los confines alpinos de la Alameda o en el remoto callejón, a la luz espléndida de una tarde de verano, al eco de las tórtolas que zurcan en sus nidos o a la margen del río que adormece a los amantes con el arrullo de las linfas parleras. El primer amor de la *gata*, tierno i lleno de abnegación, es breve como todo lo bello, i mui raras veces hace de la inquieta servidora la dueña de un hogar que la pobreza honra i el trabajo embellece; por lo común es desgraciado, porque un sin número de peligros la arrastran i la desvian.

Los grandes peligros de la *gata* podian simbolizarse en un mostrador o en una levita. El tiroteo de frases galantes de horteras harto vivos; el requiebro ineludible de boticarios i mercaderes de telas que despiertan en la pobre muchacha locas esperanzas; el tentador halago de

flamante vestido o de un calzado nuevo, i el incansable acecho de señoritos i caballeros que en domicilios, banquetas i corrillos procaces la persigue i la hostiga, suelen dar al traste con su recato i su virtud; pero no le faltan medios de defensa: tiene a su alcance desde el mohín desdenoso, hasta la frase burlona que parte medio a medio; desde el revés bien dado a quien la violenta i la estruja, hasta lo que constituye la fuerza de su debilidad i que es frecuentemente su tabla salvadora: la broma con la cual echa todo por tierra, i que es como el supremo recurso de su estrategia.

Conoce a todo el mundo i con todos trata, llamándoles, sencillamente, con un don tamaño como una torre: Don Pedro, Don Darío, Don Manuel; salvo a sus íntimos o a quienes les son simpáticos, a los cuales llama Manuel Ortiz, Antonio Valladares, i que son en los bailecitos vespertinos o nocturnos sus compañeros fieles i constantes para la mazurca melancólica, la danza voluptuosa o el vals arrebatado.

En estos saraos de extraordinario regocijo para el pueblo felino, i en los cuales un salterio vibrante, un bajo soñoliento i una flauta lánguida, mecen dulcemente a la *gata* en sus sueños de señorita, se deja galantear como una dama de alto copete, por el pollo taurófilo o el escribientillo tronera que endosa corto saquito de cheviot o levitín inglés, i baila preso en la muralla de sus cuellos; entonces no se cambiaría por la más bella de sus amas, cuando con aplauso unánime de la familia i admiración sincera de toda una servidumbre boqui-abierta, sale para un baile de la Lonja a ser cortejada por el novio oficial.

Allí la *gata* se da tonos de pulera i bien parlada, i repite, venga o no venga al caso, i como Dios la ayuda, cuanto en la casa donde sirve ha escuchado de las Fulanitas o de las Zutánitas: cuanto allí se dice de éste o de aquél, descubriendo indiscretamente asuntos reservados a las

arcanidades del hogar; allí bebe copitas de Cognac con Kerman, baila con frenesí i fuma en cada entreacto.

Cuando los humos del alcohol han invadido su cerebro i siente adormecidos sus labios i no puede resistir a la terrible descarga de piropos que le asestan sus admiradores, en grato palique, viene la intimidad, la confidencia sigilosa, la revelación solemne, i principia la conquista pacífica. Entonces, al son del schotisch más en boga, suele el amante de su ama obtener su eficaz mediación para reanudar la correspondencia interrumpida por el veto de una respetable mamá; entonces se averigua cuanto pasa en las casas, cuanto en ella se dice, cuantas miserias en ella se sufren i cuantas abundancias allí se disfrutan. Desde este punto de vista, la *gata* es un terrible enemigo doméstico, pregonero incansable i revelador fidedigno.

En ocasiones es confidente de la señorita, i, a decir verdad, se porta en todo con suma discreción; trae, lleva i hasta se muestra desinteresada con el novio, rehusando, con noble proceder, sus generosas dádivas.

Tiene grandes defectos, pero no le faltan cualidades; con sus compañeras de casas menos opulentas, se muestra enamorada de sus amos, ponderando su esplendidez a troche i moche; en los apurillos secretos de las familias, sabe ir á una casa de empeño para que le presten sobre una alhaja valiosa, dando ella su nombre, lo que sus amos necesitan, i proceder con tales tinos que casi siempre consigue doble cantidad de la que a otros diera el prestamista; sirve muchas veces a sus amos, cuando vienen a menos o corren malos vientos, con abnegación i cariño, trabaja sin interés i sirve para todo; ama tiernamente a los niños que la recompensan ampliamente, guardándole el secreto de sus amores i de sus citas clandestinas, i se muestra siempre prendada de la señorita, que la tolera cuando falta, para utilizar sus servicios en caso necesario.

Malhumorada y respondona, llena de retobos i de quejas, es causa frecuente de disgustos; llora si se le reprende con dureza, pero todo le pasa como lluvia de primavera; i a la mañana siguiente barre regocijada las habitaciones, asomándose de cuando en cuando a la ventana i cantando entre dientes su danza favorita, recuerdo melancólico del último baile.

Si anda por camino recto, puede alcanzar la dicha de ser esposa de un honrado artesano; pero si da en preciarse de vestir bien, suele parar en perdición, bajando, por su desgracia, de peldaño en peldaño, todos los tramos de la escala social.

Por lo común, aprende a vivir i acaba su vida santamente, asistiendo al sermón todos los domingos, i atendiendo pacientemente durante toda la semana, con noble afecto, a un solterón malhumorado, lleno de achaques i dolencias; i la que antes dejaba el acomodo por los días de Semana Santa o de Navidad para subir i bajar a su antojo, es hoy esclava resignada de su trabajo; i la que entonces, al sacar a los niños de paseo, se hacía acompañar por el novio, i traía i llevaba amorosos billetes, al presente, agria i gruñona, i más celosa de la moral que un cura decrepito, es cançerbero terrible para cuidar a sus compañeras jóvenes, manda en jefe a la servidumbre, cuida eficazmente de los intereses de sus amos, i envejece i muere, siendo depositaria de todas sus confianzas.

¡Obra del tiempo que todo lo muda, todo lo modifica i todo lo transforma!

¡Sic transit gloria mundi!

RAFAEL DELGADO.

EL LIBRO DE ORACIONES

ENTRE las reliquias de familia, que algunas veces saco de mi escritorio para besarlas, en recuerdo de aquellos que ya no existen, hai un viejo libro forrado en tafete rojo i adornado con dorados antiguos, cuya edad remonta al siglo último.

Es el libro de oraciones de mi bisabuela.

Cada año, cuando la primavera, trae para mí, como para la mayor parte de los hombres de mi edad, ese cansancio i laxitud de la vida, que han reemplazado a los ardores primaverales de nuestra juventud, tomo ese libro i lo recorro al azar.

Una hoja ajada, la aureola de una lágrima seca, un corazón sangriento coronado de espinas, las imágenes de los santos patronos de nuestra familia, me hacen encontrar de página en página, el rostro de esas almas que durante tres generaciones han seguido el camino de la oración, con su fe, sus esperanzas, sus amores i sus tristezas.

Algunos años, i hasta un siglo, habrán tal vez pasado desde que ese libro fué impreso. ¡Un siglo! i uno de los más borrascosos, de los más terribles que la humanidad ha atravesado.

I durante esta larga serie de tempestades no ha habido errores o crímenes que no hayan triunfado, ni justo que no haya sido violentado en su persona o perseguido en su fe; la feroz bestia humana desuicadenada por una mano invisible se ha arrojado como un lobo al través del

rebaño de los pueblos i un día salta al cuello del pastor mismo i lo estrangula.

De tiempo en tiempo se ve de repente caer del cielo un Hércules o un Teseo. I sin que se sepa cómo, toma al monstruo, lo derriba, le pone la cadena i lo lleva de nuevo a su prisión.

Ese pueblo que había visto perdido está salvo, i vuelve a vivir en la confianza i el gozo hasta el día en que percibe que la bestia ha vuelto a romper sus cadenas, i es necesario entonces resignarse a sufrir una vez más.

I a cada movimiento, los hombres de todas partes se ponen a escribir; ¡escriben i escriben!

Nubes de diarios suben en torbellinos al cielo; montañas de libros se elevan por grados como torres de Babel, i todas las ideas que la mentira i la verdad, el buen sentido i la locura sugieren a nuestro miserable cerebro, se arrojan a la luz con gritos de cólera o de desesperación.

Todo quedó en silencio; algunos años de calma se pasan, luego la tempestad comienza a rugir de nuevo, i así continúa.

Durante todo este tiempo, inquebrantable como una roca en medio del torrente, el viejo libro de mi bisabuela deja pasar los hombres i las cosas, repitiendo imperturbablemente unas mismas oraciones, contando por la milésima vez, sin cambiar una sola palabra, la vida, las obras i el sacrificio de un Dios, muerto por nosotros.

En las dificultades de la vida, en las angustias de las conciencias, en el gozo o en el dolor, no hai más que abrirlo, para encontrar fielmente, inmóvil en su lugar acostumbrado, el consejo, la sonrisa o el consuelo que se necesita.

Cada vez que nacía un niño en nuestra familia, la abuela tomaba el libro, i de rodillas delante de todos leía para atraer las bendiciones del cielo sobre el recién nacido, la misma oración que habían leído el día en que ella vino al mundo.

Cuando la muerte venía a buscar a uno de los nuestros; cuando con las manos entrelazadas, un crucifijo sobre el pecho i extendido en su cama estaba el que nos iba a dejar, el viejo libro se abría por la última página esta vez.

La familia, conteniendo sus sollozos, recitaba en voz baja i con precipitación, las sublimes oraciones de los agonizantes en que, llamando en auxilio a todos los santos del Paraiso, recuerdan al Señor los ejemplos de su misericordia, *«y le suplican se acuerde que ese pecador que va a morir, no ha caído sino por debilidad i por miserias humanas; que jamás creyó en dioses absurdos, sino en Dios vivo i verdadero, i que guardó siempre la fe en su Creador.»*

I cuando pienso que esta historia de mi familia es la del mundo entero; cuando pienso que en las tres partes del globo, toda la fe i la esperanza del hombre i todo lo que sabe de moral i verdad está resumido en el nombre de Jesucristo; cuando veo que sobre el resto de la tierra, todo el que piensa racionalmente se une para reconocer, con diferentes formas, i con diferentes simbolos, las verdades supremas que Jesucristo ha revelado en la forma más elevada i más perfecta, me digo que el libro de mi bisabuela contiene, considerado con detención, más sagacidad i certeza que todos los libros, que todas las constituciones, que todas las leyes, que todos los diarios escritos durante tantos años por la mano del hombre.

EUGENE MOUTON.

LA REDENCION

(LEYENDA GITANA)

IRA Domingo de Gloria.

Repiqueteaban en la torre las campanas, dando locas volteretas; salía de la iglesia desbordado concurso de fieles, i esparciéndose en la ancha plaza, la llenaba de mezclados aromas indefinibles. . . . aromas de flores, de romero, de incienso, de carne joven, de crujientes trajes de seda guardados mucho tiempo entre granos de alcanfor i pimienta, aromas de polvos de arroz i de aguas químicas. . . .

Así huele el pecado también.

Una gitana me pidió limosna. Era una gitana vieja, encorvada, sucia i harapienta. Las arrugas contraían su rostro atezado, dándole siniestra movilidad i haciendo parecer más vivos i amedrantadores sus ojos negros.

—Deme una limosna i yo le contaré cómo entró Cristo en el cielo. . . . Mire, señor, que es interesante mi leyenda. . . . Nadie la sabe más que los de mi raza. . . . Es nuestro patrimonio. . . . El día del Juicio compareceremos todos los gitanos ante el Señor i le diremos: «Nosotros sólo hemos conocido la verdad;» i Dios, con aquella su voz que produce la tempestad, el huracán i el terremoto, nos dirá: «Vosotros sólo pasareis.» I el cielo será nuestro. Por eso vagamos por el mundo odiados, perseguidos, sin hogar, sin patria. . . . La verdad va con nosotros, i la verdad estorba en todas partes.

La gitana comenzó su relación.

—En el principio Jehová no era Dios. . . . es decir. . . . —i la pobre mujer tartamudeaba luchando por encontrar una palabra que expresara bien su idea— . . . no había más dios que Él, pero no era bastante dios. Era la suprema bondad, la suprema justicia, la suprema felicidad, la omnipotencia. Faltábale ser el supremo dolor.

Por esto el cielo estaba vacío. Los ángeles i los querubenes se perdían en aquella inmensidad inhabitada, esperando impacientes que así como el niño se hace hombre, Jehová se hiciera Dios. Murmurando decían: «He ahí a Luzbel, que ha sentido el dolor, apresurándose a llenar sus cavernas. Como ha llorado, como la ira ha enrojecido sus ojos i quemado sus labios, ama i busca el amor de los humanos.»

Jehová no amaba, porque no había llorado. El mundo, su obra predilecta, era todo desolación i guerras i esclavitudes. Su mismo pueblo escogido, el que sacó de Egipto i llevó a Israel, el que acataba su lei i con el que diariamente se comunicaba, corrompiase también, i el odio i la hipocresía i todas las malas pasiones anidaban en su corazón. Jehová para redimirlo envió su hijo a Judea i seguro de que era Él mismo quien se hacía hombre, quiso descansar i se durmió.

Cuando Dios duerme, no duerme una noche. Su mirada abarca el espacio infinito; su mano soporta la pesadumbre de mundos, soles i estrellas; su sueño es una noche de siglos.

Aquel día, despertóse Jehová sobresaltado. Parecía que iba a perecer la tierra; agitaba un violento terremoto; cubríanla lúgubres tinieblas, más densas, más profundas que las de la noche misma.

Creyó Jehová que el ángel malo se había aprovechado de aquel sueño para destruir su obra, i su voz potente sonó en el espacio....

—¡Luzbel! ¡Luzbel!

Compareció ante Jehová el diablo i le dijo:

—¡Señor, me he vengado! No sabiais lo que es el dolor. Vuestra justicia era implacable porque no habiais llorado nunca....

I en esto avanzó por los ámbitos celestiales, un cuerpo macerado, herido, coronado de espinas, cubiertos los empalidecidos labios de hiel i vinagre, desgarrado el pecho, llagados los pies i las manos, manchado por negros coágulos de sangre, gimiendo i lloroso.

—Señor, soy tu hijo—exclamó.—He aquí la obra de los hombres.

Jehová lanzó un grito de mortal congoja; llenáronse de lágrimas sus ojos; recibió en sus brazos el torturado cuerpo de Jesús, i cuando el dolor dejóle alientos para hablar, mirando a Luzbel que allí aguardaba gozándose en su obra:

—Perdonado estás, Satanás,—le dijo,—vé, sal del infierno; apaga sus hogueras; destruye sus tormentos.... El mundo es tuyo. No se redimirá ningún hombre. Vivirá el odio en sus corazones i la mentira en sus labios. Tendrán por amor la lascivia i por gloria la guerra....

I cuando Luzbel se hubo ido, convocó a sus ángeles i querubens i les dijo llorando:

—Tocad, tocad estas desgarraduras de mi carne i esta sangre mía hecha coágulos repugnantes, llorad conmigo i cerrad las puertas del cielo i abridlas sólo para los que allá abajo hayan sufrido sed i hambre i muestran su corazón lacerado i sus ojos llenos de lágrimas.

I avanzando hacia la tierra lleno de sublime ira, gritó:

—No por la fe, sino por el dolor os redimireis.... ¡Malditos!

I desde entonces Jehová es Dios; la bondad suprema, la justicia i el dolor supremo....

—Gitana, ¿quién te ha enseñado esa leyenda?—le pregunté.

—La aprendí en una noche de invierno, delante del cadáver de mis hijos, apedreados, heridos, muertos cerca de una iglesia, cuyo cura nos maldijo en nombre de Dios.

DIONISIO PÉREZ.

LA FIGURANTA

LA escena pasa en el despacho de un empresario de teatros, que cultiva la especialidad de las comedias de magia montadas con todo el aparato que el argumento requiere.

Apenas hubo entrado en la mencionada pieza Mme. Bertillot, irreprochable modelo de buenas esposas, que lleva el sentimiento de sus deberes conyugales hasta el extremo de adorar locamente a su panzudo i ya madurito consorte, exclamó con voz suplicante:—Caballero, de usted depende mi felicidad.

—¿De mí?—preguntó el empresario.

—Sí, señor, de usted. Mi marido tiene el defecto de hablar dormido. Pues bien: anoche—¡ah! ¿por qué tuve la maldita ocurrencia de ver la comedia de magia que ahora se representa en este teatro?—Anoche, repito, durmió

en medio de las agitaciones de un sueño criminal, pensando en esa Constanza Chaput, que en el tercer cuadro desempeña el papel de reina de Carnaval, i que vestida de máscara no oculta, por decirlo así, más que su rostro.

Anoche, el malvado no cesaba de repetir el nombre de la maldita figuranta. Pero debo advertir a usted, caballero, que Bertillot es hombre de buenas costumbres, i que su austeridad ha sido hasta hoy verdaderamente ejemplar.

—No lo dudo, señora; pero no veo.....

—¿En qué puede usted servirme?

—Eso es.

—Pues bien, déjeme usted representar esta noche el papel de Constanza Chaput.

—¿Lo dice usted de veras?

—Sí, señor. Y la cosa no puede ser más sencilla, porque la reina del Carnaval, que no tiene que pronunciar ni una sola palabra, se limita a permanecer en pie sobre una mesa, bebiendo champagne, sin quitarse la careta en todo el cuadro.

—El caso es que no entiendo lo que usted se propone con eso.

—Oiga usted. Esta noche vendrá Bertillot solo al teatro, a contemplar de nuevo a Constanza. Cuando se acueste i sueñe con ella, yo le despertaré i le diré la verdad de todo, para escarmentarle cual merece.

—No está mal pensado—dijo el empresario lanzando una carcajada—i a fe mía.....

—¿Consiente usted?

—No tengo inconveniente en ello, señora, ya que usted lo desea.

Tal fué el cúmulo de circunstancias, que dió por resultado la presentación de Mme. Bertillot en escena, bebiendo champagne sobre una mesa, ante más de seiscientas personas congregadas en el teatro.

Cuando cayó el telón, vistióse a toda prisa, tomó un

carruaje i llegó al domicilio conyugal mucho antes que su marido.

¡Qué lección iba a darle! ¡Qué triunfo tan grande el suyo! Llegó por fin Mr. Bertillot, i antes de que su esposa le dirigiese la palabra, cayó de rodillas ante su mujer.

—¿Qué te pasa?—preguntó asombrada la buena señora.

—¡Soi culpable, hija mía! Pero estoi arrepentido e imploro tu perdón. He sido víctima de un mal pensamiento a causa de una figuranta. Te juro, sin embargo, que estoi completamente curado.

—¿De veras?

—Sí. Yo mismo no me explico lo que me ha ocurrido. Fué una ilusión del momento. Anoche la volví a ver i ¡si supieras qué mal formada está!

CATULLE MENDÉS.

LOS FUNERALES DEL SOL

EL crepúsculo. Honda melancolía acongoja a los cielos; ha muerto el Sol. No paró mientes en la proximidad del mar i de pronto se vió que caía en él sin poderse contener. ¡Ha muerto el Sol! ¡El rei de la luz se ha ahogado! Las naves levantan al cielo sus antenas en actitud de viudas dolientes que oran por el alma del esposo difunto. Corporaciones de nubes acuden al entierro del Rei Sol. Esas blancas son coros de vírgenes que van a poner albas rosas en su tumba, la línea brillante que las perfila es el oro de sus rubios cabellos. Aquellas pardas, que avanzan lentamente, son caducos ermitaños que van a recitar ante la fosa gangosas preces. Esa nube de brillos acerados está formada por la mesnada de un ca-

en medio de las agitaciones de un sueño criminal, pensando en esa Constanza Chaput, que en el tercer cuadro desempeña el papel de reina de Carnaval, i que vestida de máscara no oculta, por decirlo así, más que su rostro.

Anoche, el malvado no cesaba de repetir el nombre de la maldita figuranta. Pero debo advertir a usted, caballero, que Bertillot es hombre de buenas costumbres, i que su austeridad ha sido hasta hoy verdaderamente ejemplar.

—No lo dudo, señora; pero no veo.....

—¿En qué puede usted servirme?

—Eso es.

—Pues bien, déjeme usted representar esta noche el papel de Constanza Chaput.

—¿Lo dice usted de veras?

—Sí, señor. Y la cosa no puede ser más sencilla, porque la reina del Carnaval, que no tiene que pronunciar ni una sola palabra, se limita a permanecer en pie sobre una mesa, bebiendo champagne, sin quitarse la careta en todo el cuadro.

—El caso es que no entiendo lo que usted se propone con eso.

—Oiga usted. Esta noche vendrá Bertillot solo al teatro, a contemplar de nuevo a Constanza. Cuando se acueste i sueñe con ella, yo le despertaré i le diré la verdad de todo, para escarmentarle cual merece.

—No está mal pensado—dijo el empresario lanzando una carcajada—i a fe mía.....

—¿Consiente usted?

—No tengo inconveniente en ello, señora, ya que usted lo desea.

Tal fué el cúmulo de circunstancias, que dió por resultado la presentación de Mme. Bertillot en escena, bebiendo champagne sobre una mesa, ante más de seiscientas personas congregadas en el teatro.

Cuando cayó el telón, vistióse a toda prisa, tomó un

carruaje i llegó al domicilio conyugal mucho antes que su marido.

¡Qué lección iba a darle! ¡Qué triunfo tan grande el suyo! Llegó por fin Mr. Bertillot, i antes de que su esposa le dirigiese la palabra, cayó de rodillas ante su mujer.

—¿Qué te pasa?—preguntó asombrada la buena señora.

—¡Soi culpable, hija mía! Pero estoi arrepentido e imploro tu perdón. He sido víctima de un mal pensamiento a causa de una figuranta. Te juro, sin embargo, que estoi completamente curado.

—¿De veras?

—Sí. Yo mismo no me explico lo que me ha ocurrido. Fué una ilusión del momento. Anoche la volví a ver i ¡si supieras qué mal formada está!

CATULLE MENDÉS.

LOS FUNERALES DEL SOL

EL crepúsculo. Honda melancolía acongoja a los cielos; ha muerto el Sol. No paró mientes en la proximidad del mar i de pronto se vió que caía en él sin poderse contener. ¡Ha muerto el Sol! ¡El rei de la luz se ha ahogado! Las naves levantan al cielo sus antenas en actitud de viudas dolientes que oran por el alma del esposo difunto. Corporaciones de nubes acuden al entierro del Rei Sol. Esas blancas son coros de vírgenes que van a poner albas rosas en su tumba, la línea brillante que las perfila es el oro de sus rubios cabellos. Aquellas pardas, que avanzan lentamente, son caducos ermitaños que van a recitar ante la fosa gangosas preces. Esa nube de brillos acerados está formada por la mesnada de un ca-

ballero de Malta que va a formar la guardia de honor: por eso ha bruñido las alabardas i las cotas. Aquella nube que avanza mostrando un extraño barajamiento de combas, estrias i colores, el rojo i el gualda, el verde i la púrpura, es una corte medioeval con sus damas, meninas i pajes, sus bufones, juglares i trovadores, sus doseles, penachos i oriflamas, que se trasladan en confusa banda para asistir a los funerales del Sol.

Empieza la fúnebre ceremonia. El mar con enroquecida voz canta el *Miserere*. De las naves de guerra disparan el cañonazo del crepúsculo. Las cigarras entonan su monótona elegía; tocan a oración los templos i las gentes se descubren. Un incógnito sepulturero arroja grandes paletadas de sombra en la regia tumba i, cuando la tiniebla lo envuelve todo, surge la luna. Es la lápida que una larga caravana de estrellas conduce a la tumba del Sol. Sólo los poetas pueden descifrar el cabalístico epítafio escrito en su marfilina superficie.

CLEMENTE PALMA.

EL MIEDO

DESPUÉS de comer volvimos a subir al puente. En torno nuestro veíase el Mediterráneo, donde rielaba tranquilamente la luna.

Deslizábase el buque lanzando una serpiente de humo al cielo, tachonado de estrellas.

Silenciosos estábamos a bordo seis u ocho personas, con la vista fija en Africa, a donde nos dirigíamos.

El comandante que fumaba un cigarro, reanudó de

pronto la conversación que habíamos sostenido durante la comida.

—Sí, aquel día tuve miedo—dijo,—pues mi barco estuvo seis horas encallado en la roca i azotado por el mar. Por fortuna, a la caída de la tarde fuimos recogidos por un buque inglés que nos había visto.

Entonces un mocetón, de rostro atezado i serio aspecto, habló por primera vez i dijo:

—Afirma usted, mi capitán, que ha tenido miedo; no lo creo. Se equivoca usted acerca de la palabra i de la sensación que experimentó. El hombre enérgico nunca tiene miedo en un peligro inminente. Está conmovido, agitado, ansioso; pero el miedo es otra cosa.

El capitán replicó riéndose:

—¡Cáspita! Le respondo a usted que he tenido miedo.

—Permitame usted que me explique. El miedo es algo espantoso, una sensación atroz, un horrible espasmo del pensamiento i del corazón, a cuyo sólo recuerdo siéntense calosfríos de angustia. Pero cuando se es valiente, no se siente esto ante un ataque, ni ante la muerte inevitable, ni ante todas las formas conocidas del peligro. Esto sólo ocurre en ciertas circunstancias anormales, bajo el poder de misteriosas influencias. Yo he tenido miedo en pleno día, hace diez años, i he vuelto a sentirlo el invierno último, una noche del mes de diciembre.

Pues bien; he aquí lo que me pasó hace diez años en Africa. Atravesaba yo los grandes méganos al Sur de Uarglá, uno de los más extraños países del mundo. Imagínense ustedes el Océano trocado en arena en medio de un huracán. Sobre aquel mar furioso, mudo i sin movimiento, vierte sus llamas implacables el sol abrasador del Mediodía. Hai que subir por aquel oleaje de cenizas de oro i bajar i volver a subir sin descansar i sin sombra. Los caballos resuellan con hipo, se hunden hasta las rodillas i se escurren al bajar.

Ibamos dos amigos, seguidos por ocho *spahis* i cuatro

camellos con sus camelleros. No hablábamos una palabra, abrumados por el calor i la fatiga, secos de sed como aquel ardoroso desierto. De pronto uno de aquellos hombres dió un grito de angustia.

No sé dónde, cerca de nosotros, tocaba un tambor, el misterioso tambor de los arenales movedizos.

Los árabes se miraban con espanto i uno de ellos dijo en su idioma:

—¡La muerte está sobre nosotros!

Durante dos horas, el intangible tambor no cesaba de aturdirnos los oídos con su monótono ruido.

En aquel momento, mi amigo cayó en tierra, muerto de una insolación.

El miedo se apoderó entonces de todo mi ser, al verme ante aquel cadáver, mientras que el eco desconocido repetía los fatídicos redobles, a doscientas leguas de todo poblado francés.

El capitán interrumpió al narrador i le dijo:

—Pero ¿qué era aquel tambor?

—Nadie lo sabe. A mi juicio, no se trata más que de una especie de espejismo del sonido.

I ahora llego a mi segunda emoción.

Era el invierno último, en un bosque del Nordeste de Francia.

Tan oscuro estaba el cielo, que se hizo de noche dos horas antes de lo regular.

Llevaba yo por guía un campesino que iba a mi lado por un sendero de árboles, a los cuales hacía dar alaridos el viento huracanado.

Teníamos que cenar i que acostarnos en casa de un guarda de montes, cuya morada no estaba ya lejos de nosotros.

A veces mi guía levantaba la vista i murmuraba: «¿Qué tiempo tan triste!» Luego me habló de las personas a cuyo domicilio nos dirigíamos. El padre había dado muerte a un cazador furtivo dos años antes, i desde entonces tenía

un humor tétrico, como si no cesara de atormentarle el recuerdo de aquel hecho fatal. Con el vivían sus dos hijos, ambos casados.

De pronto vi una luz i a los pocos instantes mi compañero llamaba a una puerta.

Una voz de hombre preguntó:

—¿Quién va?

Mi guía se dió a conocer i entramos, presentándose ante mis ojos un cuadro inolvidable.

Un viejo, de cabeza cana i ojos alocados, con la escopeta cargada en la mano, nos aguardaba de pie en la cocina, mientras guardaban las puertas dos fornidos moctones, armados con hachas. En los oscuros rincones hallábanse dos mujeres arrodilladas, de cara a la pared.

El anciano dejó su arma apoyada contra un banco i dió órdenes para que prepararan mi cuarto. Luego, al ver que las mujeres no se movían, me dijo bruscamente:

—Esta noche hace dos años justos que maté a un hombre. El año pasado vino a llamarme i le espero esta noche.

I después añadió, en un tono que me hizo sonreír:

—Por eso estamos intranquilos.

Le tranquilicé como pude, satisfecho de asistir al espectáculo de aquel terror supersticioso.

Junto al hogar dormía un perro viejo, con el hocico metido entre las patas.

Iba yo a despedirme para acostarme, cuando de repente el anciano dió un bote de su asiento i empuñó de nuevo la escopeta, balbuceando con voz temblorosa:

—¡Ahí está! ¡Ahí está! ¡Miradle!...

Las dos mujeres volvieron a caer de rodillas i los hijos del guarda cogieron de nuevo sus hachas.

El perro se despertó sobresaltado, levantó la cabeza, alargó el pescuezo i lanzó uno de esos lúgubres aullidos que hacen temblar a los caminantes.

El guarda, lívido, exclamó:

UNIVERSIDAD
ALFONS
Apto. 1625 MONTENEGRO

—¡Lo huele, lo siente! ¡Estaba ahí cuando yo le maté!
A mi pesar, sentí un escalofrío en los hombros a consecuencia del pavor que me infundía aquella visión del animal, en aquel sitio i a aquella hora, en medio de aquellas gentes tan perturbadas por la superstición.

¡Tuve miedo! Pero ¿miedo de qué? ¿Qué se yo! Miedo i nada más.

Esperábamos un suceso horrible, con el oído atento i palpitante el corazón.

I el perro se puso a dar vueltas por el aposento, olfateando las paredes i sin cesar de ladrar.

Entonces el aldeano, que me había servido de guía, se arrojó sobre él, i abriendo una puerta que daba a un corralazo echó fuera al animal.

De repente tuvieron todos una especie de sobresalto: un ser se deslizaba contra la pared exterior hacia el bosque; luego pasó contra la puerta, que pareció palpar con mano vacilante; a poco no se oyó nada en dos minutos; en seguida volvió, rozando siempre la pared, i la rascó ligeramente, como lo haría un niño, con las uñas. Después apareció de pronto contra el cristal de un ventanillo una cabeza blanca, con ojos luminosos como los de las fieras.

Entonces estalló en la cocina un estrépito formidable. El anciano había disparado su escopeta.

I juro a ustedes que al ruido del disparo, que no esperaba, sentí tal angustia, que poco me faltó para morir de miedo.

Allí estuvimos hasta la aurora, sin movernos ni hablar una palabra.

Nadie se atrevió a desatracar la puerta hasta que se vió por una hendedura penetrar un pálido rayo de la luz del día.

Al pie de la pared i contra la puerta yacía el pobre perro, con las quijadas rotas por un balazo.

Al cabo de algunos instantes de silencio, repuso el narrador:

—Sin embargo, aquella noche no corri riesgo alguno. Pero mejor quisiera que comenzaran de nuevo las horas terribles en que afronté los más espantosos peligros reales, que aquel solo minuto del disparo de la escopeta del guarda contra la barbuda cabeza del ventanillo.

GUY DE MAUPASSANT.

¡AVE FEMINA!

I

A la luz, como atenuada, de sus ojos espirituales i hermosos, el rostro en reposo tiene severidades de matrona, altiveces de gran dama, i el gesto de su boca de apasionada es de melancólico e imperioso desdén.

Recuerda el perfil de la Montespan, que en ciertos medallones, conserva esa picante i desdeñosa majestad.

Cuando sonríe, sus rojos labios se despliegan lentamente con sinuosidades serpentinas, una inmensa voluptuosidad enciende la mirada; su risa burlona tiene tonos velados, roneas sonoridades, casi báquicas, de enamorada cruel, i tiene entonces desenfadados de advenediza, cóleras de Cleopatra impaciente, estremecimientos de cuerpo que tiembla bajo la caricia enervadora.

La he visto meditando, fija en el vacío la mirada, entreabiertos los labios como para la sonrisa, alargados como para el beso, ensanchada la nariz, cual si aspirara con delicia fragancia de azahares... i luego, cuando advirtió mi presencia, la vi llevarse las manos a los ojos como quien despierta; la lengua, cual rojiza flámula de volcán, lamió los labios secos por el aliento encendido de

su ensueño, i me miró con enojo i turbación, cual si hubiese yo interrumpido una entrevista i sorprendido su secreto.

¿Mártir en cuya frente bate sus alas una quimera, en cuyo seno arde la llama de las aspiraciones imposibles, o mujer indiferente que va por la vida sin fe, demandando a una curiosidad voluble i perversa el secreto de los sueños i el camino de la dicha suprema? No lo sé.

Un desengaño, acaso, envenenó las fuentes mismas de su vida, i yo pregunto si su mal es incurable; si atrae ella los corazones para destrozarlos, como la de Borgoña condena a muerte a los que ama, o si, como Francesca, vivirla dichosa en el infierno por un solo beso de Paolo.

II

¿Tú lo quieres? ¡Sea! la dije. Amémonos odiándonos. Juntemos en una esas voluptuosidades excelsas; colmemos el cáliz de acibar i miel, mezclemos al vino de los dioses el licor sutil de Lucrecia i embriaguemos á entrambos el filtro abrasador.

Letanias de pasión, yámbicos de venganza para ti entonarán mis labios. Eres más bella que la ventura, blanca i rosada como la dicha, vaso de amor, i yo á tus pies traigo, rendido en la batalla, el tributo debido al vencedor: santos afectos del alma que depongo ante tu altar, mi orgullo quebrantado i el beso de mis labios que aún besándote te maldicen

III

Un instante apenas duró el vértigo que me despeñó hasta ti.

¡Ah! odiarte es honrarte.

Ve e imprime en otros labios el «estigma de tus besos;» ve como la esposa de Claudio, adonde sea el candil de

tu celda el primero que se encienda, el último que se apague; vuelve luego al hogar i, húmedos todavía los labios por el beso impuro, profana con ellos la frente de la hija tuya que duerme en su lecho de virgen, o las mejillas del que se revuelve aún en su cuna de infante: otra vez reclinada en el fondo del carruaje, los pies sobre el cesto de golosinas i champagne, ebria de vino i de deseo, recorre con tus amantes de ocasión la solitaria colina, al amparo de la noche, i otra vez, a la mañana, frescas aún en el rostro las huellas delatoras de la caricia infame, echada hacia atrás la cabeza, pasee al salir del templo tu mirada insolente por la turba incauta de tus adoradores.

Ve! Yo resevo para ti el más sangriento oprobio. Cuando del brazo de tu esposo, rodeada de tu prole, pases junto a mí, sonreída i altanera, yo te diré como a Lucila Cátulo:

—¡Salud, púdica i honestísima matrona!

CÉSAR ZUMETA.

EN EL PRIMER DIA DEL AÑO

NINGUNA familia más unida que la familia Bigot. Componíase de la bisabuela, Sra. Bigot, la mujer de éste i sus tres hijos. Estos últimos, un hombre i dos mujeres, estaban casados i a su vez tenían hijos. Incluyendo, pues, a estos tres matrimonios,—el Sr. i la Sra. Bigot, jóvenes, el Sr. i la Sra. Rigourd, i el Sr. i la Sra. de Prechasse,—eran dieciocho a la mesa, el día primero del año, i contando al Dr. Gonin, un viejo amigo de la casa, se llegaba a diecinueve.

Pero el número siempre era veinte, i la vigésima invitada no era otra que la anciana Bernarda, la antigua doncella de la Sra. Bigot Rezons, la bisabuela. Sus servicios de veinticinco años, su adhesión a toda prueba, hacían que, en aquel día, se la admitiese en la comida de familia. I se sostenía mui bien, completamente derecha, con su vestido negro, mui sencillo, i casi monástico, su vieja cabeza de campesina, de pómulos arrugados, como manzanas sonrosadas, dentro de un gorro de tul negro. Verdad es que se sentía un poco cortada, i que no desplegaba los labios, por más que se le dirigiese continuamente, con bondad, la palabra; pero la anciana se ocupaba de sus preferidos, una fresca rubita de la familia Prechasse, i un mofetudo de los Bigot, jóvenes, entre los cuales, i por un sentimiento delicado, la habían colocado.

La comida tocaba a su fin;—preciso es decir que esto acontecía desde la fundación de la vieja familia Bigot, i por más que parezca complicado, os aseguro que todo el mundo se encontraba allí mui bien;—la comida, pues, llegaba a su fin; se había tomado una sopa de puré, un pescado normando, un filete de ternera, guisantes, el tradicional pavo trufado, una ensalada, un pastel de frambuesas, i se escanciaba el *champagne*, estando las demás copas agrupadas en fila, por tamaños, llenas del vino del Rhin, Chambertin i Chateaux-Margaux.

El Sr. Bigot, padre, un hombre alto i grave, tomó la copa; establecióse mui luego un completo silencio, merced a los enérgicos *chuts* i a las palmadas que las mamás aplicaron a los niños en las manos; i todas las miradas se convirtieron sobre la anciana sirvienta, quien llena de confusión, pero comprendiendo que no tenía razón de ruborizarse, fijaba sus ojos, al través de la mesa, en una de las criaturas, en la pequeña Renata Rigourd, con esas miradas tiernas i serias, de una hermosura sonriente i algo fatigada, que tienen ciertas mujeres del pueblo.

Un soplo de simpatía flotaba en torno suyo, se fijaba en su rostro—¡debía haber sido mui bella i sufrido mucho!—bajaba a lo largo de sus espaldas encorvadas por veinticinco años de una servidumbre digna e irreprochable, i se hacía perceptible en sus manos, unas manos de trabajo i de obediencia, surcadas de cicatrices, hinchadas, echadas a perder, mui encarnadas, pero mui limpias, i que tenía el orgulloso instinto de no pretender ocultar bajo los manteles.

Así, pues, el Sr. Bigot se levantó con la copa en la mano; a su lado, la bisabuela con una sonrisa en su amplio semblante pálido que generalmente no sonreía ya, hizo un movimiento con la cabeza a su anciana, a su fiel sirvienta, como para alentarla, i con su medida voz de magistrado, dijo mui sencillamente:

—Antes de beber al nuevo año i a las esperanzas de dicha que puede traernos, creo que tenemos que hacer un brindis: hai entre nosotros una anciana, una fervorosa amiga, diría casi una parienta nuestra. (Bernarda, en efecto, hacía recordar a una tía pobre de provincia). Durante veinticinco años ha rodeado de cuidados a nuestra madre (i se volvió a la bisabuela), ha hecho bailar a mis dos hermanos i a mi sobre sus rodillas, i ahora consagra su ternura en nuestros hijos: por vosotros hablo, chiquitines míos; un día, sabreis cuán buena, noble i desinteresada se ha mostrado Bernarda, qué ejemplo de sencilla probidad i de fidelidad ha dado. I por esto, Bernarda, bebo a la salud de usted i le ruego que alce su copa con nosotros. Todo el mundo, aquí, quiere a usted i la respeta. Permitame que la desee que, como hasta ahora, se conserve animosa i fuerte, i decirle que un día beberá usted, así lo espero, a la salud, no solamente de estas criaturas que ha visto nacer, sino a la de los hijos de sus hijos!

Prodújose un gran tumulto, todas las copas se tendieron hacia la de Bernarda, todas las miradas, impregna-

das de afecto, i todas las sonrisas llenas de reconocimiento, se dirigieron a ella. I respondió sencillamente:

—Gracias, señor Eustaquio, gracias a todos.

I cuando volvió a sentarse dijo a la rubita de los Prechasse, vecina suya, a su preferida:

—Yo no sé hablar, naturalmente.

I la niña abriendo sus grandes ojos admirados, se recostó en ella i la dió un beso.

Pero el Sr. Bigot, joven, se había levantado, a su turno, i acarició por un momento su barba sedosa; era un joven abogado de talento, mui dulce, con ojos de un azul soñador.

—Ahora, dijo, tengo una súplica que dirigir a Bernarda. Deseo que nos proporcione un gran honor: esperamos—i sonrió a su esposa—un quinto *bebé* el mes próximo. Suplico a usted, Bernarda, que consienta en ser la madrina de este niño.

Resonaron entusiastas aplausos; pero la pobre anciana, desprevenida, porque esto no estaba en el programa como el brindis anual, no sabía en dónde ocultarse; púsose roja, después pálida, con unas grandes ganas de llorar.

—Cosa hecha, ¿no es verdad, Bernarda? Usted será la madrina de Juanito, a menos que sea Juanita. Todo el mundo se lo pide.

I un amistoso coro encareció estas palabras; aun los mismos criados, halagados, dando al olvido sus celos, movían las cabezas.

—Sí, señor Enrique, dijo débilmente Bernarda.

—I yo seré el padrino, exclamó el bueno del doctor Gonin, gozoso i rejuvenecido. Déme usted la mano, comadre, i verá usted qué bien hacemos las cosas.

—Oh! balbuceó la anciana, i enternecida, pensando en toda su vida pasada, en sus dolores, pensando en su edad avanzada, en que un día ya no estaría, honrada i festejada, en aquel lugar, tomó en sus brazos a su rubita vecina i abrazándola locamente, con desesperación, se

fundió en una oleada de sollozos amargos i dulces, a la vez.

PAUL MARGUERITTE.

EL UNICO NOMBRE

ELLA le preguntó sonriendo:

—Si yo me llamara Marión, ¿qué nombre te gustaría que tuviera? Cuál me darías?

—Uno sólo te conviene, el tuyo,—dijo él;—porque llevándolo tú, es el más hermoso de todos.

—¿Qué madrigal! más soso, Dios mio!—respondió la niña con enojo;—te estoy hablando formalmente, querido.

Vamos—prosiguió;—supón que no sabes cómo me llamo: ¿cómo te arreglarías para elegir un nombre digno de mí, i que al propio tiempo te agradase?

—Puesto que lo deseas, óyelo—dijo él;—de cada una de las palabras que designan las seis cosas más bellas del mundo tomaría una letra, i combinadas formaría tu nombre.

—¿I cuáles son esas seis cosas bellas, amigo mio?

—Lleva cuenta con los dedos; La mar.

—¿Por qué?

—Porque es tan misteriosa i tan dulcemente traidora como la mirada de esos divinos ojos.

—¿I después?

—La aurora.

—¿Por qué?

—Porque es tu misma boca.

—¿I después?

—El mes de abril.

- ¿Por qué?
 —Porque exhala un aroma casi tan delicado como el perfume de tu cuerpo.
 —¿Luego?
 —El pájaro. Porque se esfuerza, aunque inútilmente, en imitar los trinos i gorjeos de tu voz de ángel.
 —¿I por último?
 —La nieve, porque es blanca como tu albo cuello de cisne i pura como tu alma.
 —¡Qué adulador estás! Pero en fin, vamos a ver. ¿de cada una de estas palabras tomarías...?
 —Una letra: M, de la mar; A, de la aurora; R, de la rosa; I, del mes de abril; O, del pájaro i N de la nieve.
 La joven soltó una carcajada.
 —Pero—dijo,—si no me equivoco, con esas letras formarías mi mismo nombre.
 —No, no te equivocas; porque tu nombre adorado es el único digno de ser llevado por ti; i si no, pregúntase-lo a la mar, a las rosas, a los pájaros i a la nieve.

CATULLE MENDÉS.

ANACREONTE

Al Dr. Joaquín V. González.

Paros. La montaña con el vientre profundamente herido, se inclina hacia el Oriente, bajo su toca de nubes. A lo lejos, la pincelada de verde de una selva. En el horizonte, la pompa fastuosa de un ocaso. La fimbria de una nube diminuta ardiendo en rojo, parece el borde de un labio que se entrecabre a la caricia del beso. Por entre un inmenso bosque de tallos de azucenas que agitan levemente sus pompones, cruza una bandada de mariposas consteladas de iris. Bajo los pámpanos opulentos de la vid, hacen chispear sus pupilas los silenos. Anacreonte canta. Su gran cabellera flota al viento, como la seda de un peudón. En sus pupilas, levemente entrecabiertas, hai toda la casta majestad de un ensueño. Las cuerdas de su lira vibran vagamente. Junto a él, Acrimio engarza en la mañana de su cabellera una constelación de lirios que palidecen bajo la caricia de rosa de su mano.

ANACREONTE

CUANDO el labio se entrecabre en un suspiro, florecen las pálidas margaritas del recuerdo en el corazón. De mis pupilas sombreadas por el velo de mis canas, brotan lágrimas heladas, con la frialdad de la gota que se desprende de la hoja para coagularse sobre el granito de los túmulos. Aquel inmenso volcán que rugía con rugidos de tempestades dentro mi pecho, i aquellos cantos cristalínamente lípidos que elevaba en la hora en

- ¿Por qué?
 —Porque exhala un aroma casi tan delicado como el perfume de tu cuerpo.
 —¿Luego?
 —El pájaro. Porque se esfuerza, aunque inútilmente, en imitar los trinos i gorjeos de tu voz de ángel.
 —¿I por último?
 —La nieve, porque es blanca como tu albo cuello de cisne i pura como tu alma.
 —¡Qué adulador estás! Pero en fin, vamos a ver. ¿de cada una de estas palabras tomarías...?
 —Una letra: M, de la mar; A, de la aurora; R, de la rosa; I, del mes de abril; O, del pájaro i N de la nieve.
 La joven soltó una carcajada.
 —Pero—dijo,—si no me equivoco, con esas letras formarías mi mismo nombre.
 —No, no te equivocas; porque tu nombre adorado es el único digno de ser llevado por ti; i si no, pregúntase-lo a la mar, a las rosas, a los pájaros i a la nieve.

CATULLE MENDÉS.

ANACREONTE

Al Dr. Joaquín V. González.

Paros. La montaña con el vientre profundamente herido, se inclina hacia el Oriente, bajo su toca de nubes. A lo lejos, la pincelada de verde de una selva. En el horizonte, la pompa fastuosa de un ocaso. La fimbria de una nube diminuta ardiendo en rojo, parece el borde de un labio que se entrecabre a la caricia del beso. Por entre un inmenso bosque de tallos de azucenas que agitan levemente sus pompones, cruza una bandada de mariposas consteladas de iris. Bajo los pámpanos opulentos de la vid, hacen chispear sus pupilas los silenos. Anacreonte canta. Su gran cabellera flota al viento, como la seda de un peudón. En sus pupilas, levemente entrecabiertas, hai toda la casta majestad de un ensueño. Las cuerdas de su lira vibran vagamente. Junto a él, Acrimio engarza en la mañana de su cabellera una constelación de lirios que palidecen bajo la caricia de rosa de su mano.

ANACREONTE

CUANDO el labio se entrecabre en un suspiro, florecen las pálidas margaritas del recuerdo en el corazón. De mis pupilas sombreadas por el velo de mis canas, brotan lágrimas heladas, con la frialdad de la gota que se desprende de la hoja para coagularse sobre el granito de los túmulos. Aquel inmenso volcán que rugía con rugidos de tempestades dentro mi pecho, i aquellos cantos cristalínamente límpidos que elevaba en la hora en

que la aurora era un solo matiz en el Oriente, ya no se hacen oír en la gama potente de sus notas. Van a morir entre la gloria del ocaso!

ACRINIO

Maestro: Tu cabellera blanca tiene el casto colorido de las mariposas de un ideal. Tú eres grande, con la grandeza de una elevada montaña sobre las menores alturas de una prolongada cordillera. ¿No ves el sol cómo trasmonta esa cumbre para caer como un grande i vibrante escudo de oro en el seno misterioso de Occidente? Sé tú como él, i si ha llegado la hora de inclinar para siempre tu cabeza, cae cantando o tumbate rugiendo!

ANACREONTE

Yo quisiera morir en la mañana, arrullado por un gentil coro de vestales que calzaran sandalias de marfil i ciñeran sus cabezas con leves arcos del oro de Arabia. Yo quisiera que mi último vagido se confundiera en la explosión de un beso.

ACRINIO

Maestro: Tu vejez es dulce, con la dulzura de la miel cristalizada por los años en la breve extensión de musgosos alveolos. Abre tus labios, haz vibrar como una cadera de mujer las cuerdas de tu lira, i canta la égloga patética donde el sentimiento es al alma, lo que la luz a la arista centelleante de una roca.

ANACREONTE

Yo quiero renacer en una eterna Primavera. Quiero sentir dentro de mis venas, en vez de sangre tibia, de sangre que se corrompe, la savia nueva que pinta el ros-

tro con el carmin de una adelfa. Quiero verme reflorecer en el lujurioso desborde de una vida nueva!

ACRINIO

Hai una constelación de lágrimas en tu cara. Déjalas ahí, para que ellas brillen al caer sobre tu barba, como exhalaciones que parten de tus pupilas para encenderse en el cielo de tu rostro!

ANACREONTE

Ya me siento caer lenta, muy lentamente, como el velo que se desprende de una cabellera i se tumba silenciosamente, como un inmenso i encespado copo de nieve.

ACRINIO

Tú lo has dicho, maestro: cuando un grande hombre vuelve al seno de la nada, de lejos, parece una montaña que tambalea; de cerca, un mundo que se derrumba.

ANACREONTE

Bella es la vida cuando hai arpegios en el alma. Mira la media luna, como la punta de un dardo trunco hendiendo el seno del infinito. Ante tus ojos, es la promesa de una ilusión; ante mi mirada, es el andrajo de una esperanza!

ACRINIO

Yo besaré tus labios cuando la Muerte los tiña con la tinta violácea de su marca. Yo cantaré sobre tus despojos, tus rimas cadenciosas, como la melancólica vibración de un élitro ignoto!

ANACREONTE

Las tímidas sensitivas pliegan sus hojas al paso de la noche. Los luceros florecen en la sombra. La vía-láctea

asemeja un jirón del Mediodía, pendiente del torso del infinito. I a la luz de los pálidos luceros voi a morir. Ponme sobre la losa mi lira rota, para que allí se destaque como las alas plegadas de una águila vencida.

I a lo lejos, un matiz tornasolaba las cumbres con una cinta de rosa. Más arriba, en el espacio, ascendía en estrías voluptuosas, una bandada de silenciosas golondrinas.

GOYCOEHEA MENÉNDEZ.

EL ALMUERZO

(REMINISCENCIAS DE CHIHUAHUA)

§IN novedad se pasó revista a la imaginaria, mi teniente,—dijo cuadrándose el sargento al oficial que se abrochaba el cinturón de su espada.

—Bueno; que no rompan filas porque ya vamos a desfilan.

I Miguel esperó un momento, de pie i erguido, mientras su asistente le cepillaba la levita azul, mui limpia, donde resplandecían dos líneas de botones dorados, i en el cuello la brillante gola de metal con su «9» de plata.

Cuando estuvo listo, correcto i alegre, fué a pasar revista personal a su fuerza,—unos veinticuatro hombres que debían cubrir la guardia de cárcel ese día, allá en el centro de Chihuahua....

Pasó ante las filas, con calma, inspeccionando soldado por soldado, i luego, satisfecho, mandó cerrar las líneas i poner la imaginaria en descanso sobre sus armas, i

fué a dar parte al ayudante i al capitán de cuartel, en espera de la orden de marcha hacia la cárcel.

Momentos después regresaba desenvainando la espada i mandando a su tropa:—¡firmes!.... ¡tercién, armas!.... ¡por el flanco derecho!.... ¡doblando!.... ¡marchen!

La pequeña sección, bien alineada, salió al paso redoblado, desfilando ante la guardia de prevención, dirigiéndose hacia el lejano fondo en que yacía la ciudad bajo un cielo espléndidamente azul, donde se desvanecían nubecillas color de oro pálido.

¡Qué mañana tan deliciosa, tan pura i tan fresca!.... Mañana primavera, bellísima i alegre.... Trinos de pájaros i perfumes de flores; i a los dos flancos del accidentado camino que baja a Chihuahua, las huertas con sus boscajes i enramadas floreciendo con ímpetu en el renacimiento glorioso de su fecundidad.... ¡Cuántos arbustos asomando sobre las toscas cercas de piedra festonadas por las enredaderas, i en el ambiente cuánto aroma de rosas i de duraznos en flor que se adivinaban envueltos en constelaciones de pálidos tonos de carmin! A veces, veíanse a lo lejos, al ras de la esmeralda alfombra, ricos melones i enormes sandías!.... ¡Qué día tan hermoso i radiante ostentando un cielo diáfano, bañando en luz las florestas de los magníficos alrededores de Chihuahua! ¡Cuánta frescura i cuánta dicha!

Así lo sentía, así lo comprendía el teniente Miguel cuando, ágil i marcial, al frente de su pequeña columna bajaba por las callejas que descienden a la ciudad, espada al hombro, tranquilo i con el espíritu alegre, vibrante con la claridad i el perfume que flotaba en torno suyo, admirando las bellezas risueñas que desfilaban delante de él, mientras marchaba al monótono compás del paso redoblado con que le seguía la tropa.

Por otra parte nuevos motivos tenía para estar contento, en plena salud i henchido de esperanzas.... ¡Oh! si.... ya aquel antiguo i ennegrecido invierno de su vida se

transformaba inundándose con vivos resplandecimientos; su juventud se animaba repentinamente i en su alma antes lóbrega i taciturna, se hacía la aurora.

¡Había sufrido demasiado!... ¡cuántos años de estúpidas tristezas, de oscuros aislamientos, de nubes tempestuosas!... ¿i todo para qué i por qué?... ¿valía la pena sufrir así, lamentándose vaga e inútilmente? Mas ya el porvenir le sonreía. Obtuvo un ascenso en Ciudad Guerrero, después de la trágica campaña de Tomóchic, donde tan rojos episodios presenciara—¡pesadillas negras en sus noches de inquietud!—i al llegar a Chihuahua tras una época de sombra i frío, despertaba de nuevo a la juventud, fuerte, animoso i lleno de ilusiones!

¿Cómo no, si el amor había llamado a la puerta de su alma ardiente i soñadora?... El amor!... ¡el amor!... ¿Sería por fin el verdadero amor?... Porque él—según pensaba—no había amado nunca.... Apenas si una vez—¡qué breve!—creyó haberse apasionado de una jovencita de Tomóchic llamada Julia!... ¡Triste recuerdo! Mas no fué amor aquello que lo hizo estremecer... fué lástima primero; después, lujuria; i por último, terror... ¡El postrer beso que le dió, fué el grito de su alma ante un espectro épico!... Ensangrentada, lívida, loca, ella, la jovencita que se había batido carabina en mano contra poderosos enemigos, había caído moribunda, por segunda vez, en brazos de Miguel, manchándole de sangre el uniforme!... i cuando el beso purísimo resonó, el alma de Julia no estaba ya en su pobrecito cuerpo hecho pedazos, negro i frío!... ¡No! ¡Aquello no había sido amor!...

Tal vez por tan funestas memorias, acaso también por la ausencia de la madre adorada i por el efecto del mismo invierno crudo i monótono que congelaba los ánimos i las cosas, Miguel tuvo que vegetar hasta la primavera!... De aquel fin del invierno sólo llegó a sentir la furia de algunas orgías entre camaradas, orgías nocturnas i tumultuosas de las que había nacido una amistad

intima entre Mercado i el poetastro Castorena, oficial también.

Fué éste el que, aunque cínico, brusco, terrible i vicioso—bueno en el fondo,—salvó a Miguel una noche en que cierta mujerzuela le quiso marcar el rostro con una cuchillada!... ¡Con espontáneo i noble arranque se interpuso Castorena, recibiendo en la barba el golpe que le bañara en sangre i que le dejó cicatriz perpetua—grosero surco que le partía el labio inferior,—afeando más aún la carota azafranada de aquel diablo de oficial—mezcla de heroísmo i crápula, simpático i abyecto!

Miguel enternecido le juró amistad.... i en efecto, desde entonces, desde aquella noche abominable que les costó largo i merecido arresto, hubo una intimidad profunda entre ambos, descubriendo el observador i triste Mercado muchas claridades i bellezas en el alma de su amigo, a quien llegó a considerar como verdadero hermano.

Después de aquello, i al principiar abril, con la floreciente primavera—¡oh! tan espléndida en Chihuahua!—vino el amor!

¡Creía amar!.... Pero qué extraña, qué misteriosa aquella mujer que de súbito le miró con sus verdes ojos, ojos magníficos que despedían un relámpago eterno de vivísima fiebre, bajo la sombra espesa de unas cejas boscosas, negrísimas, que formaban, rectas, una sola faja de seda oscura... ¡Qué efecto más pavoroso, más terrible el de aquellas tinieblas arrojadas sobre el perpetuo brillo de unas pupilas eléctricas i fulgurantes!....

¡La boca era también terrible!—una boca grande, tosca, coqueta, pero que ofrecía labios sangrientos, bermejos, cálidos i húmedos al propio tiempo.... un cuello dorado obscuro;.... morena i magnífica garganta sembrada de holluelos;.... ¡i nada más!.... pero todo ello sobre un cuerpo alto, elegante, firme i robusto.... Pasión eterna en los ojos; perpetua risa en los labios; movi-

miento constante en el alto cuerpo. Vestida siempre de negro. . . . —¡admirablemente turbadora!— Treinta i dos años i viuda de un capitán calavera. . . .

Era así Lola, el delirio de Miguel, la que al romper la primavera le ofreció alegrías i esperanzas, infundiendo vida i fuerza a su triste juventud! . . .

La *guardia* que iba con las armas *sobre el hombro*, marchaba también alegremente, sintiendo, sin darse cuenta aquellos pobres diablos, la fruición de volver a encontrar después del invierno, el calor i la luz; de ver los campos reverdeciendo con soberana pompa; de admirar las huertas consteladas de flores esplendiendo ante el sol, allá, bajo el obscuro azul del cielo. . . . Miguel, abandonado a sí mismo, conociendo de memoria el camino, piensa en la soberbia Lola, cuyas miradas le han prometido amor, cuyas palabras le han hablado de la felicidad de un futuro hogar con un hombre digno, amante, trabajador. . . . i joven como él. . . . ¡oh! ¡qué idilio! . . . ¿Cómo no ir con placer a la guardia de cárcel, si va a sentir de cerca a la felicidad, a recibir el cariñoso effluvio esmeralda-obscuro de unos ojos imperiales? . . . Vamos, en fin, si Lola misma le va a servir en amplia bandeja, bajo nivea servilleta, el sabroso i nutritivo almuerzo al estilo chihuahuense? . . .

Porque ella tenía una pequeña fonda frente a la cárcel, en la Avenida que conduce a la estación del Norte, i en aquella fonda, él, una noche había conocido a la linda viuda, cuando entre vaso i vaso de cerveza se contaron ambos a solas sus infortunios. . . .

¡Bendita guardia de cárcel! . . .

II

El *relevo*, al toque de *marcha* de la guardia saliente, cediendo el puesto a la entrante, se efectuó después de haber atravesado la hermosa ciudad, quieta aún, apenas

estremecida por lejanos truenos de locomotoras i trenes, saludada todavía por el canto de sus cien mil gallos, limpia i dispuesta a la lucha i al fragor del trabajo i del negocio.

¡Ah! i con qué satisfacción extendió Miguel las piernas, sentándose a vuela espalda en un viejo sillón verde, desabrochada la levita, puesto con más holgura el cinturón de la espada i flojo el de la pistola. El *corneta*, buen muchacho, le cepilló los botines, charlando respetuosamente, quién sabe cuántos chismes de tropa, en tanto que por la avenida principiaba la circulación de transeuntes i carruajes que se dirigían hacia la Estación del Ferrocarril Central.

Miguel se abandonó al ensueño vago de alegres pensamientos en los que flotaban dulces esperanzas, radiantes quimeras i vuelos de ilusiones blancas en horizontes espléndidos, sin darse cuenta de que en torno suyo turnaba el siniestro vaivén i el sempiterno crujido de férreos cerrojos, aldabones, rejas, cadenas i batientes de puertas que se abrían i cerraban con estrépito entre una confusa barahunda de voces i gritos.

A nada atendió ya. Bien penetrado estaba de sus obligaciones i de su papel cual comandante de la guardia de aquella pequeña cárcel, para distraerse con el estruendo monótono de las primeras horas del día en el triste edificio. Además, había dado al sargento segundo órdenes precisas como *subjefe del puesto*, después de haber recibido las llaves principales de la prisión i de inspeccionar patios, calabozos, escaleras, celdas i azoteas con ojo sagaz i práctico.

Por eso fué que se abandonó a la voluptuosidad de la espera de Lola. . . .

¡Oh! la encantadora viuda! —la magna mujer de labios sangrientos, garganta dorada i cuerpo firme, alto i vibrante. . . . la deliciosa de los ojos verdes sombreados di-

vinamente por cejas de terciopelo negro! ¡Encanto maravilloso!

¡I ella. . . ella. . . iba a venir! . . . —iría a llevarle muy pronto el almuerzo! . . .

Todo un idilio era para el buen oficial el imaginarse a su amada llegando con la bandeja cubierta por blanquísima *toalla*, colocándola sobre la sucia mesita del cuerpo de guardia. . . —Le diría: —«¡Gracias, primor! i ella habría de contestar: —«¡No hai de qué, alma de mi existencia! . . . Te he comprendido i soi para tí con toda mi voluntad i mi vida! . . . —i naturalmente se besarian confundiendo en cada ósculo sus espíritus. . . . acaso para siempre. . . . ¿por qué no?

Así meditaba, así se abstraía Miguel, cuyo rostro, antes pálido i tristón, se iba encendiendo, animando más i más, prendiéndose en sus pupilas fulgores i relámpagos extraños i vivísimos; mientras su boca sonreía. . . .

¡Hasta el viejo sargento Cenizas, aquel héroe de Tomóchic que tanto quería a su teniente, se asombró viendo semejante transformación, i se alegró a su vez pensando en un buen día de guardia con un comandante tan bueno i tan contento.

Toda aquella alegría se comunicaba a su vez a los soldados de la guardia, ansiosos también del sabroso almuerzo que sus *mujeres* les llevarían bien pronto.

I Miguel continuó en el ensueño de sus pensamientos, alzada la visera del kepis, descubriendo la frente, las manos sobre el pomo de la espada, vertical entre ambas piernas.

III

—Con permiso de usted se releva, mi teniente —dijo el sargento.

—¡Cómo! ¿tan tarde es ya? . . . ¿pues, qué horas son? ¡Ah diablo. . . ah diablo! . . . buenol. . . ¡ese conde-

nado almuerzo que no viene! —i al exclamar esto el oficial impaciente, desesperado i frenético, dióse a pasear en la calle frente a la entrada de la cárcel, arrastrando ruidosamente la espada. De cuando en cuando lanzaba miradas furibundas a las ventanas de la fonda «*La Potosina*,» cerradas aún. En una de aquellas ventanas había conocido a Lola! . . .

¿No se acordaría la maldita de que él le había mandado la vispera un papelito, diciéndole: «*Mañana de guardia por allá*,» i que ella contestó con el mismo *asistente*: «*Voi yo misma a dejarle el almuerzo temprano?*» ¿Sería una broma, una de esas coqueterías audaces i crueldades de ciertas mujeres con los que más las adoran? . .

Experimentaba el teniente sorda angustia i negra cólera, que al instante se tradujo en severas órdenes i regaños terribles a sus inferiores por motivos insignificantes. . . . pero de repente ¡qué aurora, qué oasis: ella!

En efecto, Lola, gallarda i altiva, sin abrigo, desnuda la garganta morena, alta i sonriente, avanzaba marcando el paso con el ritmo de sus anchas caderas, llevando en sus manos enorme bandeja cubierta por blanquísima servilleta de orlas azules. ¡Era el almuerzo!

—¡Su almuerzo, mi teniente! . . . Bendito sea Dios! —gritó el sargento— ¡A ver, *corneta*, tráete la mesa. . . ponla allí. . . pronto, pronto!

Miguel, deliciosamente sorprendido, admiró a la bella, quien zalamera, con argentino acento i en esa inflexión musical, arrobadora, de la mujer chihuahuense, le inundó de felicidad con esta frase:

—¿Me tardé, verdad? . . . Pero ya estoy. . . *Ujule*, ah! cómo es usted orgulloso. . . ¿por qué quería que le trajera *na más así así*. . . No es por las *jolas*. . . no me haga. . . pero quise darle. . . como para mi teniente. . . ¡Vé por las cervezas, *Cuca*!

Diciendo esto, Lola había colocado la bandeja sobre la mesa que el *corneta* llevara hacia un rinconcito, tras

el garitón donde en las noches se apostaba el centinela principal—rincón estrecho i obscuro, propio para el ligero i breve almuerzo del teniente de guardia, lugar desde donde podría vigilar el movimiento de entrantes i salientes, en aquella cárcel cuyas rejas estaban a dos metros. Mercado se contentó con tomar una manó de Lola, estrechándola con fuerza, en tanto que la viuda, encendida de rubor i placer, extendía la blanca tela, colocando mui en orden sobre la mesita, el platón con ancha i gruesa lonja de carne soasada, humeante i sanguinolenta, exornada con rodetes de cebolla i chilitos rechonchos, mui rojos i de terrible aspecto; otro platón con una tortilla de huevos, también con cebolla i salsa picante i un plati-to con frijoles *parraleños*, grasosos i oliendo a gloria a causa de un chorizo frito, desmenuzado sabiamente, amén de una jarra de negro café, mantequilla, una pirámide de panes sonrosados i una copa de tequila. Dos vasos, dos platos, dos cubiertos. Tal era lo que la encantadora fondista había llevado en la bandeja monumental, bajo la nitida *toalla* de piquitos azules, al digno comandante de la Guardia de Cárcel aquella memorable mañana. ¡Soberano almuerzo!

En aquel instante el teniente contemplando a su coquetuela i arrebatadora Lola sirviéndole con exquisita gracia, i dejando ver sus ojazos soberbios i su garganta olímpica, se sintió poderosamente satisfecho, en plenitud de dicha i amor!

—¡Qué linda, qué primorosa eres! ¡Te adoro, emperatriz!

—¡Ah cómo es usted chocante!... ¡déjeme, hombre! ¡Le digo que me deje!... ¡pues no faltaba más!... andele, déjeme le dije... ¡Cómo es usted atrevido!... ¿No ve que nos miran? ... ¡Estése!...

Miguel, enardecido, furioso, al ver que ella iba a escapar, intentó besarla en el cuello, impulsándola hacia el

hueco del garitón, al través de la mesa; pero Lola, agilísima, dió un salto, exclamando con songa:

—¡Alto al fuego!... ¡A sus puestos!... ¡Media vuelta, marchen!... ¡... ¡Rancho!... Con su permiso, mi teniente... I rió con risa franca i limpia.

¡Qué endiabladamente provocadora i linda estaba al decir aquellas monerías la viuda del capitán, haciendo graciosa pantomima de mando, en una actitud marcial de Napoleoncito adorable, con su seno robusto i sus anchas caderas ondulantes, la boca voluptuosa i ardiente!...

¡Ya era demasiado para el bueno de Miguel! Con rabia brutal, la sujetó del talle i con todas sus fuerzas la obligó a sentarse, besándola el cuello en un instante de vértigo...

Ella fingió enojarse... i se debatía haciendo melindres, diciendo risueña, colérica i mona:

—¡Ah cómo es usted malo! ¡ah cómo es usted malo!... hombre, hombre... pero qué no ve, válgame Dios... Ujale... újale... —I reía i se enfadaba.

—Tráete otra silla, *corneta*—gritó el teniente.—I dirigiéndose a su víctima:

—¡Va a almorzar conmigo, qué diablos!... andele... mire, haremos un dos con el tequila... ¿eh?... ¿verdad? ¿qué no me lo endulza?...

—¡No!... ¡no!... Hombre, que ya le dije que no!... ¡ah! cómo es usted necio... ¡Ah! qué hombre!... cómo son ustedes!... Si... se salen con la suya!... bueno, voi a tomar un traguito... un *traguitito* i me voi... ¡no ve que está sola la fonda i qué dirá Isabel!... No sea in consecuente, hombre... ¡Vaya!... ¡A su salud!

La hipócrita bebió entonces con adorable coquetería la mitad del *tequila* de la gran copa, fingiendo horribles gestos de asco i repulsión, pero brillantes de placer las pupilas, ante el éxtasis del oficial que ya le estrechaba mui cerca la mano, en el delirio de su victoria.

—¡Eso és! ¡Así me gusta... Más... otro poquito...

otra *nadita* más... así... ¡Por nuestro nido de amor!... Por la felicidad que nos va a cobijar dentro de pronto, haciendo de nuestras dos desgracias sombrías un sol de ternura, fulgurante, impasible i eterno! ¡de veras como el sol!... ¡Por tí, mi alma!

Concluido el ardoroso brindis, Miguel dió fin al licor, sin dejar de anegarse en la contemplación de su amada, cuyas rodillas tocaban plácidamente las suyas...

—Conque, ¿almuerzas conmigo?... ¡Anda!

—Pero no ve que ya están llegando las gentes, los señores, i...

—¡Almuerzas conmigo! es mui temprano...

—¡Siempre ganan ustedes!... *pos, vaya!*—i resuelta, con un gesto decisivo, Lola trazó de un golpe, en dos partes, la gruesa lonja de carne asada, sirviéndolos en dos platos, poniendo sobre la misma carne tortilla de huevo, espolvoreando sal-pimienta, chile i rajadas de cebolla.

—¡Nada más que prontito, prontito, mi teniente!

Lanzó argentina carcajada, fijando con pasión sus ojos verdes imperiales, en los pequeños ojos melancólicos del teniente que se sentía en el paraíso de Mahoma... a millones de leguas de Chihuahua...

¡Qué almuerzo tan voluptuoso i tierno aquel de la hermosa, de espalda a la reja, i de Miguel frente a su amante en el obscuro del garitón, en tanto que la sombría actividad ruidosa i férrea de la Cárcel tronaba con monótono estruendo!

¡Nunca pudo imaginarse el desdichado oficial que tan pronto accediera ella a almorzar tan juntos, en contacto las rodillas, confundiendo sus respiraciones, anegados sus ojos en la misma claridad ardiente de pasión!

¡Se amaban ya!... ¡Qué nuevos i luminosos horizontes para la existencia antes sombría i monótona del joven!... El, cuando conoció a Lola, no pudo contenerse i le refirió todas las aventuras de su vida sin objeto, mus-

tía i ruin desde que saliera del Colegio Militar... ¡solo!... ¡siempre solo!

I ella, triste i sollozando, le contó a su turno la desventura de una existencia sin amor i una viudez sin ilusiones, miserable i expuesta a todas las inclemencias i huracanes... ¿Por qué no habían de unirse esos dos infortunios? había pensado i dicho el ingenuo Miguel—poeta inconsciente.

—¡Sellaremos nuestro pacto, linda, bebiendo el oro de esta cerveza en el mismo vaso!... ¡Bebe!

Sonrió la viuda, bañando en luz la frente del pobre oficial, que delirante creía soñar... Bebió ella la mitad de la cerveza i Miguel apuró el resto con júbilo, tan emocionado, que no pudo decir una palabra durante algunos minutos.

—Conque... ¿Será usted formal?... ¿No será malo como todos, no?...

—¡Palabra de honor!... ¡Se lo juro por mi madre!... Sí... te lo juro, mi alma... Vamos a ser felices... Verás... Yo estaba solo i vivía en la crápula entre *parrandas* i *borracheras*; mui triste, en un desorden atroz; siempre con *arrestos* i reprensiones, sin porvenir... enfermo por los vicios, desaseado i miserable!... ¡solo!... Pero tú me vas a amar i todo se acabará... Voi a ser otro... otro!... I todo por tí, primorosa!... ¡Bendita!

—¡Ujule! ¡ujule!... Ya no hubo nada... ¡ah! cómo charla usted, válgame Dios!—y al decir esto vibró amarga, burlona i escéptica la carcajada de Lola, mirando al oficial como a un niño. Miguel se detuvo congelado; palideció profundamente, sintiendo la muerte en las entrañas; humedecieronse sus ojos; un gesto horrible torció su boca i se le erizaron los cabellos.—¡No le comprendía ella, la redentora de su vida!... ¡No le creía!—¡Dios Eterno!...

Lola al punto adivinó, halagada, la infinita angustia del infeliz... Tuvo lástima... i en un arranque de pa-

sión i triunfo estrechó de súbito la cabeza de Miguel, besándole en los ojos i en la frente, como a un bebé, murmurándole en un arrullo tiernísimo:

—¡Tonto!... ¡Ah! cómo es usted tonto!

HERIBERTO FRÍAS.

LEYENDITAS EPICAS

PLEBEYO I NOBLE

I

Son de la guerra florecimientos trágicos, las represalias.

Las represalias son páginas rojas que fulguran, episodios siniestros.

En una de esas páginas, ignorado i sublime, sencillo i tremendo, hube de leer este drama:

II

Pálida luna de invierno en un cielo azul purísimo alegra con suave melancolía la falda de la montaña, cuyas altas crestas recortan en negros zig-zags el cristal opaco del horizonte.

En el ambiente frío i tranquilo cantan las monótonas músicas de la sierra el himno de la noche, susurros de árboles, aves que graznan, ladridos de perros en los corrales de las rancherías i alertas vigorosos i penetrantes de los gallos.

Una infinita paz en las serenas lontananzas que se pier-

den en las tinieblas azules tras la diafanidad argentina i triste de la luna.

Allá abajo, donde el paisaje es más difuso en el valle, sumergido en la gran mancha oscura de la sombra de las montañas, está el pueblo profundamente dormido.

Arriba, en la plataforma que domina el valle i es la cilópea base de las enormes escalinatas que ascienden hacia el pórtico de las sierras, relampaguean fulgores de acero vivo.

Son las bayonetas de los centinelas.

III

En una vieja casucha blanqueada con cal, se halla el cuerpo de guardia del destacamento.

I la puerta cerrada, larga i negra, con dos ventanillas altas a uno i otro lado, iluminadas por amarilla luz interna, el techo de zacatón, i la tosca piedra del umbral, dan a la fachada el aspecto de un rostro fantástico de gigantesco buho con ojos de luz i desmesurada nariz negra, acechando en las tinieblas una presa invisible, acaso el pueblo dormido en el fondo del valle...

IV

Hai a la entrada de la sierra sobre el caserío abandonado la vispera por las guerrillas reaccionarias, una fuerza republicana compuesta de 80 dragones al mando de un joven capitán, encargado de esperar el resto de las tropas que se han de apoderar del pueblo i de los desfiladeros de las sierras.

Aquella tarde habia llegado con fuerte escolta un oficial mejicano enemigo, hecho prisionero por los liberales que operaban a treinta leguas de aquel punto. Pero sabiéndose que era un hombre de gran prestigio en la sierra donde se habia proporcionado recursos i organizado

elementos guerreros contra los defensores de la República, se le había enviado al destacamento para que en las cercanías del pueblo fuese fusilado.

¡Ejecución terrible i fatal!... ¡Hacia un mes que se había firmado el espantoso decreto del 3 de octubre de 1865, condenando irremisiblemente a ser pasados por las armas a todos los que siguieran la bandera de la República!

Así es que, habiéndose abierto tan crueles heridas, abdicando de generosidades i caballerismos guerreros, se desenfrenaba el odio, los ultrajados i heridos tomaban la revancha, i en nombre del derecho de represalias, ultrajaban i herían también!

Con la ejecución de aquel oficial *reaccionario* delante de aquel pueblo donde había irradiado su gloria de valiente defensor del imperio, se hacía un ejemplar indispensable de venganza i castigo.

A las siete de la mañana debía ser fusilado.

V

Cuarto estrecho de paredes ennegrecidas por el humo; mesa con papeles i una vela de sebo que flameaba tristemente; dos sillas i un taburete; en el suelo mantas i sarapes del Saltillo.

Ante la mesa un oficial de chaqueta de cuero, pantalón blanco, botas de montar i kepis enfundado con paño de sol arrollado. Sobre los sarapes otro oficial con el brazo derecho apoyado en larga piedra que le sirve de almohada; la cabeza descubierta reposa sobre la mano... Silencio.

El primer oficial, dejando de escribir i volviéndose al que yace sobre los sarapes:

—Ya está; ahora, te vuelvo a preguntar, hermano, ¿qué quieres? Te doi mi palabra de honor de cumplir con tu última voluntad. Habla, di, hombre.

—Gracias, Juan. Que me dejen morir en paz... ¡Ah! ¡tenía que suceder!... Oye, tú; si vieras que me voi contento... He creído cumplir con mi deber siguiendo la voluntad de mi padre, que me decía: el Imperio es el orden, i el orden es la salvación de la patria, el fin de la anarquía i de la sangre... ¡Yo lo creo todavía!... Ah! i mi linda Elena que iba a ser mi esposa i que también me decía: —Mi padre confesor te perdona todas tus *calaveradas*, porque te has dedicado a luchar por la religión, contra los ateos... ¡Pobrecita, pobrecita!

—¿Pero es posible, Hurtado, que tú pienses así?... ¿Qué, no ves qué tantos horrores cometen los *mochos* que son una infamia?... I te juro, hermano, que de buena gana te libraría... pero la orden es terminante. Me fusilarían a mí también por traidor... sí. ¡Si yo pudiera!

—¡No!... cumple con tu deber, me voi contento... ¿Te acuerdas cuando estábamos en el Colegio Militar? —¡Ah!... ¿Cómo no?... ¡Qué tiempos!... ¡Tan amigos entonces!...

Volvió a caer un grave silencio en el estrecho cuarto sobre aquellos dos oficiales amigos, uno guardián del otro, sentenciado a muerte; silencio en que alentaban recuerdos felices de dulces intimidades i entusiasmos juveniles...

VI

—Oye; sé que eres un valiente; que sabes lo que es el honor; que eres *cócora* para esas cosas desde el Colegio; ¿quieres ver a Elena por última vez?... Ahora que dormías, te oí decir su nombre muchas veces... ¿quieres?... Tú fuiste muy leal conmigo, necesito darte una prueba de amistad, te lo he jurado... ¿Quieres ver a Elena?

—¡Vaya, qué ideas tienes? ¿Vas a mandar llamarla?

¡Recibirán a balazos a tu gente, hombre! ¡No pienses en eso!

—¡Tu mismo irás! ¿Quieres?

—¿Yo?... ¿Yo?...

—Sí.... ¿Me das tu palabra de caballero i de militar, tu palabra de honor,—tú que dices que tu padre es marqués,—de que vuelves dentro de cuatro horas?

—Hermano, gracias. Mi padre me ha contado que soy descendiente de mui valientes caballeros españoles.... Por eso me he batido por el Imperio que nos enseña el respeto del pasado, del honor, de la religión.... Te doi mi palabra, te juro volver. Mándame ensillar un caballo; conozco el camino.... Veo a mi padre i a Elena i vuelvo!

I el oficial, que se había puesto en pie, radiante de alegría, se precipitó en los brazos de su amigo. Ambos lloraron.

—¿Te acuerdas del Colegio, hermano?

—Sí.... que te decían a ti el *Príncipe*....

—I a ti.... *el lépero*.... ¡Pero qué lépero tan noble!.... ¡Dios te lo pague, hermano!

VII

Despertando los ecos dormidos del valle, a la luz melancólica de la luna, a todo galope, descendieron jinete i caballo, rumbo al pueblo, perdiéndose en la gasa azul de las penumbras....

En el umbral de la puerta el capitán permaneció un instante contemplando las profundas lontananzas, rumorosas i solitarias....

—Lo único que sentiré, si no vuelve—murmuró—será tener un desengaño más.

VIII

—¡Gracias, en nombre de mi padre que te manda un abrazo!.... Ah!.... no me fusiles mui cerca del pueblo,

porque tal vez intenten darte un golpe los de la guerrilla del Tecolote.... No te adijas, hermano, tenía que suceder.... Tú eres valiente, así es que pronto nos seguirás.

IX

En las nieblas de la fría mañana, fulguraron los rojizos relámpagos de la descarga, su trueno conmovió las sierras, i pocos momentos después, un anciano embozado en ancha capa española se acercó al capitán, diciéndole:

—Amigo, gracias. I otro favor; ¿me obsequia Ud. el cuerpo de mi hijo? Elena, vestida de blanco, espera en la parroquia su cadáver.... Así lo quiso.... ¡Cosas de los muchachos!

HERIBERTO FRÍAS.

EL ORNEMANISTA P....

URGANDO, en un rincón, en casa de Micheli, quizás habéis visto unas malvas entrelazadas? Eso debía ser un platón, la guirnalda debía correr alrededor; pero no existe más que un pedazo i los últimos ramilletes llaman en vano a los que deberían seguir. Un tepalcate, nada más que un tepalcate; pero las hojas incisionadas i lobuladas son de un efecto tan verdadero, corren en espirales o se extienden tan armoniosamente, se juntan, se anudan, se ligan i se desatan por tan graciosa manera; es tan dichosa i tan espiritual esa vuelta a la flora ornamental de la Edad Media, que las gentes del oficio os dirán: es una obra. Eso i el bastidor de un cofre, un fragmento

también, que se intentó vaciar en bronce i cuya fundición no se logró, no debiendo lograr nada ni aun después de su muerte, es todo o casi todo lo que ha dejado P....

Los pies junto al fuego, un *grog* bien caliente sobre la chimenea al alcance de la mano, he aquí lo que se nos ha referido.

El taller de P.... estaba en la Calle Notre-Dame-des-Champs, en el piso bajo, i estaba dividido en dos compartimientos: el primero, el de la entrada, no contenía más que maquetas, taburetes, bocetos en cera, proyectos e instrumentos de trabajo; en los muros una colección de hojas moldeadas sobre el natural i ahí dentro una hermosa i neta luz del norte; lo necesario para la vida de un artista. El segundo compartimiento, separado del primero por un gran cortinaje i más pequeño, estaba todo lleno, ni un alfiler cabría, de mueblecillos i pequeños objetos. Aquello era muelle, sedoso como un plumón, un verdadero nido... i qué tapices! Hasta en el cielo raso P.... había puesto una tapicería; uno de esos grandes bosques en donde corren cazadores de casaca Luis XV, una vieja tapicería armonizada en sus tonos verdosos i que P.... había encuadrado entre varillas doradas. Allí, en el fondo, había un lecho, un buen lecho i una mujer, su querida.

Clavo por clavo le había hecho aquel retiro. El pequeño chiffonier de madera de rosa i el antiguo péndulo firmado Leroy, todo aquello había venido poco a poco, compra por compra, centavo a centavo.

Fué P.... uno de los primeros que comprendió la ornamentación moderna i lo que debe ser. Como todos los principiantes, explotado al principio por los que han tenido éxito i cuya firma es un bono al portador para el público, había en una época vendido sus modelos—obras maestras—por quince o veinte francos. Luego, la con-

fianza le vino i él mismo se acercó a los fabricantes. Lámparas, albornotes, vacía-bolsas, prensa-papeles, ennoblecí por encantadoras creaciones, todas esas cosas usuales que hoy son objetos de arte, o algo parecido entre todas las gentes, haciendo grandes imaginaciones para esas pequeñeces abandonadas i desprovistas de todo gusto i de toda gracia durante largos años i pensando siempre en los Griegos, ese pueblo bendito de las Artes que ponía hasta en las tejas de su casa todas las grecas de su fantasía.

Entre otras encantadoras creaciones florales, de dos hojas de violeta hizo una copa. Las dos hojas, simples, opuestas, hacen la concavidad i los dos estípulos cruzados uno sobre otro, forman el pie. Esta copa, creemos, fué ofrecida al señor Barón Taylor.

Luego tuvo un proyecto de vaso—un vaso épico cuya base era la creación del mundo; sobre el ovo iban las sucesiones de generaciones; la historia de la humanidad se desarrollaba de etapa en etapa i acababa con una gran figura de la civilización, en pie i coronando el vaso simbólico.

Llena de emulación P.... soñó en hacer algo extraordinario.

Hizo un cofre en forma de gran relicario. Algunas figurillas velaban en cada ángulo. Los pies del cofre desaparecían bajo un matorral de plantas marinas, algas i hojas lanceoladas corriendo una tras de otra i donde hormigueaban escarabajos, catarinitas, salta-montes esmaltados con su propio color. Acabado el cofre, P.... fué a llevarlo a madama la Duquesa de Orleans, i la Duquesa, en quien revivía la inteligente protección de las artes familiar a Fernando de Orleans, acogió al artista i a la ofrenda; es decir, que la mujer fué tan graciosa como generosa la princesa.

Vinieron los malos días, las privaciones, los apuros co-

tidianos i luego los caprichos de la querida trajeron la verdadera miseria, la comida incierta, la vida ganada día por día.

P... sufría hacia tiempo. ¿De dónde? No lo sabía, pues era una organización mui débil en quien la enfermedad se había cebado. Un bello día hizo que le llevaran arcilla, una gran mesa, i se puso a modelar con asiduidad suprema, no haciendo caso de consejos ni de cansancio, un gran Cristo en cruz, de dieciocho pies de alto.

P... no tenía ni el genio ni la costumbre de una máquina semejante. I trabajó con furor, encarnizándose contra la rebelde arcilla, modelando, quitando, aumentando, corrigiendo, modificando i siempre haciendo obra con su estique lleuo de fiebre. El Cristo no se veía, no resultaba. Sus amigos se alzaban de hombros, sin comprender que ese Cristo era un deseo de moribundo i que los artistas se parecen a las mujeres, que antes de morir comienzan siempre una tapicería de largo aliento.

P... trabajó asiduamente una quincena, no descuidó su trabajo sino para comer, entonces comía con huevos duros.

Un domingo, el sábado, P... había estado con varios amigos i como era en tiempo del cólera, habían reído de él, porque había tenido algo como el miedo del presentimiento; P... fué atacado por el cólera mientras su mujer estaba acostada. Como sentía la epidemia en él, arrancó de encima de la arcilla las telas mojadas, las tiró al suelo i se revolcó encima de ellas. Le llegaron los atroces dolores, i él, separando el cortinaje de la otra recámara, con los ojos i el rostro tendidos hacia aquella mujer, quería sonreírle i le sonreía para que no se inquietara.

La mujer se durmió.

Al día siguiente, en la mañana, encontraron a P... cuyas venas se ahuecaron durante la noche—siempre

apartando con una mano el cortinaje, siempre con el rostro tendido hacia la mujer.

La mujer tuvo miedo, i corriendo se mudó a la casa de aquél a quien el moribundo llamaba su mejor amigo.

P... fué llevado al hospital...

Del muerto no queda más que un poco de cera i de yeso, i el nombre de *Possot* que vive aún en la memoria de algunos amigos.

EDM. ET JULES DE GONCOURT.

H A M L E T

AL pronunciar esta palabra, este nombre extraño i singular, como que surge ante nosotros, con todos sus encantos i prestigios, toda la literatura dramática moderna, personificada en la simpática figura de un poeta inglés, calvo i de mirada penetrante.

Para quien esté iniciado en los misterios de la belleza artística, i rinda culto al Genio, esa palabra es como un poderoso talismán. ¡Qué ideas no despierta! ¡qué de graves pensamientos no aviva en la memoria cuando al oírle le pronunciamos! ¿I qué será lo que experimente el ánimo, cuando, en el amplio salón de suntuoso teatro, donde se haya dado cita cultísimo auditorio, nos dispongamos á escuchar, sin perder vocablo, temerosos de que se nos escape hasta una sílaba, la incomparable tragedia del excelso dramaturgo?

Yo de mí sé decir que, en tales momentos me he sentido embargado de emoción, poseído de profundo religioso respeto; i que largas horas después, paseándome en fres-

co jardín, bajo la sombra de añosos fresnos, respirando el aroma de los naranjales enflorados, aún no había yo recobrado esa plácida i tranquila serenidad de espíritu que—al decir de Goethe—es indispensable para meditar en la belleza artística i discernir su mérito. I no porque el terror trágico me hubiera anonadado, que nunca Hamlet ha conseguido ponerle en mí alma, sino porque, como el buzo de la germánica leyenda, como el buzo de Schiller—pasmoso simbolista,—venía yo de los abismos de insondable mar, del profundo seno de la humana conciencia. Asombró, no terror, me robaba el habla i entorpecía mi mente.

Es cosa sabida que la tragedia (algunos dicen que su nombre lo expresa así) tiene el noble objeto de elevar el espíritu por medio del terror, por la más alta expresión artística del dolor humano, i por manera sublime, que sin lo sublime no habrá jamás tragedia vividera, presentarnos las mayores altezas caídas en el polvo, al soplo impetuoso de la adversidad, i así robustecer el organismo moral, i purificar las almas como las tempestades purifican la atmósfera mefítica de la ciénaga. En la tragedia las pasiones crecen i se agigantan; se levantan rebeldes e indómitas, tremendas e invasoras, i corren, arrasando todo, destruyendo todo, como torrente salido de cauce, que derriba árboles seculares i arrastra rocas, i por todas partes extiende su imperio desolado.

Orestes perseguido por las Euménides; Medea, pálida i aterrada, esgrimiendo el puñal ensangrentado ante sus hijos muertos; Edipo, víctima de las iras del Hado, desvalido i ciego, entrando, para morir allí, en el bosque de Colona, guiado por la piadosa Antígona; los tres llenaron mi alma de sublime terror. ¿Por qué la taciturna figura del príncipe danés, vengador i desventurado como el hijo de Clitemnestra, no me espanta?

Esta pregunta me hacía yo, al día siguiente de la re-

presentación de Hamlet, llevado a la escena—según el consejo de un gran maestro de estética—por una mujer de talento, i después de leer i repasar la célebre tragedia en tres versiones, a cual más acreditada.

Acaso no sea acertada mi respuesta, i mi error dependa de un estado particular de mi ánimo.

A mí Hamlet no me hace sentir, me hace pensar, me hace dudar.

El sombrío personaje de Shakspeare, tal como su autor recibió alma i vida, forma i cuerpo humanos; *personaje irónico, sutil, descarado, dialéctico, tímido i vacilante*; más que la personificación del castigo de que son merecedoras la perfidia i la vileza humanas, pareceme serlo de la duda i el desaliento. Me parece como el tronco de ese linaje de tristes i descorazonados, entre los cuales contamos a Werther, a Fausto, a Jácopo Ortiz, a Manfredo i a Renato. (1)

Tocóle a Shakspeare vivir i florecer en época asaz turbada e inquieta. En todas sus obras hace alarde de rara impersonalidad, en todas ellas desaparece el poeta, el cual, salvándose del medio en que alentaba, identifica siempre sus personajes con los tipos generales del hombre; mas por singular excepción, acaso porque en la obra en que hoy nos ocupamos, se hermanaban i compadecían tiempo i protagonista, el incomparable dramaturgo dió a su dolorido dencel mucho del propio carácter, i mucho más aún de su conciencia perturbada i de su pensamiento poco firme e inquieto.

Dolorosos i tristes eran aquellos tiempos. Los esplendores de una corte como la de Isabel, conmovida hondamente de conciencia, i lastimada en lo que tiene de más grande el alma humana—la fe,—no eran más que los terciopelos que ocultaban asquerosas llagas pestilenciales,

(1) Vid.: *Los Hijos Vengadores*, por el Marqués de Valmar.

i el poeta, cuyo noble corazón había sido tan amargado en la niñez, cuya mocedad precaria da lástima considerar, (1) difamado i herido, tenía que expresar, toda vez que el carácter de su protagonista a ello se prestaba, las amarguras de aquellos tiempos en natural consorcio con sus propios dolores, con sus escarmentos i con el menosprecio que le inspiraban las iniquidades de los hombres, poniendo en todo su propio desaliento i en un reflejo cárdeno las infamias i crueldades de palaciegos i validos, i los horrores de una monarquía hipócrita i sangrienta.

De aquí, a mi ver, el carácter dado a su creación; de aquí la desconfianza, el tedio, el desencanto de la vida, i la iracunda tristeza tan elocuentemente expresados por boca de Hamlet, i que tuvieron eco maravilloso en la lira del infortunado poeta de Recanati, que supo envolver tan noblemente el dolor moderno en el clásico peplo del dolor antiguo.

Católico era Shakspeare—podemos afirmarlo, en vista de recientes trabajos críticos,—pero de fe débil i confusa conciencia religiosa, como viviente entre personas de espíritu tornadizo, i muelle hasta doblarse en todo i por todo a los caprichos de un rei mujeriego i lleno de vicios, i ya se sabe cuánto pueden en el ánimo, i particularmente en un artista, así fuere el autor de Ricardo III, aquellos que le aplauden i lisonjean.

Los caracteres formados en época como la que tocó al poeta de Stratford, tienen que ser tristes, vacilantes, desconfiados, i en ellos, por lo común, al estallar la primera tormenta de dolor, brilla la idea del suicidio con terrífica luz, como el relámpago al principiar la tempestad.

Así se explica el carácter de Hamlet; sus tendencias pesimistas,—perdóneseme esta aplicación anacrónica de la palabra, en gracia de la exactitud,—su tímida venganc-

(1) Vid.: La obra citada i *Shakspeare et son temps*, par M. Guizot, i el Soneto CXI de Shakspeare.

za i su falta de fe en esa divina vaguedad que se llama *Ofelia*. Así se explica el modo de ser de ese mancebo vengador de su padre, i en quien, como lo hace notar un crítico, *pueden más las palabras que las pasiones*.

La tragedia en cuestión no producirá nunca, en concepto mío, el sublime terror trágico, porque los elementos principales de ella no son pasiones, sino ideas.

Entre Orestes i Hamlet hai una distancia inmensa; distancia que la filosofía moderna está empeñada en no acortar. Uno es el corazón; el otro es el pensamiento. Orestes, es la fe robusta i potente; Hamlet la razón débil i osada. El primero podrá aterrarnos, mas no arrancará de nuestros ojos una lágrima, porque en los actuales tiempos nadie sabe llorar. El segundo nos hará pensar. . . . pensaremos con él, i ¡ai! acaso para dudar, acaso para dejar de creer. ¡No en vano somos hijos de nuestro siglo!

RAFAEL DELGADO.

¡SOLA!

Rosa ha interrumpido la ejecución de su «Nocturno» favorito, i el último haz de notas, desgajándose como pirotécnica exhalación, ha dejado la lluvia de oro de sus armonías. El piano ha enmudecido como las aves cuando presagian la tormenta: el teclado inmóvil parece una nidada de palomas enfermas; las gomas de los martinetes semejan cabecitas infantiles que se entregan al reposo; el libro en el atril, remeda con los signos gruesos del pentagrama, la urdimbre de los sueños o el enjambre de ilusiones fugaces, i la brillante caja negra, con el do-

rado de los arbotantes i el guardapolvo replegado, el ataúd de los sonidos muertos.

El *boudoir*, con su media luz de la mañana, debida a las tupidas persianas que cubren los balcones, con su ambiente de aliento de mujer, mezclado al olor suave de la caoba i cedro de los muebles, al del estambre húmedo de la alfombra i a la fragancia tímida de las plantas de sombra, aprisiona como en un nido de amor, los ecos dulcísimos i tiernos de aquel «Nocturno.»

Rosa giró sobre el banquillo, volviendo desdeñosamente al piano la gentil espalda, i el rechinar del asiento produjo por un momento el silencio místico que reinaba en el salón desde el instante que la música dejó de aletear en aquella estancia rica de perfumes i de tapices; llevó a sus grandes ojos sus dedos sonrosados como pétalos de camelia, cual si tratara de ahuyentar el sueño; echó un poco hacia atrás su cabeza de virgen israelita, i abultó el seno turgente con la misma gracia que se esperezan las tórtolas, i un bostezo más hermoso que el despertar de una azucena, entreabrió aquellos labios de granate i dió paso a un aliento de fuego, más embalsamador que la brisa del florestal en mayo. Después exhaló un suspiro tenue como el gemido del aura, doloroso como el llanto de las hojas que caen, i se quedó cataléptica como una sonámbula.

Diríase que el conjunto de notas que ascendieron del teclado como azules emanaciones de lagos cristalinos, que las mil impresiones de amor, dudas, celos, esperanzas e ilusiones que contenía el «Nocturno,» hipnotizaron aquella alma sensible i adormieron su naturaleza de quince años; que las alegrías i las tristezas de la composición repercutían en aquel corazón virgen, o que el recuerdo, tormento i placer ignorado aún por la joven, la tocaba con su varita mágica para extasiarla espiritualmente.

Porque el lenguaje del sentimiento habla a los espiri-

tus de las cosas pasadas, de lo que ha mucho tiempo no experimentan i que se halla sumergido en el letargo de una nostalgia; porque las almas, peregrinas, errantes, siempre encuentran a su paso algo de lo que han sido o visto en otra parte, de la que no tienen vaga noción.

Se nace i se muere de noche, cuando la luz del pensamiento duerme en las tinieblas del porvenir i del pasado, i espera la alborada de la memoria i de la inteligencia. El espíritu no se da cuenta de la *casa nueva*, sino a medida que el día del nuevo ser esplende i se difunde. ¡Cuántos perfumes nos trae el ambiente de la antigua patria! ¡cuántos hálitos nos hablan al oído de seres queridos a quienes creemos no haber conocido!

La atmósfera de aquel salón a media luz, el centelleo de los espejos, los matices invariables de la alfombra, el eco de las notas i todo aquel conjunto de humana grandeza, no llenaban el vacío que había en el corazón de Rosa; vacío que no podía llenarse con ausencias ni olvidos, porque era producido por anhelos inexplicables, por melancolías sin causa eficiente i por necesidades que despertaban al imperio de la vida, sin que ella misma, la núbil Rosa, pudiera explicárselos.

Interrumpla súbitamente la ejecución de su «Nocturno» favorito i se quedaba perpleja, como solía enmudecer cuando sola lloraba, clavar sus ojos negros en el cielo de la noche pidiendo a sus compañeras las estrellas, la solución del enigma que la agobiaba inconscientemente, triturar entre las yemitas purpúreas de sus dedos de nieve, los endebles tallos i los indefensos pétalos de las flores que acariciaba, dejar la labor cuando apenas la había tomado entre sus manos delicadas, destruir impacientemente los tiestos del jardín con su botita de charol, i hacer otras tantas locuras de una niña que entra a la juventud.

Amaba la soledad donde podía llorar sin que nadie le

preguntara la causa de su llanto, pregunta a la que no sabría responder, porque ella también la ignoraba; gustaba del silencio místico que llevaba a su alma la voluptuosidad de la monotonía que proporciona inefables goces a los organismos que desconocen las pasiones violentas; la alegría de los niños la fastidiaba, pronto se hastiaba de todo lo que le rodeaba, como si una fuerza irresistible le obligara a tener sensaciones nuevas.

Así caía en ese letargo de armonías que le impresionaban; así deshojaba las flores como Ofelia i Margarita, diciendo: «debeis morir, porque sois menos bellas que yo»; así se abismaba en el espacio tachonado de astros, queriendo descubrir una mirada que buscaba; así maltrataba los tiestos del jardín como si necesitara más aire que respirar i más sol que la vivificara.

La alegría de aquella niña huyó con el último sueño en que flotaba el vestido largo como un jirón de nube matutina en el cielo patrio de un proscrito, i las primeras tristezas, las que engendran el afán por lo desconocido, llegaron como presagiadoras de la juventud. De la primera, tenía recuerdo lejano, aunque en realidad estaba cerca, i pretendía huir de él; de las segundas, el tormento embriagador de los sufrimientos que son consiguientes a la transición de los temperamentos, i no las rehúta, casi las buscaba, porque con ellas gozaba sufriendo.

No otra cosa que deseos purísimos, hasta entonces no sentidos, eran los que operaban en Rosa ese sonambulismo que la hacía perder la noción del tiempo i del espacio; el vértigo del amor la atraía irresistiblemente sin amar a nadie i sin que conociera más sensaciones de él, que esos anhelos castos i esas melancolías inexplicables.

El aliento que se escapa en un bostezo, era la primera sofocación de un incendio de pasión que había de ser voraz en su alma sensible; el suspiro que se iba como hálito de flor próxima a abrir su cáliz, el antecipado desahogo

de un corazón que se asfixiaba en los principios de una enfermedad incurable; i esa somnolencia de sensitiva cándida, el transporte a las regiones del idealismo.

Pronto el fuego de una mirada abrasaría el rojo granate de los labios; i las mejillas aterciopeladas, como las hojas del geranio, se tornarán pálidas al soplo de los desengaños; las ojeras que hoy bordean un abismo de luz, serán cálidas riberas del llanto amargo, i las manos de marfil pugnarán por arrancar del pecho el dardo punzante de los celos; las yemitas sonrosadas oprimirán las sienas, como queriendo matar en su prisión al recuerdo.

La soledad i el silencio la perseguirán con sus fantasmas dolorosos i buscará el consuelo en las ajenas alegrías.

Las flores deshojadas serán sus compañeras de desilusión, i ha de tratar de darles vida para que no sufran como ella; los tiestos del jardín le parecerán más dichosos cuanto más tiernas sean las plantas que contengan.

El cielo de la noche permanecerá mudo ante su pena, i el astro que cintile, no reflejará la mirada doliente.

Por eso las teclas enmudecen como aves que presienten la tormenta; los martinetes semejan cabecitas de niños que se duermen; el libro de música un enjambre de ilusiones, i la caja negra, el ataúd de los sonidos muertos.

Las impresiones del «Nocturno» serán las del alma de Rosa, cuando el amor lo haga víctima de sus tristezas, sus celos, sus alegrías i sus desencantos, i entonces, el eco dulcísimo i tierno, será amargo i doliente i se quedará en el *boudoir* para servir de recuerdo.

Vuelva al piano la niña; no interrumpa tan pronto su «Nocturno» favorito i no se deje atraer por el vértigo del amor.

LÁZARO PAVÍA.

LA BANDERA

La bandera no es un símbolo sin alma. — La bandera vive. — La ama de amor el buen soldado, i de amor que reúne todos los amores. — Cifra en ella el cariño a los ausentes o ya muertos padres; a la novia que espera o que tal vez olvida, a la casita cuyo pardo humillo se levanta en abrupto rincón de la montaña. — La ama sin celos en los días de paz, porque, siendo mui suya, pertenece a todos, i mientras más la quieren otros, más se ufana. — La ama sin celos en los días de guerra, porque la bandera no traiciona cual mujer: si el enemigo la arrebatara, se la lleva destrozada, i no para quererla, no para rendirle culto, sino para ofenderla i pisotearla. Por eso la defiende como león herido, la escuda con su cuerpo, la levanta dejándose descubierto el noble pecho, i si le hiere el plomo i media entre vida i muerte un instante de tránsito, la pasa al camarada, sin dolor de qué otro la posea.

Surges, bandera de la patria, i ya más no pensamos en quejumbrosas penas de la vida; sin que nos demos cuenta exacta de ello, sentimos lo contingente de todo eso; de la cruz se desclavan nuestros brazos para tenderse a ti con toda el alma; la plenitud del ser encuentra oscura i estrechísima la corpórea prisión, i nos hincha las venas i se nos sale por los ojos en un vaho de lágrimas. ¡Cómo unificas i enardaces los espíritus! ¡Cómo hablas, bandera muda, i cómo cantas!

¿Cabe la envidia en donde está la bandera?

¿Por qué sentimos la increíble tristeza de ser jóvenes al ver a nuestros viejos veteranos? Ni una gota de nuestra sangre hai en tu púrpura! Uno de tus colores no nos pertenece....

¡Ai, i sacrilego fuera todo anhelo de renovar las luchas épicas! ¡I para que tú seas nuestra, toda nuestra, se ha menester que torne la desgracia i que tú te enlutes por los hijos ya sin vida!

¿Qué somos, oh bandera? ¿Qué hemos hecho? Tú no puedes saber lo que te amamos. De otros oiste el grito de combate. De nosotros, el verso. Otros fueron contigo a la pelea, al abismo, a la muerte; te sostuvieron herida; los envolviste cuando muertos. Cada palmo de tierra mejicana sepulta hazañas i proezas.

Los árboles te dieron sus ramas i los hombres tus brazos i sus vidas. Calan éstos cual las mieses que agavilla el sembrador. I tú, para no perderlos, para vivir siempre unida a ellos, te empapaste en su sangre recogiendo la esencia de esos héroes. Son nuestros padres; son tus predilectos.

La bandera vive. La bandera ama. Cuando nos alejamos de la playa i el mar va poco a poco separándonos de ese pedazo de tierra que se llama patria, como que nos saluda la bandera, erguida en el torreón más alto de la fortaleza. Diríase que procura extenderse para mirarnos un instante más; que aún tiene la remota esperanza de que a ella volvamos. Luego... luego desalentada i triste cae, abrazando el mástil que se queja. ¿No os parece una madre al despedirse de la hija que se casa, de la hija que se pierde? Adivina que vamos a olvidarla mucho rato; que el amor encendido por olla en nuestro espíritu, brillará mientras dure la ausencia, como lámpara débil olvidada en la capilla... A poco bracear en la corriente de la vida, el cansancio, el dolor, nos la recuerdan. Escuchamos los sonos entusiásticos de un himno; pero ese himno no es el nuestro. Los demás se conmueven al oírle, les corre aprisa la sangre, cantan, gritan. I

nosotros sentimos una tristeza que nos sube de muy hondo, que nos coge todo, que nos enturbia la vista i no se va con nuestras lágrimas. ¿Por qué se agitan esas gentes? ¿Por qué se encienden esos rostros? ¿Qué tiene ese himno para ellos?

Estamos en el bullicio de un café. La más alegre música retoza, cosquilleándonos el cuerpo. Besa. Ríe. Bebe champagne. I al pronto la música liviana nos hechiza. Es como encantadora de serpientes que adormecen las vibras del alma. Estamos muy contentos.... sí.... es verdad.... pero contentos por manera extraña.... como estando contentos para fuera. El tedio cae, la noche avanza, salimos con inconfeso aburrimiento del café, i, al volver una esquina, oímos algo que nos para la vida, que nos suspende el alma toda. ¿Qué es?... Un organillo: toca mal, pero muy mal, un «sonecito» de la tierra nuestra, uno de esos que acá escuchamos distraídos, cuando no molestos, como si oyéramos algún relato de nodriza vieja.

I el sonecito aquel se nos va entrando como si entrara por su casa; echa de adentro a todos los extraños; pone flores fragantes en los tiestos, i pájaros canoros en las jaulas; adereza la mesa; escancia el té; siéntase al piano, i dulce, dulcemente, en lengua amada, nos da noticia de la tierra i del hogar, del amigo querido, de todo lo que ingratos olvidábamos.... I entonces vuelve el ser a dilatarse, vuelve a latir el corazón con fuerza, vemos pasar, ¡oh patria! tu bandera, i el llanto nos desahoga i nos consuela.

La bandera vive. La bandera ama. Preguntadlo a los extranjeros que recorren nuestras calles en tal día como éste, preguntadles si no les da un brinco el corazón cuando ven ondear sus pabellones. Allí está la luz que vieran ellos por primera vez. La bandera ondula i parece que

les llama. Entre cien, mil i más, descubrirá la suya cada uno. Se tiene nada más que una bandera, como se tiene una madre nada más.

Observad qué fácilmente se enlazan unas a otras. No han nacido para vivir odiándose. El aire mismo, el alma de lo voluble, las aproxima para que se abracen. ¿No están todos los colores en el iris, en ese lazo suelto de la eterna bandera?

Enlazaos, amantes pabellones que flotais en nuestra atmósfera. El aire i las miradas por igual conspiran a juntaros. Bebed luz; ¡mi cielo es rico!

Tú estás ahí, bandera de mi patria. Reinas hoy, i donde tú apareces, vienen las demás como opulentas damas de tu corte. Brilla! Canta!

Nuestra bandera vive; nuestra bandera ama; nuestra bandera tiene alma.

MANUEL GUTIÉRREZ NÁJERA.

LA PRIMER AVENTURA

La primer aventura de amor nada tiene de romántica, i si me trae su recuerdo una emoción dolorosa, es precisamente por el desencanto atroz que me produjo cuando tan soñador era yo entonces, cuando recitaba a mis compañeros estupefactos, de memoria, sin faltar ni una sílaba ni una coma, capítulos enteros de la «María» de Jorge Isaacs.

—No, señores,—continuó el amable doctor lentamente, contemplando el cristal de su vaso,—en nada se parece mi primer aventura estudiantil a esas tan diabólicamente alegres i truhanescas que tan bien nos han contado Udes.

Es triste, interesante, pero cruel, sin poesía, repito. Uno de esos dramas de esta sociedad hipócrita i convencional.

Al principiar mis estudios de segundo año en la Escuela Preparatoria, me sentía transfigurado.

¡Estaba orgulloso de no ser ya un *perro*, como llaman los estudiantes de los cursos superiores a los de primer año!

¡Ya podría ser un audaz calayerón i engolfarme en maravillosas aventuras; tener novias i hasta queridas, fumar en boquilla de ámbar i beber mis copitas los domingos, qué diablo!

Soñaba yo con una mujer que se apasionara de mí hasta el delirio i por la que habría de abrigar un amor tremendo; su hermosura sería maravillosa, tan grande como su infortunio, porque, naturalmente, tendría que ser muy desgraciada, unida por déspota padre con un feroz marido, un tigre — un desalmado con el cual habría yo de batirme en su oportunidad, atravesándolo, por supuesto, con magnífica estocada!...

Toda esta vulgar novela, bien nutrida de intrigas i episodios sentimentales, soñaba yo, creyendo que sería lo más natural del mundo i que pronto principiaría su prólogo.

Ante todo, lo que procuré i conseguí, creyéndome un político sagaz, un terrible Richelieu, fué la amistad de un estudiante de quinto año, inteligente, fuerte como un diablo, un fronterizo ingenuo i bonachón.

Pronto me tuvo real cariño, i como gustaba de oírme leer versos i de los versos que le hacía, fuimos inseparables. Viví en su mismo cuarto, un bonito cuartucho, limpio, bien arreglado i casi lujoso para un estudiante a quien su familia manda treinta pesos al mes.

Sucedió que un día que charlábamos alegremente en el corredor, a caballo sobre las sillas, vimos subir por la

escalera que conducía al tercer piso, a una mujer de soberbio porte, alta i graciosa.

—¡Mira tú qué regia mujer!—dije a mi amigo.

—¡Hombre, hombre! ¡Si es ella!

—Vendrá a ver la vivienda que se desocupó ayer....

¡Caramba, a todas partes me sigue!

—Anda, fanfarrón, a poco dirás que te enamora!

—Palabra que sí.... pero yo no he querido. Antes me daba miedo porque es una de *la vida airada*.... Ya te contaré.

Entonces comprendí que debía ser cierto lo que él me decía, porque la guapa hembra, en el corredor alto, opuesto al nuestro, clavaba en mi compañero sus grandes ojos claros, orlados de amplias ojeras que los embellecían i daban a su rostro, algo ajado, un relámpago de pasión intensa. No era hermosa, pero sí desprendía una gracia deliciosísima. Sus movimientos rápidos, su ademán coqueto, su boca risueña, la rejuvenecían.

—¡Es un *jamón* espléndido!

—Sí.... i ya te digo.... a los pocos meses de haber llegado a Méjico me empezó a perseguir.... Notaba que siempre procuraba vivir lo más cerca que pudiera de mi cuarto.... Aun en la misma vecindad.... Y yo, la verdad, *le corría*.... Figúrate que *la tenía* un coronelote feroz!.... No me inspiraba miedo él.... pero siempre.... después pasó a un viejo rico.... Una vez que estuve enfermo de calentura, quién sabe cómo lo sabría, me fué a visitar.... yo estaba muy mortificado i ella estuvo velándome hasta que sané; le dí las gracias i me besó en la frente.... i lloró, tú, ¡lloró!

Un día me dijo mi amigo:

—Eres un bruto; esa mujer te quiere mucho, a todos pregunta por ti.... i sabe cuanto te pasa i todo lo que haces.... ¡*pártele!* te puede dar plata.... Andale, no seas bestia.... —I que por fin me decidí, hombre; la vi-

sité una tarde que no estaba el viejo... ¡Qué gusto le dió! palabra, no es *papa*... me dió pasteles i fruta; se sentó a mi lado i me estuvo besando... bueno... pues cuando la abracé i quise desabotonarle el saco, se puso colorada, i me dió un manazo que *me tiró*... yo volví a la carga, diciéndole:

—Pero *chula*, ¿qué modos son esos... Andale!...

—Ella entonces se levantó i me dijo:

—Mira, Juan, nunca vuelvas a hacer eso... Yo te quiero como amigo, nada más como amigo, ¿lo oyes?... i que tuve que irme... i se quedó llorando... volví otra vez, i lo mismo: lágrimas... ¡vaya un raro amor que no me hace feliz!—pensé, i ya no volví; pero ella me sigue...

—¡Estará loca!—Mirala, tú, de veras, cómo te mira!—I efectivamente, pude ver con qué insistencia, con qué húmedo brillo de ternura lo miraba.—Ha de ser una sentimental, una pobre mujer que vive del vicio i ama con el corazón i con el alma a mi amigo... No: yo sí la amaré con pureza; yo me haré de su alma, conquistaré su corazón—medité siguiéndola con la vista.

I la gentil mujer, alta i majestuosa, sonriente i provocativa, bajó ligeramente por la escalera, i ya en el patio, levantando su pequeña cabeza miró a Juan durante un minuto con sus grandes ojos claros, muy tiernos, húmedos de pasión... Aun me pareció que lloraban... Oh! sí, ahora que abarco el sombrío drama, comprendo que debieron llorar lágrimas de sangre aquellos grandes ojos de amplias orlas oscuras... I su boca de labios gruesos... ah! pero marchitos, apenas purpurados entonces, insinuaron una sonrisa que se desvaneció en un gesto dolorosísimo, una contracción angustiosa de sus mejillas empalidecidas en un apagamiento mortal...

Aquello duró sólo un minuto... ella sin duda no había reparado en mí, porque al verme se enrojeció i con brusca sacudida nos volvió la espalda sobre la que caía

en pliegues majestuosos un chal de seda negra con largos flecos.

Desapareció... i más de tres minutos permanecí de codos sobre el barandal del corredor, las manos sobre las sienes, sumergido en la sentida narración de mi amigo, iluminada por la gracia sugestiva, extraña i sentimental, semi-coqueta i triste de aquella mujer cuya locura me parecía sublime i de cuya alma enfangada en el vicio del que emergían incómodas sus alas nítidas, anhelaba la conquista.

Soñaba en lo bello, en lo melancólico i dulce de un amor así... en la eterna ilusión sagrada de toda juventud, en el despertar rosa del primer crepúsculo de la existencia: redimir por el amor puro a la mujer prostituida, inflamar con un soplo de ternura divina la marcita floración de las miserias del mundo, transfigurándola con resplandores de nieve, infinitamente blanca, ¡virgen!... ¡Sería la redención de la mujer caída!... ¡Oh ensueño! ¿Qué mejor prólogo para la novela de mis altas quimeras? ¿Qué mejor idilio para el drama ideal de mi primer amor?... Aquella mujer sería la predestinada por el Eterno para decidir de mi vida... i su aparición frente a mí, radiante i misteriosa, no era sino la fúlgida primer estrofa del gran poema!

Así meditaba yo ingenuamente mientras Juan, también absorto, escarabajeando frases inverosímiles con un carboncillo en el margen de un texto, canturreaba un aire de zarzuela tandesca... debía sufrir en su amor propio; casi lo noté arrepentido de la confesión ingenua que en un raptó de confianza desbordó rápidamente, porque, habiendo desaparecido ella, me dijo, golpeando mi cabeza con un brutal manotazo:

—Ah ¡cómo eres malo tú, hombre! A poco ya te enamoraste de ella... Pues te la paso... Con seguridad que está *chiflada* i se viene a vivir allá arriba... i tú la

enamoras i nos divertimos, a ver si contigo cae.... no tengo celos.... Ya verás— i el buen Juan me miró sonriendo....

—Tú eres el malo, hermano. ¡No la has comprendido!.... Es una pecadora de amor. Su alma tiene sed de pureza.... I continué en larga tirada lírica, realmente emocionado.

Tres días después ya la extraña *pecadora de amor*, como la *nombraba* yo sinceramente, se había instalado en la vivienda segunda del piso alto. Su mueblaje, relativamente lujoso, nos deslumbró, sobre todo la enorme cama de latón i los cortinajes de seda carmesí.

¡Un paraíso encantado me prometía encontrar en la viendita de la *pecadora*!

Mas cuando en la noche oímos ruido metálico de acicates i espada i salimos al corredor, vimos asomar a la luz de la farola del patio, la silueta de un oficial de caballería.... ¡Era el que entonces *la pagaba*!

—Es mui afecta a los militares, ya lo ves, hermano— me dijo mi amigo socarronamente.

—¡No importa.... para él la vil mercancía.... para mi su alma!

I palabra, amigos, lo dije con sinceridad.

Por fortuna, su capitán, por asuntos del servicio i de familia, visitaba con poca frecuencia a su querida, quien con gran desencanto mío, recibía también la de un veje-te almiarado que le obsequiaba pastillas envueltas en billetes de banco.

La visitamos una noche en que estaba sola.

Estuve mareado; el perfume exquisito de la sala, el encantador atractivo de la *pecadora* i el cognac que nos obsequió, dieron al traste con mi serenidad. Me hice al instante su amigo, diciéndole mil tonterías sentimentales de las que rió alegremente. Era coqueta i desenvuelta, mui graciosa i de amena conversación. Pude notar que

sus magníficos ojos claros de un verde tierno se oscurecían cuando se fijaban en Juan, brillando de ternura, pero aquello era instantáneo.... un fulgor de relámpago....

—Oye, tú, me dijo una tarde mi camarada—¡si vieras que ella ha vuelto a llorar conmigo, pero *no quiere*....! Nada.... yo vuelvo a la carga.... tú *haz tu lucha* por tu lado.... a ver quién triunfa.

—Arreglado—contesté.

Desde entonces emprendimos una activa campaña, un asedio de la plaza en toda regla. En las tardes organizábamos meriendas apetitosas, alegradas con vihuela i canciones del Interior.

Habia nacido en Guanajuato, i las costumbres del Bajío parecían evocarse en la vibración de las cuerdas melancólicas, i en los versos ingenuos de las canciones.

A veces solía yo, arrebatado por el perfume caliente de su carne, atreverme a besarle el cuello, en un brusco asalto de macho en brama.

—¡Quieto, quietecito!—gritaba derribándome en la alfombra de un *revés* a todo vuelo.

Pero aquello me excitaba más aún, i enardecido, congestionado, tornaba al asalto.

Juan, más fuerte que yo i de más edad, era, sin embargo, más tímido, i no se atrevía.... Era evidente que yo triunfaba.

Nunca, hasta entonces, había experimentado el apetito de la mujer con tal furia; era por fin el despertar violento de mi adolescencia viril.... Casi podía asegurar que era aún doncel, i frente a la mujer en fruto, maduro todavía, temblaba con calofríos que erizaban mis cabellos i humedecían mi frente, sintiendo el vértigo de la posesión en un latigazo brutal.

Debía triunfar i triunfé.... Al obscurecer de una tarde, al extinguirse un crepú-

culo que contemplábamos solos en el balcón, entramos a la sala... i sobre el sofá la acometí; resistió con éxito al principio, derribándome varias veces, enrojeciendo mi rostro a bofetadas, diciendo—*mocoso, mocoso*, quieto; lo acuso a su mamá.

—No le ataron las manos de niño!... ¡quieto!... así, así castigo yo a los *maleriados*, toma, toma!

I la diabólica hembra, jadeante, deshacia mi abrazo, ahofeteándome sin misericordia... i yo, redoblando mis fuerzas, más brioso, mientras más azotado... le suplicaba asaltándola furiosamente...

—¡Anda, anda, no seas mala, no seas mala!

Rió luego, pareció debilitarse, i por fin ella fué quien cayó de través sobre los almohadones del sofá...

Oculté mi triunfo; saboreé a solas mi felicidad incommensurable; creí que adoraría siempre a aquella mujer que me parecía divina, le juré casarme con ella i otras tonterías del mismo jaez.

¿Juan adivinó mi victoria?

¿Por despecho o por pasión quiso también dar el asalto definitivo?

No lo sé... no lo he podido saber nunca; pero el caso fué que dos días después, cuando me disponía a entrar a la sala, oí sollozos i palabras suplicantes... asombrado me detuve tras el cortinaje... alargué la cabeza i me puse a escuchar.

Jamás olvidaré la terrible escena; las terribles palabras las escucho aún.

¡Juan, por vida de su honrado padre, por lo que más quiera en la vida, déjeme, no, no quiero, no puede ser... no... no, por Dios, no se bese así! ¡Oh Virgen Santa! ¡Déjeme, que se condena, que nos condenamos!

—¡No, no!... Oiga... ha de ser mía; por la fuerza o por amor... ¡Ud. se ha burlado de mí, se burla, ponténdome en ridículo, no; ha de ser... ha de ser.

Me era imposible contemplar la posición de ambos; pero Juan, que era grande i fuerte como un atleta, la debía sujetar entre sus robustos brazos... Ella sollozaba, aullaba, suplicaba...

—Aunque llore, aunque llore... esas lágrimas son fingidas... por dentro se estará Ud. riendo... ya adivino que Ud. ha jurado *verme chuela*... desesperarme, jugar conmigo... ¿para eso me ha seguido? ¿para eso?... no se burlará más. Hubo luego un silencio cortado por jadeos de lucha. Forcejeaban.

De repente sollozó ella.

—¡Santo Dios, perdónalo, perdónalo, Virgen Santa.— ¡Oh no... no... eso no... eso no... ¡te condenas!... mira que nos condenamos... ¡no! no puede ser... pues te lo voi a decir... ¡soi tu madre...! Soi—i pronunció un nombre que no diré jamás.—Si... tu madre...

—¡Mientes, desgraciada clandestina! ¡Prostituta!

Oí un chasquido, ruido de muebles que caían, cristales i loza que se quebraban... ¡I yo que no podía moverme, clavado en la alfombra, tras el cortinaje que se agitaba, sacudido por el crispamiento de mis manos.

—¡Así mejor, así mejor!... ¡sil mejor pégame, lo merezco... pero figúrate si eso lo había de permitir... soi tu madre, te lo juro... mira, mira mis ojos, son iguales a los tuyos... son tus ojos. ¿Me creías muerta? Eso te hablan contado... oye... yo hui de tu tierra porque engañé á tu padre... eras mui niño... aquí en Méjico hice porque allá creyeran que me había muerto... él me quería matar... i cuando quedé sola tuve que ser lo que soi... ¿ya qué había de ser?... pero no soi tan mala de permitir ese... cuando llegaste procuré vivir cerca de tí... te quise... eres mi hijo aunque te pese... aunque te pese... ¡Mirame!...

Entonces fué Juan quien sollozaba... debía hundir su rostro en los almohadones del sofá, ¡los mismos sobre

los que asaltó a aquella mujer que era su madre!—porque aquellos sollozos caían ahogados, infinitamente tristes, sin consuelo. . . . A intervalos pronunciaba esta sola palabra:

—¡Mamá!

—¡Mamá!—repetía en el mismo tono de suprema angustia, de espantoso dolor. . . .

No pude más. . . . arranqué a correr; bajé a saltos la escalera. . . . para no volver nunca a aquella casa.

Ni de aquella mujer, ni de Juan, logré saber más tarde, pues no volvió a la Escuela. . . .

No sé más. . . .

¿Verdad que mi primer aventura es de las que nunca se olvidan?—terminó el doctor apurando su vaso de cerveza.

HERIBERTO FRIAS.

RARA AVIS

SON *él* i *ella*; ignoro sus nombres. Los conozco mucho, porque les compro cigarros; tienen un estaquillo. Humildes, algo menos que humildes; dichosos, algo más que dichosos: se aman. I sin embargo, su cielo azul está atravesado por una sombra: *él* es ciego. *Ella* ve por *él*. Parece que le bastan los ojos de su esposa. Nada interesante en sus facciones; son tipos vulgares, de esos con los que a cada paso tropieza nuestra indiferencia. El hombre es bajo de estatura, grueso, de bigote ralo, frente lisa i estrecha, ojos clarísimos, anegados de luz, pero que sólo miran la interminable sombra. La mujer es de buen cuerpo, llena de formas, de ancha cara, colorada

como una amapola; su mirada es limpia i un tanto tímida; sus labios son grandes, pero de curva pareja, sin las sinuosidades de la amargura; i su abundante cabello castaño obscuro, dividido en dos anchas bandas que forman lustrosas ondas en la frente, cae i resbala sobre su espalda en afilada trenza sujeta en su extremidad por un moño negro. Pero ¡qué aureola de tranquilidad ilumina estas dos caras! Traspiran contento. . . . Da gusto verlos, detrás del mostrador, frente a las filas de panes i bajo las patitas de los títeres que cuelgan de un alambre; *él* con su camisa mui blanca i su corbata de color, mui bien anudada; *ella* con sus enaguas planchadas i su relicario al cuello, riendo a la vida que pasa tumultuosamente por la calle. . . .

¡Qué contraste hacen siempre estas raras fisonomías, que por tan felices parecen infantiles, con las figuras contraídas, nerviosas, arrugadas, que van por el mundo revelando bajo la seda o los arrapiezos, noches sin sueño i días sin reposo! . . . ¡Qué contraste hacen i cuánto bien! Es tan complicada la vida moderna, tan difícil; parece tan cansado el hombre de su peregrinación, que igual abatimiento revelan los ojos desconfiados del obrero, que los ojos inquietos del mundano; i las mismas fatigas i ansiedades que cubre la blusa raída, disimula la correcta casaca. Los últimos leños de la energía vital, esa hoguera que su propio fuego consume, los atiza, el uno con aguardiente i el otro con champagne, para poder mantener un momento más la llama que se apaga. . . . La naturaleza humana, que antes bebía agua pura en las fuentes griegas, ha llegado en su consunción a la necesidad del excitante, i bebe ajeno. La estatua que se perfilaba, serena, inalterable, sobre un horizonte claro, el arte heleno, ha cedido su puesto a la escultura escura i atormentada que corta con su lividez un fondo negro, el arte cristiano. I las dos son copias del hombre: sereno i

los que asaltó a aquella mujer que era su madre!—porque aquellos sollozos caían ahogados, infinitamente tristes, sin consuelo. . . . A intervalos pronunciaba esta sola palabra:

—¡Mamá!

—¡Mamá!—repetía en el mismo tono de suprema angustia, de espantoso dolor. . . .

No pude más. . . . arranqué a correr; bajé a saltos la escalera. . . . para no volver nunca a aquella casa.

Ni de aquella mujer, ni de Juan, logré saber más tarde, pues no volvió a la Escuela. . . .

No sé más. . . .

¿Verdad que mi primer aventura es de las que nunca se olvidan?—terminó el doctor apurando su vaso de cerveza.

HERIBERTO FRIAS.

RARA AVIS

SON *él* i *ella*; ignoro sus nombres. Los conozco mucho, porque les compro cigarros; tienen un estanquillo. Humildes, algo menos que humildes; dichosos, algo más que dichosos: se aman. I sin embargo, su cielo azul está atravesado por una sombra: *él* es ciego. *Ella* ve por *él*. Parece que le bastan los ojos de su esposa. Nada interesante en sus facciones; son tipos vulgares, de esos con los que a cada paso tropieza nuestra indiferencia. El hombre es bajo de estatura, grueso, de bigote ralo, frente lisa i estrecha, ojos clarísimos, anegados de luz, pero que sólo miran la interminable sombra. La mujer es de buen cuerpo, llena de formas, de ancha cara, colorada

como una amapola; su mirada es limpia i un tanto tímida; sus labios son grandes, pero de curva pareja, sin las sinuosidades de la amargura; i su abundante cabello castaño obscuro, dividido en dos anchas bandas que forman lustrosas ondas en la frente, cae i resbala sobre su espalda en afilada trenza sujeta en su extremidad por un moño negro. Pero ¡qué aureola de tranquilidad ilumina estas dos caras! Traspiran contento. . . . Da gusto verlos, detrás del mostrador, frente a las filas de panes i bajo las patitas de los títeres que cuelgan de un alambre; *él* con su camisa mui blanca i su corbata de color, mui bien anudada; *ella* con sus enaguas planchadas i su relicario al cuello, riendo a la vida que pasa tumultuosamente por la calle. . . .

¡Qué contraste hacen siempre estas raras fisonomías, que por tan felices parecen infantiles, con las figuras contraídas, nerviosas, arrugadas, que van por el mundo revelando bajo la seda o los arrapiezos, noches sin sueño i días sin reposo! . . . ¡Qué contraste hacen i cuánto bien! Es tan complicada la vida moderna, tan difícil; parece tan cansado el hombre de su peregrinación, que igual abatimiento revelan los ojos desconfiados del obrero, que los ojos inquietos del mundano; i las mismas fatigas i ansiedades que cubre la blusa raída, disimula la correcta casaca. Los últimos leños de la energía vital, esa hoguera que su propio fuego consume, los atiza, el uno con aguardiente i el otro con champagne, para poder mantener un momento más la llama que se apaga. . . . La naturaleza humana, que antes bebía agua pura en las fuentes griegas, ha llegado en su consunción a la necesidad del excitante, i bebe ajeno. La estatua que se perfilaba, serena, inalterable, sobre un horizonte claro, el arte heleno, ha cedido su puesto a la escultura escura i atormentada que corta con su lividez un fondo negro, el arte cristiano. I las dos son copias del hombre: sereno i

bello, como la primera, fué el hombre antes de su redención; i después de su redención, en ese inmenso período que aún no se cierra, escueto i livido. Las bregas del sentimiento siempre en guardia, i las del sentimiento siempre en tensión, han marcado los cuerpos. Entre las vestales i las monjas hai la misma diferencia física que entre las palomas i las golondrinas. Entre Mirabeau i Perikles hai la misma diferencia que entre Sofia i Aspasia. El manantial está rebotado . . . pero el hombre cada día tiene más sed. Mas no soñemos con la restauración helena aun cuando sea un sueño divino; no choquemos nuestra fantasía caprichosa con la lei de hierro de la casualidad; i doblemos la cabeza, con todos sus ideales, ante el fatalismo inconsciente de la vida, como dobla el árbol sus ramas cargadas de frutos i flores al soplo ciego del huracán. La historia es una elaboración, i las épocas tienen, como los precipitados químicos, su color especial. Lo cual no impide, sin embargo, que los celajes floten en el cielo i las ilusiones en el alma. . . .

El caso es que esta nuestra civilización, es extraordinariamente variada, i ha dado al traste con la sencillez antigua. El comercio, la ciencia, el amor, la alimentación, todo es complicadísimo. Da gusto, o curiosidad cuando menos, encontrarse con gentes rústicas de corazón, que se sientan a la orilla del camino, mientras los demás desfilan atropellándose . . . I aunque por la descripción que de ellos he hecho, se ve que *él* no tiene la arrogante hermosura de Alcibiades, ni *ella* la intachable corrección de Frinea, sino que son dos pobres productos de nuestro molde nacional, que no es muy bueno, forman, sin embargo, excepción entre los tipos que conozco: porque son dos felices, cándidamente felices, a quienes el ardiente sol democrático calienta sin quemarlos, i que sienten i saborean el exquisito placer de la vida, en medio de tantos que la detestan por amarga i que sólo la soportan por

el miedo de Hamlet. En este sentido son dos antiguos, que no tienen torbellinos en la cabeza ni torcedores en el alma. Son dos niños que juegan al amor, mientras los hombres formales juegan a la embriaguez, al lujo i a la prostitución. Venden pan, cigarros, dulces; comen mal, duermen bien. Van al Zócalo, a oír la música; van a la iglesia, sin más pensamiento que el de rezarle a Dios. Su Dios es un Dios bueno, sonriente. . . . por supuesto; si ellos son así: la divinidad es el reflejo de las almas. En la calle atravesada por taciturnos i apresurados, ellos estorban; son ociosos satisfechos. Se detienen en los aparadores, i *ella* le dice a *él* los objetos que le agradan i se los describe pintorescamente. Pasa al gran trote un carruaje, que tal vez cueste muchas tristezas a su dueño, i *ella* exclama sin envidia—muy contenta de que haya quienes tengan cosas bellas:—*qué bonitos caballos!* i *él* repite, iluminado de gozo: *qué bonitos caballos!*

Su historia es muy sencilla. Se amaron. *El*, entonces, veía. A los pocos meses de apasionado noviazgo, cegó; i al perder la luz del sol creyó perder también la luz de *ella*. ¡Sublime engaño! La muchacha, sin lamentos, sin lágrimas, con toda naturalidad, fué a verlo en su desesperación, en su noche horrible, i le dijo: *me caso contigo*. No hubiera experimentado emoción mayor si le hubieran arrancado la venda de sus pupilas. Ese hombre debe comprender, porque lo ha sentido, el grito de Dios: *¡fat lux!* Se casaron. *Ella* lo peina, lo viste, lo compone, como si fuera su rorro; *él* la acaricia i la besa. Con qué amor tan especial deben amarse!

Los domingos, en el ojal de su levita nueva, *ella* le pone un ramito; i de la mano, con cariño, con solicitud, lo lleva a pasear, a lucir el ramito i la levita nueva. I lo mira con unos ojos. . . . Como *él* no la ve, *ella* no esconde sus miradas. Una mujer no puede tener coqueterías de ojos con un ciego. Lo cuida i lo mimaba como una madre

a su primer hijo. I él, que se siente penetrado por el amoroso fluido, como si lo envolviera una caricia tibia i buena, vuelve a la esposa sus pupilas muertas, i como si la viera, sonríe. . . . Duermen juntos, en un mismo lecho. . . . Pero no se puede hablar de estas cosas sin que la imaginación de los lectores modernos evoque en el acto un grupo de novela francesa. Hai inocencias que ya no se comprenden. El pudor cristiano ha tenido el impudor de vestirlo todo. De buena gana le pusiera pantalones al Apolo de Velvedere, i chaquetilla a la Venus de Milo.

El hombre que ya perdió la costumbre de juzgar las desnudeces como simple artista, ve en ellas algo más que la línea. El hecho estúpido de cubrir las formas ha creado el placer sensual de desnudarlas. Bien es cierto que los miembros escualidos de San José bien merecen la capa; i muy espesas faldas las carnes flojas de Santa Trididia o de Santa Mónica.—Pero puesto que es necesario, no hablemos del lecho, que semeja cuna de gemelos, en la que ellos duermen sus amores blancos. . . .

Algunas ocasiones van al teatro, a galería. Prefieren el drama, el drama español, sangriento, atravesado de choques de espada i gemidos de dolor i explosiones de ira, palpitante, descabellado, terrible; en el que hai siempre una mujer muy sollozadora, que empapa de llanto una docena de pañuelos; un traidor pingajoso, de torva mirada i voz tronatoria; i un justiciero de peluca rubia i espadín colgante, que en el último acto derriba al traidor i se casa con la dama de los pañuelos. Los he seguido a galería. Allí los he visto comer dulces en los entreactos i los he oído platicar encantadoras tonterías. He presenciado sus lágrimas en las tiradas patéticas, sus zozobras en las escenas de expectativa i sus aplausos en el inesperado desenlace.—Se poseionan realmente del drama; al grado, que odian a un pobre Sr. Arteaga, que es el actor traidor, i adoran a un Sr. Zendejas, que es el actor

justiciero. No pueden hacer la abstracción entre el personaje real i el personaje representado. Es de ver la variación de sus fisonomías, según que en el proscenio medita crímenes Don Nuño, o fulmina cóleras Don Lope. Para ellos, la Sra. Servín es una infeliz digna de compasión, porque si bien es cierto que se casa con el Sr. Zendejas, «no merecía haber sufrido tanto.» «Pobre! siempre la calumnian. . . .» Siguen el drama con avidez angustiada, se mueven en sus asientos, se codean, contienen el aliento, sudan, esperando i desesperando, el ciego aguzando los oídos, ella sorbiendo el escenario con los ojos. Por supuesto que no piensan en las analogías que puede haber entre las escenas del mundo en que viven i las escenas del drama a que han asistido, no; el teatro es para ellos un mundo aparte, con su existencia propia, real, eso sí; pero sólo en ese mundo hai esos detalles i esos seres. Es una vida de emociones al lado de la vida tranquila de todos los días, independientes las dos.—Guardan los programas con religiosidad; alguna vez sueñan con la cara pintorreada del traidor, «del malvado.»

A la iglesia los he seguido también. Oyen la misa con atención i después de terminada, se arrodillan largo rato frente a un cuadro grande, de lustroso marco dorado i bien restirada tela, en la cual se destaca, entre una vegetación exigua, pero muy verde, un viejo sanguíneo, calvo, de abundante barba blanca, cubierto con un burdo manto, enseñando los pies desnudos, carnosos, surcados de hinchadas venas azules. Lleva una palma en la mano izquierda i levanta la otra al cielo, un cielo entre cuyas nubes parduscas asoman bustos de querubines redondos i mofetudos, con fragmentos de alas.

Un ángel diminuto, regordete, de macizas carnes, colorado, con dos alas cortas i anchas como abanicos abiertos, i un manto color de rosa enroscado entre las piernas,

le ofrece al viejo, con sus manecitas tendidas, una mata silvestre i unas flores bien poco lozanas. Abajo del cuadro se lee en parejas letras amarillas: *San Ciro, médico, anacoreta i mártir, de quien fué devoto el beato Francisco Jerónimo*. A la salida del templo, después de introducir sus dedos en la pila de agua bendita para mojarse la frente, dejan una moneda en la charola de las limosnas, i juntos se van paso a paso por la calle, con una cara de beatitud inefable. . . . ¿Qué le piden a San Ciro, a ese médico descalzo que por todo instrumento de cirugía tiene una humilde palma? ¿Le piden acaso que le vuelva la vista al ciego? La ironía humana que hasta de ella misma se burla, respeta a estos arrodillados. ¡I quién no los envidia! Delante de ellos el sabio se lamenta de ser sabio. M. Renán, ese sabio impío, tan terrible como Lutero i tan candoroso como una novicia, destruye los altares con su pensamiento. . . . ¡ail pero deja su corazón entre las ruinas. . . . Ellos no han necesitado, para llegar a la suprema visión del Dante, atravesar como él la pesadilla horrible del infierno. La mentira sublime es para ellos una sublime verdad. Son pobres seres atrasados en el gran camino humano, que aislados i contentos en su aislamiento, forman caravana aparte, i bajo sus modestas tiendas duermen el sueño sin cuidados de los que nada saben. Allá, a lo lejos, en la estepa infinita, los elegidos vuelan en las radiosas alas de la electricidad. . . . En tanto ellos, los olvidados, los pobres de espíritu que amaba Cristo, van todavía sobre los torpes mulos, cantando a la luz de las estrellas el *Ave María*. . . . San Ciro médico, sin sus dos devotos, es un cuadro feo; con ellos, es un cuadro encantador.

Un día, que, como de costumbre, entré al estanquillo a comprar cigarros, sorprendí una escena primorosa. La cortina que cubre el fondo, no estaba bien corrida i dejaba ver una pieza pequeña i aseada. El ciego estaba

sentado, con una toalla al cuello i la barba cubierta de esponjado jabón. *Ella*, divertidísima, lo afeitaba con singular destreza. Al entrar, el que le preguntaba como preguntan los peluqueros: «molesta la navaja, señor?» ¡Tenía una dulzura su voz! . . . El ciego estaba radiante.

Por último, otra vez los seguí a la Alameda. Un crepúsculo espléndido caía sobre los árboles. Pocas nubes, casi transparentes, ligeramente rosadas. El ocaso, teñido por un barniz de oro pálido, hacía resaltar con rigidez escultórica las crestas restiradas de los montes. Un trozo de la luna livida, cortaba con sus dentelladuras la sedosa tersura del cielo. Una banda militar tocaba, i las notas, agitando sus alas vibrantes bajo las tupidas hojas, parecían parvadas invisibles de pájaros. La última luz del día penetraba a las calzadas del parque, por entre las mallas verdes, opaca, cenicienta, como circuida por un velo. A lo lejos, el fondo azul era un lienzo para las líneas inmóviles de la torre. No sé qué cosa tocaba la banda; algo que me gustó mucho, una pieza suavemente melancólica, o que me pareció así. Se sentaron en un banco de hierro, le compraron a un nevero dos vasos de limón helados, i, mudos, absortos en su felicidad, *ella* con su cara de amapola i *él* con su ramito en el ojal de la levita, respirando el aire puro i oyendo la dulce música, permanecieron allí hasta que las estrellas anunciaron la noche. El misterio descendió a la tierra. Una campana tocaba a oración. *Ella* le dió el brazo a *él* i se internaron en la sombra. Desaparecieron. Qué se dirían a solas en la callada noche? Yo sólo sé que me puse a pensar en ellos con envidia, que nunca como en ese instante de soledad i silencio, como en esa hora triste i bella que muy pocos saben disfrutar, sentí el deseo inmenso de un amor como el de ellos. . . . Las estrellas que se ven como gotas de luz en los pedazos descubiertos del cielo, el aire oliendo a tibia esencia de lirios, la sombra que abriga i ocul-

ta, todo convida a amar. . . . *I ellos se aman!*—Me fingí una de esas conversaciones a cada instante interrumpidas, con frases que el sentimiento trunca, con palabras que brillan en la obscuridad, con exclamaciones de fuego palpitantes. . . . Me fingí suspiros que piden caricias i besos que retozan inquietos i que resaltan ruidosos. . . . I los ví entonces, en lo más denso de la sombra, muy juntos, con las manos enlazadas, temblorosos, los labios en los labios. . . . El ave del paraíso agitaba sobre ellos su plumaje de iris. . . .

¡Ah! suspiré levantándome, es una rara avis, el ave divina! . . .

JESÚS URUETA.

LA DEFUNCIÓN DE LA MUERTE

HABÍA sido indultada; por tanto, aquella noche debía morir.

Aun cuando fuese con una segunda *encarnación* á presentarse en otro planeta; se le desterraba de la Tierra.

¡Cómo han sido injustos los que hasta hoy la han descrito!

I es que ninguno la conocía.

Mentira que vista de esqueleto, i que habiten nauseabundos gusanos en las concavidades de su descarnado cuerpo.

Por lo menos, en esa noche estaba hermosa. En sus mejillas habla color, en sus negros ojos habla vida.

¿Era la herencia de la doncella sepultada el mismo día? Llevaba luto por las víctimas suyas, i un abanico blan-

quisimo formado con huesos de mujer i finas vértebras de niños.

Iba al teatro; había una fiesta de caridad i el coliseo, de seguro, se llenaría de juventud, hermosura i riqueza.

El anarquista que no vió estallar su bomba, lo dijo: «¿Se habría muerto la muerte?»

Recibió la noticia de boca del viento, que fué el enviado, i comenzó a desandar la calzada. Pasó por entre los silenciosos árboles que, enfilados, la veían con respeto i sentían calofríos en sus robustos troncos; se encaminaba a la choza que a lo lejos prendía su nota de vida en la negrura de la noche.

El Labrador sintió nublársele la vista i una sofocación desesperante.

Al apagarse la luz de la lamparilla, por un golpe de viento, se le entristeció inmensamente el alma; sintió el paso de la muerte i salió aspirando, con avaricia, el aire fresco de la noche.

Su compañero, el fiel amigo, partcipe de sus soledades, aullaba triste, larga, aterroradamente.

La enlutada Muerte, la siempre Virgen adorada de los desgraciados, entró.

En un banco de madera vulgar tomó asiento; apoyaba sobre la mesa un brazo nítido, de una blancura sólo suya, blancura no maculada por las azulosidades de las venas que lucen las mujeres.

Reflexionaba.

Al fin, tras tantos siglos, cuando ya juzgaba eterna su condena, se la indultaba.

¡Cómo se alegrarían los hombres cuando lo supieran!

Si esa noche lo saben, de seguro se habrían aglomerado tras ella, a silbarle, a befarla, como lo hacen los pilluelos con los ebrios que se ponen en ridículo.

¡La muerte muriéndose! ¡Qué ridículo!

I ella se alegraba.

La noticia había venido con la tonalidad de lo nuevo, a romper la monotonía de su milenaria existencia.

Recordaba su advenimiento al mundo. Su caída, aquella caída, *durante tantos siglos*, que siguió a su expulsión del celeste paraíso.

Quién sabe qué crimen les atribuyeron los intrigantes de las antecámaras del palacio celestial, i se les expulsó cruelmente.

Fueron los ángeles caídos.

No cooperaron de sus mutuos dolores los calumniados de ángeles rebeldes.

Cada uno sufrió los suyos.

La desgracia no los unió; siguieron silenciosos descendiendo por siglos i siglos.

Los hombres los calumniaban también; a él, que en realidad es hermoso, unos cuernos i un rabo; i a ella... ¡misera humanidad! como los convirtiera en asquerosos i terrificos esqueletos, la representaban así, por un horroroso montón de huesos que se cobija con manto negro i que empuña deforme guadaña segadora de vidas. ¡Repulsiva materialidad! ¡Oh, si necesitara de guadaña!...

La maldita, la implacable, la cruel, la llamaban todos. Necios. Al principio, sí, comenzó con coraje, con desesperación, a cumplir su fúnebre encomienda, i hambrienta de venganza, mató con crueldad; se cebó en los buenos. ¿No era un virtuoso Abel?

Mas, después siguió con automatismos de sonámbulo en su tarea de abrir fosas, de coleccionar esqueletos. I la Muerte, la Virgen furiosamente deseada por los desgraciados, bostezó largamente.

Dejó caer su vista sobre la mesa, i halló una botella de capitoso Gin.

Natural capricho; nunca había bebido alcohol puro, limpio; en los cementerios no lo hai. Sólo se encuentra el podrido que llevan los alcohólicos, los congestionados.

I ella—¡qué vergüenza i qué asco!—en los momentos de supremo hastio, hidrófoba, había apagado su sed de alcohol, se había embriagado con ese aguardiente muerto, putrefacto, infecto, inclinándose sobre los cadáveres rebosantes de gusanos ebrios i sorbiéndoselos en nauseabundos besos.

... I bebió el rispido Gin *puro*, limpio, deleitoso.

¿Habría en la tierra quien, como ella, hubiera matado a tantos hombres?; todos los que llenan las listas de sus posesiones: ¡todos los cementerios del mundo!

Nadie había sospechado su desesperación; pasaba por la tierra repartiendo muerte a manos llenas i ella no podía morir; lo tenía prohibido. Acataba la orden, por temor de sufrir un castigo más grande, con la esperanza de alcanzar el perdón alguna vez, i volver a su patria: el cielo.

I seguía amputando existencias i recibiendo por doquiera maldiciones. ¡Qué pocos la habían bendecido! Un pobre, un viejo, un sifilitico...

Si hubieran visto muchos jóvenes lo que les aguardaba en lo porvenir, en vez de la blasfemia que se había congelado en sus labios, una bendición los habría entibiado por la última vez.

Verdaderamente, ella había sido una loca; nunca había seguido una misma línea de conducta.

I era que había cumplido con su condena—¡naturalmente!—como los condenados, en medio de desesperaciones inenarrables, o llena de hastio infinito. Nunca había elegido sus víctimas; tenía que matar i mataba; poco le importó a quien fuese; eso es lo de menos para el verdugo.

Había sorprendido a muchos cándidos, cuando eran por rareza criminales, i los había regalado a Luzbel, para aumentar los servidores en sus rojizos salones palaciegos.

I a muchos que habían llevado vida desenfadada, les

había enviado tontamente—entonces se arrepentía—uno de sus emisarios, Cáncer, Tisis... i habían tenido tiempo de volver los ojos al cielo.

Cuando su rojo compañero de desgracia la sentía llegar, se alejaba dando por terminada su obra, para no tener que confesar que ya no podía más, que su lucha sería estéril.

Pero ella, ella sola era la verdadera Reina, la omnipotente diosa; había ido dejando a su paso cadáveres, inmovilidad, putrefacción, la santa putrefacción, generadora de vida. Ella había jugado con la materia, como con el barro juegan los niños; forman muñecos i los deshacen para modelar otros nuevos.

Al fin, iba a morir; ya era tiempo; estaba ahita de destrucción i ansiaba el descanso. I ¿a dónde iría? ¿Qué lugar, digno de su grandeza, elegiría para su tumba?

I como si se la mostrara a sí misma, señaló con el índice aristocrático—dedo de mano regia—la faz dolorosa, entristecida, pálida, cadavérica, de la luna que espiaba por la ventanilla entreabierta.

Mausoleo soberbio. Pero ¿habría habitantes allí? ¿Los selenitas tendrían su muerte? I si no había un ángel de destrucción i llegada ella volvía a comenzar su tarea de homicida universal?

Ya no quería matar; los mismos matoides ¿no sentirán algún día deseo de no matar más?

«Mi muerte constituye un nuevo género de venganza; llevo sobre mis espaldas esqueletosas—i rió con macábrica risa, empezaba su agonía—el odio de un mundo entero.»

Iba a vengarse dejando a los hombres que fuesen inmortales. La vida jugaría con ellos; travesaría en sus cuerpos; les prendería pústulas henchidas de pus; les arrebataría la fuerza a sus miembros; les pintaría de blanco las cabelleras i les dibujaría con el mismo cutis, en el

rostro, una *calavera viva*; los haría viejos, muy viejos, eternos; i se desesperarían i desearían morir, i no podrían, ¡sería su mejor venganza de aquellos que la maldecían a diario!

Al fin quiso morir. Pudo haber sido la suya una occisión, pero no; deseó probar las congojas, deseó experimentar las angustias que había visto en todos los que había poseído—siempre Virgen inviolada e inviolable.

Quiso comenzar a morir i entró en la agonía; cayó del banco al terrado de la choza; la metamorfosis fué completa i horrible; se contrajeron los músculos de su rostro en gestos macabros; los gemidos roncós que se escaparon de su pecho repercutieron con tremantes ecos en los más recónditos parajes de la tierra. Las miradas fosfóricas de sus negros ojos, en los parpadeos agónicos, alumbraron con resplandores de relámpago el mundo entero.

Sus dolores los sintió la tierra, que por todas partes se abrió en negras grietas, como carne corroída por el cáncer.

Las torres más altas i más fuertes, sintieron vértigos de anémico, se bambolearon, e inclinando la cabeza, se desplomaron inertes.

Su estertor se oyó como si fuese el estertor de una legión de moribundos. Sus convulsiones convulsionaron todo el planeta con movimientos de terremoto.

En los cementerios, los muertos golpearon hasta despedazar las paredes i las tapas de las tumbas.

I arrojando miradas de fuegos fatuos por las huecas fosas orbitarias, llenas de pestilencia; en medio del ruidoso traqueo de sus miembros movibles, sueltos, corrieron avergonzados en busca de carne con que cubrir las desnudeces de sus huesos.

El alfeñique humanidad se estremeció con terror pánico.

El mundo se arrodilló implorando misericordia.

I la Virgen furiosamente deseada por los desgraciados, la muerte inviolada e inviolable, se hundió, murjó llevándose entre sus dedos, crispados por la agonía, millares de vidas, millares de hombres.

Todo había concluído. Naturalmente no hubo quien le arreglara funerales.

FRANCISCO ZÁRATE RUIZ.

PAUL VERLAINE

HABÍAMOS traspasado apenas los veinte años cuando nos conocimos Paul Verlaine i yo, cuando cambiamos nuestras primeras confidencias, cuando nos leímos nuestros primeros versos. Vuelvo a ver, en este instante, nuestras dos frentes inclinadas fraternalmente sobre la misma página; vuelvo a sentir por el recuerdo, con todo su ardor primitivo, nuestras admiraciones i nuestros entusiasmos de entonces, i evoco nuestros viejos ensueños. Eramos dos niños, i confiados íbamos hacia el porvenir. Pero Verlaine no encontró a la experiencia, a la fría i segura compañera que nos toma rudamente de la mano i nos gufa por el escabroso camino. Permaneció siempre siendo un niño. ¿Hai que tenerle lástima? Es tan amargo llegar a ser un hombre, un prudente, no correr más sobre el libre camino de su antojo por miedo de caer; no cortar más la rosa de la voluptuosidad por te-

mor de herirse con las espinas, i no tocar a la mariposa del deseo pensando que se volverá polvo en nuestros dedos! Dichoso el niño que ha sufrido crueles caídas, que se levanta lleno de lágrimas, pero que olvida al punto el accidente del sufrimiento i abre de nuevo sus ojos aún húmedos de llanto, sus ojos ávidos i encantados sobre la naturaleza i la vida! Dichoso también el poeta que, como nuestro pobre amigo, conserva su alma de niño, su frescura de sensaciones, su deseo instintivo de caricias; que peca sin perversidad, tiene sinceros arrepentimientos, ama con candor, cree en Dios i le ruega humildemente en las horas sombrías, i le dice ingenuamente cuanto piensa i cuanto siente con encantadoras torpezas i rudezas llenas de gracia!

Dichoso ese poeta, lo repito, recordando todo lo que Paul Verlaine ha sufrido en su cuerpo enfermo i en su doloroso corazón, pues ¡ai! como el niño, estaba sin defensa ninguna i la existencia lo ha herido cruelmente i a menudo. Pero el sufrimiento es el rescate del genio, i tal palabra puede pronunciarse hablando de Verlaine, pues su nombre despertará siempre el recuerdo de una poesía *absolutamente nueva* i que tiene en las letras francesas la importancia de un descubrimiento.

Si, Verlaine ha creado una poesía que es de él sólo, una poesía de una inspiración que es a la vez ingenua i sutil, hecha toda de matices i evocadora de las más delicadas vibraciones de los nervios, de los más fugitivos ecos del corazón; una poesía natural no obstante, brotada de manantial, i aún popular a veces; una poesía en que los ritmos libres i rotos, guardan una deliciosa armonía, en donde las estrofas giran i cantan como una ronda infantil, en donde los versos, que son versos entre los más exquisitos, llegan a ser música. I en esa inimitable poesía nos ha dicho todos sus ardores, todas sus faltas, todos sus remordimientos, todas sus ternuras, todos

sus sueños, i nos ha enseñado su alma tan tormentosa, pero tan ingenua.

Tales poemas están hechos para perdurar; i yo lo atestiguo, los compañeros de la juventud de Paul Verlaine, que sin embargo han dado el mayor esfuerzo en su arte, renunciarían a las dulzuras i a las vanidades de una dichosa carrera, i aceptarían los días sin pan i las noches sin albergue de «Pauvre Lelian,» si estuvieran seguros, como él, de dejar a ese precio algunas páginas duraderas i de ver florecer sobre sus tumbas el laurel inmortal.

La obra de Paul Verlaine vivirá. En cuanto al despojo lamentable i maltratado, no podemos, pensando en él, más que asociarnos a las conmovedoras oraciones de la Iglesia Cristiana, que para los muertos sólo pide el reposo, el eterno reposo.....

Pobre i glorioso poeta, que parecido a las fiondas, ha gemido más a menudo que cantado. Desdichado amigo que yo amaba siempre i que no me ha olvidado! En tu agonía reclamabas mi presencia, i he llegado mui tarde, pensando que en efecto está mui próxima la hora en que deba obedecer a tu llamado. Pero su alma i la mía han esperado siempre, qué digo, han creído siempre en un asilo de luz i de paz en que todos seremos perdonados, purificados—pues quién tendría la hipocresía de proclamarse inocente i puro?—i allá será en pleno ideal donde te doi mi cita i te responderé: Heme aquí.

FRANÇOIS COPPÉE.

CUATRO MOTIVOS

ANTE UNA ESPADA.

Por qué su acero me recuerda las pupilas de una mujer? Como en la espada, la traición vive tras de la cortina de las pestañas. Si a mansalva su mortal punta atravesó el pecho de un cruzado, cuántos ojos color de acero han deshecho corazones de creyentes!

Flexible como el talle de una mujer, coqueta, limpia, vive en la panoplia del coleccionista i sobre su hoja, cabalísticos signos evocan pueblos extraños. Es oriental, quizás persa, su pomo de misteriosas piedras zodiacales tienen un enigma i en su recia guarnición se adhiere el estrecho cuerpo de una serpiente: ¡fatal símbolo!

La odio cuando la veo inerte en el indolente regazo del viejo escudo. No vibraría airada para defender una santa causa, no velaría por la virginidad de una hija ni por el honor de una esposa, no se ceñiría a la cintura de un visionario príncipe conquistador, ni su pomo de astrales destellos sería acariciado por la mano noble de un bravo capitán; sino diabólica i pérfida centellearía en el brazo nervudo del asesino, pronta a hundirse en el pecho indefenso o en la espalda descuidada.

I allí, en la manoplia severa, su frío i azulado acero duerme con la ironía odiosa de una mujer infiel.....!

ROMANZA DE TENOR

Para Giacomo Puecni
en Italia.

¡El no está en vena! Ni el soneto pomposo, ni el femenino rondel surgen del cerebro del bardo; sino vienen los versos, llega la Poesía: es Mimí.

Débil, pálida, supremamente bella i tristemente buena. Sobre su cabecita de ave cae la luna.—Selene, madre del poeta, madre del músico, madre del pintor, madre del filósofo,—argentea en la bohardilla donde la reina Misericordia tiene su trono en el desvencijado sillón i su corona de laurel. Mimi tiene los ojos como dos uvas negras i la boca como un punto de granate; en su alma viven amores nuevos i exquisiteces desconocidas.

Es la casta paloma, la blanca perla, la que inspira confianza i cariño: esperad, señorita, Rodolfo os va a decir quién es.

—Es el poeta. ¿Qué hace? Escribe. ¿I cómo vive? ¡Vive!

Los himnos albos al amor eterno, los madrigales galantes, llenan las cuartillas mientras sumido en pobreza el bardo finge de gran señor.

¡Mimi está sola! Cuando llega el primer rayo de sol de abril, ella lo recoge abriendo los ojos i la boca, i su única compañera es una rosa que lentamente la espía.....

Fuera, ronca el barrio Latino sus estrofas maliciosas, i los artistas llaman al poeta para tomar el ajeno en el hirviente café Momus!.....

En el cielo gris la nieve dibuja sus filigranas, erectos campanarios como triunfos del cristianismo recuerdan a los fieles que llega la media noche, i el poeta de cabellera sedosa apoya sus labios por donde vuelan los besos sobre los de Mimi, i aún sobre su cabecita de ave rueda la caricia de Selene, la madre del poeta, la madre del músico, la madre del pintor, la madre del filósofo!.....

LA RIMA DE ORO

A José Juan Tablada.
A propósito de «El Florilegio.»

Los stradivarios suspiran, los oboes se quejan, los saxofones murmuran i la viola entona el canto. Mármoles afrodisiacos como grandes flores blancas emergen en

los bosquecillos de tilos. Junto a un Mercurio, un abate grácil, suave, estrecha apasionado el talle de niña de una duquesita de quince años. Los pajes de terciopelo i oro, escancian vinos añejos, i Luis XIV, el Rei-Sol, inunda de caricias los senos de las cortesanas, mientras en el cielo del Trianón, las estrellas ocultan sus rubores tras las nubes de primavera.

Vence la báquica fiesta, para las frentes jóvenes los pámpanos más frescos, brillen luces de deseo en las miradas de los adolescentes, i sobre cada hoja de esmeralda, sobre los pechos de las Venus, sobre las virilidades de los Apolos, sobre las cuerdas del glorioso bandolín, aletée el suspiro ahogado, la queja de placer de la enamorada que bajo el palio de las acacias da a la bella boca del joven príncipe el botón rosáceo de su seno de virgen.

Alba llega, alba rosa, alba rubia. El bosque amanece, piadosa sonata orquestan los pájaros. El último jirón de seda huye tras la esculpida puerta de la litera, i tras una Diana, cerca del álamo más joven, tendido, lívido, abierta la casaca de raso celeste, donde la sangre inunda de púrpura la immaculada pechera de Alençon, el mancebo blondo agoniza dolorosamente murmurando el nombre de la amada tan bella, tan bella, que el Señor, el Sol, la eligió para que en aquella mañana de primavera, entre sus brazos de tigre real, vibrara el cuerpo núbil de la dulce niña, en tanto los ruisenores de la campiña orquestaban el epitalamio en un *scherzo* triunfal!.....

LA SOUBRETTE

Para Eugenio Fouguère.
De un Salón-Concierto.

Sobre la cara una mueca de muñeca barata, la eterna sonrisa de las provocadoras de descos, i bajo los ojos largos i pálidos como un cielo de Bohemia, las líneas anchas de la lubricidad.

Bajo la corta falda surgen como dos lirios rojos las gruesas piernas arqueadas, en esa posición fácil e incitante de mujer vestal en ritos dionisiacos, i los pies al pisar el escenario parece que hollaran cabezas prosternadas. Es el desseo en un ritmo, la mirada cruel i prometedora del amador sobre la tersura i redondez de su pecho de buena hembra.

Va el rondó en arpegios monótonos, murmura su canción extraña agitando las desnudeces de sus brazos, i en su boca roja como una herida, la frase apasionada se esponja cual una alondra que aleteara cerca de una lámpara; después, cuando relata cómo la novia moría i el amado lejos desfallecía en cruenta guerra, a sus ojos pálidos como un cielo de Bohemia, subieron dos lágrimas que al rodar sobre sus mejillas destiñeron la pintura de los ojos, dejando dos surcos negros como dos nebulosas en una alborada vernal!.....

I terminó el rondó mientras el violín rumiaba las notas graves de una lenta coda.

FRANCISCO GARCÍA CISNEROS.

ANTE UN SEPULCRO

Murió el hijo idolatrado, i la madre inconsolable acudía cada año, en el aniversario de aquella horrible pérdida o en la misma fecha memorable en la que vino al mundo aquel ser querido.

Despertábanse como organismos enfermos los árboles del cementerio, el sol asomaba tristemente por entre las

tumbas, o el cielo quebraba su luz azul sobre los mármoles severos de los monumentos.

O bien la tarde se despedía con sus efuvios melancólicos i sus tristezas de ausencia de aquella mansión del sueño eterno, prendiendo los primeros en las cruces i los mausoleos.

I ya a la radiante luz de la mañana, ya entre las vaguedades del crepúsculo vespertino, el culto de aquel amor maternal llenaba de sublime misticismo los palmos de tierra que limitaban las curvas mezquinas del *garambuyo*, i daba a la pobre cruz de ocote, pintada de negro, la majestad del sentimiento.

Llegaba la enlutada víctima de la ausencia material i se ponía de hinojos inmediatamente, sin que nada la contuviera i nada la hiciera retardar el instante del íntimo, del espiritual homenaje.

Echaba sobre su frente de matrona augusta el manto negro, enclavaba las manos delicadas hechas como para la limosna, e inclinaba sobre su pecho dolorido el rostro de *Mater Dolorosa*, en el que surcaban las huellas de un sufrimiento acerbo, i se reflejaban las sombras de un eterno imposible.

Gota a gota caía el llanto hasta convertirse en raudales de amargura, i los ojos radiantes se nublaban.

Brotaba la oración como el perfume de una flor doliente hasta formar el ambiente que deja la plegaria, i los labios, plegados a la risa, se contraían por el gemido.

En tanto los criados nuevos, los que no conocieron al hijo muerto, pero que respetaban el dolor de su señora, habían encendido dos cirios, hecho humedecer el montículo de tierra del sepulcro i colocado ramilletes de flores i coronas.

La madre seguía orando.

Nimbado por la apacible claridad de la mañana, bajo las enramadas que se inclinan ataviadas de sol, aquel

cuerpo aprisionado en traje negro, prosternado ante la tumba, parecía la prolongación de un sueño.

I en las últimas horas de la tarde, cuando velan los sauces las primeras sombras de la noche, las curvas i las esbelteces de aquel cuerpo de matrona, se antojaban es-culturales formas bajo un paño negro.

El aspecto de una madre se impone en el alma como un ideal para el creyente; la santidad de la mujer que ha propagado el fruto de su vida hace que nuestro espíritu se arrodille; pero cuando esa madre llora, cuando esa mujer santificada besa la memoria de su hijo en un sepulcro, se postra el corazón i llora el alma.

Flameaban los cirios, i las flores de los ramilletes i de las coronas impregnaban su esencia con hálitos de muerte.

I la dama rezaba i los criados respetaban su dolor.

La oración ascendía con el ambiente, i el culto maternal dejaba un recuerdo.

LÁZARO PAVÍA.

LO HORRIBLE

HUBA anocheciendo lentamente.

Las señoras se habían quedado en la sala de la quinta; i los hombres sentados unos i a horcajadas otros en las sillas del jardín, fumaban ante la puerta, formando un círculo alrededor de la mesa redonda cubierta de tazas i de copas.

Sus cigarros brillaban como ojos en medio de la densa

obscuridad. Uno de los presentes acababa de referir una espantosa desgracia ocurrida el día anterior: dos hombres i tres mujeres ahogados en el río, a la vista de los habitantes de la quinta

El General de G... exclamó por toda contestación:

—Si; esas cosas son conmovedoras, pero no son horribles.

La palabra horrible quiere decir mucho más que terrible. Una espantosa desgracia como esa, emociona, tras torna, azora, pero no enloquece. Para que se experimente el horror se necesita más que la emoción del alma i más que el espectáculo de una muerte terrible; es preciso un escalofrío de misterio o bien una sensación de terror anormal, fuera del orden establecido por la Naturaleza. Un hombre que muere aun en las condiciones más dramáticas, no causa horror. Un campo de batalla no causa horror, ni tampoco la vista de la sangre, i hasta los crímenes más viles son rara vez horribles.

Voi a citar a ustedes un ejemplo personal, que me ha hecho comprender lo que puede entenderse por el horror.

Lo que voi a referir ocurrió en la guerra de 1870. Nos retiráramos hacia Pont Andemar, después de haber pasado por Ruan. El ejército, compuesto de cerca de veinte mil hombres, derrotados, desbandados, desmoralizados i rendidos de cansancio, iba hacia el Havre con objeto de reorganizarse.

La tierra estaba cubierta de nieve i empezaba a anochecer. Los soldados no habían probado bocado desde la vispera i huían precipitadamente, puesto que no andaban lejos los prusianos.

Todo el campo normando, livido, manchado por las sombras de los árboles que rodean las casas de labranza, se extendía bajo un cielo negruzco, pesado i siniestro. No se oía más que un ruido confuso, suave, i, sin embargo, desmedido, de una multitud que camina, un pisoteo

interminable, unido a un vago rumor ocasionado por el choque de los platos del rancho o por el arrastre de los sables. Dos soldados, encorvados, sucios i hasta harapientos, se arrastraban apresuradamente por la nieve, abatidos o derrengados.

La piel de las manos se pegaba al acero de las culatas, porque la helada era espantosa aquella noche. A veces se veía a un pobre soldado quitarse sus zapatos para andar descalzo, pues sufría extraordinariamente con su calzado. El infeliz dejaba a cada paso una huella de sangre. Después, al cabo de algún tiempo se sentaba en un campo con objeto de descansar i no volvía a levantarse jamás. Cada hombre sentado era un hombre muerto.

¡Cuántos pobres soldados dejamos tras de nosotros, que, rendidos de fatiga, contaban de reanudar a los pocos instantes la marcha, tan pronto como hubiesen logrado proporeiodar algún descanso a sus entumecidas piernas!

Pero apenas habían dejado de moverse i de hacer circular por su helada carne su sangre casi inerte, un abotagamiento invencible les clavaba en tierra, les cerraba los ojos, les paralizaba en un segundo aquel mecanismo humano que no podía resistir por más tiempo.

Los soldados inclinaban la cabeza sobre sus rodillas, sin caer en tierra, porque sus riñones i sus miembros permanecían inmóviles, duros como un palo, imposibles de adquirir otra posición.

I nosotros, los más robustos, seguíamos andando, helados hasta la médula de los huesos, avanzando por la fuerza del movimiento inicial, en medio de la nieve, por aquel campo frío i mortal, anonadados por el pesar, por la derrota, por la desesperación, i sobre todo, agobiados por la abominable sensación del abandono, de la muerte, de la nada.

De pronto noté la presencia de dos gendarmes que te-

nían sujeto por el brazo a un hombrecillo de rara catadura, viejo, barbilampiño i de aspecto sorprendente.

Buscaban a un oficial en la creencia de que habían capturado un espía.

La palabra «espía» circuló inmediatamente por entre los rezagados i se formó un círculo en torno del prisionero.

Una voz exclamó:

¡Hai que fusilarle!

I todos los soldados, que se morían de causancio, no sosteniéndose en pie sino porque se apoyaban en sus fusiles, sintieron ese estremecimiento de furiosa indignación que induce a las masas a la matanza.

Quise hablar. Yo era entonces comandante; pero nadie reconocía ya a los jefes i hasta hubieran sido capaces de fusilarme.

Uno de los gendarmes me dijo:

—Hace tres días que nos sigue i pide a todo el mundo noticias sobre la artillería.

Traté de interrogar a aquel hombre i le dije:

—¿Qué hace usted aquí? ¿Qué quiere usted? ¿Por qué acompaña usted al ejército?

El prisionero murmuró unas cuantas palabras en un «patois» ininteligible.

Era el tal sujeto un individuo mui raro, de estrechos hombros i de mirada socarrona, i estaba tan turbado ante mí que llegué a convencerme de que en efecto era un espía.

Los soldados que nos rodeaban, gritaban sin cesar:

—¡A fusilarle! ¡A fusilarle!

—¿Responden ustedes del prisionero?—dije a los gendarmes.

No había acabado de hablar, cuando fui derribado por terrible empujón, i en un segundo vi al espía en poder de la soldadesca, lanzado a tierra, golpeado, arras-

trado al borde del camino i lanzado contra un árbol. El infeliz cayó casi exánime en medio de la nieve, i acto continuo fué fusilado.

Los soldados disparaban contra él, volvían a cargar sus armas i disparaban nuevamente con brutal encarnizamiento.

Después desfilaban ante el cadáver i le disparaban encima como se desfila ante un ataúd para echarle agua bendita.

De pronto se oyó un grito:

—¡Los prusianos! ¡Los prusianos!

I oí en todo el horizonte el inmenso rumor del aterrado ejército que corría precipitadamente.

El pánico producido por los disparos hechos sobre el cadáver del espía había anonadado a los soldados que habían disparado, los cuales, sin comprender que el espanto procedía de ellos mismos, echaron a correr i desaparecieron en la obscuridad.

Yo permanecí sólo ante el cadáver, acompañado de los gendarmes, a quienes su deber había obligado a no separarse de mi lado.

Mis acompañantes levantaron aquella masa triturada, molida i sangrienta.

—Há que registrarle—les dije.

I les di una caja de cerillas que tenía en el bolsillo. Uno de los gendarmes alumbró al otro. Yo estaba de pie entre los dos.

El gendarme que manejaba el cadáver, manifestó:

—Lleva blusa azul, camisa blanca, pantalones i un par de zapatos.

Apagóse el primer fósforo: encendióse otro, i el gendarme dijo volviéndole los bolsillos.

—Un cuchillo, un pañuelo de cuadros, una tabaquera, un trozo de bramante i un pedazo de pan.

La segunda cerilla se apagó también i se encendió la

tercera. El gendarme, después de haber palpado durante largo rato el cadáver, exclamó:

—¡No hai nada más!

—Desnúdele usted—dije.—Quizá encontremos algo oculto entre el vestido i la piel.

I para que los dos gendarmes pudiesen trabajar a un mismo tiempo, me puse a alumbrarles. Al resplandor de la cerilla veíales quitar una a una las prendas de vestir i dejar desnuda aquella sangrienta masa de carne, todavía caliente i muerta.

De pronto, uno de los gendarmes exclamó:

—¡Vive el cielo, mi comandante, es mujer!

No acierto explicar qué extraña i punzante sensación de angustia me agitó el corazón. No podía creerlo i me arrodillé en la nieve ante aquel bulto informe para verlo más de cerca. ¡Con efecto, era una mujer!

Los dos gendarmes, perplejos i desmoralizados, esperaban que emitiese yo mi parecer.

Pero yo no sabía qué suponer.

Al cabo de algunos instantes, dijo uno de mis acompañantes:

—Tal vez venía en busca de su hijo que era quizás artillero, i del cual no tendría noticias.

I el otro soldado contestó:

—¡Es mui posible!

I yo que había presenciado muchas cosas terribles, me eché a llorar. I ante aquella muerta, en aquella noche helada, en medio de aquella sombría llanura, ante aquella desconocida asesinada, comprendí el verdadero significado de la palabra «horror.»

Ahí tienen ustedes lo que nos refirió la otra tarde el general de G....

GUY DE MAUPASSANT.

UNIVERSIDAD DE BUENOS AIRES
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALONSO"

EN EL TORREON

HAI en la ciudad una torre de alarma, un torreón de piedra elevado i sombrío, construido el año MD, i en el cual mora una campana sonora que lanza al viento sin cesar los despojos de las horas que pasan i, cada noche, toca la queda con alegre repique.

El guardián de la torre, el custodio del reloj, es un viejo lobo marino, un hombre de pelo en pecho, curtido, inválido, decorado, ignorante como un asno i noble como el oro. Todos los días, en el momento prescrito, hace girar la gran rueda dentada de hierro forjado, que hace subir las dos pesas de piedra suspendidas al cabo de largas cuerdas ennegrecidas por el polvo, brillantes á fuerza de enrollarse en la garganta de dos poleas de madera.

Todas las noches, cuando el reloj marca las nueve, el viejo lobo toca la queda, i en cambio de cuyo servicio, la ciudad le da una bohardilla en la torre, como alojamiento, i cada mañana una hermosa hogaza de pan dorado.

El padre Francisco vive contento: ¿acaso no es señor en su bohardilla? La torre es elevada como el palo mayor del *Victorioso*; las cuerdas de las pesas tienen el grosor de los brandales; la rueda le hace pensar en el cabrestante de su viejo navío.

Rara vez tiene visita; pero no es hablador i su cabeza está atestada de recuerdos. Además, el chicote le hace fiel compañía, oscilando entre sus carrillos como el ba-

dajo entre la campana. I cuando se le antoja conversar un poco, ahí está su viejo camarada el Viento, su compañero cuando navegaba, i que al presente le acaricia sin cesar en la cima del torreón.

Cuando escucha la triste canción que entona el Viento, cuando éste entra a saludarle por el trebolado de la estrecha ventana gótica abierta en el muro, el padre Francisco es feliz, recuerda la cantilena de los marinos, la que le arrulló en el océano, i murmura entre dientes: «sopla, mi viejo, deja los pulmones, canta, silba, llora a tu antojo. Te has de quebrar el gáznate contra las piedras de mi torreón, de mi torre tan sólida como el casco del *Victorioso*.»

I el Viento se enfurece de verse así tratado por un viejo que pronto será ochentón. I piensa: ¿cómo haré para vengarme de este insolente? I empuja enormes nubarrones grises i negruzcos, repletos de lluvia, i se cuela aullando en la torre, precedido por millares de gotas de agua que azotan el rostro del padre Francisco: «Sopla, mi viejo, dice el lobo, suelta la lluvia, atrevido.» I piensa el viento: «No estoi en lo cierto» i se hace glacial. Es en balde, porque Francisco palmotea de gusto. «Pincha, mi viejo, pincha; tu hermano del Polo es más frío.»

«También me equivoqué: su piel es dura como un cuero i tiene los pulmones sólidos como fuelle de fragua. Busquemos otro medio.» I el Viento corre al Sur, a la tierra de los calores asfixiantes i vuelve i extiende sobre la ciudad su manto rojizo, festonado de blanco; el manto de la tempestad. El relámpago brilla i el rayo cae en el pararrayo del torreón; Francisco está feliz. «Cuando el *Victorioso* anclaba en aguas extranjeras, lo saludaban con veintiún cañonazos! «Señor trueno, no romperás ese mastelero de juanete; es de hierro, mi pobre señor. Huracán, no podrás desgarrar este velamen porque, en vez

de trapos i madera, hallarás granito i hierro. Estás vencido, mi viejo, vira de bordo.»

Por tercera vez, el Viento, exasperado, tiene que ceder ante el viejo lobo de mar. Se aleja triste i abatido. «¿Qué tienes—le pregunta la Brisa—por qué arrugas las cejas i andas cabisbajo?» «Es que hai un hombre a quien no puedo vencer.» «¡Un hombre! cuéntame la historia.» I el Viento le relata su ridículo percance. La Brisa se sonríe i le dice: «ven conmigo.»

«¿Qué es ésto?—se pregunta el padre Francisco con inquietud—mis brazos querrán jugarne alguna, las pesas aumentaron anoche? Me siento sin fuerzas, sin nervios, ¿qué es esto?» Sin embargo, arregla el reloj i como la hora de la queda anda aún, el guardián asoma la cabeza por la ventana para respirar el aire libre. A sus pies se extiende la ciudad, inmensa, misteriosa, envolviéndose en la noche que llega. Aquí i allá se alzan sobre las casas moles enormes de elegante silueta: son las iglesias. Una brisa fresca i suave, una brisa de mayo llena de espacio, acariciadora, cargada de perfumes robados a las flores del contorno.

Francisco se deja embriagar por esa frescura; la sangre circula con más facilidad en sus venas, los ojos brillan con más lumbre bajo sus cejas ya canas; las narices se dilatan para sentir el ambiente embalsamado, la boca se abre para aspirar el aire tibio, i a su alma acuden, atropellándose, mil recuerdos como los chiquillos al salir de la escuela.

Recuerdos de la infancia: las sonrisas i los besos de su madre, i, después, sus primeras lágrimas, cuando le embarcan como grumete. Recuerdos de juventud: la prometida que adoró i, cansada de esperar la vuelta del *Victorioso*, olvidando sus promesas, se casó con Juan Teteral. Recuerdos de soldado: el puente vibrando bajo el

cañón que truena; las balas enemigas rompiendo bordas, cuerdas i mástiles. I de tal modo se sumerge en sus recuerdos, que llega la hora de la queda sin que lo note, creyendo escuchar no la campana del torreón, sino el tañido de un *angelus* lejano en la iglesia de su villorrio natal.

En el barrio, todos se alarman. Las nueve i media i el torreón permanece silencioso: ¿se habrá roto la campana? ¿Habrá muerto de repente el padre Francisco en su bohardilla? Un comerciante prudente i avisado busca al comisario i le participa la novedad. El comisario trepa los ciento cuarenta i dos escalones angostos, altos, de arista redondeada por el tiempo, i sube ahogándose i maldiciendo esa escalera interminable, estrecha, envuelta en espiral como sacatrapos i cuyos empolvados muros le ensucian el hermoso paño negro de su redingote.

Al fin llega, con el corazón alborotado, al cuarto de la campana. El padre Francisco, asomado a la ventana, sueña aún. Irritado con la fatiga i fuerte con su autoridad, el comisario grita con voz que la sofocación hace más agria:

—¡Vamos, el toque de queda! ¿Es para hoy o para mañana?—¿Qué toque?—¡Feliz pregunta! El del torreón, para lo cual se os paga.—Pues: escuchad cómo tañe la campana.—¿La campana suena? ¿Dónde? Seguramente en vuestro cerebro vacío. Estais borracho. I sin esperar respuesta, el comisario enfurecido baja a la carrera los ciento cuarenta i dos escalones del torreón.

Abajo le espera la multitud: «¿Está muerto?» «¿Está borracho!» Sí, el padre Francisco está ebrio de pensamientos i recuerdos. Olvidó su obligación, él que jamás la había olvidado en treinta años, ni aun en las más violentas tempestades. La traidora Brisa le arrulló, adormeció i traicionó. I ahora, despertado bruscamente a la realidad, llora, i el Viento se ríe en la chimenea de la bo-

hardilla. ¡Fí! el perezoso; ¡hu-hu, faltó a su deber; hu, hu, hu.

—Ya lo vez, murmura la Brisa. Nada es tan fácil como domar a un hombre.

—Si, ya lo veo, responde el Viento; pero también es preciso tener en cuenta que tú eres mujer.....

JERÓNIMO DOUCET.

LA PRUEBA

I

Hos esposos Bondel solían reñir por causas fútiles, i luego se reconciliaban con la mayor facilidad del mundo.

Antiguo comerciante, retirado de los negocios después de haber adquirido una regular fortuna, había alquilado Bondel una casita en Saint Germain, en la que vivía con su mujer.

Una mañana del mes de junio, durante el almuerzo, preguntó Bondel a su esposa:

—¿Conoces a esos señores que viven en ese pabellón situado al extremo de esta calle?

—Sí i no—contestó Matilde Bondel.—Los conozco; pero no quiero tratarme con ellos.

—¿Por qué razón? Esta mañana encontré al marido en la terraza i hablé con él un rato.

—Pues debiste evitar ese encuentro, porque la gente sospecha de su honradez.

—Ya sabes—repuso Mr. Bondel—que detesto a los calumniadores. Esos señores me son mui simpáticos.

—¿La mujer también?

—Sí, la mujer también, aunque tan sólo la haya visto de lejos.

Bondel se encogió de hombros, i Matilde, indignada al notar la actitud de su esposo, exclamó:

—¡Pues bien; esa mujer engaña a su marido!

—No veo en qué puede afectar eso a la honradez de un hombre.

—¿No lo ves? ¡Pues peor para ti!

—¿Acaso se deshonra un hombre porque le hagan una traición o porque le roben?

—¡Eso es un escándalo público!

—¿Pero quién afirma semejante cosa?

—¡Todo el mundo! Eso se conoce a la legua.

—Sin embargo, ese hombre adora a su mujer. I no me harás creer que sea tan imbécil que no sepa lo que pasa en su casa.

—¡Todos sois lo mismo, i no descubris la verdad hasta que la teneis delante!

En el calor de la discusión, Mr. Bondel tuvo la debilidad de decir:

—Te juro que si me hubieses engañado alguna vez, te lo habria conocido en seguida.

—¿Quién, tú? ¿No sabes que en esta materia eres tan estúpido como los demás?

—Te juro que lo hubiera descubierto.

Matilde lanzó una carcajada tan impertinente, que Bondel sintió latir su corazón con extraordinaria violencia.

—¡Eso ya es demasiado!—exclamó madame Bondel, mientras se retiraba a toda prisa de la habitación.

II

El marido se quedó solo en el comedor. Aquella risa insolente i provocativa le había producido una alarma singular.

Triste i pensativo, buscaba Bondel en el recuerdo de sus antiguas relaciones, si en tiempos pasados Matilde había mostrado predilección por alguno de sus amigos. I, con efecto, se acordó de un tal Ricardo Tanner, el cual durante un año había comido en su casa diez o doce veces al mes.

Recordó también que Matilde riñó al fin con Ricardo sin saber por qué, i que al intentar él mismo arreglar la cuestión, le dijo su esposa: «Cuando veas a ese hombre, dile que no quiero ni tener noticias tuyas!» Pero ¿por qué se había incomodado con Ricardo? ¿Por qué le odiaba de un modo tan cruel?

Comprendía Bondel que se envilecía con tales sospechas. Sin embargo, se preguntó con terror si la idea que había penetrado en su alma era el germen de un tormento infinito.

De pronto concibió un atrevido proyecto, que resolvió poner en planta inmediatamente.

Bondel resolvió tomar el tren de París i dirigirse a casa de Ricardo para llevarlo aquella misma tarde a su casa, asegurándole que Matilde no le guardaba ya rencor de ninguna especie.

Al verlos de pronto frente a frente, sin aviso previo a la esposa, sabría reconocer en los rostros la emoción de la verdad.

III

Bondel se encaminó a la estación, tomó su billete, subió al coche i cuando el tren estuvo en marcha, se asustó al pensar en la inmediata realización de su proyecto.

Al llegar a París se dirigió a casa de su amigo, el cual, al verle, exclamó sorprendido:

—¡Tú aquí, Bondel!.....

—Sí, he venido a hacer varias compras i he querido subir a estrecharte la mano.

—¡Cuánto me alegro! I tu mujer ¿cómo sigue?

—Bien. I, a propósito de Matilde, has de saber que ya no está enojada contigo, pues esta mañana me ha hablado de ti en términos muy amistosos.

Ricardo se quedó estupefacto i no supo de pronto qué contestar; pero a los pocos instantes dijo:

—¿Te ha hablado de mí..... en términos amistosos?

—Sí, hombre, sí.

—¿Estás seguro de ello?

—¿Crees que estoy soñando? Para demostrarte la verdad de mi afirmación, se me ha ocurrido una idea originalísima.

—¿Cuál?.....

—Vente a comer conmigo a casa.

—Pero nos exponemos a tener un disgusto.....

—No lo creas. Me consta que Matilde se alegrará muchísimo de verte. Ella misma me lo ha dicho.

—¿De veras?

—Sí, hombre. ¡Y tan de veras!

—¡Pues vamos a tu casa!

I los dos amigos se dirigieron a la estación de SanLázaro, asidos del brazo.

Tomaron el tren i, al llegar al punto de su destino, no tardaron en entrar en casa de Bondel.

—¿Está la señora?—preguntó éste a la criada.

—Sí, señor.

—Dile que baje en seguida.

I los dos amigos esperaron sentados en dos butacas, embargados por la emoción i deseosos de retirarse a toda prisa antes de que se presentase la persona temida.

Abrióse de pronto una puerta i presentóse Matilde en el umbral.

Ricardo se levantó, i adelantando el paso se acercó a la esposa de su amigo, i exclamó:

—Señora..... soi yo..... Dispénseme usted si me he atrevido..... ¿Me perdona usted?.....

Bruscamente i conmovida por un impulso natural, se dirigió Matilde hacia Ricardo con las dos manos tendidas. I cuando tuvo entre ellas las del recién llegado, le dijo con una voz dulce, tierna, desfallecida i quebrada por la emoción, con una voz que su marido no le conocía:

—¡Ah, Ricardo! ¡Amigo mío! ¡Qué satisfacción tan inmensa acaba usted de proporcionarme!.....

¡I Bondel, que los contemplaba atónitos, se sintió helado de pies a cabeza, como si de pronto lo hubiesen sumergido en un baño de agua fría.

GUY DE MAUPASSANT.

SUISSE.....!

A Mugnette, la florista del boulevard de *Poissonniere* le gusta el *suisse* de una manera escandalosa.

¿Cuándo lo bebió por primera vez?

Allá, en una tarde brumosa, al lado de su querido, el estúpido Coquelin, que se propinaba grandes cantidades de ajeno.

Ella fué a reconvenirle, pues dejaba enfriar la sopa de ajos que con tanta solicitud le preparaba.

I él, entre risitas burlonas i su rara embriaguez de ajeno i tabaco, mientras acariciaba el cogote aterciopelado de Mugnette, le decía:

—Ven, mujercita mía, prueba.

I le alargaba el cacharro del opalino licor, que la florista, entre enfadada i risueña, bebía....

**

Llegó a gustarle.

Se hizo para ella una necesidad tan grande, como los anhelos que sentía de reclinar su hermosa cabeza en el pecho de aquel hombre que la había hecho su esclava, allá en las noches lascivas de aquella babel grandiosa que llamaban París.

**

A Mugnette le gusta el *suisse*, pues cuando lo bebe siente el confuso movimiento del hijo que lleva en sus entrañas, que se estremece al ardiente contacto del inspirador de lo azul.

**

¡Pobre Mugnette!

¡Su niño ha nacido muerto!

El calor del *suisse* derritió los tiernos huesitos de la criatura.

Sus vagidos se ahogaron en aquellas entrañas saturadas de ajeno.

**

Mugnette convalece.

De su ventanita del boulevard de *Poissonniere* contempla el horizonte i entre las nubes blanquecinas, que se mecen al impulso del viento, le parece columbrar una cabecita rubia que llorando le dice:

—¡Mamá!

I Muguette llora i bebe *suisse*.

* *

Una corsetera del barrio decía:

—Allí le han traído en una camilla; está horriblemente muerto. ¡Pobre Coquelin! Le han encontrado en el molino del tío Gil, de bruces en el fango.

* *

I Muguette se retuerce en supremas convulsiones i besa la pálida frente del muerto; de aquel amado Coquelin, tan bruto como bueno.

I Muguette llora i bebe *suisse*.

JOAQUÍN GALLEGOS DEL CAMPO.

ANDALUZA

En medio a la zambra de los cantaores, en alto la copa rebotante del manzanilla que dice amores; la hembra de Triana, gentil como la Giralda, fresca como los rosales de los cármenes andaluces, canta la seguidilla al acorde de las castanetas.

De los hombros, deslízase cubriendo el seno hasta el brazo que enarcado se apoya en la cadera turgente, el mantón de burato a largos flecos.

I sus labios, hurga la seguidilla, ardorosa como el *peleón*!

Es la hembra de Triana, la que por lejanos atavismos tiene sangre de mi raza, esa raza de reyes i mendigos

tristes, que en viaje hacia un país quimérico, ora acampa en las soledades del desierto sonoro, ora duerme a la sombra de las centenarias encinas de las selvas hojosas.

* *

Ya no se escucha a la puerta de las hetairas, la voz de los rapsodistas entonar el perfumado verso de Meleagro. La septicorde alma de la tierra helena, yace rota, entre el ramaje de los cipreses que cubren la tumba del viejo Anacreonte!

I sólo en la tierra fecundada con sangre de castellanos i abencerrajes, en la noche que ilumina albor de luna, el galán de sombrero de anchas alas i clásica capa, cabe la reja velada por la enredadera de campánulas azules, arranca a la guitarra armoniosos acordes de una serenata.

* *

Envuelto en sudario de siglos yace el circo romano, cuya arena no se colora con la sangre de los gladiadores, ni en sus ricas literas recorren las patricias la Vía Sacra; ni abandona el joven ateniense los cenáculos de los retóricos, para ir «a las palestras a la sombra de los olivos sagrados con una corona de flores i juncos en la cabeza.» Que parecen muertas las tierras sagradas, de cuyos senos surge Venus como errantes del Océano al imperio del Arte i la Belleza.

Pero aún en la hispana tierra, como a manera de juegos paganos, vestido de gualda i oro, en la arena, reta el torero a la irritada fiera!

I por la amplia calle, bañada con la luz radiosa de un sol estival, por entre el ritmo alegre de los cascabeles de las colleras, van las manolas, la roja falda a negros caireles, enarcados los brazos, ancha peineta muerde la mantilla como de espuma, en el alto moño rojos claveles

i el pie breve encerrado en chapín de rosa. I al pasar taconeando, el *olé* vibrante brota del labio sensual, i es uno como grito de Pan entre las frondas.

Oh! Sevillanas, como el poeta, para mi deseo un sudario de vuestros chañes, claveles i rosas, i morir arrullado por riente seguidilla cantada al son del bandolín gloriosamente sonoro!

TULIO M. CESTERO.

SUEÑOS COLOR DE AURORA

H TOMADOS de las manos, mi amada i yo, vagábamos por los tortuosos senderos del bosque, vagábamos silenciosos, oyéndonos los latidos de nuestros corazones siempre amantes, plétóricos de cariño de ternura.

I la luna desde lo alto nos enviaba sus rayos de luz diáfana, filtrándose al través del ramaje espeso, simulando un fantástico deshojamiento de rosas blancas, mui blancas.

I la naturaleza dormía. I de la tierra fecunda se escapaban fluidos extraños; emanaciones cálidas brotaban de todas partes, algo así como alientos ciclópeos que pugnaran por materializarse, por adquirir forma corpórea.

De las yemas de los árboles, de las aguas cristalinas de los tímidos arroyuelos que se destrenzan por doquiera,

ra, salen vahos enervantes, salen fluidos magnéticos, que se alzan, que nos circundan.

I a lo lejos se oye la melancólica esquila, i cruzan por los aires en todas direcciones pájaros agoreros escribiendo en sus giros enigmáticos i caprichosos, extrañas leyendas grises del País de lo Desconocido.

I mi amada i yo vagamos, vagamos por las oscuras calles del bosque, rodeando con mi brazo su talle de caña india, flexible, elástico, teniendo reclinada sobre mi hombro su cabecita artística.

Llegamos a un claro del bosque donde la luz de la luna baña esplendorosamente la escena, i mi pálida princesa, con su voz dulce, acariciadora, con vagos arrullos de paloma, me pregunta cariñosa:

—¿Quieres que descansemos?

I hacemos alto. Se sienta sobre un tronco de árbol, i yo a sus pies, recostando mi cabeza sobre sus rodillas. Mientras enrula mis cabellos con sus deditos afilados, de rosa i nieve, entona una melodía tzingara, llena de giros extraños, rara, sentida, que llega al alma, que hace brotar lágrimas de mis ojos.

Concluye de cantar i por sus mejillas de azúbar pálido, resbalan dos lágrimas silenciosas, dos gotas de rocío en las que se quiebran dos rayos de luna.

I me mira con sus ojos lánguidos, con sus ojos de niña enferma i entonces tomo entre mis manos su cabecita de diosa, busco con mis labios sus lágrimas para secarlas con el calor de mis besos, i en ese instante, el ruiseñor lanza desde lo alto sus arpados trinos, cantando la canción del Amor, la canción eterna de la vida.

Poco después, la respiración suave de mi amada me indica que duerme, i yo velo su sueño dejando que mi pensamiento, jinete en alado hipogrifo, viaje por mundos misteriosos, llegue al País de los Ensueños, en tanto que la luna sobre nuestras cabezas, como un nimbo de glo-

ria, nos envuelve con sus rayos de plata, con sus rayos pálidos, pálidos como las rosas desmayadas que mi amada tiene prendidas en sus cabellos de ébano.

CASIMIRO PRIETO COSTA.

I LA VOZ CALLÓ...

A MI HERMANO JOSÉ MARÍA.

I

En día—hermoso día de primavera en que cada flor es un sahumador i cada onda de aire una caricia—llegó hasta mi oído una voz rara i agradable, semejante a una cascada de arpegios de citara. Yo no sé si es verdad; tal vez sea una simple ensoñación. Con todo, aquella voz extraña consiguió levantar los párpados de mi espíritu dormido, al mismo tiempo que, por una exótica sugestión, el horizonte azul—el infinito círculo engañoso—se iba estirando, estirando, como si fuera una cuerda elástica....

Escucha lo que decía aquella voz rara i agradable:

Me has evocado, he atendido tus ruegos i aquí me tienes, porque mi única misión es servir a la humanidad doliente—i creo que es bastante. He desplegado mis alas blancas como cortinaje de nieblas; he volado hasta llegar a tu reino, i coloco en tu panoplia de eterna combatiente, la aljaba, el arco i la flecha. Dime: ¿sabes manejar arma tan delicada? ¿sabes lo que importa el desvío del venablo al cruzar el aire que tú presumes dócil como un niño? Imaginate las cosas tales como son i no co-

mo debieran ser, si quieres obtener el triunfo. El éxito, el verdadero éxito, es de los que piensan i sienten bien. Cuando se sabe pensar i cuando se sabe sentir, la derrota es un triunfo. Dicen que las transparencias del cielo siempre han estado sobre las opacidades de la tierra....

Apreciarás mis palabras como inauditas, porque alguien ha dicho que una venda cubre mis ojos. ¡Qué inmenso error! ¿Puede un hijo de la luz llevar la sombra en sus pupilas? ¿Conoces algún sol con sombras? ¿Ignoras acaso que nací del fulgor de una aurora, engendrado por el beso de un astro? Soi como la estela, intangible i luminoso. La obscuridad no me pertenece. Intangible, no me puedes palpar, pero me puedes ver. Intangible, mi dominio es exorbitante, i si quieres, autoerático en su más noble sentido. Mi patria, mi formidable patria, no es una democracia, es una patria rusa sin ezares i sin hielo. No puedo esperar más. ¿Oyes?—alguien me nombra. Dejo a tu disposición mis armas. ¡Buen ojo i buen pulso! I la voz calló....

II

Habían pasado los días vernaes. La nieve colocaba sobre las frondas su enorme sudario de piel de armiño. Ya no era el cielo diáfano i transparente, sino plumizo, de un color de gran tristeza: un cielo enfermo. Cada flor no era un sahumador ni cada onda de aire una caricia. Los silfos del frío obtenían la vida de las cosas al precio de sus besos helados. Un flébil aliento de laxitud extrema recorría los campos, i los ríos como venas de mercurio se deslizaban convulsos en intensa algazara. Cada flor era un vestigio, i cada onda un insulto....

I la misma voz que en la primavera consiguió despertar mi curiosidad, llegó otra vez hasta mi oído.

Escucha lo que decía aquella voz rara i agradable:

¡Oh hermosa incauta, frágil como el cristal i voluble como la nube! Tus alas de mujer se han desgarrado. ¡Mira! ¡mira cómo sangran tus hombros! «Pérfida como la onda,» envenenaste la flecha. No esperes que nadie diga a tu espíritu como a un nuevo Lázaro: *Levántate i anda*. Tú no has muerto, pero eres víctima de una anemia fatal. Tu enfermedad es incurable. Además, hai en ti una gran parálisis. ¡Oh hermosa incauta, frágil como el cristal i voluble como la nube! Despreciaste mis palabras que eran precursoras del triunfo. Un desprecio puede equivaler a una derrota innoble; i tú, bella mujer, no quisiste comprenderlo. El índice de mi diestra te señalaba la senda donde la luz parece no haber conocido jamás el ocaso. En cambio divagaste por el vasto dominio de las sombras, donde el sol—la inmensa hostia de sangre—declina esfumado en encajes de nieblas, i el occidente, como una enorme garganta dilatada, permanece en acecho. ¡Oh hermosa incauta, frágil como el cristal i voluble como la nube!...

I la voz calló....

III

Volvieron los días de mucho sol i mucho cielo. La primavera colocaba sobre todas las cosas su amplia clámi de radiante. Ceñíanse los bosques sus cascos de esmeralda i elevaba la naturaleza el grandioso himno de la vida. En cada ser había una vibración i en cada piedra un fulgor. Era la naturaleza una soberbia lira que pulsaba con intenso cariño el bondadoso espíritu de la estación de mucha savia i mucho azul.

I la misma voz que oí en los días en que el invierno cubre las frondas con su enorme sudario de piel de armiño, llegó hasta mí.

Escucha lo que decía aquella voz rara i agradable:

¡Imposible!...

I la voz calló....

I cada flor era un sahumador, i cada onda era una caricia, i cada beso de luz de aquel gran sol vernal era una mariposa de mil colores aleteando alegre i juguetona por la infinita bóveda silente....

OSCAR G. RIBAS.

EL ENCAJE ROTO

¡CONVIDADA a la boda de Micaelita Aránguis con Bernardo de Meneses, i no habiendo podido asistir, grande fué mi sorpresa cuando supe al día siguiente—la ceremonia debía verificarse a las diez de la noche en la casa de la novia—que ésta al pie del mismo altar, al preguntarle el Obispo de San Juan de Acre si recibía a Bernardo por esposo, soltó un *no* claro i enérgico; i como reiterando con extrañeza la pregunta se repitiese la negativa, el novio, después, de arrostrar un cuarto de hora la situación más ridícula del mundo, tuvo que retirarse, desahaciéndose la reunión i el enlace a la vez.

No son inauditos casos tales, solemos leerlos en los periódicos; pero ocurren entre gente de clase humilde, de mui modesto estado, en esferas donde las conveniencias sociales no embarazan la manifestación franca i espontánea del sentimiento i de la voluntad.

Lo peculiar de la escena provocada por Micaelita, era el medio ambiente en que se desarrolló. Parecíame ver

¡Oh hermosa incauta, frágil como el cristal i voluble como la nube! Tus alas de mujer se han desgarrado. ¡Mira! ¡mira cómo sangran tus hombros! «Pérfida como la onda,» envenenaste la flecha. No esperes que nadie diga a tu espíritu como a un nuevo Lázaro: *Levántate i anda*. Tú no has muerto, pero eres víctima de una anemia fatal. Tu enfermedad es incurable. Además, hai en ti una gran parálisis. ¡Oh hermosa incauta, frágil como el cristal i voluble como la nube! Despreciaste mis palabras que eran precursoras del triunfo. Un desprecio puede equivaler a una derrota innoble; i tú, bella mujer, no quisiste comprenderlo. El índice de mi diestra te señalaba la senda donde la luz parece no haber conocido jamás el ocaso. En cambio divagaste por el vasto dominio de las sombras, donde el sol—la inmensa hostia de sangre—declina esfumado en encajes de nieblas, i el occidente, como una enorme garganta dilatada, permanece en acecho. ¡Oh hermosa incauta, frágil como el cristal i voluble como la nube!...

I la voz calló....

III

Volvieron los días de mucho sol i mucho cielo. La primavera colocaba sobre todas las cosas su amplia clámide radiante. Ceñíanse los bosques sus cascos de esmeralda i elevaba la naturaleza el grandioso himno de la vida. En cada ser había una vibración i en cada piedra un fulgor. Era la naturaleza una soberbia lira que pulsaba con intenso cariño el bondadoso espíritu de la estación de mucha savia i mucho azul.

I la misma voz que oí en los días en que el invierno cubre las frondas con su enorme sudario de piel de armiño, llegó hasta mí.

Escucha lo que decía aquella voz rara i agradable:

¡Imposible!...

I la voz calló....

I cada flor era un sahumerio, i cada onda era una caricia, i cada beso de luz de aquel gran sol vernal era una mariposa de mil colores aleteando alegre i juguetona por la infinita bóveda silente....

OSCAR G. RIBAS.

EL ENCAJE ROTO

¡CONVIDADA a la boda de Micaelita Aránguis con Bernardo de Meneses, i no habiendo podido asistir, grande fué mi sorpresa cuando supe al día siguiente—la ceremonia debía verificarse a las diez de la noche en la casa de la novia—que ésta al pie del mismo altar, al preguntarle el Obispo de San Juan de Acre si recibía a Bernardo por esposo, soltó un *no* claro i enérgico; i como reiterando con extrañeza la pregunta se repitiese la negativa, el novio, después, de arrostrar un cuarto de hora la situación más ridícula del mundo, tuvo que retirarse, desahaciéndose la reunión i el enlace a la vez.

No son inauditos casos tales, solemos leerlos en los periódicos; pero ocurren entre gente de clase humilde, de mui modesto estado, en esferas donde las conveniencias sociales no embarazan la manifestación franca i espontánea del sentimiento i de la voluntad.

Lo peculiar de la escena provocada por Micaelita, era el medio ambiente en que se desarrolló. Parecíame ver

el cuadro i no podía consolarme de no haberlo contemplado por mis propios ojos. Figurábame el salón atestado, la escogida concurrencia, las señoras vestidas de seda i terciopelo, con collares de pedrería, al brazo la mantilla blanca para tocársela en el momento de la ceremonia; los hombres con resplandecientes placas o luciendo veneras de órdenes militares en el delantero del frac; la madre de la novia, ricamente prendida, atareada, sollicita, de grupo en grupo, recibiendo felicitaciones; las hermanitas, conmovidas, mui monas, de rosa la mayor, de azul la menor, ostentando los brazaletes de turquesas, regalo del cuñado futuro; el Obispo que ha de bendecir la boda, alternando grave i afablemente, sonriendo, dignándose soltar chanzas urbanas, o discretos elogios; mientras allá en el fondo se adivina el misterio del oratorio revestido de flores, una inundación de flores blancas, desde el suelo hasta la capilla, donde convergen raudos de rosas i de lilas como la nieve, sobre rama verde, artísticamente dispuesta; i en el altar, la efigie de la Virgen, protectora de la aristocrática mansión, semioculta por una cortina de azahar; el contenido de un departamento lleno de azahar que envió de Valencia el riquísimo propietario Aránguis, tío i padrino de la novia, que no vino en persona por viejo i achacoso; detalles que corren de boca en boca, calculándose la magnífica herencia que espera a Micaelita, una esperanza más de ventura para el matrimonio, el cual iría a Valencia a pasar su luna de miel. En un grupo de hombres me representaba el novio, algo nervioso, ligeramente pálido, mordiéndose el bigote sin querer, inclinando la cabeza para contestar a las delicadas bromas i a las frases halagüeñas que le dirigen.

I por último, ver aparecer en el marco de la puerta que da a las habitaciones interiores, una especie de aparición, la novia, cuyas facciones apenas se divisan bajo la nube-cilla del tul, i que pasa haciendo crujir la seda de su tra-

je, mientras en su pelo brilla como gotas de rocío la rosa antigua del aderezo nupcial. . . . I ya la ceremonia se organiza, la pareja avanza conducida por los padrinos, la cándida figura se arrodilla al lado de la esbelta i airo-sa del novio. . . . Apñase en primer término la familia, buscan buen sitio para ver amigos i curiosos, i entre el silencio i la respetuosa atención de los circunstantes. . . . el Obispo formula una interrogación, a la cual responde un *no* seco como un disparo, rotundo como la bala. I—siempre con la imaginación—notaba el movimiento del novio, que se revuelve herido, el ímpetu de la madre, que se lanza como para proteger i amparar a su hija; la insistencia del Obispo, forma de su asombro, el estremecimiento del concurso, el ansia de la pregunta transmitida en un segundo: ¿Qué pasa? ¿Qué hai? ¿La novia se ha puesto mala? Que dice *no*? Imposible. . . . ¿Pero es seguro? ¿Qué eposodio! . . . »

Todo esto, dentro de la vida social, constituye un terrible drama. I en el caso de Micaelita, al par que drama, fué logogrifo. Nunca llegó a saberse de cierto la causa de la súbita negativa.

Micaelita se limitaba a decir que había cambiado de opinión i que era bien libre i dueña de volverse atrás, aunque fuera al pie del ara, mientras el *sí* no partiese de sus labios. Los íntimos de la casa devanábanse los sesos, emitiendo suposiciones inverosímiles. Lo indudable era que todos vieron, hasta el momento fatal, a los novios, satisfechos i amarteladísimos, i las amiguitas que entraron a admirar la novia engalanada minutos antes del escándalo, referían que estaba loca de contento, i tan ilusionada i satisfecha, que no se cambiaría por nadie. Datos eran éstos que contribuían a obscurecer más el extraño enigma que por largo tiempo dió pábulo a la murmuración, irritada con el misterio i dispuesta a explicarlo desfavorablemente.

A los tres años, cuando ya casi nadie iba acordándose del sucedido de las bodas de Micaelita, me la encontré en un balneario de moda, donde su madre tomaba las aguas. No hai cosa que facilite las relaciones como la vida del balneario, i la Señorita de Aránguis se hizo tan íntima mía, que una tarde, paseando hacia la iglesia, me reveló su secreto, afirmando que me permitía divulgarlo, en la seguridad de que explicación tan sencilla no sería creída por nadie.

—Fué la cosa más tonta... De puro tonta no quise decirla; la gente siempre atribuye los sucesos a causas profundas i trascendentales, sin reparar en que a veces nuestro destino lo fijan las niñerías, las *pequeñeces* más pequeñas... Pero son *pequeñeces* que significan algo, i para ciertas personas lo significan todo. Verá usted lo que pasó i no concibo que no se enterase nadie, porque el caso ocurrió allí mismo, delante de todos; sólo que no se fijaron, porque pasó realmente en un decir Jesús.

Ya sabe usted que mi boda con Bernardo de Meneses parecía reunir todas las condiciones i garantías de felicidad. Además, confieso que mi novio me gustaba mucho, más que ningún hombre de los que conocía i conozco; i creo que estaba enamorada de él. Lo único que yo sentía era no poder estudiar su carácter: algunas personas le juzgaban violento, pero yo le veía siempre cortés, deferente, blando como un guante, i recelaba que adoptase apariencia destinada a engañarme i a encubrir una fiera de avinagrada condición. Maldecía yo mil veces la sujeción de la mujer soltera, para la cual es un imposible seguir los pasos a su novio, ahondar la realidad i obtener informes leales, sinceros, hasta la crudeza—los únicos que me tranquilizarían.—Intenté someter a varias pruebas a Bernardo, i salió bien de ellas; i su conducta fué tan correcta, que llegué a creer que podía fiarle sin temor alguno mi porvenir i mi dicha.

Así, llegó el día de la boda. Apesar de la natural emoción, al vestirme el traje blanco, reparé una vez más en el soberbio volante de encaje que lo adornaba, i era regalo de mi novio. Había pertenecido a su familia aquel viejo Alençon auténtico, de una terciá de ancho—una maravilla—de un dibujo exquisito, perfectamente conservada, digna del escaparate de un museo. Bernardo me lo había regalado, encareciendo su valor, lo cual por cierto llegó a impacientarme, pues por mucho que el encaje valiese, mi futuro debía suponerse que era poco para mí.

En aquel momento solemne, al verlo realzado por el denso raso del vestido, me pareció que la delicadísima labor significaba una promesa de ventura, i que su tejido tan frágil i a la vez tan resistente prendía en sutiles mallas dos corazones. Este sueño me engreía cuando eché a andar hacia el salón, en cuya puerta me esperaba mi novio. Al precipitarme para saludarle llena de alegría por última vez, antes de pertenecerle en alma i cuerpo, el encaje se enganchó en un hierro de la puerta, con tan mala suerte, que, al quererme soltar, oí el ruido peculiar del desgarrón, i pude ver que un jirón del magnífico adorno colgaba sobre la falda. Sólo que también vi otra cosa: la cara de Bernardo, contraída i desfigurada por el enojo más vivo; vi sus pupilas chispeantes, su boca entreabierta ya para proferir la reconvención i la injuria. No llegó a tanto, porque se encontró rodeado de gente; pero en aquel instante fugaz se alzó un telón i apareció desnuda una alma.

Debí de inmutarme; por fortuna, el tul de mi velo cubría el rostro. En mi interior, algo crujía i se despedazaba; el júbilo con que atravesé el umbral del salón, se cambió en horror profundo. Bernardo se me aparecía siempre con aquella expresión de ira, dureza i menosprecio que acababa de sorprender en su rostro; esta con-

vicción se apoderó de mí, i con ella vino otra: la de que no podía, la de que no quería entregarme a tal hombre, ni entonces ni jamás. . . . I, sin embargo, fui acercándome al altar, me arrodillé, escuché las exhortaciones del Obispo. . . . Pero cuando me preguntaron, la verdad me saltó a los labios. . . .

Aquel *no* brotaba sin proponérmelo; me lo decía a mi propia. . . . ¡pero que lo oyesen todos!

—¿I por qué no declaró usted el verdadero motivo, cuando tantos comentarios se hicieron?

Lo repito, por su misma sencillez. No se hubiese enterado. Preferí dejar creer que había razones de esas que llaman serias. . . .

EMILIA PARDO BAZÁN.

JUNTO A LA CUNA

AQUELLA noche parecía interminable.

El viento gemía afuera como mendigo friolento que busca abrigo. Dentro la alcoba a media luz, las sombras replegadas en el tapiz del muro i la veladora lánguida mandando esuvios azules que caían como lampos de consuelo sobre las colgaduras blancas de la cuna, en la que el ángel del hogar, el último vástago de un amor inmenso, luchaba con la muerte.

Majestuosa como una virgen helénica i doliente como la madre del crucificado, está la reina de la casa, la compañera de la vida. Vela, i vela angustiada, reteniendo con los latidos de su corazón, con sus gemidos i con sus sollozos, aquella vida que quiere escaparse, llevándose un jirón de su alma.

De pronto, el silencio es interrumpido por un golpe de tos que sale de la cuna i se pierde en la estancia, después de haber repercutido en el pecho de la infortunada madre.

¡Oh, la tos, la tos! Durante el día, cuando el sol quiebra sus rayos de oro en los ramilletes de la alfombra i prende sus claridades en los florones del tapiz; cuando el bullicio llega hasta la estancia sombría, creciendo ó decreciendo, desde el piar del ave hasta los ruidos que el trabajo alza en los talleres; cuando la soledad ha huido i los lamentos hallan eco i las tristezas se disipan algo con la luz consoladora, aquella mártir del amor, aquella esclava del sentimiento reposa un poco, sin que su espíritu dé tregua al sufrimiento.

Pero de noche, en el aislamiento en que el dolor es más acerbo i la pena se agiganta con la sombra, no puede reposar ni un instante. Teme que la implacable robadora de vidas, oculta en el misterio, venga a helar aquella sonrisa angelical, a matar de un soplo despiadado aquella mirada en la que se refleja un edén de esperanza.

Cuando el cuerpo de aquella matrona augusta se inclina ante la cuna para besar al niño enfermo, parece una estatua sepulcral asida a una tumba blanca.

Cuando llora inconsolable, i su llanto cae sobre las colgaduras del pequeño lecho, huye la robadora de vidas i se detiene oculta entre las sombras que se han replegado en el tapiz del muro.

I así, en esa lucha en que se disputa un ser querido, en esa contienda en la que se dejan pedazos del alma, la madre hállase enferma también, agobiada por tanto i tanto sufrimiento.

No importa; ella quiere sucumbir antes que su hijo, quiere salvarlo i lo salva.

Pasa la noche; i un día, el más alegre para el corazón de aquella madre, luce por fin.

El niño está aliviado i ella está en cama.

No importa; espera resignada a la implacable robadora de vidas.

No se escucha ya la tos del enfermito. En la cuna duerme tranquilo el ángel del hogar i la madre ve desde su lecho cómo sonríe, soñando, el fruto de su amor.

El sol prende sus rayos de oro en la alfombra i en el tapiz, rayos que alegran brillantemente la cuna.

La luz azul de la veladora cae sobre los blancos cortinajes cuando la noche llega, i el silencio sólo es interrumpido por el viento que gime.

LÁZARO PAVIA.

BODAS DE ORO

La lluvia, cayendo sin violencia, mecía la casa con un repiqueteo rítmico i dulce que convidaba al sueño. Todo dormía, i en la alcoba, sobre el velador, la lamparilla continuaba ardiendo. Su mecha, ya carbonizada, enrojecía el tallado globo de cristal; una columnilla de humo denso subía por el tubo ennegrecido, i un resplandor suave, de un rosa pálido, bañaba los muebles, la alfombra, los desnudos amorecillos del cielo raso.

En medio de aquel gran silencio de la media noche, el acompasado *tic-tac* del péndulo del comedor llegaba hasta allí como el débil latido de la casa dormida; i en el lecho, entre el blancor de la colcha, de las almohadas, de las coquetas cortinillas de muselina, los dos abuelos continuaban despiertos.

Ambos estaban inquietos, febriles, nerviosos; excitadas sus infantiles imaginaciones por toda una polvareda de recuerdos felices, de cosas ya pasadas i lejanas, que, como una alegre bandada de mariposillas blancas, parecían aletear allá en las espesas sombras en que dormían sus gastados cerebros de viejecillos octogenarios.

¡Cómo! ¿conque era verdad? ¿conque hacía cincuenta años de la primer noche de bodas?...

Se admiraban, se aturdían ante ese loco correr del tiempo que todo lo echa abajo. En medio del derrumbamiento de todo lo demás, la época plácida i feliz de sus amores resurgía como un ensueño de entre aquel pasado ya vuelto escombros. Arrastrados por los recuerdos creían ver de nuevo el jardín donde se daban cita, el verde limonero a cuya sombra cambiaron el primer beso. Luego, aquella mutación lenta i sucesiva operada en el amor, mostrándolo en todas sus diversas fases, hasta transformarlo en su misma esencia, en un amor espiritualizado, ya libre de pasiones i de deseos, acababa de asombrarles. ¡Dios mío, cuánto cambio en aquella mitad de siglo transcurrido!...

Se interrumpieron: la llama de la lamparilla osciló. En el rojizo resplandor que poco antes bañaba los muebles, la alfombra, los desnudos amorecillos del cielo raso, hubo una última contracción, un supremo espasmo en que la luz pareció fundirse. Todo quedó en sombras.

I entonces, en la obscuridad, bajo las cobijas, ante aquellos recuerdos de antaño que ellos vislumbraban allá en sus gastados cerebros, los dos abuelos se abrazaron llenos de emoción. Una necesidad de confesarse mutuamente sus pensamientos, de volverse a contar todas las impresiones recogidas ese gran día i evocadas esa noche, los dominaba. Los detalles íntimos, los menores incidentes de la boda desfilaron uno a uno.

—¿Recuerdas qué noche hizo, Luisito?

- ¡Sí, Rosita; bastante fría, pero no tanto como ésta!
- A tí me parece verte, toda de blanco i cubierta de azahares. ¡Si parecías un ángel!
- Recuerdo que, después, ya vueltos de la iglesia, bailamos un *minué*.
- ¿I cuando nos hallamos los dos solitos, frente a frente, en nuestro dormitorio?
- ¡Ah!...
- ¡Te besé en los ojos!...
- Sí...
- Tú estabas ruborizada, ¿no querías!...
- ¡Tonto!

I siempre así, en medio de la densa obscuridad que los envolvía, bajo aquel repiqueteo rítmico i dulce con que la lluvia parecía mecer toda la casa, ambos seguían charlando, quedo, mui quedo, junto al oído, como dos novios. Después, sus vocceitas, sus cuchicheos, sus risillas picarescas de chicuelos precoces, fuéronse debilitando gradualmente. Las frases quedaban sin terminar, los intervalos se hacían más largos. De pronto enmudecieron. I entonces, dos ronquidos prolongados, llenos de calma, resonaron en la alcoba fría, somnolienta, poblada de sombras.

Se habían dormido.

JUAN PICÓN OLAONDO.

LOS CELOS DE NINÓN

NINÓN, que volvía del baile, cerró de un golpe la puerta de su *boudoir*, despidiendo malhumorada a la somnolienta doncella que la aguardaba para desnudarla.

La *poupée*, como cariñosamente la llamaban sus cortesanos, traía el rostro encendido por ardiente cólera, sus deditos temblorosos i torpes arrancaban las joyas i adornos que engalaban su figurita de biscuit, abandonándolos por el suelo, i un ramo de rojas margaritas caía también i era pisoteado sin piedad por el piecico de Cenicienta que tenía Ninón, la *poupée*, como la llamaban sus cortesanos.

En enaguas i en corsé, sentóse ante una pequeña mesa de palo-rosa, i pasando las manos por sus cabellos que caían en rizadas ondas de oro, quedóse pensativa.

Breves instantes permanece muda, pero luego dice:

—Bah!, que no me quiera, i qué? Que se va con otra, i qué? Acaso faltan hombres?

I una contracción nerviosa de suprema angustia se dibuja en su carita de ángel caído i se lleva a los labios una copa de champagne que bebe con avidez; i vuelve a pensar, i vuelve a beber, i al dar fin con una botella de rico champagne «Cordon Rouge» ya su cerebro desvaría, ya sus ojos glaucos se empañan, ya su lengua se torna pastosa i un intenso sentimentalismo se apodera de la mundana.

—No, mentira, yo le quiero; si él aceptase, nos iríamos a vivir lejos, mui lejos, a orillas de un río; yo sería para él una mujercita amante i juiciosa; yo por él me regeneraría i lo tendría siempre prisionero entre la jaula de mis brazos, i luego juntos, mui juntitos, vagaríamos por horas enteras contemplando cómo se aman las flores, cómo se aman las aves, cómo se aman las estrellas.—Pero no, él no me quiere, él quiere a otra, i me abandona, i me desprecia, i mi alma que para todos fué de hielo, se deshíela para él, porque él supo engendrar con sus palabras de fuego, cariño; para él que supo despertar mi alma.

I dos lágrimas candentes ruedan por sus mejillas des-

coloridas por los excesos, i sus manos temblorosas vuelven a escanciar champagne i más champagne.

I al cabo de un rato, borracha, completamente borracha para olvidar penas, se mira ante un espejo, i sus ojos se incendian al contemplar su mórbida belleza, i sus deseos cabalgando en rápido pensamiento van en busca de Ricardo, su ex-amante, i sus venas azules se hinchan, i sus uñas rosadas se clavan en sus carnes de raso.

Un traspies la hace caer i prorrumpe en sonora carcajada, sumiéndose inmediatamente en profundo sueño i dejando en descubierto sus dombos que parecen de marfil i que oscilan blandamente, como las olas que movidas por apacibles auras van a morir en la cercana orilla.

Dos aristocráticas orquídeas que quedaron abandonadas sobre la mesa, cuchichean alegremente i se burlan de la borracha, i un rayo rubio del sol que amanece se cueca por el ojo de la cerradura i atrevido curioso a Niñón la mundana, la *poupée*, como sus amigos la llamaban.

CASIMIRO PRIETO COSTA.

EL ROMANCE DE UNA OBRERA

DE la ventana sólo podían ver los techos de las demás casas i un pedazo de parque con árboles raquíticos bajo los cuales fumaban sus pipas i dormitaban, como lagartos, los viejos vagabundos del miserable barrio. Al fondo la gran ciudad, los balcones llenos de flores, las cúpulas de oro que hería el sol de verano, largos

cordeles negros donde secaban ropas las lavanderas i la galería de zinc i cristales ahumados de una estación donde las locomotoras roncaban sus adioses i silbaban sus bienvenidas.

Rosa trabajaba en la máquina. Sus diez i seis años doblados sobre la camisa a medio acabar, cosiendo puños mientras la imaginación velaba construyendo ideales escenas donde se veía ella, reina i amada, de rubias trenzas i mirada soñadora.

La madre, la rumana, de ojos enfermos, callaba en un sillón, en aquella miseria de último piso, donde la estufa de hierro irisaba i el lecho ancho parecía una hermosa azucena.

Tres años antes, el trasatlántico, de bandera alemana, las arrojó en medio de la vida, el padre husmeó, luchó, las garras de la gran ciudad lo derribaban, cada hospital parecía reclamarlo, i en aquellas largas noches sin pan ni fuego, el buen hombre cerraba los ojos pensando en su casita de París, en su jardincito de la calle de Rousseau, vendido para combatir la horrible pálida, la desolada visión de la muerte.

I emigró; pero como allá, el infeliz indagaba, pedía, su corpachón honrado rozaba tímidamente las rejas de las oficinas i en su mirada de solicitante había una chispa de orgullo que lo sostenía.

Era un buen orfebre. Sobre el diamante su buril tallaba finamente, sus ojos copiaban las luces extrañas de las piedras i en íntima fiebre pulía la joya que había de palidecer en los senos de las hermosas: una casa francesa le ofreció un puesto, i abandonó llorando a sus dos seres amados.

La rumana recibía carta tras carta; pero nunca dinero. El honrado orfebre ganaba tan sólo su sustento, i entonces fué cuando Rosa, ángel de amor, trabajó de día en el enjambre de los talleres i de noche a la luz lívida del gas,

para conseguir el sombrerito de pluma tirolesa que ansiaba en su coquetería de virgen.

Sus mejillas eran siempre rosas, sus ojos tenían siempre luz, i a sus labios las sonrisas venían como olas gemelas.

Un día Rosa, de vuelta del taller, lloró mucho en brazos de su madre: Amor—le decía—he sido despedida del taller tan sólo porque no visto como las demás obreras!

I la madre miraba el anaquel donde el pan mermaba i los vegetales carecían; pero besó la frente pura de la doncella i escondió lágrimas que caían de sus ojos enfermos.

«Vendréis a París, amadas mías;—escribía el padre—antes que la nieve caiga volveremos á recordar amores en nuestra casita de la calle de Rousseau.»

I con esta esperanza Rosa levantó el busto turgente de su perfumada juventud i gritó: lucharé!

Al día siguiente mil obreras de donde Rosa era empleada rehusaban trabajar mientras el obrero de nariz de buho no restituyera el salario a la niña despedida, i cansadas de la opresión exigieron tenazmente i con valentía!...

Hoy, lejos, en el pisito alegre, en la calle de Rousseau, la rumana ciega i anciana, es feliz. Rosa, libélula dorada, viste como una niña del gran mundo i el obrero de los diamantes lleva sobre su chaleco de ante amarillo la gruesa serpiente de oro de donde pende su reloj!...

FRANCISCO GARCÍA CISNEROS

MIGNON

ERA una pequeña árabe, a quien llamábamos Mignón, por su aire nostálgico.—Malos tratamientos en el día, pésimo lecho por la noche llanto a todas horas, esa era la vida de la pobre muchacha. Estaba muy flaca i muy pálida; pero en sus ojos se había concentrado toda la vida que se escapaba de aquel cuerpecillo endeble. Eran sus ojos negros, grandes, muy abiertos, como si la escuálida agarena quisiera, antes de morir, abarcar el mundo con una sola mirada.

Vino a Medellín con unos saltimbanquis que trajeron osos i micos. Allá, lejos, muy lejos, en la Arabia, los padres de la infeliz la vendieron por una manta de hilo i un puñado de dátiles. Vivía muy triste la pobrecilla, recordando constantemente el desierto con sus arenas abrasadoras; las palmeras con su follaje fresco; los camellos con sus grandes jorobas, entre las cuales se dormía, arrullada por las canciones que su madre entonaba para animar el paso del deforme cuadrúpedo, fiel compañero del árabe, i el aduar con sus tiendas, su bullicio i sus cantos. Todo le recordaba, todo. En sus miradas se traslucía la nostalgia, porque en el fondo de aquel corazoncito de diez años estaba siempre vivo el deseo de volver al hogar abandonado.

Como si ella fuese un animal, la hacían dormir sus amos en un cuarto con osos i monos, sin pensar en lo que sufría. Al principio, los monos la mordían; después, se acostumbraron a verla, i ella al fin hizo buenas migas con tan vivarachos compañeros.

para conseguir el sombrerito de pluma tirolesa que ansiaba en su coquetería de virgen.

Sus mejillas eran siempre rosas, sus ojos tenían siempre luz, i a sus labios las sonrisas venían como olas gemelas.

Un día Rosa, de vuelta del taller, lloró mucho en brazos de su madre: Amor—le decía—he sido despedida del taller tan sólo porque no visto como las demás obreras!

I la madre miraba el anaquel donde el pan mermaba i los vegetales carecían; pero besó la frente pura de la doncella i escondió lágrimas que caían de sus ojos enfermos.

«Vendréis a París, amadas mías;—escribía el padre—antes que la nieve caiga volveremos á recordar amores en nuestra casita de la calle de Rousseau.»

I con esta esperanza Rosa levantó el busto turgente de su perfumada juventud i gritó: lucharé!

Al día siguiente mil obreras de donde Rosa era empleada rehusaban trabajar mientras el obrero de nariz de buho no restituyera el salario a la niña despedida, i cansadas de la opresión exigieron tenazmente i con valentía!...

Hoy, lejos, en el pisito alegre, en la calle de Rousseau, la rumana ciega i anciana, es feliz. Rosa, libélula dorada, viste como una niña del gran mundo i el obrero de los diamantes lleva sobre su chaleco de ante amarillo la gruesa serpiente de oro de donde pende su reloj!...

FRANCISCO GARCÍA CISNEROS

MIGNON

ERA una pequeña árabe, a quien llamábamos Mignón, por su aire nostálgico.—Malos tratamientos en el día, pésimo lecho por la noche llanto a todas horas, esa era la vida de la pobre muchacha. Estaba muy flaca i muy pálida; pero en sus ojos se había concentrado toda la vida que se escapaba de aquel cuerpecillo endeble. Eran sus ojos negros, grandes, muy abiertos, como si la escuálida agarena quisiera, antes de morir, abarcar el mundo con una sola mirada.

Vino a Medellín con unos saltimbanquis que trajeron osos i micos. Allá, lejos, muy lejos, en la Arabia, los padres de la infeliz la vendieron por una manta de hilo i un puñado de dátiles. Vivía muy triste la pobrecilla, recordando constantemente el desierto con sus arenas abrasadoras; las palmeras con su follaje fresco; los camellos con sus grandes jorobas, entre las cuales se dormía, arrullada por las canciones que su madre entonaba para animar el paso del deforme cuadrúpedo, fiel compañero del árabe, i el aduar con sus tiendas, su bullicio i sus cantos. Todo le recordaba, todo. En sus miradas se traslucía la nostalgia, porque en el fondo de aquel corazoncito de diez años estaba siempre vivo el deseo de volver al hogar abandonado.

Como si ella fuese un animal, la hacían dormir sus amos en un cuarto con osos i monos, sin pensar en lo que sufría. Al principio, los monos la mordían; después, se acostumbraron a verla, i ella al fin hizo buenas migas con tan vivarachos compañeros.

Mas con los osos, ¡qué sustos pasaba al darles la comida i al oír sus gruñidos! Había, sobre todo, una osa parda, enorme, que hacía llorar de miedo a la pobre Mignón. El animal le manifestaba odio. ¿Por qué? Nadie podría saberlo, ni el mismo Director de la Compañía, quien, cuando la osa le tiraba un zarpazo a la chiquilla, se contentaba con decir en su germania híbrida, mezcla informe de árabe, francés i castellano:

—Te aborrece mui fuerte. Cuidado, te mata, ¿eh?

El circo estaba lleno de espectadores que aguardaban con impaciencia la función de animales sabios.

Sonó un silbido, i por una puertecilla situada bajo el palco de los músicos, salieron los saltimbanquis, los osos i los monos. Mignón venía un poco atrás, vestida con pantalones bombachos rojos i chaquetita azul. En la cabeza llevaba un turbante amarillo.

Llegados a la mitad del circo, obedeciendo las voces de mando de sus amos, exhibieron sus diversas habilidades.

Tocóle el turno a la chiquilla. Subióse sobre los lomos del oso i empezó, siempre sería, a hacer prodigios de agilidad i milagros de equilibrios. Al terminar, una tempestad de aplausos se desencadenó.

—¡Bravo, Mignón, bravo!

—Anda a recoger lo que esos señores te van a dar, le dijo el jefe señalándole un grupo de personas que, desde un palco, la llamaban.

I allá se dirigió la chica, llevando en la mano su turbante, en cuyo fondo cayó una lluvia de monedas.

—Oye, Mignón, le gritó un joven, ¿qué harás con ese dinero?

—Se lo doi al amo para pagarle lo que valgo, i con lo que me sobre, me voi.

—¡Bravo, Mignón, así se habla!

—¡Bueno, Mignón, toma más! gritaban todos compade-

cidos, arrojando monedas entre el turbante. Una sonrisa, la primera que le veíamos, se dibujó en su boca al verse dueña de tanto dinero.

Volvió a bajar al circo, donde la aguardaban sus compañeros. I tal vez aturdida con su triunfo, no se fijó en que se había colocado mui cerca de la osa, que la odiaba.

—Toma, Mignón, gritó un espectador, tirando una moneda, que cayó entre las patas de la osa.

La chiquilla se apresuró a recoger la nueva dádiva; pero, antes de guardársela, se sintió abrazada fuertemente. Sus huesos traquearon con un crujido de leña seca. ¡Era que la osa la ahogaba entre sus brazos!

No dió un grito. Cuando la levantaron, salieron rodando unas monedas de su bolsillo. ¡Pobre Mignón! Era el precio de su rescate; lo que le había de servir para volver a su desierto, a sus palmeras i a su aduar!

JULIO VIVES GUERRA.

MACBETH

A PESAR del cariño, —poco en verdad, — que les tenía i a pesar de ver siempre sus ojos insistentemente fijos en mi frente i en mis labios, no había querido, por una de esa pequeñas maldades tan comunes en mí, contarles nada.

Pero una noche, después de haber observado juntos largo tiempo el hermoso color anaranjado de Betelgenze, el alfa de Orión, i haber escrito dos anotaciones en el margen de una vieja edición de Hugerines, sentíme, no sé por qué, dispuesto a revelarles el secreto de las pu-

queñas cicatrices de mi frente i de mi boca. Esta última, en el labio inferior, dábame una expresión de ironía, que, os aseguro, a mí que no me burlo de nadie ni de nada, fastidiábame mucho.

Sugestióneles la idea de interrogarme, porque nunca les hubiera dicho nada a no preguntármelo ellos i al fin, dijome Hans, el más joven de mis dos amigos:

—Querriais, amigo mío, contarnos como os hicisteis esas heridas?

—Sí, siempre que me ofrescais el no volverme hablar de ellas en vuestra vida.

Prometiéronmelo así, i contéles lo que vais a leer.

Indolentemente tendido en mi lecho, con un libro entreabierto en las manos i mi pipa en la boca—aquella pipa culobada por murciélagos,—pensaba en los ojos grises de Macbeth.

Macbeth era una muchachita de quince años, delgada como el tallo de una flor tempranera, de cabellos oscuros, de manos blancas, lujuriosa como una afrodita i más nerviosa que las notas nacidas del harpa de un ciego.

Pero yo la quería únicamente por sus ojos grises. O a decir verdad, solo amaba sus ojos.

Ojos eran los de ella profundamente grises e inmensamente grandes; frios como una caricia sin amor i de pupilas elásticas i hondas, recordábanme los ojos de mi gatita negra a la que por esta semejanza había puesto el nombre de mi amada.

Nunca los ojos de Macbeth—mi amada—habían sido míos. En nuestros más grandes espamos de amor, permanecían fijos como los ojos de mi buho Sesostris e insondables como un misterio de piedra. Hacia yo esfuerzos sobrehumanos, desplegaba el arte infinito de mis lu-

jurias aprendidas de las bayaderas indones i de las cortesanas de París, sin que esos ojos conmoviéranse, sin que ni por un momento revelaran el placer. Hicela fumar opio, beber atebis, dila cantáridas i absinthio i sólo obtuve la nota más aguda de la sensualidad de todo su cuerpo vicioso, de todo su cuerpo, menos de sus ojos grises.

En la noche en que principia mi relato, había yo recorrido en ella una vez más i sin resultado, mi erudición de hastiado de la carne. I ya en mi casa, de regreso de la suya, tendido en mi lecho, pensaba en sus ojos, pensaba en ellos con la amarga fruición del que ama i no posee. Ni la caricia de hielo de Astarté, mi serpiente bien amada, que enroscándose a mi brazo, como todas las noches, vino a saludarme; ni el vuelo silencioso de mis vampiros cazados en las necrópolis romanas i a los que a veces regalaba con un festín de mi sangre; ni Sesostris con su lúgubre canto funerario podían arrancarme a mis meditaciones. Nisiquiera mi gatita negra Macbeth, que echada junto a mí, dejábase acariciar voluptuosamente la piel de su arqueado lomo, más sensible al tacto que la piel roja de los pezones femeninos.

Poco a poco fué apoderándose el sueño de mí; fué al principio un sueño pesado; paisajes polares, llenos de nieves i de brumas; océanos negros de olas enormes cantando canciones extrañas al chocar contra las rocas; osos blancos, caballeros en icebergs gigantescos, focas de rostros masculinos; i todo esto en medio de una de esas noches de seis meses alumbrada solamente por... ¿creeis que por una aurora boreal, de aquellas que son como rosas de luz florecidas en campos de ensueño?..... No, alumbrada sencillamente, por los ojos grises de Macbeth.

Después, deshiciéronse las brumas i los paisajes pola-

res i vine en medio de un bosque, de esos del Senegal o de la América de antaño.

Ruidos extraños por todas partes, conversaciones misteriosas, rugidos como de fieras combatiendo poblaban la atmósfera sensualmente primaveral del bosque de mi sueño. Estaba yo sobre un lecho de hojas caídas; pensaba... pensaba... difícil me sería deciros en qué pensaba en esos instantes, pero con toda seguridad—¡cosa extraña!—no era en los ojos de Macbeth.

Hacia rato sentía un hondo malestar en la espalda, cerca de los omóplatos, como si en cada uno de ellos tuviera un trozo de hielo inderrefible.

Volvíme, pensando que sería tal vez las hojas húmedas i ¡cuál fué mi sorpresa al ver delante de mí a Macbeth, a mi amada Macbeth, mirándome fijamente con la mirada de sus ojos grises!

Pero esa fijeza no era la fijeza fría de siempre; estaban húmedos sus ojos con el rocío de la lujuria; sus pupilas dilatadas enormemente prometíanme paraísos de amor; los ojos, fríos siempre de Macbeth, me miraban, ¿por qué no decirlo aunque a mí mismo me parezca inverosímil?... me miraban, oh! felicidad la mía!—con una mirada de amor!...

Comprenderéis, amigos míos, mi alegría, diciendooos que diera con gusto todas mis noches de vigilia i todos mis días de descanso, por otra noche i otro sueño como aquel, en que los ojos de mi amada Macbeth, fríos siempre, tuvieron miradas de amor para mí que los amaba tanto.

Quise balbucear no sé qué frases i no pude; mis brazos fueron para su cuerpo como el pulpo para las rocas; mis labios besaron sus labios, i sus mejillas, i su frente, i sus cabellos; porque mis labios, refinadamente sensuales, dejaban para lo último el divino placer de besar sus ojos, sus ojos que entonces eran míos.

Sentía yo sobre mi cuerpo, la suavidad de raso de su piel, i nunca la había sentido más fría; pero en vano buscaba sus pechos, recorrían mis manos su torso de hieródula consagrada sin encontrarlos. Es verdad que esto me contrariaba un poco, pero, ¡qué diablo! pensaba yo: tengo sus ojos! I dispúsemme a besarlos, preparándome a ello con infinitos refinamientos i sensualidades, acercando poco a poco mis labios, oprimiéndola más entre mis brazos, conteniendo la respiración, entornando los ojos sin cerrarlos. Cuando ya los tuve cerca, muy cerca de mí, detúveme. ¡Qué inmenso placer en ese instante! Recordé mis inútiles luchas en la vida, recordé a mis amigos traidores i a mis queridas hastiadas i parecióme que iba, al besar los ojos de Macbeth, que ni ellos, ni ellas conocían, a vengarme de todos i de todas.

Tuve todavía un momento de inercia cerebral, cansada sin duda por mi estado de nerviosa expectativa i del no aún saboreado placer i después... después...

Chocaron suavemente mis labios con sus ojos; chocaron i fueron hundiéndose más i más en los mares grises de sus pupilas i nunca mis labios encontraban fondo. En medio de esta sensación de quinta esenciado placer, sentí como dos puñaladas en la frente i después algo como dos cascaditas de agua que resbalaban de ella. Algo parecido sentí en los labios, pero yo que no me explicaba lo que sentía en la frente, creí que lo que sentía en los labios era uno de los muchos glotísimos que había enseñado a Macbeth.

I seguí besando sus ojos con un beso largo, inacabable... Mi cuerpo i el suyo retorcíanse como presas malditas de epilepsia; mis brazos la estrechaban furiosamente i yo sentía los suyos atenaceándome el tórax... Al fin, llegaron nuestras sensaciones a la cumbre de la lujuria; fué entonces como un rugido el grito que se escapó de sus labios i como una queja el que salió de los míos;

senti, mezclado con un placer sin límites, un dolor insufrible en la frente, en la boca i en el pecho i no recuerdo más porque la continuación de mi sueño fué un pesado desvanecimiento sin luces, sin colores i sin sonidos

—¿?

—I al día siguiente, al despertarme, vi a mi gatita negra Macbeth, muerta entre mis brazos, ahogada por mis manos, con sus patas delanteras sobre mi frente, las trase-ras en mi pecho, con sus labios siempre rosados i entonces pálidos mordiéndome uno de los míos, pero —horror siento al decirlo!— con sus ojos grises abiertos, abiertos i con vida, con vida i mirándome fría e irónicamente

No fué su venganza de mi crimen inconsciente el dejar-me grabadas en la frente con las uñas de sus patas estas como flores de sangre; no fué tampoco el despedazar con sus dientes de felino las carnes de mis labios

Su venganza fué el morir con los ojos abiertos, con esos ojos que me recordaban los ojos grises, enormemente grandes i enteramente fríos de Macbeth, mi amada

OCTAVIO ESPINOSA.

LA LEYENDA DE LA ROSA BLANCA

El conde Senil, el más querido de la comarca por la nobleza de sus sentimientos, había partido para la Palestina, dejando, por defender la cruz, abandonada a su esposa en el solitario i extenso castillo. Endulzaba, sí, la tristeza de ésta, su hijo Roberto, lozano retoño que cre-

cía rico en la savia de virtudes de sus padres. A las puertas de Jerusalem, cayó herido de muerte el conde, i la noticia de tal suceso desterró para siempre la alegría del castillo i de toda la comarca.

Berta, la pobre viuda, recibió su desdicha resignada por la santidad de la causa que inmolará a su esposo, i se contrajo con más ahínco a cuidar de su hijo i hacer el bien a sus vasallos.

Roberto era ya un hermoso mancebo, en cuyo rostro resplandecían los nobles rasgos del conde i en cuya alma brillaban las mismas bondades del cruzado. Su madre le quería con un cariño sin límites, i daba gracias todos los días al cielo por el doble parecido.

Un día enfermó Roberto. ¡Con qué solicitud i ternura le cuidó su madre! Fueron llamados los mejores médicos, i ninguno pudo mejorarle. El joven se moría sin remedio; i esta pérdida destrozaría el corazón de la madre, colmando el cáliz de sus amarguras i arrastrándola a ella también al sepulcro.

Desesperada salió una tarde Berta del aposento en que el joven estaba ya casi agonizante. Anogada en un mar de lágrimas, atravesó el jardín del castillo i se internó en un abrupto bosque. Aquí se sentó al pie de un añoso nogal para elevar sus dolientes plegarias a la Virgen. Rezaba el rosario.

Al llegar en las letanias a esta dulce invocación de: *Rosa mística, ora pro nobis*, abrióse repentinamente el árbol i apareció (relación de Mery Terry) en el fondo del tronco la Virgen María, majestuosa, divina, rodeada de una aureola de luz, teniendo en su mano derecha una rosa blanca. *Ve, díjole, pon esta rosa en un vaso de agua, consévala siempre, i tu hijo recobrará su salud.*

La imagen se esfumó incontinenti, pero quedando en las manos de Berta una preciosa rosa blanca. La afligida madre volvió en un suspiro al aposento. Los fieles servi-

dores, al lado del lecho del enfermo, gemían creyendo llegada para él la última hora. Berta se echó á los pies de la cama de su hijo, exclamando con voz dolorida i gozosa a la vez: ¡Roberto, vas a sanar! La Virgen me lo ha prometido, i en prenda me ha entregado esta rosa blanca! Vuelve a la vida, hijo mio!

Roberto abrió los ojos, cesó de jaderar su pecho, una sonrisa se dibujó en sus cárdenos labios! Pocos días después, se había restablecido por completo de su enfermedad i volvía a repartir sus limosnas a los pobres de la comarca.

Berta, no obstante, cuidaba de la flor con el mismo exquisito esmero que si su hijo se hallase expirante.

La virtud prodigiosa de la flor i demás circunstancias del milagro circularon por muchas leguas a la redonda. Cierta tarde se presentó, sollozando, a Berta una niña, que iba a pedirle la rosa blanca para salvar a su madre que se iba a morir.

La condesa tuvo una cruel lucha entre sus sentimientos de piedad maternal i su compasión de la niña. Venció ésta, al fin, i le entregó la rosa.

—¡Oh, Virgen Madre! exclamó arrojándose ante el altar de María, perdonad mi desobediencia, i mantened con vida a mi hijo.

Un ángel se le apareció entonces i le anunció larga i feliz existencia a Roberto, en premio de tan bellísima acción.

«En el sitio mismo de la aparición de la Virgen hizo construir la condesa Berta un monasterio, que conservó el nombre de *Rosa Blanca*, hasta que las hordas de Hoche lo demolieron en tiempo de la Convención. No contenta con esto, a partir de aquel día, el centro del escudo de los Senil se aumentó con un nuevo cuartel, en cuyo fondo se ostentaba la rosa blanca, i al pie de ella, a guisa de mote, la invocación de la leñanía de la Virgen.»

Desde el siglo XII hasta nuestros días viene transmitiéndose, de padres a hijos, entre los sencillos aldeanos de la Bretaña, la poética leyenda; i cuando alguno está moribundo, después de elevar una ardorosa plegaria a María, ponen cerca del lecho una rosa blanca, a ver si se repite el milagro....

CLÉMENTE BARAHONA VEGA.

NINÓN

SOBRE Ninón! Me parece que la estoi viendo trabajar en la pista del Circo de Saint-Pier, a esa Ninón incomparable, la más hermosa i aplaudida de todas las gimnastas de Europa.

Ninón, era alta, mui joven i mui elegante. La blancura de su cutis era incomparable, las facciones de su rostro, de una regularidad i de una armonía perfectas. Dos enormes ojos, de mirar abrasador, negros, mui negros, aprisionados por unas pestañas arqueadas, contrastaban con lo picaresea de una sonrisa atrayente, i sobre todo, con su cabellera rubia, que caía en rizos de oro sobre sus hombros.

Los hombres la miraban llenos de entusiasmo, de fuego; las mujeres con envidia.

Las esposas, estaban celosas de amor, no sabían cómo apagar esa *sed de Ninón* que tenían sus esposos.

Ninón ejecuta trabajos sorprendentes; en el trapecio, parece un ángel alado. Todos la admiran, todos la aman,

todos solicitan su amor. Pero ella quiere a su *Pierrot*, a su Helm del alma, el más excéntrico de todos los *clownes*. A él, entregó su amor; con él se unió en amoroso beso. Quiere serle fiel; es inútil que condes i marqueses soliciten su amor, que quieran hacerla suya. Ella adora a su Helm.

Una noche cruda, fría, muy fría. Lluve muy fuerte. En los alrededores del Circo de Saint-Pier se agolpa la gente. Los cocheros sobre el pescante, con sus impermeables de goma se guarecen de la lluvia. Otros, menos dichosos, que los que viajan en coche, se cubren con sus paraguas.

Pero nadie piensa en el mal tiempo; todos se apresuran por llegar al circo. Es noche de gala: Ninón da su función de gala, es su beneficio.

Entramos a la sala. La concurrencia es enorme. Todos están nerviosos por ver a Ninón.

Comienza la sinfonia. ¡Qué larga! ¿Cuándo acaban esos músicos? Ya se oye un timbre, es la señal. Nuevamente se oye la orquesta i salen los artistas ricamente vestidos, los *clownes* i el *Tong-Verdier*. Sale detrás Ninón. ¡Qué hermosa que está!... Una salva de aplausos corona su salida. Con una gracia exquisita, desprende su manteo rojo bordado en oro i queda luciendo sus formas esculturales. Mallas color carne cubren sus torneadas pantorrillas, un casaquín verde eléctrico, adorna la esbeltez de su cuerpo; los brazos carnosos, blancos, muy blancos, los tiene al aire. Hace un mohín gracioso i sube por una cuerda al trapecio. ¡Qué hermosa está!... Todos la miran embebidos.

Cada ejercicio es un aplauso. ¡Qué arrojada en sus ejercicios!... Al acabar recibe coronas... aplausos... flores... El público está loco... Ninón es un imán; los atrae con fuerza irresistible.

Le toca el turno a Helm, el dichoso consorte de Ninón. ¡Qué envidia les da! ¡Posee un tesoro tan grande!... Está más original que nunca, todos rien, cómo rien... Es tan gracioso Helm.

El programa de la función, anuncia que el caballero Chartisch, el rei de los tiradores al blanco, romperá objetos colocados sobre la cabecita rubia de Ninón.

¡Cuántas sensaciones!... ¡Por Dios, que no la mate!... Llega el número fatal. Sale el tirador del brazo de Ninón. Ninón está tranquila; pobrecita, de qué poco depende su existencia. Helm está tranquilo. Chartisch es buen tirador; no, Chartisch no errará; Chartisch no matará a Ninón.

Los ejercicios salen a las mil maravillas. De pronto, un inglés de grandes patillas rubias, dice: «eso es farsa, no tira con bala, es una farsa!» Ninón se indigna. El público aplaude a Ninón.

El caballero Chartisch, invita al inglés a que pase a cargar el arma. Todos protestan, i el inglés con sangre fría, salta de su palco a la pista, registra el arma, examina la bala, carga la pistola i dice que recién se convencerá de la habilidad de Chartisch.

La ansiedad del público es grande. Si tira a errar se hunde la personalidad artística del tirador. ¿Y si mata a Ninón?

Helm está nervioso, no sabe lo que le pasa. Ninón i el tirador con su tranquilidad habitual i el inglés más tranquilo que todos.

La ansiedad del público es grande. Se coloca a Ninón un globo sobre la cabeza, Chartisch apunta. Helm está aterrado. Nadie respira... nadie se mueve... El silencio es grandioso. Levanta el gatillo... aún vive Ninón. Uno... dos... tres... sale la bala. Ninón cae mortalmente herida. Su frentecita blanca está agujereada por el plomo. ¡Qué amarga es la sonrisa que se dibuja en sus

labios carmesí!... ¡Pobre Ninón!... ¡Qué silencio tan grande!... Helm está tonto... no sabe lo que le pasa... da un beso a su Ninón del alma! Dos lagrimones hacen huella en lo blanco del albayalde. Suelta un sollozo i una carcajada de idiota. ¡Pobre Ninón! Todos lloran; las nubes derraman sus lágrimas... cómo lloran los compañeros... Chartisch no sabe qué hacer; Helm agarra a la que fué su amor i la conduce al camarín... i allí se mece el cabello i ruge. Todos se van. ¡Qué escena horrible!... I el inglés dice: ¡cuando yo decía que era farsa!...

ENRIQUE GARCÍA VELLOSO.

IMPRESIONES DE ROMA

SANTA SABA

La calle estrecha, flanqueada de muros aterciopelados de húmedos musgos verdes, trepa la colina del Aventino, i en un recodo aparece la puerta del antiquísimo Monasterio de Santa Saba. Se golpea, i se presenta un chicuelo de diez o doce años, que abre la vieja puerta carcomida i se entra a un patio silencioso, invadido por las hierbas. Parece un jardín de camposanto abandonado, todo florido de crisantemas de variados colores. Protegidos por los altos muros que cierran el recinto, crecen lozanos naranjos, cargados de fruta i azabares, i ellos dan el único hálito de vida que se respira en aquella mansión tétrica donde parece que ha dejado impresa

una huella indeleble la desolación. La sencilla i graciosa arcada del claustro, corre a todo el largo del edificio mirando a la campiña de Poniente que se extiende en una vasta planicie solitaria, sin más accidente que la prominencia del Testaccio, coronado por una cruz escuálida que abre sus brazos en el límpido horizonte del tramonto del Sacio.

Se entra a la iglesia por un pasadizo mezquino, i una gran impresión de tristeza invade el espíritu en aquel ambiente de ruina i decadencia. En el piso, en las paredes, en la cripta subterránea, se conservan aún vestigios de la grandiosidad arquitectónica i de la riqueza ornamental de aquel templo de las edades primitivas del Cristianismo, el primero que surgió a la nueva fe sobre el Aventino, pero todo amenaza derrumbarse de un momento a otro, i las anchas grietas que surcan los muros, acusan la moribunda vejez del monumento enfermo de melancolía desde que dejaron de resonar en sus ámbitos los cánticos del coro i quedó privado de los tibios perfumes del incienso. Gruesas vigas apuntalan los arcos ruinosos que dividen las naves, sostenidos por graníticas columnas arrancadas de algún otro templo de la Roma pagana, que tan profusamente contribuyó con sus tesoros artísticos a enriquecer los monumentos de la nueva doctrina vencedora, decorando con la misma pompa con que había ennoblecido las aras de los Dioses mitológicos los altares del Dios revolucionario que instituyó una nueva dinastía celestial más poderosa, más dominadora, más perdurable.

La mano bárbara de la Edad Media, deformó en mucha parte la pristina belleza arquitectónica i la suntuosidad ornamental de la iglesia de Santa Saba. La columnata que separaba las naves extremas está murada; los frescos que decoraban los arquivadillos, fueron cubiertos con cal; algunas de las columnas de rico jaspe verde de

labios carmesí!... ¡Pobre Ninón!... ¡Qué silencio tan grande!... Helm está tonto... no sabe lo que le pasa... da un beso a su Ninón del alma! Dos lagrimones hacen huella en lo blanco del albayalde. Suelta un sollozo i una carcajada de idiota. ¡Pobre Ninón! Todos lloran; las nubes derraman sus lágrimas... cómo lloran los compañeros... Chartisch no sabe qué hacer; Helm agarra a la que fué su amor i la conduce al camarín... i allí se mece el cabello i ruge. Todos se van. ¡Qué escena horrible!... I el inglés dice: ¡cuando yo decía que era farsa!...

ENRIQUE GARCÍA VELLOSO.

IMPRESIONES DE ROMA

SANTA SABA

La calle estrecha, flanqueada de muros aterciopelados de húmedos musgos verdes, trepa la colina del Aventino, i en un recodo aparece la puerta del antiquísimo Monasterio de Santa Saba. Se golpea, i se presenta un chicuelo de diez o doce años, que abre la vieja puerta carcomida i se entra a un patio silencioso, invadido por las hierbas. Parece un jardín de camposanto abandonado, todo florido de crisantemas de variados colores. Protegidos por los altos muros que cierran el recinto, crecen lozanos naranjos, cargados de fruta i azabares, i ellos dan el único hálito de vida que se respira en aquella mansión tétrica donde parece que ha dejado impresa

una huella indeleble la desolación. La sencilla i graciosa arcada del claustro, corre a todo el largo del edificio mirando a la campiña de Poniente que se extiende en una vasta planicie solitaria, sin más accidente que la prominencia del Testaccio, coronado por una cruz escuálida que abre sus brazos en el límpido horizonte del tramonto del Sacio.

Se entra a la iglesia por un pasadizo mezquino, i una gran impresión de tristeza invade el espíritu en aquel ambiente de ruina i decadencia. En el piso, en las paredes, en la cripta subterránea, se conservan aún vestigios de la grandiosidad arquitectónica i de la riqueza ornamental de aquel templo de las edades primitivas del Cristianismo, el primero que surgió a la nueva fe sobre el Aventino, pero todo amenaza derrumbarse de un momento a otro, i las anchas grietas que surcan los muros, acusan la moribunda vejez del monumento enfermo de melancolía desde que dejaron de resonar en sus ámbitos los cánticos del coro i quedó privado de los tibios perfumes del incienso. Gruesas vigas apuntalan los arcos ruinosos que dividen las naves, sostenidos por graníticas columnas arrancadas de algún otro templo de la Roma pagana, que tan profusamente contribuyó con sus tesoros artísticos a enriquecer los monumentos de la nueva doctrina vencedora, decorando con la misma pompa con que había ennoblecido las aras de los Dioses mitológicos los altares del Dios revolucionario que instituyó una nueva dinastía celestial más poderosa, más dominadora, más perdurable.

La mano bárbara de la Edad Media, deformó en mucha parte la pristina belleza arquitectónica i la suntuosidad ornamental de la iglesia de Santa Saba. La columnata que separaba las naves extremas está murada; los frescos que decoraban los arquivadillos, fueron cubiertos con cal; algunas de las columnas de rico jaspe verde de

los altares, han sido robadas i sustituidas por pilastras de madera groseramente pintadas; los delicados mosaicos del piso, han sido en parte arrancados; i todo revela la obra despiadada de aquella época en que se borró del espíritu de los pueblos, el sentimiento estético que habia florecido en las postrimerías del paganismo i que renació con el triunfo definitivo de la Iglesia Católica. Se diría que aquello fué un segundo Diluvio que arrasó la obra primorosa del arte humano como arrasó el primero toda la creación de la Naturaleza.

Salí con el alma contristada de aquel templo en ruinas, sin santos, sin crucifijos, sin tabernáculo, inerte como un cuerpo sin alma, i aspiré con delicia el aire tibio de aquella tarde de Otoño, serena i diáfana, sin una nube en el cielo. Era la hora del ocaso i una gran paz se difundía en todo el paisaje solitario, como si el silencio reinante entre los muros agrietados de Santa Saba se dilatase por toda la campiña romana, vasta i plana como un mar en calma. El sol caía lentamente sobre el horizonte envuelto en la aureola de las brumas lejanas del Tirreno, doradas en el incendio del Poniente, mientras el cielo empalidecía sobre Roma destacándose en la limpidez del ambiente la silueta esbelta de las torres i las jibas de las cúpulas. Al frente, por sobre el tejado de Santa Sabina, surgía la colosal de *San Pietro*, como una mitra gigantesca, i aquí i allá se distinguían los perfiles de San Alejo, de Santa Prisca, del Monasterio de los Caballeros de Malta, del Convento de los Benedictinos, todos los monumentos de la Ciudad Santa, erguidos en la gloria de su poderío, haciendo contraste con las ruinas imponentes de la Roma Cesárea, el Palatino, el Coliseo, las columnas trunecadas del Foro, llenas de grandiosidad aun en su actual miseria, como los restos fósiles de la fauna antediluviana que revelan con sus osamentas de gigan-

tes, su corpulencia i su fuerza, empequeñeciendo las razas que la sucedieron.

Un único eslabón queda intacto de la cadena de los años: el Capitolio, cuya alta torre domina toda Roma, afianzando su soberanía de ciudad capital de un reino fuerte i glorioso. El monumento perpetúa la tradición, a ratos interrumpida, del dominio político, intelectual i artístico de Roma en toda la Itálica tierra i allí queda cimentado para siempre en las entrañas del monte inmovible. I mientras las sombras cadentes del cielo parecen aplastarlo todo bajo su manto, se diría que la torre Capitolina se agiganta absorbiendo los últimos resplandores del día, radiante como un faro entre las nieblas crepusculares del Tíber. Más que un objeto tangible, parece una idea luminosa que refulge con luz inextinguible; un astro sin ocaso: la estrella simbólica de Roma libre!

Contemplando aquel paisaje evocador de tan larga i tumultuosa historia, veía venir gradualmente la noche en la tarde plácida i tibia. El sol se habia hundido ya en el horizonte, dejando en el cielo como una aureola dorada de cabeza de santo bizantino, i la campaña ennegrecida parecía más vasta, más triste en su silenciosa soledad. Antes de alejarme dirigí una última mirada al viejo monasterio que acababa de visitar, i al verlo tan ruinoso en medio de aquel melancólico jardín de camposanto abandonado, mudas sus campanas, apagados los incensarios, desvestidos los altares, se me figuró que el verdadero ocaso no era el de aquel sol que se habia sumergido en el horizonte lejano llevando toda su vida, su calor, su luz a otras regiones i que al día siguiente volvería a irradiar en este mismo cielo, sino el ocaso de las creencias, de las supersticiones, de los fanatismos que se hundían en la lobreguez de una noche eterna, sin la esperanza consoladora de una nueva aurora, aplastadas bajo

los escombros de aquellos muros condenados a una catástrofe suprema contra la cual serían inútiles todos los puntales con que el artificio humano pretende sostener en pie el viejo edificio privado del alma vivificante de la fe.

Es noche ya. En la solemne quietud de las sombras, sólo se oye a lo lejos el tañido acompasado de una campana que convida a la oración vespertina. I los azahares, humedecidos por el relente, difunden su suave aroma virginal perfumando el ambiente quieto.

DANIEL MUÑOZ.

LA CABELLERA

FRENTE a su ventana i de cara al ocaso escribe el poeta. Llena los lustrosos pliegos de versos rotundos i cincelados, i los tupidos renglones de tinta negra, alineados como las rayas de una pauta, dejan adivinar estremecimientos armoniosos. A cada idea brillante, a cada sentimiento generoso se ilumina o se sacude, i la idea i el sentimiento, después de palpar en la pluma, caen sobre el papel como un rayo de luz de su cerebro o una gota de sangre de su corazón.

Porque el poeta siente más que todos; sus nervios son más sonoros i más sensibles, i el dolor, como el placer, arrancan de ellos, como de melodioso violín, notas de inmensa angustia o acordes de soberana dicha. Todos los deleites del amor, todas las ansias de la juventud, todas las miserias i todas las podredumbres las sabe esculpir

en el mármol de la lengua, i en él los deja inmovilizados i perpetuados como una Venus de majestuosa actitud o una Psiquis celestial, o un desesperado Laoconte.

Por la ventana abierta entra el martirio del crepúsculo: el crepúsculo que parece la sonrisa de un cadáver i que, como una lápida de sombra, pesa sobre el corazón. El sol, redondo i sangriento, se hunde; el aire tiembla i los templos alzan los brazos desolados de sus torres, quejándose en la voz de sus campanas. Las mujeres en los balcones sueñan, i dejan caer afuera sus cabellos como un pabellón de luto.

I aquella pesadumbre en su ánimo sensitivo se agranda. Siéntese el poeta asfixiarse en su cuarto i sale a divagar su pena por las calles. Se pierde en los barrios de la ciudad, ve a los limosneros, a los trabajadores, a las meretrices; mira de cerca toda la infelicidad i toda la desesperación, i lleno de amargura piensa en la Patria, que al través del misterio de la raza i la herencia, reproducirá indefinidamente el retrato de esos miserables. . . .

Quiere olvidar, quiere no oír tantas blasfemias i tantos gemidos, i va a una taberna. I allí bebe, bebe insensatamente, i el prestigioso alcohol prende en su cerebro todos los candelabros de Santa Sofía. Enardecido por su embriaguez divina, ve irisarse su sueño en el ópalo del ajeno, mira surgir su esperanza del esmeralda del Chartrense, sonríe a su ilusión bellísima, tras el velo de oro del cognac, se siente lleno de placidez bebiendo cerveza, i otra vez se pone triste besando a Loreley en el vino del Rin.

Más tentador que el ruido de una orgía, más sugestivo que la música, al llegar a una esquina oye un sonido argentino i vibrante de moneda.

I entró a jugar.

En medio de la claridad deslumbrante vió agrupados en torno de una mesa, como en un banquete, a los juga-

dores, pálidos o distraídos o desesperados; éstos con la mirada extinta, aquéllos furiosos; los talladores impasibles é indiferentes, como verdugos.

¡Oh la fiebre vertiginosa del Juego! El la sufrió, lo contagió, lo transfiguró; más que todos los licores embriagó sus sentidos i lo hizo delirar. El implacable vicio restiraba hasta el tormento sus sobreexcitados nervios, i a cada golpe de ganancia o de pérdida vibraba históricamente su organismo. Allí estaba el demonio del Juego atizando la codicia que se apagaba; sosteniendo la esperanza que desfallecía; atormentando a todos aquellos condenados con el filo de sus Espadas agudísimas i tendiéndoles como un filtro de locura el vino de sus Copas desbordantes; fascinando a los que vacilaban con el brillo de sus Oros irresistibles, i moliendo las espaldas de todos con sus Bastos inquisidores.

Cuando el poeta perdió su última moneda, se levantó.

¿En dónde ahogaría su disgusto? Aquella náusea de la vida, que le subía desde lo más hondo de su ser, ¿con qué manjar sabroso la perfumaría? ¿A dónde estaba la fuente de agua clara para apagar su sed? La infinita misericordia que sentía por el infortunio, ¿de qué servía a los desventurados? Si tuviera fe. . . .

Se encaminó a la casa de su amada que todas las noches lo esperaba en el balcón, i antes de llegar vió flotando su cabellera como un signo trágico; parecía el vuelo pavoroso de un cuervo; se asemejaba a la bandera de un buque hundido; quién sabe qué de inmensamente triste i desoladamente lúgubre veía en sus marejadas turbulentas.

Subió al balcón junto a la amiga tentadora. I la cabellera lo atraía i lo aterrorizaba a la vez como un peligroso imán; la acariciaba, jugaba con ella; la extendía sobre la espalda antigua; la dejaba correr como un río, como un río tenebroso i de aguas encantadas; i cual si fueran

flores, comenzó a deshojar sobre ella sus sueños, que flotaban i se hundían luego en la cascada de ébano; i sobre aquella corriente bituminosa, desliziándose sobre las ondas terribles, vió la barca de Aqueronte, cargada con los infelices que iban al Infierno.

Se dirigió al lecho. Quería ahogar en una noche tempestuosa de locura i de amor su desesperación; deseaba entorpecer su cerebro i cansar sus sentidos en la voluptuosidad. I bebió las miradas fascinadoras como un tóxico de cantáridas, i besó la carne de la Anadyomena, pulida i todavía con el sabor salado del agua del mar, i apuró en la copa de Alejandria de la boca jugosa todo el falerno de la voluptuosidad.

Al día siguiente él primeramente despertó; su amada, pálida como el alba que entraba por la vidriera, dormía pesadamente; había muchos cadáveres de rosas en sus mejillas, i en sus ojos muchas natividades de violetas. Aquella mujer, blanca como una estatua, de actitudes armoniosas como un ritmo, perfecta como un verso, lo había hecho olvidar; pero, ¿qué sentimiento nuevo le había hecho conocer? ¿Qué fuerzas generosas le había transmitido? Había ahuyentado sus ideas malsanas; pero, ¿cuáles otras, bellas o redentoras, le había sugerido? Ninguna.

Aquel reposo era la laxitud del organismo, su sueño sin pesadillas i sin sobresaltos era obra sólo del cansancio físico; i cayendo de la cabeza de su amada vió la cabellera, la fatídica cabellera undosa i desordenada como un bosque enmarañado por los tigres. Hundió sus dedos en el toisón luctuoso, lo ordenó, alisó las largas hebras de ébano enredadas; extendió el obscuro terciopelo sobre los hombros de mármol; dejó desbordarse el torrente de ébano; vió al través de sus língas los senos como dos rocas deslumbrantes.

¡Si se pudiera ahogar en aquellas aguas! I la lujuriosa

cabellera se torció entre sus manos hábiles, se torció como una víbora, le dió miedo, la volvió a torcer, la desplegó como un manto, la sacudió como el follaje de un sauz, la torció de nuevo, i de nuevo se le figuró una víbora; la estiró, así se asemejó a una sogá, i se la enredó al cuello, horrorizado, pensando en las traidoras ondas, imaginando una presión invencible, mirando la horca.

¿por qué no? ¿Qué era para él la vida? Un martirio, una bebida amarga, la cicuta apurada gota a gota. El único instrumento de placer que había encontrado era aquella lira viva, que había vibrado de amor bajo su mano vencedora; pero si se rompía mañana, ¿qué haría?

I en sus manos retorciase la cabellera, siniestra, trágica, tentadora. Entreabrióse la boca de la bella amante dormida; temió que despertara, i ese temor lo decidió: anudó la cabellera en torno de su cuello i la apretó, la apretó furiosamente, hasta estrangularse con la cuerda de azabache.

EFERÉN REBOLLEDO.

INDICE.

	Págs.
INTROITO	5
El hada amorosa	9
A las puertas del cielo	15
Amor	21
El vestido blanco	24
El príncipe Alacrán	29
Misa del Alba	37
El primer drama	39
Un 14 de Julio	42
El comediante	47
Sol del domingo	49
El turco de la Commune	51
Las niñas precoces	56
La hoja de parra	58
Historias vivas	65
El mejor regalo	71
El sueño del león	73
¡Oh, mis azahares!	75
Parisiense	77
La alborada	79
Del champagne	83
El número 32	84
Mui buen viaje	92
La mañana de San Juan	96
Medioeval	101
Legenditas épicas	104
La fiesta de los besos	109
Heroica muerte	111
El establo	119
Del caballete	125
El monstruo	127
La gata	132
El libro de oraciones	139
La redención	142

cabellera se torció entre sus manos hábiles, se torció como una víbora, le dió miedo, la volvió a torcer, la desplegó como un manto, la sacudió como el follaje de un sauz, la torció de nuevo, i de nuevo se le figuró una víbora; la estiró, así se asemejó a una sogá, i se la enredó al cuello, horrorizado, pensando en las traidoras ondas, imaginando una presión invencible, mirando la horca.

¿por qué no? ¿Qué era para él la vida? Un martirio, una bebida amarga, la cicuta apurada gota a gota. El único instrumento de placer que había encontrado era aquella lira viva, que había vibrado de amor bajo su mano vencedora; pero si se rompía mañana, ¿qué haría?

I en sus manos retorciase la cabellera, siniestra, trágica, tentadora. Entreabrióse la boca de la bella amante dormida; temió que despertara, i ese temor lo decidió: anudó la cabellera en torno de su cuello i la apretó, la apretó furiosamente, hasta estrangularse con la cuerda de azabache.

EFREN REBOLLEDO.

INDICE.

	Págs.
INTROITO	5
El hada amorosa	9
A las puertas del cielo	15
Amor	21
El vestido blanco	24
El príncipe Alacrán	29
Misa del Alba	37
El primer drama	39
Un 14 de Julio	42
El comediante	47
Sol del domingo	49
El turco de la Commune	51
Las niñas precoces	56
La hoja de parra	58
Historias vivas	65
El mejor regalo	71
El sueño del león	73
¡Oh, mis azahares!	75
Parisiense	77
La alborada	79
Del champagne	83
El número 32	84
Mui buen viaje	92
La mañana de San Juan	96
Medioeval	101
Legenditas épicas	104
La fiesta de los besos	109
Heroica muerte	111
El establo	119
Del caballete	125
El monstruo	127
La gata	132
El libro de oraciones	139
La redención	142

	Página
La figurante.....	145
Los funerales del sol.....	147
El miedo.....	148
¡Ave femina!.....	153
En el primer día del año.....	155
El único nombre.....	159
Anacreonte.....	161
El almuerzo.....	164
Leyenditas épicas.....	176
El ornemanista P.....	181
Hamlet.....	185
Sola!.....	189
La bandera.....	194
La primera aventura.....	197
Rara avis.....	206
La defunción de la muerte.....	214
Paul Verlaine.....	220
Cuatro motivos.....	223
Ante un sepulcro.....	226
Lo horrible.....	228
En el torreón.....	234
La prueba.....	238
Suisso.....	242
Andaluza.....	244
Sueños color de aurora.....	246
¡La voz calló!.....	248
El encaje roto.....	251
Junto a la cuna.....	256
Bodas de oro.....	258
Los celos de Ninón.....	260
El romance de una obrera.....	262
Mignón.....	265
Macbeth.....	267
La leyenda de la rosa blanca.....	272
Ninón.....	275
Impresiones de Roma.....	278
La cabellera.....	282

SAFO

ANTE LA CRÍTICA MODERNA

	Página
La figurante.....	145
Los funerales del sol.....	147
El miedo.....	148
¡Ave femina!.....	153
En el primer día del año.....	155
El único nombre.....	159
Anacreonte.....	161
El almuerzo.....	164
Leyenditas épicas.....	176
El ornemanista P.....	181
Hamlet.....	185
Sola!.....	189
La bandera.....	194
La primera aventura.....	197
Rara avis.....	206
La defunción de la muerte.....	214
Paul Verlaine.....	220
Cuatro motivos.....	223
Ante un sepulcro.....	226
Lo horrible.....	228
En el torreón.....	234
La prueba.....	238
Suisso.....	242
Andaluza.....	244
Sueños color de aurora.....	246
¡La voz calló!.....	248
El encaje roto.....	251
Junto a la cuna.....	256
Bodas de oro.....	258
Los celos de Ninón.....	260
El romance de una obrera.....	262
Mignón.....	265
Macbeth.....	267
La leyenda de la rosa blanca.....	272
Ninón.....	275
Impresiones de Roma.....	278
La cabellera.....	282

SAFO

ANTE LA CRÍTICA MODERNA

A. FERNANDEZ MERINO

ESTUDIOS DE LITERATURA GRIEGA

SAFO

ANTE LA CRÍTICA MODERNA

Tercera edición

MADRID

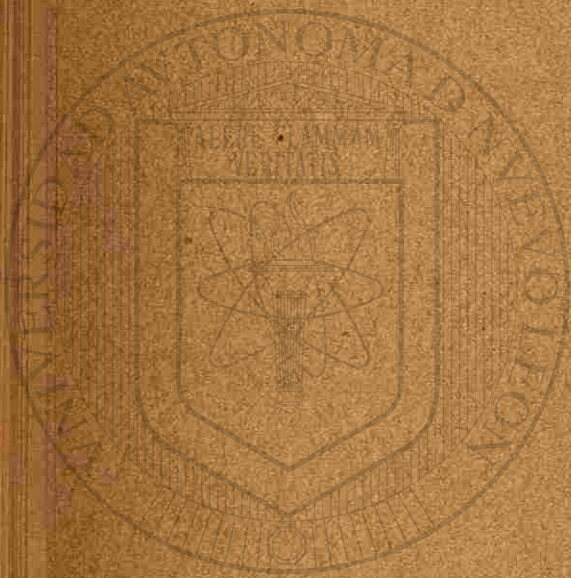
J. GASPAR * EDITOR * MONTERA, 3

1884



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



À MI ESPOSA

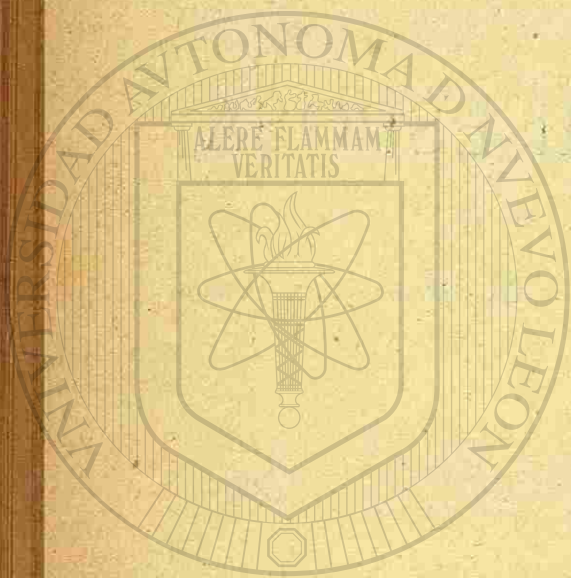
A Fernández Merino.

UANL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS





UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

SAFO ANTE LA CRÍTICA MODERNA

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA

"ALFONSO REYES"

Apto. 1625 MONTERREY, MEXICO

Al vernos en el mundo como eslabones de una cadena, en la que jamás se advierte solución de continuidad, se siente, digámoslo así, el vehemente anhelo de la investigación de nuestro origen, y de aquí la incesante lucha de las escuelas que, una tras otra, sin tregua ni descanso aventuran ideas, emiten suposiciones, crean mundos, forjan cosmos convencionales, para caer y levantar, pues difícil es ver lo que, estando sobre la propia naturaleza, se pierde en regiones á las que nuestra vista no llega. El tiempo, en su incansable marcha, nos coloca á inmensa distancia de los que fueron nuestros aborígenes; con su implacable saña ha cubierto de espeso polvo aquello que fuera un día tan brillante, y sin respetar nada, lo ha derruido casi todo; caídos en escombros yacen por tierra los esbeltos capiteles y los elegantes frisos, acá y allá se ven lucir en fragmentos los torsos mórbidos de las maravillas esculturales de otras épocas, y rodeadas de verdes y floridas ramas, como si la naturaleza las hubiera querido ornar de caprichosos marcos, se advierte una cabeza de bacante junto á la de una divinidad, el brazo atlético de un Júpiter junto á la mano delicada de una ninfa.

No hay nada que lleve tanto á la tristeza como la consideración de las ruínas, y de tal manera, gracias á la historia, nos po-

demos elevar, que sólo se contempla desolación y ruina: de la grandeza de la India queda sólo el recuerdo, y ruinas son hoy los templos gigantes que se alzaban en la cumbre del Merú y las pagodas brillantes que se reflejaban en el sagrado Ganges: el sol ardiente parece haberlo secado todo; han cambiado los usos, las costumbres y las instituciones; ya no existen las antiguas bayaderas ni el brahma permanece inmóvil días y meses, esperando en la absoluta quietud de su cuerpo las sacrosantas revelaciones para su espíritu; de la terrible grandeza egipcia, representada siempre por la monótona línea recta, quedan los indescritibles geroglíficos de las agujas y monolitos que, tirados por tierra años y siglos, han llegado á ser, gracias á las excentricidades de la época moderna, anacrónicos adornos en las plazas de las modernas capitales y de Grecia, de la patria del arte y de la belleza más cercana de nosotros; mas en íntima relación con las particulares notas de nuestro carácter, quedan también sólo ruinas y despojos, pues si bien de generación en generación, con una laudable constancia, hombres y hombres se aplican laboriosamente á reconstruir con trozos lo que aquello fuera, son vanos sus esfuerzos, porque si ni el sol, ni las aguas, ni el desprecio de los hombres han podido fundir los mármoles ni los bronceos, si el instinto de destrucción que en ciertas épocas de la historia parece haber dominado al mundo no ha podido borrar los emplazamientos de antiguas ciudades y villas que fueran un día emporio de riqueza moral y material, no ha sucedido lo mismo con los partos felices de muchos ingenios que florecieron allá en la preceptora de la soberbia Roma, y unos tras otros oímos celebrados por sus contemporáneos, de los que para justificar su fama apenas si queda algún título de obra, algún verso suelto, algún pensamiento aislado y aun quién sabe si mejor es que así suceda ó que lleguen á nosotros envueltos en nebulosas que se prestan á interpretaciones que el mayor número de las veces tienen por única base la falsedad, hija del afán de hallar efectos ó la mala inteligencia á causa del errado conocimiento adquirido en los textos que se conservan.

Anticiparse al tiempo de que se disfruta, pensar en el porvenir, es lanzar al alma contra lo desconocido con la fuerza terrible de la catapulta formidable que se llama ambición humana; agitarse en el presente es encerrarse en férreo anillo, para salir del cual no es

bastante la propia voluntad, y este considerar hace que nos repleguemos gustosos en el pasado, buscando en las sinuosidades del tiempo pensamientos que flotan aislados y semejan suspiros de un alma, que juntos forman poemas en los que nos deleitamos; que procuremos averiguar la vida de aquellos que no han dejado ni dejarán de brillar, pues las indelebles páginas de la historia los trasmite siempre para admiración de todos.

El estudio de la literatura presenta ancho campo para las investigaciones, y es por demás curiosa la que puede llevarse á cabo con respecto á la tan celebrada Safo, á pesar del reducido número de obras suyas que nos quedan, y de lo envuelta que se halla su vida en el misterio, pues no son pocas las cuestiones que pueden suscitarse, íntimamente ligadas con ella, y no son de escasa importancia las que en este trabajo podemos llamar preliminares.

La civilización griega no aparece perfectamente definida en el tiempo; en la historia vemos como á las regiones que más tarde tendrán nombre eterno, bajan hombres de distintas razas, de distintos caracteres, y tras las luchas incesantes, que presiden siempre al establecimiento de un pueblo en el lugar donde levantará sus hogares, los helenos se fijan en aquellas á las que tendremos que recurrir siempre que nos queramos ocupar en la belleza. Pocos pueblos de los que pueden comprenderse bajo un nombre genérico, habrán tenido en su origen la total falta de unidad que la Grecia primitiva; pero ninguno puede servir de tan fiel comprobación, para afirmar que en el ideal cabe la variedad y que de esta variedad resulta un todo grande, sublime y armónico, en cuya contemplación es fuerza extasiarnos. Tal vez si no satisficiera la idea que ligeramente apuntamos, diríamos que existió algo común que presidió siempre aquella variedad, pues sólo de este modo puede explicarse como razas en las que desde luégo se advierten tan diferentes condiciones, realizando lo que es natural y propio con respecto á ellas, contribuyen á que en el tiempo aparezcan aunados sus esfuerzos y que hoy sean comprendidas todas sus obras bajo un nombre, sin recordar las variedades de carácter á que debieron su nacimiento.

Cierto es que no hay en ninguna de las razas que vinieron á formar el pueblo griego una, cuyos sentimientos sean refractarios á lo bello: entre aquellos pueblos no hay uno que no tenga en sí

elementos que aportar para la creación de estéticos modelos, sólo que estas palpables y relevantes pruebas no podían ser semejantes entre los fastuosos jonios que entre los dulces eolios ó entre los perezosos beocios: en cada uno de éstos hay algo que los personifica; así es que cuando Homero, cantando la cólera del hijo de Peleo, hace surgir la epopeya y tras él se revelan los Homéridas, atestiguan en los jonios una potencia de genio sublime, que late aún en los versos del ciego inmortal, en los poemas de sus sucesores y en los himnos de Apolo Delio y Apolo Pitio; al mismo tiempo los rudos beocios, á quienes Demóstenes (1) llamaba insensibles y á los que otros antiguos escritores han zaherido (2), atentos sólo á los intereses generales y á lo que á la vida común se refería, pero parte de aquel pueblo que brilla siempre por sus manifestaciones literarias, produce lo que se armoniza con su carácter y nace entre ellos Hesiodo, que se presenta con la sencillez del pastor que cumple una misión en nombre de las Musas, con su poesía austera, que constituye, digámoslo así, un curso de teogonía; y de la misma manera que géneros enteros se determinan y particularizan en una raza, casi todos los elementos de aquella grandiosa literatura los vemos aparecer en poblaciones donde se cultivan y florecen, y en Paros (3) encontramos el yambo satírico, la comedia nace en Megara (4), la tragedia en Atenas (5), la historia y la filosofía en Mileto (6) y la poesía lírica, como género desde su aparecimiento, la vemos cambiar también, según los pueblos, pues ésta tenía que darse en todos, como expresión de lo propio y subjetivo, sólo que entre los dorios es cantada en las fiestas públicas, en las solemnidades religiosas, por los coros, como expresión de los ciudadanos reunidos, en tanto que entre los eolios habla en nombre del poeta, celebra las sensaciones que se experimentan en la vida privada ó

(1) *De Corona*, p. 240. *De Pac.*, p. 61.

(2) PINDARO: *Olimpica*, v. 151.—CICERÓN: *De Fato*, IV.—HORACIO: *Ep.* I, II, I.^o—CORNELIO NEPOTE: *Alexandrus II.*

(3) En la isla de este nombre, una de las Ciclades, nacieron los poetas ARQUILOCO y EVENO.

(4) SUSARIO, natural de Megara, fué el primero que con un coro disputó el premio en las fiestas dionisiacas.

(5) SÓFOCLES y ESQUILO, nacieron en Atenas.

(6) En esta ciudad nació TALES, uno de los siete sabios, y más tarde ANAXIMANDRO.

canta las emociones íntimas del alma, aunque alguna vez estas composiciones fueran cantadas en coro, como sucedió con un himeneo de la poetisa, objeto de este trabajo, y alguna otra de Anacreonte, según el testimonio de Ateneo (1).

Este carácter particular y propio de la poesía lírica entre los eolios, está suficientemente probado; á esta raza pertenecen los más renombrados líricos, los más inspirados eróticos y los más sentimentales elegíacos; y como quiera que cada uno de aquellos pueblos no hacía con sus composiciones literarias un patrimonio exclusivo para sí, sino que se difundía su conocimiento por toda Grecia, en ella la poesía de los eolios, la poesía de la escuela de Lesbos era la más alabada: como razón de que así era porque así tenía que ser, hallóse un fundamento mítico, pues bien sabido es que en aquellos tiempos todo lo grande y sorprendente se suponía de origen divino. Entre ellos encontramos los primeros gérmenes de la poesía aportados por los beocios, que dan la forma, y los tracios el acompañamiento, pues si de unos heredan el culto sublime de las Musas, reciben de los otros los acentos musicales para expresararlo, y recurriendo á una poética ficción, que así son todos los fundamentos que de aquellos tiempos nos quedan, vemos cómo, según la tradición, después de la trágica muerte que dieron á Orfeo las Menades tracias (2), habiendo arrojado al mar la cabeza y la

(1) NEUE, Fr. v. ATENEO: ed. CASAUBÓN IX, p. 463, XIII, p. 600.

(2) ORFEO, cantor tracio, hijo de Apolo y de la musa Caliope, según la fábula, acompañó á los argonautas en su expedición, prestándoles importantísimos servicios, gracias á su rara habilidad en la música; con tan divino arte supo cautivar á las divinidades infernales, que consintieron en devolverle á su esposa Euridice. Acerca de su fin hay distintas versiones: según unos, se mató por no poder sobrevivir á la muerte de su amante; otros aseguran que Júpiter le hirió con el rayo por haber querido revelar los secretos de los dioses; PLATÓN afirma que pereció por no haber querido morir en lugar de su esposa; pero la tradición más admitida es la consignada por LUCIANO, *Adversus indoctum* XI, ed. Holtze, t. IV, p. 7, que le hace perecer despedazado por las Ménades tracias (sacerdotisas de Baco), ya por haber despreciado el culto de este dios, ó por el invencible odio que profesaba al sexo femenino. La cabeza de Orfeo y su lira fueron arrojadas al Hebro, río que nace en los montes Rodopes y desagua en el lago Estentor, cerca del mar Egeo. Arrastradas por su corriente llegaron al golfo Melana, formado por dicho mar al NO. del Quersoneso de Tracia, y se detuvieron en Lesbos, encallando en la juntura de una roca: recogidas por los habitantes de dicha isla, dieron sepultura á la cabeza en el sitio, donde más tarde se alzó un templo á Baco, y colgaron la lira en el templo de Apolo, á quien la dedicaron.

lira de aquél, que las despreciara, las ondas las impelieron hasta las costas de Lesbos (1), patria desde entonces de los dulces cantos que, cautivando á siglos, y siglos han llegado hasta nosotros para excitar profundamente la atención. En aquella isla, en la pequeña población de Antisa (2), enseñaban la tumba del que con los sonos de su lira había movido las peñas, y allí conservaban el sagrado instrumento con que dominaba las fieras, razón para que más y más abrigaran la creencia de que en su suelo habían de florecer los más grandes poetas líricos.

Y no es sólo esto; el lenguaje, el medio de expresión sirve admirablemente para determinar qué producciones son las propias de una región y de los dialectos de la antigua Grecia, ninguno tan á propósito como el eolio para expresar los dulces afectos y las amorosas sensaciones (3). El dorio servirá por su ampulosidad para relato de grandes aventuras y señaladas proezas; el beocio, por su escasez de formas, servirá para expresar deseos violentos; el eolio es tierno, dulce, sencillo, apasionado como el moderno italiano, y en tal dialecto hallaremos lo que corresponde á tales caracteres, como sucede con las composiciones de Alceo, Alcman, Anacreonte, Stesicoro y Safo.

Todos están conformes, y nadie ha negado que de la isla de Lesbos, célebre siempre en los fastos históricos, por el renombre de los genios eminentes que en ella florecieron, en la ciudad de Mitylene (4), nació la ilustre poetisa, cuya vida había de ser eterno

(1) Isla célebre del mar Egeo, cerca de las costas de la Troade y de la Mysia.

(2) Antisa, también era primitivamente una isla; Myrsilo lo dice: entonces Lesbos se llamaba Issa, luego Antissa no ha podido ser llamada sino á una isla frente de Lesbos. STRABON, *Geographia*, l. 1, c. 5.^o *Prolegomena*, ed. Didot-Müller, página 50. OVIDIO, *Metamorphoseos*, l. xv, v. 287, ed. Holtze, t. II, p. 366.

Fluctibus ambitae fuerant Antissa Pharosque,

Et Phoenissa Tyros; quarum nunc insula nulla est.

Leucada continuam veteres habuere coloni;

Nunc freta circuunt.

(3) Primeramente los griegos llamaron *eolio* á todo lo que no fueran los dialectos jónico, ático ó dórico. Más tarde dicha denominación quedó limitada al dialecto hablado en las costas é islas del Asia menor. Sus caracteres diferenciales son el empleo del digamma, cuando esta letra había desaparecido del alfabeto griego, la marcada predilección por los sonidos en *a* y *o*, el escaso número de contracciones y la gran extensión de la conjugación en *pu*.

(4) STRABON, XIII, 2.^o, II. Mitylene, ciudad muy grande, está situada entre

foco de interesantes creaciones, y cuyas obras serían modelos por la forma, por su sentida expresión y por el fondo, por lo profundo de sus pensamientos; mas no existe igual conformidad con respecto á los años en que floreció. Hoy, merced á los trabajos de la crítica moderna, puede determinarse muy aproximadamente, haciéndola coincidir con su compatriota Alceo, que vivió el año 620 antes de J. C., ó sea en la olimpiada xxxviii, testimonio confirmado por Ateneo, según el cual la ilustre lesbiana florece en los años de Alyates (1), rey de Lidia, que son desde 628 al 570 antes de J. C. Bien es cierto que la crónica de Eusebio (2) la hace vivir en la olimpiada xliii y que según Suidas (3) florece en la xliii; pero la diferencia queda reducida á un corto número de años, que hemos de suponer en favor de Safo, dado que todos los críticos están conformes en que la poetisa era más joven que Alceo.

Poco conformes están los autores al ocuparse en la vida de la ilustre cuanto calumniada poetisa, excepción hecha del lugar de su nacimiento, en lo cual cúpole más suerte que á Homero. Todos afirman que nació en Lesbos, como ya hemos manifestado; pero al tratar de su familia, dicen unos que fué hija de Simón ó de Eunomi-

Methymna y Malia: dista de Malia setenta estadios, ciento veinte de Cana y lo mismo de Arginussa. Las Arginussas son tres islas no grandes, próximas al continente y adyacentes de Cana. Entre Mitylene y Methymna, cerca del pago de Methymna Aegiro, es muy estrecha la isla (Lesbos), pues desde Pirracó á Euripo solo hay veinte estadios. Phirra está situada en la costa occidental de Lesbos, á cien estadios de Malia. Mitylene tiene dos puertos: el del Sur, cerrado, sólo puede contener cincuenta trirremes; el del Norte, grande y profundo, está protegido por un muelle.

(1) Aliatte, rey de Lidia, sucedió á Sadiatte é hizo la guerra á los medas y á Cyaxares, nieto de Dejóces: arrojó á los cimmericos del Asia, tomó la ciudad de Smirna, colonia de Colofón, y fué derrotado ante Clazomena. (HERODOTO, I, 16, ed. Holtze, t. I, p. 9). Murió después de haber terminado la guerra de Mileto y haber reinado cincuenta y siete años (HERODOTO, ed. cit., t. I, p. 14). Envió ricos presentes á Delfos, siendo el segundo que tal hiciera de la dinastía de los Mermnades, fundada por Giges después de haber dado muerte á Candauro, rey de Lidia, cediendo á las insinuaciones de la reina, que quería vengar la afrenta que le infirió su esposo haciéndola ver desnuda de Giges, con quien casó después. (HERODOTO I, 8, 13, ed. cit., t. I, p. 5 y sig.). Entre sus presentes fué á Delfos el más rico que allí se viera, una magnífica copa ataujiada de oro, obra de Glauco de Kios, inventor del arte de soldar el hierro.

(2) EUSEBIO, *Chronica*, Milán, 1818.

(3) SUIDA, *Lexicon*, ed. Bernhardt, Brunswick, 1853, t. II, p. 673.

no; otros que debió el ser á Ecrigyo ó á Ecryto; otros le dan por padre á Semo ó á Camono, sin que sean éstos los únicos nombres aventurados. Sin embargo, ni en poco ni en mucho se admitió ninguno de éstos, pues en todo tiempo la crítica aceptó la opinión emitida por el padre de la historia, según el que Safo fué hija de Escamandronimo (1). Algunos escoliastas aseguran que su madre se llamaba Cleis ó Clide, pero sin dar detalles más que con respecto al primero, que todos aseguran era ciudadano de Mitylene. Tres fueron sus hermanos, nombrados por ella: Eurigio, de quien nada se sabe; Caraxo, exportador de vinos de Mitylene á Naucratis (2), del que más tarde hablaremos, y Laricho, que en Mitylene también comerciaba en el mismo artículo (3). Esto por lo que toca á su familia: la aseveración de que era casada hemos de rechazarla en absoluto, por cuanto únicamente la encontramos entre los cómicos griegos, que tan mal la trataron, trató en relación con el que está el nombre de Cercyola ó Cercola que buscaron para el marido, pues de él resulta un equívoco obscuro (4); lo mismo que con su matrimonio nos vemos obligados á hacer con una hija que algunos le han supuesto y á la que llaman Cleis, pues esto no tiene más fundamento que unos versos que cita Hefestión (5): este gramático no dice en parte alguna que pertenezcan á la citada poetisa, y aunque la crítica con sus sutilidades hubiera llegado á afirmar que pertenecían á Safo, muy bien pudiera suceder que fueran dirigidos á alguna de sus compañeras ó discípulas de las que la historia nos

(1) HERODOTO, II, 135, ed. cit., t. I, p. 202.

(2) ATENEO, XIII, ed. cit., 596, b.

(3) ATENEO, X, ed. cit., 424, f.

(4) Haciendo prevalecer la primera ortografía podríamos hacer derivar semejante nombre de *κέρκος*, *mono lujurioso*, ó de *κέρκωσις*, *enfermedad propia de las mujeres*. Si tomamos la segunda forma, que es la más admitida, sería una palabra compuesta de *κέρως* *cuerno* y *κύλλος* *redondo*, ó de *κέρως* *cuerno* y *κύλλος* *disforme*.

(5) HEFESTIÓN, gramático griego que vivió á mediados del siglo II de nuestra era. La única obra suya que nos queda se titula *Enchiridion peri metron*, publicada por primera vez en Florencia, 1526. En ella se encuentra un tratado de métrica griega y muchas citaciones de obras antiguas. De las ediciones modernas son recomendables las de TOMÁS GAISFORD, Oxford, 1810, in 8.º, y más recientemente la Biblioteca Teubneriana ha publicado, bajo la dirección de R. WESTPHAL, el primer tomo de los *Scriptores metríci graeci*, que comprende las obras del autor citado, Leipzig, 1854.

ha conservado el nombre (1). Históricamente sólo podemos apuntar estos detalles y el de un viaje que hizo á Sicilia, aunque de éste, si bien comprobada la verdad de su realización, no podemos determinar las causas que á ello le indujeran, pues no es admisible que lo hiciera huyendo de las iras de su hermano Caraxo, como algunos afirman, á quien agriamente había censurado el trato ilícito que sostenía con la cortesana Rodopis. Cierta es esta última parte; está comprobado que la que más tarde había de dar nombre á repugnante vicio, reprendió con dureza á su hermano en una composición que no se conserva; hablando Herodoto de Micerino (2), rey de Egipto, de quien afirma dejó una pirámide más pequeña que la de su padre Keos, niega la idea emitida por algunos griegos de que ésta fuese levantada por Rodopis, que dice era originaria de Tracia, esclava de Yadmon, hijo de Hefestepoli de la isla de Samos y compañera de esclavitud de Esopo el fabulista. Más tarde, esta Rodopis fué llevada á Egipto por Xanto, donde Caraxo de Mitylene, hijo de Escamandronimo y hermano de Safo, dió por su libertad una cantidad considerable: habiendo vuelto Caraxo á Mitylene, Safo lo censuró en sus versos.

Strabon (3), describiendo las pirámides que se encuentran á cuarenta estadios más allá de Menfis, después de describir la tercera y decir que aunque de más pequeñas dimensiones es de más costosa construcción, por ser desde la mitad á la cúspide de piedra negra traída del fondo de la Etiopía, que hace más difícil su trabajo por la dureza que le es propia, cuenta que esta pirámide pasaba por ser la sepultura de una cortesana célebre, á quien sus amantes elevaron tal monumento: dicha cortesana—prosigue el geógrafo griego—no puede ser otra que Doricha, de quien habla Safo, la ilustre melógrafo, que había sido querida de su hermano Caraxo, en el tiempo en que éste, negociante en vinos de Lesbos, iba con frecuencia á Naucratis, llevado por sus negocios (4). Ateneo, al hacer mención de las cortesanas que más nombre alcanzaron por

(1) La milesiana Anagora, Gongyla de Colofonia, Atthis, Telesippa, Megara, Eúnica de Salamina y otras.

(2) HERODOTO, II, 129-134, ed. cit., t. I, p. 199-201.

(3) STRABÓN, XII, 1.º, 33. *Aegíptus*, ed. Holtze, t. III, p. 449.

(4) STRABÓN, XVII, 1.º, ed. Didot, p. 686-45.

su belleza (1), cita una á la que llama Doricha, que fué comprada por Caraxo en un alto precio, y á la que dió libertad para hacerla su amante: por este motivo su hermana, la elegante Safo, lo censuró en sus versos. Estas son opiniones irrecusables, á nuestro modo de ver, para probar que existió una composición que tal vez despertara las iras del censurado; pero es cierto que el referido viaje lo hizo Safo en los primeros años de su juventud, como lo atestiguan los mármoles de Arundel (2), y la vuelta de Caraxo á Mitylene tiene lugar el año 569, que es cuando se dió á los helenos la ciudad de Naucratis (3), donde Rodopis vivía, donde Caraxo la conoció, la compró y le dió libertad, llevado de la pasión que le inspiraba. Más digna de crédito nos parece la opinión de algunos, según los que Safo emprendería este viaje no voluntariamente, sino desterrada, como su compatriota Alceo, por el tirano Pittaco, á quien llamaron Sarapo (4), á causa de lo desmesurado de sus piés, más por la parte que tomaron en la lucha entablada en Mitylene entre los dos partidos, que por haber escrito algo en contra del que, vencedor más tarde y agradable á todos por sus actos, había de permitir que volviera á su patria; á esto puede oponerse la corta edad que la poetisa tendría entonces, y la escasa importancia que se daría á sus versos, en el caso de que ya los escribiese; queda, pues, por aclarar

(1) ATENEO, ed. cit., xiii, p. 596; ed. Holtze, t. iii, p. 348.

(2) Gracias á la protección del conde de ARUNDEL, Tomás Howard (1580-1646), pudo marchar á Grecia el sabio arqueólogo WILLIAM PETTY. En Paros, el año 1627, descubrió las lápidas cronográficas, á las que se ha dado el nombre de su primer poseedor. Estas lápidas forman la *Crónica de Paros*, que contiene los principales acontecimientos de la historia griega desde Cecrope, el primero que reinó en Atenas, hasta el arcontado de Calistrato (1582 á 355 a. d. J. C.). El hijo del conde de Arundel, Enrique Howard, hizo donación de estas lápidas á la Universidad de Oxford, donde en la actualidad se conservan. En 1629 fueron traducidos y comentados por SELDEN (*Marmora Arundeliana*). Las mejores y más exactas versiones son las de CHANDLER, *Marmora Oxoniensia*, Oxford, 1763, y la de F. C. WAGNER, *Chronicon Parium*, Marburgo, 1832. En la versión latina de este último, el Epoch. 37 dice: *A quo Sappho e Mitylene in Siciliam traicit fugiens... anni cccxxviii*. Este corresponde al 592 antes de nuestra era, ó sea al 1.º de la olimpiada xlvii.

(3) Naucratis, ciudad y puerto comercial del antiguo Egipto, á la izquierda en el Delta, único por su importancia en los primeros tiempos. STRABÓN, xii, 1.º, 23. *Aegyptus*, ed. Didot, p. 602, y célebre también por la belleza y gran número de las cortesanas que allí vivían. HERODOTO, I, ii, 135, ed. cit., t. i, p. 202.

(4) ALCEO, fragmento conservado por DIÓGENES LAERCIO, I, 81, inserto con el número 38 en la ANTOLOGIA LYRICA, de BERGK, Leipzig, 1843.

esta cuestión, teniendo que ser desechada en absoluto la suposición de que lo hiciera siguiendo á un amante, por ser ésta la que menos fundamento tiene. A estos detalles réstanos sólo añadir el de su trágica muerte, del que hablaremos más tarde, pues los mencionados son únicamente los que han servido para redactar la biografía de la ilustre escritora que estudiamos.

Desgracia grande es que el tiempo haya destruido el mayor número de las obras que, según Suidas, escribió la insigne lesbiana (1), y aun gracias debemos dar á que tales fueran sus méritos, que algunos escritores las trascibieran en las suyas, presentándolas como modelos (2); bastantes son éstas y las deducciones que se pueden hacer de sus contemporáneos, para negar en absoluto las afirmaciones de otros que si resultaran verdaderas, empañarían tan distinguido nombre y disminuirían la gloria que desde luego y por todo ha conquistado á través de las edades. El superficial co-

(1) SUIDA, ed. cit., p. 574. *Escribió nueve libros de composiciones líricas y además epigramas, elegías, gambos y monodios.*

(2) Los fragmentos conservados de Safo son cxxxix, según la edición de NEUE, *Sapphonis Mitylenaeae fragmenta*, Berlín, 1827; cxx según la de BERGK, *Poetae lyrici graeci*, Leipzig, 1843; cxx también en la *Anthologia lyrica* del mismo autor, Leipzig, 1883, ed. Teubner; cxx en la ed. de VOLGER *Sapphus lesbiae carmina et fragmenta*, Leipzig, 1810; xc según F. G. SCHNEIDEWIN en el *Delectus poetarum graecorum*, Goettinga, 1838; lxxviii según la ed. de BOISSONADE, *Lyrici graeci*. Estos fragmentos han sido conservados por DIONISIO HALICARNASO, *De struc. verb.*, edición Holtze, t. v, Leipzig, 1869-76; LONGINO, *De sublimitate*, sec. x, p. 40; EUSTATHIUS, *ad Homero II*, v, 111; HERMÓGENES, *De formis orat.* en el t. iii de los *Rhetores graeci*, publicados por WALZ, Stugart, 1832-56; ATENEO, *Deipnosophistas*, ed. CASABÓN, I, p. 21, II, ps. 39, 54 y 57, IX, p. 410, XI, 460, 493, 475, XIII, 564, 571 y 599, XV, 674, 687; STRABÓN, ed. cit., I, 69; APOLONIO DYSCOLO, *De Sintaxis*, III, 288, ed. POULTMANN, Berlín, 1818; SCOLIAS DE PINDARO, ad. *Olimpica*, II, 96; ARISTÓTELES, *Ret.* I, c. 9, II, c. 23, ed. Holtze, t. 12; HEPHESTIÓN, *Enchiridion*, páginas 23 y 24, ed. Teubner, Leipzig, 1864; AMMONIO, de *Adfinium vocabulorum differentia*, p. 23, ed. Ammon, 1787; DION CHRISÓSTOMO, *Orat.* xxxvi; STOBEO, *Florilegio*, t. III, ed. Teubner, p. 34, Leipzig, 1856; POLLUX, *Onomasticon*, VII, c. 16, c. 22, x, c. 27, ed. Seber, Ansterdan, 1706; PLUTARCO, *De tranquillitate animi*, t. III, ed. Tauchnitz, Leipzig, 1815; MÁXIMO DE TYRO, *Disset.* xxiv, 297; SCOLIAS DE SÓFOCLES, ad. *Electra*, 148; ID DE TEÓCRITO, ad. *Idilio*, xi, 39; GALENO, *Protreptico*, c. 8, ed. Willet Lugduni, 1812; DEMETRIO PHALERIO, de *Elocutione*, clxii; SERVIO, ad *Virgilio*, *Georgica*, I, 31; SCOLIA ARISTÓPHANES, ad. *Plut.* 729, y en otros muchos autores antiguos, así como también en el *Etymologicum magnum* y en la *Anthologia*.

nocimiento de la historia griega ha dado lugar, á nuestro modo de ver, al primer error en que se ha incurrido, tratándose de la décima musa, como llama el amantísimo discípulo de Sócrates (1) á la supuesta amante de Faón, porque si bien es cierto que en aquel pueblo tan culto se cuidaba mucho de la educación del hombre y desde los primeros años de su vida se le iniciaba en los asuntos de la vida pública, la educación de la mujer parecía importar bien poco, y se la abandonaba en el gineceo; hecho con el que se llega á la comprobación de una verdad histórica, que entre los eolios se realiza mucho más tarde.

En el comienzo de las sociedades, en las épocas heroicas, vemos siempre á la mujer gozando de iguales derechos y preeminencias que el hombre; la vemos cumpliendo los mismos deberes, y esto, más que á nada, debe atribuirse á que en los primeros días de un pueblo la vida del hogar no está definida y, por tanto, no se halla determinado el fin verdadero y justo que la mujer debe realizar, cosa que sin grande esfuerzo puede comprobarse: la India, donde tan poca consideración ha merecido al legislador la mujer, socialmente hablando, ha tenido los Kchatryas, casta que otorgaba á la mujer grandísima consideración, y en los primeros años de aquella civilización la mujer ocupa un puesto muy distinguido y entre las mujeres se encuentran reinas y poetas (2), y aparecen consideradas y respetadas en el Ramayana y en el Maharabata, lo cual desapareció en tiempos posteriores, como no podía menos de suceder en países que se presentan como tipos del absolutismo. Sita y Dayamanti desaparecerán en la historia para ser sustituidas por las desventuradas esposas de Prasenadschit y del rey de Magadha: pero han existido, es cierto, en aquellos primeros días en que el hombre, lo mismo que la mujer, contribuían juntamente á sobrellevar las cargas de la vida.

Lo mismo que en la India sucede en Grecia; en la época histórica se advierte para la mujer el más grande respeto, la mayor consideración, y aun algo de lo que aquel pueblo eminentemente artista concede siempre á la belleza. Pruebas de esto que decimos se hallarán cuantas se quieran en los poemas homéricos y en las

(1) PLATÓN, en la *Antología*, ed. Holtze, t. II, p. 193, ep. 506.

(2) WEBER (ALBERTO), *Histoire de la littérature indienne*, traduite par A. SA-DOUS, 1859, p. 19.

obras de los poetas que aun se inspiran directamente en los cantos de aquel ciego inmortal cuyo nacimiento se disputaron tantas ciudades. El colérico Aquiles, que parece incapaz de ningún sentimiento tierno, dice: «no es hombre honrado el que no honra y distingue á la mujer.» Menelao, á pesar de sus desdichas, declara «que aquí en la tierra no hay ningún bien mayor que la unión conyugal en que reina la concordia y el mutuo afecto.» Los ancianos que han perdido á sus hijos en la guerra sangrientísima de Troya afirman, al ver pasar á Elena, que por semejante mujer se pueden sufrir diez años de fatigas y de horrores (1). Cuando Elena, curiosa, acude á la muralla para ver combatir el marido que tomara como voluptuosa con el que abandonara al dejar de ser honrada, en lo alto de la puerta Scea á que la conduce Iris transformada en Laodicea, encuentra á Príamo, que con distintos ojos contempla la pelea, y á pesar de su dolor de padre, no dirige reproches á la causante de sus desventuras, ni se calla en su presencia para que el silencio no la ultraje, sino que con voz en la que se advierte el sentimiento, le dice: «acercáos, hija mía; sentáos á mi lado para que podáis ver á vuestro primer marido, á vuestros parientes y á vuestros amigos: vos no sois la causa de los males que sufro, los dioses solos son autores de ellos (2): muerto Héctor, su dolorido padre no sale á pedir el cuerpo que tanto desea sin consultar con su esposa Hécuba (3); los pretendientes de Penélope siempre la respetan á pesar de sus constantes promesas que nunca cumple (4), y de este modo podríamos prolongar las citas en apoyo de la opinión manifestada.

Este respeto, esta consideración no decrece en Grecia sino muy tarde, cuando la vida se hace pública, porque en tanto que el hombre acude al *ágora* para discutir lo de interés ó para pasar el tiempo, como Demóstenes afirma, la mujer queda relegada en el fondo del gineceo, y más tarde, aun Platón mismo declara que en Grecia, poco afectos al matrimonio, se habían hecho necesarias las leyes que lo prescribían (5). Esta coincidencia, que por su repetición

(1) HOMERO, *Il.* c. III, v. 150 y sig.

(2) HOMERO, *Il.* c. III, v. 160 á 165.

(3) HOMERO, *Il.* c. XXIV, v. 187 y sig.

(4) HOMERO, *Odís.* c. I, v. 319 y sig.

(5) PLATÓN, *Banquete*.

sucesiva merece el carácter de ley histórica, atendiendo á que si bien entre los romanos no se da, porque aquéllos, que en su soberbia pretendían para sí el calificativo de hijos de los dioses, dieron bien pronto pruebas de ser bandidos, no deja de advertirse en ninguno de los pueblos cuya vida comienza con la caída del gran Imperio, ni en las tribus germánicas del Norte que les dan nacimiento, y en las que el severo Tácito (1) la estudia y la presenta como modelo. Conocido esto, sabiendo que los eolios desde el principio distinguieron á la mujer con más derechos que ningún otro pueblo, que estos derechos existieron siempre, ó al menos no fueron negados sino después de mucho tiempo, se comprende que en la isla de Lesbos, sin pertenecer á la clase de las hetarias, una mujer podía gozar de vida independiente, cultivar las artes y distinguirse en cualquiera de las ramas del saber humano; una prueba de esto que decimos, irrecusable á nuestro modo de ver, se halla en las obras de los poetas que pertenecen á los distintos pueblos que en total formaban la Grecia de aquel tiempo; los poetas eolios Alcman, Alceo, Stesícoro las ensalzan y las veneran (2); Aristófanes, nacido en Atenas, las ridiculiza sin piedad (3), y el trágico Eurípides, nacido en Salamina, hace de ellas el constante objeto de sus censuras (4).

(1) TÁCITO, *De moribus germanorum*, l. iv.

(2) Véanse los fragmentos de ALCEO, STESÍCORO y ALCMAN insertos en la *Anthologia Lyrica* de BREGK, ed. Teubner, 1883.

(3) ARISTÓFANES en su comedia *Lisístrata*, representada el año 412 antes de J. C., una de las más bellas que tiene, aunque de las más inmorales, por más que pueda parecer extraño esto á los que sostienen que lo bello siempre es moral, pinta á las mujeres como lascivas y desvergonzadas; ed. Holtze, t. 1, p. 191, v. 1 y sig. En la que titula *Thesmophoriazusae* (las mujeres que celebran las fiestas de Ceres), representada también en 412 antes de J. C., dice que son falaces é interesadas hasta la profanación, ed. cit., v. 443-458; en la misma obra, versos 466 y siguientes, las presenta como falaces é impúdicas. Tanto esta comedia como la titulada *Eclesiazusae* tienen por fin principal ridiculizar á las mujeres: en la primera juran vengarse de Eurípides por lo mal que las ha tratado; en la segunda toman parte en los negocios públicos haciendo que se adopte una constitución fundada en la comunidad de bienes y de mujeres.

(4) EURÍPIDES, *Medea*, v. 231, ed. Tauchnitz, t. 1, p. 205: La mujer es la más miserable de las criaturas. ELECTRA, v. 1035, ed. cit., t. iv, p. 157: La mujer es necia. IFIGENIA EN TAURIDE, v. 1032, ed. cit., t. II, p. 247: Están prontas á engañar. ALOPE, ed. cit., t. iv, p. 182, fragmento conservado por STOBEO, tit. 75: Son difíciles

Cuando de un lado la influencia asiática y de otro el nuevo género de vida, dan lugar á que la mujer quede abandonada en el gineceo, asignándole por único cuidado las atenciones de la casa y de la familia, surgen entre ellas espíritus altivos, que con su conducta protestan de la innovación que tanto y tanto ha rebajado el carácter de su sexo. Estas que protestan, no observando la conducta determinada á la *mujer de su casa*, dejan de serlo, pero no depravándose, no descendiendo hasta mancharse con el inmundo cieno que envilece á la mujer, no hay motivo para llamarlas prostitutas. Así, pues, entre aquéllas y éstas apareció una nueva clase que recibió el nombre de hetarias. Etimológicamente, *hetarias* significa compañera (1), y de ellas no hallamos ningún concepto más propio que el que da Demóstenes (2), diciendo: «Tenemos amigas (*εταίρας*) para el recreo del alma; prostitutas (*παλλακή*) (3) para la satisfacción de los sentidos, y mujeres legítimas (*γυραιίς*) (4) para darnos hijos de nuestra sangre y guardar las casas.» Estas hetarias, mal entendidas por algunos, son, sin embargo, dignas de mucha consideración por la provechosa influencia que ejercieron en su tiempo en el ánimo de no pocos hombres notables. Ante los severos heliastias, tuvieron más poder las mórbidas formas de Friné, que los elocuentes argumentos del gran Hipérides (5), que parecía hallar inspiración en los brazos de aquellas mujeres, cuando jamás supo vivir sin la bella Aristorga, en Eleusis; sin la voluptuosa Filo, en su casa de campo (6), y sin Mirrina, en Atenas. El severo estagirita, maestro de Alejandro, no pudo separarse durante su vida

de guardar. Este mismo pensamiento lo repite el celebrado trágico en *Danae*, ed. cit., t. vi, p. 209. *Oreste*, v. 1163, ed. cit., t. 1, p. 99: No son dignas de ninguna fe. En los fragmentos de los inciertos, ed. cit., t. iv, v. 163: La mujer es malísima para todas las cosas.

(1) *εταίρα* de *εταίρος*, compañero, cuya radical es *ετας*, del mismo año.

(2) *Contra Neaera*, inserta en el t. III de la ed. Teubner.

(3) *παλλακή* en sentido recto significa concubina. Su radical es *πάλλαξ*, forma eólica de *μειραξ*, que significa muchacha en mal sentido (que los franceses han traducido por *fille*) ó joven afeminada.

(4) Plural de *γυνή*, cuya radical es *γίγνομαι*, nacer.

(5) HIPÉRIDES, orador ateniense que florece en los años 395 á 322 antes de J. C.

(6) ATENEÓ, XIII, ed. cit., p. 590, dice que despidió de la casa paterna á su hijo Glaucippo para tener en ella á dichas hetarias.

de Herpillis, la madre de Nicomaco (1); Platón, el ilustre discípulo del severo Sócrates, alaba á su Arquenassa de Colofonia, aunque envejecida (2), y Aspasia fué dueña del Estado, siendo dueña de Pericles.

Hé aquí, pues, distinguidas las clases á que únicamente podía pertenecer una mujer, cuando la democracia imperó en Grecia; pero esto que decimos no es general, y de ello constituyen una excepción los eolios, entre los que no estando la mujer en la misma condición que en los otros pueblos de Grecia, florece Safo, cultiva la poesía, tiene participación en los asuntos públicos, toma parte en las solemnidades religiosas y hasta crea escuela, á la que concurren en gran número discipulas que ya hemos citado.

Esta determinación de la condicionalidad de la mujer en los distintos Estados griegos, y la prueba hecha de la preferencia y derechos de que aun gozaba en el tiempo de la poetisa de que tratamos en algunos de ellos, permite afirmar *à priori* que Safo no es, como se ha supuesto, una hetaria, y mucho menos una impúdica prostituta. Safo es la institutriz á cuyo lado acuden las jóvenes á quienes educa, á quienes impone de los encantos sublimes de la poesía, para con ellos levantar el espíritu y formar modelos.

Hemos dicho que Herodoto, Strabón y Ateneo afirman que la dulce Lesbiana, al tener conocimiento del desvergonzado proceder de su hermano, que enamorado de una cortesana, la compra, para que con la libertad que le otorga corresponda á su pasión, se indigna y prorrumpe en censuras durísimas y punzantes sátiras. Todas ellas hubieran quedado desvirtuadas desde el momento en que cualquiera de los citados autores opusiera alguno de los vicios que se le imputan, ú otros hicieran mención de ellos, oponiéndolos á la castidad y buenos principios que la censura implica, cosa que no sucede. Aun puede decirse más: Alceo, poeta del que tampoco se conservan más que fragmentos, pero bastantes á atestiguar una gran violencia de pasiones y una gran exaltación de sentimientos;

(1) El filósofo la recuerda hasta en su testamento, que nos ha sido conservado por DIÓGENES LAERCIO, Ateneo, XIII, ed. cit., p. 589.

(2) ATENEO, XIII, 589, nos ha conservado un epigrama de PLATÓN, en el que dice, embelleciéndolo todo, que las arrugas de su amada son los retiros del amor mordaz. Este epigrama se halla inserto con el núm. 27, entre los de PLATÓN, publicado en los *Poetae Lyrici Graeci* de BERGK, Leipzig, 1843, p. 448.

Alceo, que, según los antiguos, jamás escribía sin estar en estado de probar el fervoroso culto que rendía á Baco (1), saluda á la poetisa, diciendo: «Safo, la de los rizos semejantes á violetas; Safo, noble, la de dulce sonrisa» (2); y en otro fragmento que nos ha conservado Aristóteles, como le manifestara deseos de decirle algo que el pudor le veda (3), ella le contesta: «Si tu deseo se refiriera á cosa buena y honesta, y tu lengua no intentara decir cosa mala, la vergüenza no se reflejaría en tus ojos y expresarías tus justos deseos (4).» No es posible conciliar esto con las aseveraciones calumniosas que se han hecho, y ambas pruebas creemos que sean bastantes para afirmar desde luégo que Safo, en ninguna de las épocas de su vida, fué una mujer prostituida, como han supuesto algunos, pues mal puede censurar quien tiene mayores vicios, y poco propio es del carácter de Alceo y de la libertad de costumbres de aquella época tratar á la poetisa de la manera que lo hace, si hubiera dado lugar al más pequeño desmán.

Esto no obstante, justo es repetirlo: tales vicios se le han supuesto, con tales calumnias se le ha ultrajado, que muchos creyeron necesario inventar otra Safo, para que sobre ésta cayera el oprobio y no desmereciera en nada la ilustre escritora. Ateneo, Eliano y Suidas (5) afirman que había dado lugar á la confusión otra Safo de Ereso, sin que, en verdad, consiguieran nada con tan pobre recurso. Ninguna de las autoridades citadas, ninguno de los historiadores griegos contemporáneos de la supuesta amante de Faón, ni de época próxima á su florecimiento, habían establecido tal distinción; Strabón, Herodoto, el mismo Platón, Aristóteles, ninguno, en fin, menciona más que una de este nombre, la que tanta gloria había de dar á las letras griegas. Trascurrieron siglos, se operó una reforma en la historia, llegó Grecia á su mayor decaimiento, se estableció nueva era para computar el tiempo, y doscientos años después de Jesucristo, la hace Ateneo de Naucratis; en

(1) ATENEO, X, ed. cit., p. 430.

(2) ALCEO, ed. BOISSONADE, p. 9, frag. 24, conservado por ARISTÓTELES, *Retórica*, I, 9, *De genere demonstratio et rebus honesti ac laudabilibus*.

(3) ALCEO, ed. cit., frag. 34.

(4) SAFO, ed. *Neue*, frag. 61, conservado por ARISTÓTELES, *lug. ind.*

(5) ATENEO, XIII, ed. cit., p. 596. ELIANO, *Varia historia*, ed. Tauchnitz, Leipzig, 1829, I, XII, cap. 19, p. 34. SUIDAS, ed. cit. *Σαπφώ*.

esta vía le secunda Eliano de Presneta, que vive en el siglo tercero de nuestra era, y por fin la ratifica Suidas. Considerada la anomalía que resulta de esto, pueden deducirse las razones, no sólo para negar la existencia de otra mujer homónima de la poetisa, sino también en apoyo de lo que afirmamos con respecto á su vida y costumbres. *El banquete de los sofistas*, *Las Historias* y el *Lexicon* (1), son obras de reconocida importancia, por cuanto á ellas se debe únicamente el recuerdo de muchos autores, cuyas producciones se han perdido, y entre éstos se hallan el mayor número de los cómicos griegos, de los que, á pesar de los desvelos y esfuerzos de Meineke, no han llegado á nosotros más que trozos de comedias, y de no pocas el título nada más. Tal vez las conocieran los compiladores citados; tal vez en la época en que florecieron la devastación operada por el tiempo no había sido tan completa como hoy aparece, y ellos pudieron leer todo cuanto se había dicho en contra de la poetisa que estudiamos. Del tal carácter son las imputaciones que se le han hecho, que comenzando por el vicio aquel de que hubiera hablado Montesquieu, si la voz de la naturaleza no lo contuviera, hasta llegar á las suposiciones hechas para justificar su trágica muerte, todas estaban en abierta contradicción con lo expuesto por otros escritores y con lo que podía deducirse de sus composiciones. Pero no queriendo afirmarlo ya de la poetisa, ni atreviéndose á negarlo, recurrieron al pueril medio de duplicar la personalidad, cosa de la que no puede dudarse, por cuanto los más hábiles comentadores que han cuidado de estas obras así lo afirman (2).

El origen de la difamación de Safo está en los cómicos griegos; pero la autoridad de éstos es nula cuando se trata de asuntos históricos, y mucho más para la cuestión de que tratamos, por cuanto

(1) Obras de ATENEO, ELIANO y SUIDAS. De la primera la más antigua es la ed. de Aldo, Venecia, 1514. Entre las posteriores son muy recomendables las de Casaubón, Ginebra, 1597; la de Schweighaeuser, Strasburgo, 1801-1807; la de Meineke, Leipzig, 1858-1867, col. Teubner, y la de Holtze, Leipzig, 1868. De la segunda es la más antigua la de Perusco, Roma, 1545, y de las posteriores las más notables las de Perizonio, Leiden, 1701, y la de Tauchnitz, Leipzig, 1829. De la tercera es la más antigua la de Aldo, Venecia, 1554, y se recomiendan las de Kuster, Cambridge, 1705; la de Gaisford, Oxford, 1834, y la de Bernardi ya citada.

(2) ISAAC CASAUBÓN — in *Ateneo*, Nota:—*Sapphos duas fuisse voluit, alteram Eressiam, alteram Mitylenaeam, utramque Lesbiam et condendis versibus illustrem.*

el más próximo á la época en que la poetisa vive, es Amipsias, de la comedia antigua, que florece ciento cincuenta años después. Para dar carácter histórico á las comedias en que la protagonista fuera la ilustre cantora de Lesbos, los cómicos hubieran tenido que recurrir á Platón, Solón, Alceo y Anacreonte: en este caso, todo hubiera estado en favor de ella, pues ya sabemos hasta qué punto la ensalzaron y alabaron aquellos filósofos y poetas. ¿En qué consiste que sucede precisamente lo contrario? Creemos que sea únicamente por el carácter y las condiciones de la comedia griega; y para probar esto no hay más que recordar su origen y los fines á que la hicieron servir los que en aquellos tiempos cultivaron este género: parte primero de las solemnidades establecidas en honor de Baco, procedente de los himnos fálicos, como dice Aristóteles (1), tuvieron siempre el carácter alegre y bullicioso de aquellas fiestas, y en un principio fué su fin principal censurar la política y la administración, sin que de ellas pudiera librarse, ni el jefe del Estado, ni el magistrado, ni el guerrero, ni el legislador; semejantes á los modernos folletos, aquellas comedias no respetaban nada, y bien pronto hacían públicas las bastardas ambiciones, revelaban los proyectos, alentaban las luchas de los partidos parodiando los actos de los contrarios al cómico, hacían pública manifestación de crímenes (2), y llegó á tal punto el abuso, que la ley se vió precisada á poner remedio (3), y durante mucho tiempo después de Aristófanes, Cratino y Eupolis, hubo un período que en la historia de la literatura se llama comedia media, en el que no se recuerda ningún autor célebre, pero en el que se comienza á notar un cambio en el fondo de este género de producciones, de modo que al aparecer lo que por todos se llama comedia nueva, ó sea el período de Difilo y Menandro, la comedia dejó de ser lo que fué, abandonó la censura de los actos de la vida pública y todo el adelanto que

(1) ARISTÓTELES, *Poética*, IV.

(2) HORATIO, *Sat.*, I, I, v. 1-5.

Eupolis atque Cratinus Aristophanesque poetae,
Atque alii quorum comedia prisca vitiorum est,
Si quid erat dignum describi, quod malus aut fur,
Quod moechus foret aut sicaris aut alioqui
Famosus multa eum libertate notabant.

(3) MEINKE, *Historia critica comicorum graecorum*. SCHOEMANN, *Antiquitates iuris publici graecorum*, Greifswald, 1838.

había conseguido en la exposición y desarrollo del asunto, todo lo que había ganado en el manejo de la intriga, lo emplea el cómico en la censura de la vida privada. Su fin principal entonces es hacer reír, y para esto tiene que inventarlo todo ó adulterar lo que encuentra, razón por la cual en algunas ocasiones el cómico se cree superior al trágico (1); el mejor autor es el que más hiere (2); la obra más interesante aquella que hasta hace olvidar las desdichas de la patria (3), por lo que, y sin que quepa excepción en las comedias, de todo se burlan y todo procuran hacerlo caer en ridículo, sin que respeten los más venerandos nombres, como sucede con el justo Sócrates, á quien procuró desvirtuar Aristófanes (4); con Platón, á quien hacen objeto de sus punzantes burlas Epicrates, Anfis y Anaxilao; con Alejandro, á quien censuró Efipto (5), y con

(1) ANTÍFANES, in *Poësis*, (ποίησις), ATENEO, 222.

(2) ARISTÓFANES ES EL CÓMICO más renombrado, y sus obras, como bien es sabido, son las más punzantes y las más atrevidas.

(3) CAMALEÓN, en el l. vi de su tratado *περί κωμωδίας*, según ATENEO, l. ix, página 406, refiere que HEGEMÓN parodiaba tan bien y recitaba tan admirablemente, que gozaba en Atenas de grandísima reputación: el mismo día que presentó en el teatro su *Gigantomaquia*, se recibió la noticia de la catástrofe ocurrida en Sicilia (ATENEO, xv, ed. cit., p. 609), y sin embargo, nadie se movió de su asiento, á pesar de que en ella cada cual había perdido un pariente ó un amigo. Se cubrieron la cabeza para ocultar á los extranjeros el dolor que experimentaban, y permanecieron inmóviles aunque HEGEMÓN se había callado.

(4) Hay quien afirma, y entre ellos ELIANO, l. ii, c. 13, ed. Tauchnitz, Leipzig, 1829, p. 34, que Aristófanes fué pagado por Anitos y Melitos; pero la opinión del celebrado cómico á sus invectivas en las *Nubes* no pudieron ser causa de la condenación del filósofo. La representación de las *Nubes* tuvo lugar el año 424 antes de J. C., y la condenación de Sócrates por los heliastas se dictó veinticuatro años después. Además, Platón, que tanto quería á su maestro, lo hubiera nombrado con horror y hubiera execrado sus comedias, y precisamente sucede todo lo contrario; cuando Dionisio de Siracusa le manifestó deseos de conocer el gobierno de Atenas, se las envió todas, sin olvidar las *Nubes*. Podría decirse que esto no prueba nada con respecto á la personalidad del cómico; pero no sucede lo mismo con el epigrama de Platón, que ha llegado hasta nosotros conservado por OLIMPIODORO (in *vita Platonis*) inserto en la *Antología*, ed. Tauchnitz, t. iii, p. 347, LXIII, en el que dice: «Las Gracias, buscando un templo que no pudiera destruirse nunca, hallaron el alma de Aristófanes.»

(5) EFIPFO escribía, según ATENEO, xii, ed. cit., p. 537, que Alejandro se presentaba en los festines vestido de Júpiter, de Mercurio y hasta de Diana, y el mismo autor en su comedia *Gerión* (γηρύνας) hacía alusiones para poner en ridículo á Ptolomeo y al reino de Egipto (ATENEO, ix, ed. cit., p. 370).

los oradores Hipérides y Demóstenes, á quienes ridiculizó Timocles (1).

(1) TIMOCLES, en su comedia *Delos* (δῆλος). Además el cómico CRATES había sacado á la escena al filósofo Hippon (de la escuela jónica, á quien ARISTÓTELES (*Metafísica*, l. i, c. iii) trata duramente. DIFILO había hecho una comedia contra el filósofo Baeda, y había llamado *sucio*, manchado con el sudor de la Sicilia al historiador Timeo, (PLUTARCO, *Nicias*, i); EUPOLIS había satirizado á Sócrates, aunque poco, y AMIPSÍAS lo había sacado á escena en una comedia, de la que nos han sido conservados algunos versos por DIÓGENES LAERCIO (in *Socrate*, ed. Wetstenio, Amsterdam, l. ii, p. 28). EPICRATE ridiculizó á Platón, Speusippo y Menedemo, por las cuestiones en que pasaban el tiempo. El cómico los presenta discutiendo acerca de la naturaleza de las calabazas (ATENEO, ii, 59). EUBULO, en su comedia *διονύσιος* censuró á Eurípides porque había hecho versos que silbaban como serpientes. SOSITEO, poeta griego del siglo iii antes de J. C., contemporáneo de Teócrito, que, según unos, era natural de Siracusa, y, según otros, de Atenas, hizo un drama satírico, *Dafnis y Litiérsas*, ridiculizando al filósofo estoico Cleanto, que había sido primero atleta y que más tarde, para poder seguir las lecciones de Zenón, vino á Atenas, ofreciéndose como mozo á un jardinero, que le empleó en sacar agua por las noches. Espíritu lento y muy laborioso, recibió el sobrenombre del Asno, si bien decía que tal asno era el único de lomos tan resistentes para poder cargar con el enorme peso de la filosofía zenónica. A propósito de los fragmentos que de *Dafnis y Litiérsas* nos quedan, hubo una empeñada discusión en el siglo xvi entre FR. PATRIZZI y J. MAZZOCHI para determinar á qué género pertenecían. Según Patrizzi, *Dafnis y Litiérsas* son dos obras distintas, formando la primera un poema bucólico y la segunda una tragedia pastoral. Según Mazzochi, los dos títulos pertenecen á una misma producción, siendo un poema bucólico. Un filólogo moderno, Enrique Carlos Abraham EICHSTAEDT, se ha decidido por la opinión de que pertenecen á una sola obra, definiéndola como drama satírico, pero colocándolo en una especie particular que llama satiri-cómico. LICOFRÓN, nacido, según SUIDAS, en Calcis el siglo iii antes de J. C., hizo un drama satírico entero contra Menedemo, que fundó la escuela filosófica de Eretria. Tanto los fragmentos de éste como los de Sositeo, se hallan en los *Tragicorum Græcorum fragmenta*, publicados por AUGUSTO NAUCK en la colección Teubner, Leipzig, 1856. PITRÓN, en un drama satírico (*αγών*) ridiculizó á Harpaló, capitán de Alejandro, que había quedado encargado del gobierno de Babilonia durante la expedición del hijo de Filipo, y que se refugió en Atenas después de robar los tesoros que le estaban encomendados. ARCHEDICO, según POLIBIO, xii, 13, censuró agriamente al íntegro Demochares. EPINICO hizo una comedia satírica contra el historiador Mnesiptolemo, y MENANDRO, según el testimonio de LINCEO DE SAMOS (*περί Μενάνδρου*), había sacado á la escena á muchos contemporáneos y compatriotas suyos. En verdad que poco tiene esto de particular, cuando los poetas cómicos llegaron hasta á ridiculizar á los dioses: en la comedia titulada *Busiris Βούσιρις* de EFIPFO (ATENEO, x, ed. cit., p. 442), Hércules aparece como un glotón grosero: en la de EPICARMO *Ηραϊστός ἢ κωμασταίς* (ATENEO, xiv, ed. cit., p. 637), Vulcano y Hera disputaban como bajos vendedores de plazuela.

Es muy de notar que, en tanto que de la comedia antigua se conservan obras enteras, de la comedia nueva restan sólo fragmentos, cuando no títulos solos, y tal cosa nos la podemos explicar por el carácter del género comedia en sus distintas épocas: fué primero, y desde cierto punto de vista, relación de asuntos públicos, y de una mano á otra fueron conservándose como testimonios de un período histórico; pero desciende á la vida particular y privada, censura al ciudadano en el hogar, mancha con calumniosas imputaciones las vidas de seres dignos de respeto, y cuando se han representado y surtido efecto, consiguiendo que el pueblo se alboroce y ría, caen en el olvido y desaparecen poco después.

Por lo que llevamos dicho se comprende claramente que los detractores de Safo, como mujer, pudieron encontrar sólo en los autores de la comedia media apoyo para afirmar vicios que ninguna autoridad hace creer que fueran ciertos, y que, por tanto, deben su creación á los cómicos atenienses, sin otra razón ni otro motivo que dar gusto á la sociedad del tiempo en que vivían. Una pasión amorosa contrariada que lleva á un sér sensible al suicidio, da muy bien asunto para un drama conmovedor, y ni aun esto hacen, ni se fijan en la desgracia; atienden sólo á lo que puede ser objeto de mofa y burla, presentan á la protagonista como cortesana impúdica, como hetaria descarada, como corruptora de la juventud, dando lugar á que se piense que tal vez lo hicieran así alguna vez, personificando en la poetisa á otro tipo, al que trataran de flagelar duramente con la sátira y otras, tomando lo cómico que resulta de una mujer que enamora á un hombre sin ser correspondida, pues creemos que es bien antigua la preocupación en que se incurre, creyendo que sólo es propio del hombre manifestar el amor que siente. Si de una parte se hubiera tenido presente el carácter peculiar de la comedia griega, el tiempo en que florecen los cómicos que sacaron á escena á la poetisa, las autoridades que debieron estimarse como competentes, y de otra el tiempo en que la poetisa vive, el carácter de la civilización de la época en que florece, la franqueza y libertad del lenguaje poético, entendemos que no se hubiera creído en la existencia de caracteres y vicios que acusan manifiesta depravación, ni hubiera sido necesario duplicar la personalidad de Safo para ponerla á cubierto de los vicios que se le imputan. Después de los cómicos griegos, los autores latinos, apo-

yados en ellos, siguieron dándola á conocer como hasta hace poco se la conocía, y entre los modernos hubo también quienes se creyeron autorizados para censurarla, fundados en el testimonio de Dífilo y Timocles, Ovidio y Horacio, sin observar que esto no les era ya permitido.

Por fortuna hoy, merced á los trabajos hechos, y á lo más generalizados que se encuentran los conocimientos, cabe menos error que en los tiempos pasados. Hubo autor del siglo xvii que quiso robustecer su opinión citando para ello pomposos títulos de tratados debidos á los filósofos de la antigüedad que Máximo de Tiro, escribiendo en el siglo ii de nuestra era, lamentaba que se hubieran perdido, y hubo en nuestro siglo quien, para acusar á la ilustre hija de Lesbos, ha subido al tripode y en él ha gritado: «Ved lo que dicen los cómicos griegos.» Viéndolo con la mayor detención, hallamos que con el nombre de la poetisa por título, había escrito una comedia Amipsias (1), contemporáneo y rival de Aristófanes, que floreció doscientos años después que ella, y á quien sin duda censuraría y pondría en ridículo; pero de su obra no queda más que la noticia de que existió conservada por Pólux (2), en la discusión acerca del verdadero sentido que debe darse á la palabra *καθημέριος*. En vista de esto, Amipsias, ¿llamaba perezosa á Safo? Lo ignoramos, pues el autor del *Onomasticón* se limita á decir que el cómico empleaba dicha palabra en su obra (3). Muy pocos años después, Antifanes, el tan fecundo cómico ateniense (4), que, según Meinke, puede ser comparado con Lope de Vega y Calderón (5), dió á la escena una comedia con el mismo título; de ella se conservan veintitún versos (6), en los que la ilustre hija de Lesbos proponía una adivinanza á la manera de Cleobulina (7), que llegó á dar nombre á las composiciones en que abundaban. Medio siglo

(1) Nacido en Berga, ciudad de Tracia: á este cómico escribió un comentario DOROTEO ASCALONITA.

(2) PÓLUX, *Onomasticón*, ed. cit., p. 1123.

(3) *Comicorum Graecorum fragmenta*, ed. Didot-Bothe, p. 266.

(4) Los autores nos han conservado fragmentos de trescientas sesenta y cinco comedias suyas.

(5) MEINKE, *Historia critica comicorum graecorum*, p. 311 á 340.

(6) ATENESE, x, ed. cit., p. 450; ed. DIDOT-BOTHE, p. 395.

(7) Hija de Cleobulo, uno de los siete sabios, nacida en Lindo (isla de Rodas) á mediados del siglo vi antes de J. C., se hizo célebre por sus adivinanzas y enigmas.

después, Efipo, nacido, como el anterior, en Atenas, aprovechó lo que ya venía siendo tradicional, é hizo una comedia titulada también *Safo*, de la que se conservan únicamente cuatro versos (1); no se sabe en boca de qué personajes los pondría el autor, que indudablemente debía favorecerla muy poco; en Ateneo resulta equiparada á una cortesana, dado que, citando opiniones de cómicos contra ellas, enumera las de Filétairo, en *Cinegis* (2); Eubulo, en *Campiliona* (3); Antífanes, en *Hidra* (4); Anaxila, en *Pullastra* ó *Neotis* (5), y Efipo, en *Safo*. Sigue las huellas de los anteriores Timocles, de la comedia media, como los anteriores, y escribió una de *Safo*; pero por desgracia se conservan sólo dos versos (6), que atestiguan cuán crueles debían ser las invectivas que se dirigían á Smíggolas, por su afición á los citaristas de ambos sexos. El quinto de los cómicos, que en el catálogo de sus obras se halla una con el nombre de *Safo* por título, es Dífilo, natural de Sinope, que floreció doscientos sesenta años después que la poetisa. De la comedia de éste nos han conservado sólo memoria de que existió (7) y el recuerdo de que en ella se suponía que Safo había tenido por amantes á Arquiloco y á Hiponax, opiniones sin fundamento ninguno por lo que venimos manifestando, y además porque el terrible satírico, que persiguió hasta la muerte á Sicambo, floreció un siglo antes que la ilustradora de Leucades y su discípulo, cincuenta y seis años más tarde. Por último, Anfis, de la comedia media, escribió una con idéntico título, siendo esto lo único que se sabe (8).

Sobrados motivos hay para afirmar que en estas obras se trataba de Safo, y aun para suponer lo que decían, aunque se ignore.

(1) ATENEO, XIII, ed. cit., p. 572, ed. DIDOT-BOTHE, p. 496.

(2) FILETARO, de la comedia media, se cree que fué hijo de Menandro: *Cinegis* es el nombre de una cortesana célebre.

(3) EUBULO, de la comedia media, nacido en 372 antes de J. C.: *Campilion* es también una cortesana.

(4) AUTOR YA CITADO: el asunto de su obra es el mismo que el de las anteriores.

(5) ANAXILAS, uno de los poetas más antiguos de la comedia media: *Neotis* es el nombre de una cortesana que CASAUBÓN traduce por *Pullastra* y GROTIUS por *Luvenula*. Con este mismo título y asunto hicieron comedias ANTÍFANES (ATENEO, III, ed. cit., 108), y EUBULO (ATENEO, X, ed. cit., p. 467).

(6) ATENEO, VIII, ed. cit., p. 339; ed. DIDOT-BOTHE, p. 621.

(7) ATENEO, XIII, ed. cit., p. 599; ed. DIDOT-BOTHE, p. 643.

(8) ANTIATIGISTA, 10, 423; ed. DIDOT-BOTHE, p. 486.

No sólo en ella se sacaba á la escena á la autora que estudiamos, sino que lo mismo hizo Menandro en la *Leucadia*, de la que no quedan más que los versos con que daba comienzo la obra, de los que podría deducirse que Safo fué la primera que se arrojó desde el promontorio, punto del que hablaremos más tarde. Anfis tuvo también una comedia con el mismo título; pero de los tres versos que se conservan (1) no puede deducirse nada en pro ni en contra. *Leucadia* y *los fugitivos*, tituló una de las suyas Alexis, que florece dos siglos y medio después que Safo, y tampoco puede deducirse nada de los cortos fragmentos que nos han sido conservados (2).

Antífanes, que ya había lucido en el asunto, hizo una comedia titulada *Faón*, acerca de la que Meinke duda si hacía referencia al supuesto amante de Safo, ó si era el protagonista un pervertido pitagórico del mismo nombre, de quien en el libro IV del *Banquete de los sofistas* nos habla Ateneo. Optamos por que sería lo primero; pero, de cualquier manera, de la citada obra queda sólo un verso presentado por Pólux, para determinar el sentido de la palabra *στροφάρα* (3). También tituló *Faón* á una de las suyas el cómico Platón, de la Olimpiada LXXXVIII, pero lo mismo que de las anteriores no puede deducirse nada, á pesar de ser mayor el número de versos que nos quedan (4).

En presencia de esto que decimos, que es lo cierto, dado lo que acabamos de exponer, que es lo único que puede presentarse de lo que citan los detractores, ¿qué debemos pensar? Ya lo hemos manifestado antes: caminando de suposición en suposición, los que han querido hacer algo que pareciera serio, se han dado la mano con aquellos cuyo proceder se puede disculpar en cierto modo; pues esperar que un cómico se atenga fiel y exactamente á la historia, sería lo mismo que desear hallar en cantos líricos el *Lexicón* de Suidas. Si prescindiendo del testimonio de aquellos autores que la calumniaron, quisiéramos hallar en las composiciones de Safo algo que pudiera haberlas motivado, no lo encontraríamos tampoco. Cierto es que muchos de los fragmentos que se conservan de la

(1) ATENEO, VII, ed. cit., p. 277; ed. DIDOT-BOTHE, p. 484.

(2) ATENEO, III, ed. cit., p. 95; ed. DIDOT-BOTHE, p. 546.

(3) POLUX, ONOMASTICON, ed. cit., p. 831.

(4) ATENEO, ed. cit., p. 5; ed. DIDOT-BOTHE, p. 250.

ilustre escritora atestiguan vehemencia y apasionamiento hacia varias de su sexo, como se observa en el que se queja de que Atthis la haya abandonado para irse con Andrómeda (1), cosa que nunca debió excitar la atención, por cuanto la poetisa se queja, sólo como maestra, de que una de sus discípulas la abandone para marcharse con una de sus rivales en la enseñanza. Además de esto, no deben perderse de vista las relaciones puramente espirituales que para la civilización y cultura existían entre las mujeres de Lesbos y el carácter general que se advierte en los versos de la poetisa que estudiamos. En Atenas los más renombrados filósofos tenían academias, á las que concurrían los jóvenes ávidos de saber para ilustrarse; y en otros puntos de Grecia, entre los eolios, mujeres ilustradas se dedicaban también á la enseñanza. Entre estas doctas hay que contar á Safo y otras muchas, cuyos nombres nos ha conservado la historia. La exaltación de la autora, unida á la mayor ternura propia del corazón de la mujer, pueden muy bien ser la causa de ciertas frases que se hallan en sus versos, y si aun con respecto á esto quedara alguna duda, sería bastante á desvanecerla observar que en casi todos los fragmentos se dirige á ellas como preceptora y les censura ú la falta de cultura (2) ó algún vicio ó defecto, ó se queja del abandono que sufre por alguna y cuya causa es concurrir la que fué su discípula á la clase de una rival (3), ó la censura por el mal genio ó carácter, animándola á manifestar tan buen humor como belleza (4); y si á esto se une que, no sólo por las razones expuestas, sino también por el considerable número de sus amantes, se la ha censurado, creemos que no sería sutileza sospechar que había el deliberado intento de hacerla blanco de injurias por vicios que, de ser ciertos, las hubiera tenido merecidas.

(1) Fr. xxxvii, ed. NEUE, p. 59, conservado por HEFESTIÓN, 42.

(2) Fr. xix, ed. cit., conservado por STOBEO, *Florilegio*, IV, 12.

(3) Fr. xxxvii, ed. cit., p. 59, conservado por HEFESTIÓN, 42.

(4) Fr. xlii, ed. cit., conservado por STOBEO, *Florilegio*, IV, 12.

SAFO ANTE LA CRÍTICA MODERNA

Excepción hecha de que por testimonios que no han llegado hasta nosotros, ni se hallan consignados en ninguna parte, pueda probarse otra cosa, creemos que con lo ya dicho caen por su base las afirmaciones hechas con respecto al vicio, para cuya enunciaci3n se tomó su nombre en años posteriores; quedarán refutadas también las que se han hecho suponiéndole amores, siempre ilegítimos y no pocas veces criminales. En todo ello, más que otra cosa, puede verse, si no mala fe, al menos deseo de sacar partido ridiculizando á los ojos de los demás lo que á otros mortificaba: para esto poco ó nada hay tan á propósito como las noticias ó referencias escandalosas relativas á una persona que ha llamado grandemente la atención de todos, con los felices partos de su ingenio. Conviene hacer notar que tal vez hubiera importado menos el que las aseveraciones á que nos referimos hubieran sido hechas por hombres de reconocida autoridad; ent3nces tal vez se hubieran contradicho unánimemente ó se hubieran opuesto para desvirtuarlas, méritos cuya existencia es de todo punto incontrovertible; esto no sucede desgraciadamente cuando el instrumento de desprestigio es la sátira, que todos ríen y celebran y que se trasmite de boca en boca, sin que sepamos en buen número de casos quién fué el in-

ilustre escritora atestiguan vehemencia y apasionamiento hacia varias de su sexo, como se observa en el que se queja de que Atthis la haya abandonado para irse con Andrómeda (1), cosa que nunca debió excitar la atención, por cuanto la poetisa se queja, sólo como maestra, de que una de sus discípulas la abandone para marcharse con una de sus rivales en la enseñanza. Además de esto, no deben perderse de vista las relaciones puramente espirituales que para la civilización y cultura existían entre las mujeres de Lesbos y el carácter general que se advierte en los versos de la poetisa que estudiamos. En Atenas los más renombrados filósofos tenían academias, á las que concurrían los jóvenes ávidos de saber para ilustrarse; y en otros puntos de Grecia, entre los eolios, mujeres ilustradas se dedicaban también á la enseñanza. Entre estas doctas hay que contar á Safo y otras muchas, cuyos nombres nos ha conservado la historia. La exaltación de la autora, unida á la mayor ternura propia del corazón de la mujer, pueden muy bien ser la causa de ciertas frases que se hallan en sus versos, y si aun con respecto á esto quedara alguna duda, sería bastante á desvanecerla observar que en casi todos los fragmentos se dirige á ellas como preceptora y les censura ú la falta de cultura (2) ó algún vicio ó defecto, ó se queja del abandono que sufre por alguna y cuya causa es concurrir la que fué su discípula á la clase de una rival (3), ó la censura por el mal genio ó carácter, animándola á manifestar tan buen humor como belleza (4); y si á esto se une que, no sólo por las razones expuestas, sino también por el considerable número de sus amantes, se la ha censurado, creemos que no sería sutileza sospechar que había el deliberado intento de hacerla blanco de injurias por vicios que, de ser ciertos, las hubiera tenido merecidas.

(1) Fr. xxxvii, ed. NEUE, p. 59, conservado por HEFESTIÓN, 42.

(2) Fr. xix, ed. cit., conservado por STOBEO, *Florilegio*, IV, 12.

(3) Fr. xxxvii, ed. cit., p. 59, conservado por HEFESTIÓN, 42.

(4) Fr. xlii, ed. cit., conservado por STOBEO, *Florilegio*, IV, 12.

SAFO ANTE LA CRÍTICA MODERNA

Excepción hecha de que por testimonios que no han llegado hasta nosotros, ni se hallan consignados en ninguna parte, pueda probarse otra cosa, creemos que con lo ya dicho caen por su base las afirmaciones hechas con respecto al vicio, para cuya enunciaci3n se tomó su nombre en años posteriores; quedarán refutadas también las que se han hecho suponiéndole amores, siempre ilegítimos y no pocas veces criminales. En todo ello, más que otra cosa, puede verse, si no mala fe, al menos deseo de sacar partido ridiculizando á los ojos de los demás lo que á otros mortificaba: para esto poco ó nada hay tan á propósito como las noticias ó referencias escandalosas relativas á una persona que ha llamado grandemente la atención de todos, con los felices partos de su ingenio. Conviene hacer notar que tal vez hubiera importado menos el que las aseveraciones á que nos referimos hubieran sido hechas por hombres de reconocida autoridad; entónces tal vez se hubieran contradicho unánimemente ó se hubieran opuesto para desvirtuarlas, méritos cuya existencia es de todo punto incontrovertible; esto no sucede desgraciadamente cuando el instrumento de desprestigio es la sátira, que todos ríen y celebran y que se trasmite de boca en boca, sin que sepamos en buen número de casos quién fué el in-

ventor ni qué causa pudo tener por fundamento. Cuando para narrar la vida de la poetisa y hacer la crítica de sus actos se ha desatendido á sus contemporáneos, hombres de genio á los que hay que rendir valiosísimo tributo; cuando nada han importado las justas alabanzas que ellos mismos hicieron en su honor, se ha recurrido á los que buenos, sólo en el género en que tanto se distinguían, no procuraban otra cosa que hacer reír, sin pararse á considerar quién era la persona á quien hacían objeto de sus sangrientas sátiras y dando poca importancia á la verdad, estamos obligados, una vez que esto se reconozca, á retroceder en el tiempo buscando elementos para hacer comprobaciones exactas, y más que á nada á separarnos de la senda que han seguido los que nos precedieron, y por la que han sido llevados á conclusiones que, cuando no resultan anacronismos, representan falta de conocimientos para distinguir los hechos y hacer que encuadre cada uno en el lugar que le corresponde legítimamente.

Anacreonte, Hiponax, Alceo, Arquiloco y Faón, hé aquí los nombres de los seres afortunados que se dan por amantes á la que mereció en su tiempo y merece hoy ser elevada al cerúleo trono de las musas, y esta afirmación no ha sido hecha ni siquiera apoyándose en causas que cuando menos obligaran á pensar que tal vez tuvieran razón de ser. Para probar lo contrario se pueden presentar argumentos de gran fuerza: en los fragmentos de la poetisa que han llegado hasta nosotros, no está consignado ni una vez sola cualquiera de estos nombres, ni tampoco hay noticias de que lo estuviera en ninguna de las composiciones perdidas. Ellos, poetas también en su mayor número, no hubieran dejado de hacer entrever en sus poesías qué clase de relaciones habían mantenido con la dulce lesbiana. Además, por la determinación que hemos hecho de la época en que vivió Safo, se ha visto que era bastante menor que Alceo, el respeto con que éste la trata en una de sus composiciones (1) y el reproche que ella le dirige al contestarle en un epigrama (2). Anacreonte nació en Teos, ciudad de Jonia, el año 560 antes de J. C., siendo mucho menor, por lo tanto, que la ilustre hija de Lesbos, que tendría sesenta años cuando na-

(1) ALCEO, fr. conservado por ARISTÓTELES, *Retórica*, I, 9, inserto en la *Anthologia Lyrica* de BERGK, núm. 54.

(2) SAFO, fr. conservado por ARISTÓTELES, *luc. cit.*, ed. NEUE, núm. 61.

ció el cantor del vino y los placeres; ignoramos si Anacreonte y Safo se encontrarían alguna vez, pero si así hubiera sucedido y el poeta de Teos, llevado de los encantos de la poesía de aquella por quién ha sido inmortalizado el Salto de Leucades le hubiera manifestado algún sentimiento amoroso, es posible suponer, que fueran dirigidos á él los versos en que recomienda á un jóven, que busque mujer de menos edad en quién depositar la ternura que revela (1); á más de esto, que creemos bastante para probar la falta de fundamento de la opinión citada, Ateneo, después de transcribir los versos que, según Camaleón (2), se cruzaron entre Anacreonte y Safo, dice: *Sapphus id carmen non esse neminem latet. Ego vero Hermesianacten per lusum Anacreontis amore id scripsisse arbitror*; como continuación de este pasaje añade: *Etenim Diphilus comicus in fabula Sappho amatores eius inducit Archilochum et Hipponacten* (3); ser la aseveración del citado cómico es ya razón bastante para que se deseché; además, hay un argumento de mayor fuerza, cual es que Arquiloco, según ya hemos dicho, nace el año 700 antes de J. C., por lo que había de tener ciento ó más años al nacer Safo: Hiponax florece el 540 de la misma era, por lo cual sería cincuenta y seis años menor que la que se le da por amante; en todo esto, volvemos á repetirlo, no se ve más que el deseo de desprestigiarla como hacen con otras eminencias (4).

Desechados estos nombres, sacados á relucir más que para nada para hallar materia á cuentos y fingidas historias, quedamos el más conocido, el de aquel que ha dado lugar á que se hable más de la poetisa. Llegar á prescindir de Faón, sería quitar al mayor número el conocimiento que tienen de Safo, pues vulgarizados

(1) SAFO, fr. conservado por STOREO, *Florilegio*, t. LXVI, 4, ed. NEUE, núm. 20.

(2) CAMALEÓN, (Chamaleon Heracleota) había escrito, entre sus varias obras, perdidas ya, un libro acerca de Safo.

Véase la notable disertación de ERNESTO KOEPKE. *De Chamaleontis Heracleotae vita librorumque reliquis disputavit, quaestionem de ratione, quam in enarrandis poetis secutus esset peripateticus, habuit*, Berlín, 1856.

(3) ATENEO, XIII, ed. cit., p. 599.

(4) Además de las citadas se sabe que los autores de la Comedia media hicieron asunto principal de muchas de sus obras el satirizar á varios ilustres poetas de la antigüedad. Acerca de esto escribió un tratado ANTIÓGO ALEJANDRINO, de cuya obra nos ha conservado memoria ATENEO, XIV, 482, *De poetis qui in Media Comoedia perstringuntur*.

muchos puntos de la literatura griega por tragedias y novelas, ambos nombres se han hecho tan correlativos, como son: los Romeo y Julieta ó Inés y Marsilla, Paolo y Francesca ó Leonor y Manrique. Hoy no tanto, pero al comenzar nuestro siglo, hubiera valido más considerar como un mito á la hija de Escamandrónimo, que negar sus amores con aquel ingrato á quien las bellas debían mirar con horror, dado que fué causa de que, la enamorada lesbiana, buscara la muerte en las rugientes olas que con saña baten sin cesar el promontorio de Leucades. Conocido este detalle, que muy bien pudo ser inventado para justificar el apasionamiento de la poetisa, se prestaba también admirablemente para completar una biografía tan defectuosa, y esto es lo que, según nos parece, ha dado lugar á que se le consagre. Si lo hubieran estudiado mejor, deseosos de aclarar los hechos, tal vez dejaran de recurrir á lo que ninguna falta hacía; sin objeto que la despierte cabe la pasión más grande, y no somos nosotros los que hacemos tal afirmación, sino que está bien expresada en el *Nondum amabam, et amare amabam*, de San Agustín (1).

Ignoramos quién fué el primero que le asignó por nombre al bello Faón, ni en qué motivos pudo fundarse para hacerlo: tal nombre no aparece citado ni una sola vez en los hermosos versos que nos quedan de la hija de Lesbos, y no es poca nuestra suerte cuando para contestar á las objeciones que se nos pudieran hacer manifestando que tal vez lo fuera en alguna de las composiciones perdidas, podemos decir que han llegado hasta nosotros composiciones y fragmentos en los que se advierte un ardimiento erótico tan grande que mayor no puede ser. Admitiríamos desde luego que debió existir un ser, de quien prendada la poetisa, la llevó al canto sublime que aún extasia, si desconociéramos que el amor es una pasión cuyos gérmenes, radicando en nosotros, se manifiesta tarde ó temprano, vive, late y nos colma de gozo ó nos sume en honda pena, muchas veces sin que sea real la existencia del ser que arranca nuestros suspiros ó causa nuestros desvelos. Hay en la historia mujeres de cuya castidad nadie duda, y que de ella forman su mayor título de gloria, y sin embargo, juzgadas por sus producciones, acreditan un amor de esos que enloquecen; mujeres que, tristes un día, suspiran, y lánguidas otro, lloran porque el amor las agujonea, sin que sepan, al sentirlo, á quién harán poseedores de

(1) SAN AGUSTÍN, *Confesiones*, l. III, c. 1.

aquel tesoro de ternura, como ignora la abeja impelida por el viento dónde irá á dejar la miel que libó en el cáliz de la flor brillante. El misticismo no es propio ni de una religión, ni de un pueblo, ni de una época; es condición de las almas, y pocas serán las que por una ú otra causa no se hayan sentido inclinadas á él. Desde el que pone su amor en una estrella, hasta el que lo difunde en todo, hay misticismo, y de la misma manera que se ha supuesto en la infame dicha del cielo, cabe sentirlo en las brillantes imágenes del Olimpo, razón porque muchos historiadores de la literatura griega y muchos eminentes críticos afirman que la existencia de Faón no es real, y la relegan á la categoría de mito, de la misma manera que tiene que serlo el amor de la argentada luna, que en el silencio de la noche visita á su amado Endimión en la fresca gruta del monte Latmo (1).

Todo lo que se encuentra en Grecia referente á Faón, puede formar parte de la colección de tradiciones mítica que bordan aquella riquísima literatura; pero con un carácter tal de fábula, que desde luego podemos afirmar que sólo existió en las imaginaciones de los poetas. Con respecto al proverbial amante de la ilustre poetisa, hallamos dos versiones, míticas ambas, á las que no presta apoyo ningún fundamento histórico. Faetón, hijo de Titón ó de Céfalo y de la Aurora ó de Hémera (el día), fué arrebatado por Vénus que le confió la guarda de su templo: esto constituye un incidente de la historia de Adonis, á quien según muchos antiguos escoliastas, cantó Safo en alguna de sus composiciones (2). Faón es ó puede ser contracción de Faetón, y si la poetisa dejándose

(1) La tradición á que aquí nos referimos es la Caria, según la cual Endimión (el que se desliza) *R. ενδίουνας*, era pastor ó cazador y habitaba en el monte de Latmo (monte del olvido) donde la Luna gozó de él mientras dormía profundamente. Los poetas y los autores no están conformes acerca de la causa de su eterno sueño: según APOLLODORO, *Bibliotheca*, l. 1., c. 7-5, ed. Holtze, Leipzig, 1877, p. 15, Júpiter le concedió que pidiera una gracia, y Endimión pidió la inmortalidad, una juventud eterna y poder dormir cuanto quisiera. Según TEÓCRITO, *Id.* III, v. 50 y siguientes. Júpiter lo amaba tanto por su justicia y su probidad, que lo admitió en el cielo; pero habiéndose enamorado de Juno, fué condenado á un eterno sueño en el monte de Latmo. Según CÍCERÓN, *De finibus bonorum et malorum*, l. v, c. 20, edición Holtze, t. VIII, p. 285, la Luna se enamoró perdidamente de Endimión, y para mejor besarlo le inspiró un profundo sueño.

(2) Esto se deduce también claramente del epigrama de DIOSCÓRIDES, *Anthologia Graeca*, ed. Holtze, t. I, p. 313, ep. 407, en el que entre otros términos, le

llevar de sus exaltados sentimientos, cantó con el ardor de su alma la belleza y gracia del hijo de la Aurora, bastante hubiera sido para que como mortal lo hicieran su amante. Muy bien pudiera suceder que no cantara al que tan profundamente enamoró á Afrodita, sino que al dirigirse á él fuera su objeto ensalzar al fuego que tan señalado lugar ocupa en las antiguas mitologías. El primitivo pueblo ário, latente en las civilizaciones remotas y del que tanto nos queda en el lenguaje, adoraba al fuego, primero como elemento bienhechor, después con un carácter más elevado, como el fuego del sacrificio. El Agnis védico (de la raíz de movimiento *ag.*) es el Faetón ó Faón griego (de *φαίω* brillar) y uno y otro han sido cantados por los poetas. Extraño y raro caso: la composición más ardiente que nos queda de la poetisa que estudiamos, aquella que ha dado lugar á tanta controversia, y de la que muchos han echado mano para desprestigiarla, nos sirve admirablemente para probar la opinión que sostenemos. Desde luégo, y con objeto de reponer los hechos, hay que protestar del epigrafe que algunos autores han puesto á la incompleta composición que en todas las colecciones ocupa el segundo lugar. Longino que es quién la ha conservado (1), no le pone ninguno, y sin embargo, la vemos inserta con los de *πρός ἡνναίικα ἐρώμενην* (2) y *εἰς ἐρώμενην* (3) cosa que, desde luégo, debemos considerar como no puesta. La comparación del primer verso, «Me parece igual á los dioses,» pudiera hacer creer que se dirigía á un mortal, dado que, tratándose de éstos, era muy común emplearla en la antigüedad griega (4); más hay que tener presente que Faeton, el hijo de

dice: «Sea que con Afrodita llores al hijo joven de Cínira.» Este, sacerdote de Venus y restaurador de su templo en Pafos, fué padre de Adonis.

(1) LONGINO, *De Sublime*, s. x, ed. WEISKE, Leipzig, 1809, p. 40.

(2) MOEBIO, *Anacreontis quae feruntur carmina Sapphus et Erinnae fragmenta*, Gotta, 1826, p. 108. VOLGER, *Sapphus Lesbicae carmina et fragmenta*, Leipzig, 1810, p. 17. WEISSE, *Anacreontis carmina cum Sapphus aliorumque reliquiis*, edición Holtzé, Leipzig, 1878, p. 52.

(3) BOISSONADE, *Lyrici graeci*, Lefevre, 1825, p. 56.

(4) EURÍPIDES en *Electra*, dirigiéndose la protagonista al trabajador de Micenas, le dice: «Un amigo como tu es para mí un dios.» Ed. Tauchnitz, t. iv, página 124, v. 67. SÓFOCLES en *Electra*, invocando á Niobe, dice: «¡Oh Niobe, la más desgraciada de las mujeres, te tengo por una diosa!» Ed. Holtze, t. i, p. 96, v. 150. Además hay un epigrama de RUFINO (524 de J. G.), *Anthologia*, ed. Holtze, t. i, página 78, ep. 94, que termina diciendo: «¡Feliz quien te ve! ¡Muy feliz quien te oye! ¡Semidios quien te da un beso! ¡Dios el que de tí lo recibe!

Helios, no era un dios, y en cuanto á lo demás, una que podemos llamar feliz coincidencia nos hace perseverar en nuestra afirmación. En el *Rig-Veda* existe un himno dedicado á Agnis (el fuego), que dice:

«Su esencia activa se encuentra en todos los seres animados: cuando pienso que ese sér luminoso se encuentra en mi corazón, los oídos me zumban, mi vista se turba, mi ánimo se extravía en su incertidumbre. ¿Qué debo decir? ¿Qué debo hacer? (1).»

Este final del poeta védico que subrayamos, vale tanto como el de la composición de Safo á que nos estamos refiriendo (2). Sin embargo, nadie ha podido suponer que aquel tuviera amores legítimos ó ilegítimos, y nosotros admitiendo la originalidad, por lo difícil que sería probar que Safo conocía el himno mencionado, creemos que ambos cantaban al sol, llamándole aquel Agnis y ésta Faón. Esta opinión, más admisible que la que tratamos de combatir, tiene no obstante el inconveniente de la contracción á que necesariamente hay que recurrir, lo cual pudiera ser causa de que se la creyera violenta ó falsa, pues no podemos citar, sin que afirmemos deje de haberla, una autoridad que la ponga á cubierto. No sucede lo mismo con otra que podemos exponer, que tiene todos los elementos para que afirmemos es el Faón de Safo el que en ella existe; tampoco le falta nada para que pueda afirmarse que es también una bella tradición, un poético mito, el cual, si no debe su nacimiento á la mala fé, lo debe al ménos al deseo de elevar á Safo. Según esta segunda fábula, Faón era un batelero de la isla de Chio que condujo á Venus desde la orilla al continente (3), sin quererle cobrar nada por el pasaje: este detalle cautivo á la caprichosa deidad, nacida entre la blanca espuma de las olas, hasta el punto de que se enamoró del complaciente barquero. Faón era viejo ya, y Venus, gracias á su poder, le devolvió la juventud que el tiempo le había arrebatado. El cómico Cratino, en una pieza perdida, pero cuyo testimonio nos ha conservado Ateneo (4), decía que á Faón

(1) *Rig-Veda*, traducción de LANGLOIS, t. II, p. 401, eslk. 5 y 6.

(2) ut enim te vidi vox haeret, fragta es lingua, tenuis ignis cutim subiit, oculis nihil cerno, tinnunt aures, manat sudor frigidus, tota contremisco, herba pallidior sum, et examinis propemodum morior....

(3) LUCIANO, *Inferorum dialogi*, IX, ed. Holtze, t. III, p. 174.

(4) ATENEO, I, II, ed. cit., p. 69.

lo ocultó Vénus debajo de las lechugas, y Eliano (1), conforme con el cómico citado, añade que, merced á un unto mágico que le entregó la diosa, adquirió tan rara belleza que todas las mujeres se enamoraban de él (2); y entre las más señaladas se cuenta Safo (3), en la que también determinó poder una planta que menciona Plinio (4). Más tarde, según la tradición, el favorecido por las bellas, cansado de un amor que podía renovar á su capricho, la abandonó, causando á Safo una desesperación tan grande que la llevó á la muerte. No quisieron dejar sin castigo los mitólogos al rejuvenecido barquero, y refieren que habiéndolo sorprendido Vénus en adulterio, le dió muerte.

He aquí lo que de Faón se afirma; he aquí la historia en que se funda el amor de Safo por él. Claramente se comprende que en la narracion que dejamos expuesta se ha involucrado á nuestra poetisa, quién sabe si por que en alguna de sus composiciones cantó con su natural exaltación al que desinteresadamente sirviera á la diosa, pues por lo demás nos vemos obligados á dar como fabulosa la historia del afortunado batelero que tan bien librado salió, para ser luego víctima del favor que había recibido. La circunstancia de haber llegado á ser un hombre de quién todas las mujeres se enamoraban y de haberlo sorprendido Vénus en brazos de otra, induce á creer que tal vez en esta se viera á Safo como rival de la misma diosa; pero de todos modos creemos se comprenderá lo inadmisibile de sus amores con los mortales indicados por las cuestiones de lugar y tiempo, así como tampoco con Faón, de cuya existencia real hay más de un motivo para dudar según acabamos de ver.

No solo vicios fueron los que le imputaron; creyeron, sin duda que sobre Safo debían hacer caer la general execración, y buscaron defectos que dieran lugar á que á más de repulsiva apareciera antipática: á este fin, no solo le negaron las condiciones de que hemos hablado, sino que también la belleza, la hermosura con que se concibe á la hija de Lesbos. La belleza de la calumniada mujer

(1) ELIANO, I. XII, c. 18, ed. Tauchnitz, p. 167.

(2) ATENEO, I. XIII, ed. cit., p. 596.

(3) ELIANO, *lug. cit.*

(4) PLINIO, *Naturalis historiae*, I. XXI, 9, ed. Holtze, t. III, p. 395.

está atestiguada en Alceo (1), su compatriota y contemporáneo, con las frases que le dirige; en varios epigramas de la Antología (2) y en otras muchas autoridades (3), que consideramos como testimonios más dignos de fé y respeto, que los de aquellos autores que escribían bajo la inmediata acción de lo dicho por los cómicos griegos. Muchas veces, pensando en el extraño fenómeno que constituye la injusticia con que trataban á la poetisa, hemos llegado á creer que lo hicieran así por efectos de antipatía entre razas, ó al menos por contraste de educación, pues de otra manera no se concibe tanto ensañamiento sin base ó razón en que fundarlo. Se advierte desde luego, que las principales censuras parten

(1) ALCEO, ed. y fr. cit.

(2) *Anthologia Graeca ad palatini codicis fidem edita*, ed. Holtze, Leipzig, 1872. *El epigrama*, de PLATÓN, t. II, p. 193, 506 de los descriptivos, en que declara que es un error afirmar que las musas son nueve, pues vive Safo, de Lesbos, que hace diez. El de TULLIO LAURREA, liberto de Cicerón, que florece el año 62 antes de J. C., t. I, p. 228, 17 de los funerarios, bellissimo pensamiento que termina diciendo que en todas las edades y bajo todos los soles se hablará de la lírica Safo. El de DEMÓCARIS, que vive el año 56 de J. C., t. III, p. 304, ep. 310 de la *Anthologia Planudea*, en el que dice: «En sus ojos brilla la luz, lo cual prueba la viveza de su imaginación, y en su rostro, donde se unen la alegría y la reflexión, se ve que ha sabido unir los trabajos de las musas con los placeres de Citera.» El de DIOSCÓRIDES (200 de J. C.), t. I, p. 313, ep. 407 de los funerarios, curioso además por enumerar algunos de los géneros que cultivó Safo, dice: «Encantador consuelo de los que aman, Safo, ya la *Pieride* ó el *Helicón* te honren con sus yedras lo mismo que á las musas, porque cantas como ellas, musa de la eolia Ereso; sea que Himeneo con su brillante antorcha esté contigo al lado del tálamo, sea que con Afrodita llores al hijo jóven de Cinira, rendimos culto á las obras inmortales hijas de tu genio.» Los de ANTIPATER DE SIDÓN (256 de J. C.) tom. 0 1, p. 228, ep. 14 y 15 de los funerarios: en el primero saluda á la Eolia que contiene (enterradas) á Safo que cantó con las musas inmortales y á la que educaron juntos Cipris y el Amor; en el segundo, le hace decir que en poesía ha aventajado á todas las mujeres, como Homero á todos los hombres. El de PINTO, (300 de J. C.), t. I, p. 248, ep. 16 de los funerarios, que afirma que aunque la inscripción está mutilada sobre la losa de la tumba, su nombre será inmortal.

(3) PLATÓN, *Jedro*, ed. Schneider-Hirschig, t. I, p. 704, París, 1873. ARISTÓTELES, *Rethorica*, II, 23, ed. Dubner, p. 84. DEMETRIO DE FALEREA, *De Elocucione*, CXXXII, ed. Schneider, Altemburgo, 1779. STRABÓN, XII, c. II, Lesbus, ed. Holtze, tomo III, p. 173. HORACIO, *Carminum*, I. II, 13, v. 25-26, y I. IV, 9, v. 10-12. PLUTARCO, *Amator*, XII, ed. Dubner, t. IV, p. 932. APULEIO, *Apologia pars.*, I, GALENO, *PpOTREPTICO*, c. 5, ed. Köhler, Leipzig, 1778. MÁXIMO DE TIRO, *Disertationes*, XXIV, ed. Dubner, p. 100, AUSONIO, ep. XXXII.

de los atenienses en obras cuyo fin, según ellos, era moralizar las costumbres, y poco morales les habían de parecer aquellas que otorgaban á las mujeres franquicias y derechos muy superiores á los que según sus ideas merecían; si observamos que de igual manera pensaban los romanos, por depravadas que fueran sus costumbres, hallaremos la única razón para las inculpaciones que le hacen los cómicos atenienses, y para los equivocados juicios de Plauto, Horacio, Ovidio y Marcial (1), que sin reserva aceptan los amores de Safo con el favorito de Venus, y los demás vicios que se le han imputado. Citados estos testimonios, justo será pasar al examen de ellos. En el orden del tiempo, Plauto es el primero que admite la calumnia propalada por los cómicos griegos; pero se hace preciso no olvidar que éstos, á más de ser los maestros, son los modelos á que fielmente se atiene el autor de la *Aulularia* y del *Miles Gloriosus*. Desde el apareamiento del teatro en Roma, corre parejas con el de Atenas en la época de la Comedia media, y es que el pueblo-rey más engreído, más soberbio con su grandeza puede tolerar un Difilo, pero no sufrirá jamás un Aristófanes. Nevio, el antiguo Nevio, el poeta dramático hijo del pueblo, que podemos decir, imitó en sus obras á los griegos (2), mezclando los de la comedia antigua con los de la nueva, según el mismo Te-

(1) PLAUTO, *Miles Gloriosus*, ac. iv, sc. 6.^a, v. 31-32, 2d. Holtze, t. iii.

Nam nulli mortali scio obtigisse hoc, nisi duobus
tibi et Phaoni lesbio, tam misere ut amarantur.

HORACIO, *Epistolarum*, l. 1, 19, *ad Maecenatem*, v. 28 y 29.
Temperat Archilochi Musam pede mascula Sappho
Temperat Alcaeus, sed rebus et ordine dispar.

OVIDIO, *Heroidas*, ep. xv, v. 17-19.

Vilis Anactorie, vilis mihi candida Cydno:
Non oculis grata est Atthis, ut ante, meis,
Atque aliae centum, quas non sine crimine amavi

MARCIAL, l. x, 35, de Sulpitia.

Hac condiscipula vel hac magistra
esses doctior et pudica, Sappho.
Sed tecum pariter simulque visam
durus Sulpiciam Phaon amaret.

(2) AULO GELIO, *Not. At.*, iii, 3. Sicuti de Naevio quoque accepimus, fabulas eum in carcere duas scripsisse, *Hariolum* et *Leontem*, quum ob assiduam maledicentiam et probra in principes civitatis de Graecorum poetarum more dicta, in vincula Romae a triumviris conjectus esset.

rencio nos declara (1), pero cuando queriendo imitar al cómico inmortal, que de las ranas hizo fieras y de las nubes rayos y aspídes de las avispas, atacó á Scipión y á los Metellos (2), le valió tan grande audacia ser reducido á prisión por los triunviros, y no sale de ella sino gracias á un rasgo satírico de Plauto, que algunos han interpretado mal (3): al verse libre, no pudo disponer del favor que le otorgaron, sino que se vió obligado á salir de Roma é ir á morir á lejanas tierras. El que en el catálogo de Volcatio Sedigito (4), ocupa el segundo lugar, no quiso seguir las huellas del que según el mismo autor merece el tercero, y separándose de la censura de los actos de la vida pública, dejó tranquilos á los nobles y á los poderosos, haciendo blanco de sus censuras los vicios de la vida privada, cuando no adaptó á la escena romana asuntos que anteriormente se habían presentado en la griega (5). Esto basta para explicar la alusión que hemos citado, así como también para determinar por dónde llegó al conocimiento necesario para hacerla.

Hasta nosotros no han llegado ciertamente muchas de las obras

(1) TERENCIO, *Andria*, pról. v, 15 y 16. *Heautimorumenos* pról. v. 20 y 21.

(2) En una de sus comedias NEVIO negó el acto de generosa continencia que se refería, alabándolo, de Scipión el Africano cuando se apoderó de Cartagena, y además hizo públicas sus malas costumbres en los versos que nos ha conservado AULO GELIO, *Not. At.* vi, 8.

Etiam qui res magna manu saepe gessit gloriose,
Cuius facta viva nunc vigent qui apud gentes solus
Praestat eum suus pater cum pallio uno ab amica abduxit.

En cuanto á los *Metellos*, la sátira fué más picante en el conocido verso
Fato Metelli Romae fiunt consules.

(3) PLAUTO, *Miles Gloriosus*, ac. ii, sc. 2.^a, v. 56.

(4) Volcatio Sedigito, frag. conservado por AULO GELIO, *Not. At.*, xv, 24.

(5) Todos los autores están conformes, y entre ellos TEUFFEL (*Historia de la literatura romana*, 143) en que Plauto carecía por completo de originalidad, y como buena prueba de ello puede aducirse que casi todas sus obras son trasuntos de las del teatro griego; así, por ejemplo, es seguro que la comedia *Bacchides*, del autor latino, es la que MENANDRO tituló *Los engaños*; la *Mostelaria* tiene su original en *Los espectros*, de FILEMÓN; el *Miles Gloriosus*, que tantos han copiado creyendo imitar á PLAUTO, es un compuesto del *Adulator*, de MENANDRO y del *Murorum expugnator*, de DIFILO; *Mercator* es el *Euporo*, de FILEMÓN; *Poenulus*, el *Cartaginensy*, de MENANDRO; *Stichus*, el *Philadelphus*, del mismo. Además TERENCIO en el *Ennuco*, pról. v, 19 y 20, afirma que piezas enteras de MENANDRO habían sido presentadas por NEVIO y PLAUTO.

en que se trataba de Safo y de Faón, obras en su mayor número conocidas seguramente de los autores latinos. Suponiendo que estas fueran solo las de los cómicos atenienses, hay motivos sobrados para explicarse los adjetivos con que saluda a la poetisa, el que tanto envidiaba la falta de quehaceres y cuidados. Horacio, en una de sus epístolas, dice (1):

Temperat Archilochi musam pede mascula Sappho
Temperat Alcaeus, sed rebus et ordine dispar.

Este *mascula* que también se permitió copiar Ausonio (2), lo han querido explicar algunos autores, defendiendo a la poetisa, por *viril*, a causa del valor que demostró arrojándose desde el promontorio; pero esta interpretación es en extremo forzada, cuando para expresar semejante idea sobran términos en la lengua latina, y hay autor a cuya frase puede darse tal sentido (3). Horacio, al emplear el calificativo *mascula* quiso decir únicamente *tribas* (4), palabra a la que remite la primera el *Thesaurus eroticus* y de la que dice: *Nota est miserrima haec libido foeminam adscendit:*

(1) *Ad Maecenatem*, XIX, v. 28 y 29.

(2) AUSONIO, *Cupidus cruxi affixus*, v. 24 y sig.

(3) STATIO, *Siloas*, v. 3, v. 155.

(4) La equivalencia directa del latín *mascula* es, según todos los lexicógrafos, el griego τριβάς de τρίβω frotar. En el artículo correspondiente a esta palabra del *Thesaurus graece linguae* de ESTIENNE, hallamos la siguiente adición: «Dicitur tribadium illa insania et nefaria; cuius inventrix fuisse creditur Philaenis, et ob eandem male audisse narratur lasciva Sappho.» A PHILAENIS DE LEUCADES la presenta LUCIANO en varios tratados como tipo de lascivia y descaro. (*Pseud.* 24, ed. Holtze, tomo IV, p. 42. *Amoris* (atribuido a Luciano), 28, ed. cit., t. II, p. 551. *Dial. mer.* VI, 1, ed. cit., IV, p. 121). Hubo en la antigüedad quien le atribuyó un tratado cuyo título era *De Rebus venereis lascivum scriptum*. ATENEO, que habla de ella en distintos pasajes (ls. v, VIII y X, ed. cit., p. 220, 335 y 457), abundando en las mismas ideas, duda que dicho tratado sea obra de tan impúdica cortesana, y a este propósito cita un epigrama de ESCRIBIÓ DE SAMOS inserto en la *Antología*, ed. cit., tomo I, p. 228, ep. 345 de los funerarios, en el que el poeta, haciendo hablar a Filenis, dice en los cinco últimos versos: «Júpiter sea testigo y sean testigos las dos deidades del infierno, de que no fui ni mujer lujuriosa ni meretriz impúdica. Policrates, hijo de Atenas, orador perverso y lengua malvada, es el que ha escrito lo que ha escrito.» Con efecto, este POLICRATES, orador ateniense que escribió un discurso contra Sócrates y al que Ateneo califica de *astutus blatero et lingua maligna*, escribió un libro obsceno *De re venerea*, perdido ya. Los fragmentos de sus oraciones, que han llegado hasta nosotros, están insertos en los ORADORES ATTICI, edición *Baister y Sauppe*, fas. VIII.

por otra parte, en el mismo autor hallamos buen ejemplo del sentido obsceno de la palabra indicada (1), de todo lo cual resultaría que el favorito de Mecenas, había igualado a Safo con la hechicera napolitana Folia de Arimino, a la que califica de la misma manera. Determinado el verdadero sentido de la palabra, creemos que no cabe dudar de la fuente de conocimiento que tuvo Horacio, y que remontándonos a su origen la hallaríamos en los que propalaron la especie de que sostenía trato ilícito con las de su sexo. Ellos mismos fueron también los que afirmaron que al propio tiempo vendía sus favores a los hombres, idea no olvidada tampoco por Horacio.

Sappho puellis de popularibus
et te sonantem plenus aureo.

dice el poeta de Venucia (2). Con razón el sabio profesor Comparetti, ha tratado duramente a Mure (3), pues no merece más, el que por verla llamada *puella* la afirmó soltera: esta palabra en la literatura latina, nunca se presenta con dicha significación, sino que en sentido genérico equivale únicamente a mujer de pocos años (4): podría decirse que lo uno implica lo otro; pero en este caso sucede lo contrario, pues cuando el sentido no está perfectamente limitado a indicar una mujer que no es vieja, *puella* signifi-

(1) HORACIO, *Ep.* V, 41.

Non defuisse masculae libidinis
Ariminensem Folia.

(2) HORACIO, *Car.*, II, 13, v. 25 y 26.

(3) COMPARETTI, *Sulla epistola ovidiana di Saffo a Faone*, Florencia, 1876, p. 31.

«Il Mure (III, 278), non esita ad insinuare che Saffo non fu maritata e la figlia! ebbe non si sa da chi; Orazio, egli dice, la chiama *puella*. Quando un uomo spinge la disinvoltura fino a non sapere qual estensione di significato ha *puella* presso i poeti latini, mi pare inutile occuparsi di quel ch'ei scrive.» Además el mismo autor refiriéndose también a la cuestión, en su trabajo *Saffo e Jaone dinanzi alla critica storica*, publicado en la *Nuova Antologia*, Florencia, Febraio, 1876, p. 282, dice: «Ma il colonnello Mure nella sua *Storia della Letteratura greca*, se n'esce piu facilmente; egli fa di Saffo senz'altro una donnaccia e neppure crede che fosse maritata, e quanto a la figlia, che certamente ebbe con un *à plomb* tutto militare insinua che Dio sa da chi l'ebbe! Veramente io non ho mai capito come mai il colonnello abbia voluto scrivere una storia della letteratura greca; mi pare, che meglio assai avrebbe impiegato il suo tempo procurando di farsi nominare generale.»

(4) JUVENAL, II, 58 y sig.

Paulatimque anima caluerunt mollia saxa
Et maribus nudas ostendit Pyrrha puellas.

fica esposa (1), mujer embarazada (2) y prostituta (3). ¿En cuál de estos sentidos tomó Horacio la palabra? Nos parece que la elección no es dudosa, dado el anterior ejemplo, y lo que es más, que en Horacio nunca se encuentra aplicada esta palabra para favorecer á Safo.

Más que los dos anteriores hizo Ovidio, pues puede decirse que en la heroida *Sappho Phaoni* (4) reasumió cuanto malo se había dicho de la poetisa, ó al menos cuantas noticias han servido para desacreditarla hasta nuestro tiempo y aún algo más que pasó desapercibido. El poeta de Sulmona, da como cierto sus criminales amores con otras de su sexo (5), afirma que era fea (6), pasa por lo de que llegó á tener serias relaciones con Faón (7), que tenía una hija (8) y otras particularidades; que ni la honran ni la favorecen. Ciertamente que ninguna de ellas era nueva: Ovidio, lo único que inventó (si es que inventó algo), es su encuentro con la Naiade (9) que le aconseja se arroje desde el promontorio de Leucades para curarse de su apasionamiento. No debe extrañar que el citado autor consignara todo lo demás, pues tales conocimientos pudo adquirirlos ó en los cómicos griegos ó en algunos otros autores perdidos hoy.

Al llegar á este punto, ocurre la cuestión tan debatida ya, de si la heroida citada es ó no de Publio Ovidio Nasón. Por suya venía

(1) JUVENAL, II, 58 y sig.

Notum est, cur solo tabulas impleverit Hister
Liberto, dederit vivus cur multa puellae.

(2) HORACIO, Car., III, 22, v. 1 y sig.

Montium custos nemorumque virgo
quae laborantes utero puellas
ter voccata audis adimisque leto
diva triformis.

(3) JUVENAL, VI, v. 120 y sig.

Mox, lenone suas iam dimittentes puellas
Tristis abit.

(4) OVIDIO, XV de sus *Heroidas*, ed. Holtze, t. 1, p. 72.

(5) Id., v. 17 y sig.

(6) Id., v. 31 y sig.

(7) Id., v. 41 y sig.

(8) Id., v. 69 y sig.

(9) Id., v. 157 y sig.

pasando hasta que Schneidewin (1) negó tal aserto apoyándose en lo que parecía buena argumentación y sosteniendo que pertenecía á un autor del Renacimiento. Contra todo lo que podía esperarse, tuvo que reformar su opinión cuando Federico Dübner le presentó un códice del siglo XII en el que se hallaba inserta la predicha Heroida. El sabio profesor, Sr. Comparetti, al tratar de esto, se extraña, y con causa, de que Schneidewin se atreviera á decir que era una obra del Renacimiento; pero más nos extrañamos nosotros de que reformando su opinión el derrotado crítico, dijera que cuando más podía conceder que era una obra de la Edad media. En este período de la historia no hay ningún interés en falsificar obras literarias, y aunque es una desgracia que se hayan hecho falsificaciones, creemos que es mayor la constituida por las causas que dieron lugar á que ni para bueno ni para malo se acordara nadie de las obras que había legado la antigüedad clásica. Estas obras parecían estar afectas á un mayorazgo de los que el antiguo derecho llamaba saltuarios. Podría jurarse que no hubo entre los vivientes de los siglos II al XV un autor que escribiera en un latín susceptible de ser confundido con el de Ovidio. Creemos que estas razones basten, y que si faltaran no diría nada en pro ni en contra de la cuestión la ignorancia en que se estaba en la Edad media con respecto á Safo. Para probar esta, y por consiguiente para retrotraer la fecha de redacción de la Heroida, el Sr. Comparetti (2) aduce testimonios que nos convencen de que ignoraban lo cierto que á ella se refería los que incurrieron en error, y nada más, pues nos atrevemos á afirmar que de siglo en siglo se ha conservado el nombre de Safo, aunque en la redacción de su biografía haya imperado casi por completo la fábula, cosa que del mismo modo sucede aún mucho después de la Edad media, pudiendo observarse que en tanto unos autores pasan por todos los detalles de la epístola, otros omiten algunos de los más importantes (3). Si el concepto equivocado de una ó varias perso-

(1) *Rhenisches Museum*, 1842, 137 y sig. *Ovids fünfzehnter Brief*.

(2) COMPARETTI, *lug. cit.*

(3) EMMIO (UBBO), historiador holandés y profesor en la universidad de Groninga (1547-1626), *Vetus Graecia illustrata* (Leiden, 1626) hablando de Mitilene no dice que Safo se arrojara desde el promontorio y la celebra juntamente con Alceo. TANAQUILIO FABRI, *Vitae poetarum graecorum*—SAPPHO—menciona sus amores con mujeres, y añade que no satisfecha los tuvo también con hombres. JOSÉ BARBEBIO, *De miseria poetarum graecorum*—SAPPHO—dice: «*promiscui enim impu-*

nas pudiera ser causa de que se afirmara que en una época histórica todos ignoraban un asunto, podríamos probar que con respecto á Safo nada se ha hecho en nuestro tiempo (1). No han faltado críticos que procediendo con una sutilidad digna de envidia, si fuera justa, han emitido la idea de que pudo ser del tiempo de Tiberio ó de años antes; pero despues de tanto hablar se ha llegado solo á la conclusión de que la Heroida que en las colecciones aparece décima quinta, no es de Ovidio, pudiendo afirmarse que es de algún contemporáneo suyo (2), conclusión á que se llega en vista del lenguaje y del estilo, susceptible de confundirlo con el del desterrado al Ponto.

Llegado á este punto se vuelven á agitar los maestros preguntando ¿de quién es? y con respecto á esto, aún no se ha dicho la última palabra. El sabio profesor florentino, prueba con textos del mismo Ovidio, que había escrito una epistola del mismo asunto, pero se manifiesta conforme con que no es la que hoy subsiste. ¿De quién es esta? De Sabino, ¿el amigo de Ovidio? ¿De A. Sabino literato del siglo xiv? ¿De alguno que tuviera conocimiento de lo que podemos llamar matriz? Se ignora; pero concretándonos á nuestro asunto, sea la epistola del autor que sea, dado que no hay más remedio que admitirla como posterior á Ovidio, ¿prueba algo en pró ó en contra de Safo? Creemos que no, en absoluto, por las razones apuntadas, y cuando más concederemos que puede servir para determinar cómo se juzgaba á Safo en aquellos tiempos, lo cual de puro sabido está ya olvidado, sin que por otra parte nos puedan llamar la atención semejantes aberraciones, dado que, según venimos

dens pueros et puellas arsit, admite el salto de Leucades y al hablar de ERINNA, dice: *Poetria Sappho exaipa sive amica sive concubina fuit.* MUSONIO, *De Luxu graecorum*, c. xii, coloca á Safo entre las meretrices célebres. (Este capítulo parece una traducción del l. xiii, de ATENEO).

(1) Véanse en prueba de esto que decimos los artículos que de Safo y Faón publican muchos diccionarios modernos, y entre ellos los de la *Encyclopédie Théologique*.

(2) El Sr. COMPARETTI trata con dureza á los que afirman que la epistola que se conserva pudo ser escrita cuando aun existía la original de Ovidio, y que perdida esta posteriormente, aquella ocupara su lugar. No creemos que pueda haber gran dificultad en admitir esto; en todo tiempo, como hoy, distintos autores escriben obras con el mismo título. Perdida la del que goce mayor fama, es sumamente fácil que se le atribuya la de algún afortunado imitador.

viendo parece que fueron muchos los que sintieron un violento deseo de desprestigiar á la poetisa, haciéndola blanco de infundados é injustos ataques.

En cuanto á lo que Marcial dice, puede y debe extrañar ménos, dado que, con respecto á ella, estaba imbuido en las mismas ideas y hacía el elogio de quién decía:

Omnes Sulpiciam legant puellae
Une quae cupiunt viro placere
Omnes Sulpiciam legant mariti
Uní qui cupiunt placere nuptae (1).

Entre los críticos modernos, sólo Mure (2) es el que se ha manifestado conforme con los dudosos testimonios que emitieron los antiguos; pero sus opiniones han quedado reducidas á la nada, lo cual se debe á otros trabajos que siempre deberán ser tenidos en alta estima por los amantes de la antigüedad clásica. El que con sin igual desenfado, admitiendo que la poetisa tuvo la hija que le atribuyen, se atrevió á decir que Safo no era más que una prostituta, y que la referida hija sólo Dios sabe de quién la tendría, merece el duro sarcasmo con que le trata el Sr. Comparetti. De los poetas, sólo Pope (3) se ha inspirado en las detracciones, y en nuestro país también, por desgracia, hubo quién, siguiendo las huellas de Ovidio sin conocerlo, hizo lo que llamó una tragedia; la tituló *Safo* (4), y no quiera Dios que nadie la tome como fuente de conocimiento, pues el resultado sería mucho más fatal que el conseguido con los elementos que se recogieron de los cómicos griegos. A los autores de libretos para óperas se puede dispensar que abusen y hasta hagan caso omiso de la historia, entregándose por completo á la tradición popular, más á propósito que nada para despertar y avivar la inspiración de los músicos; hé aquí por qué sin esta oportunidad, en el presente trabajo, no nombraríamos ni á Emfis, ni á Cournol, ni á Emile Au-

(1) SULPICIA, poetisa romana que florece en los últimos años del siglo i, era esposa de un íntimo amigo de Marcial, llamado Galeno.

(2) MURE (W.), *A critical History of the Language and Litterature of ancient Greece*, 1855, t. iii, p. 278.

(3) POPE (ALEJANDRO), 1688-1744, ed. Bowles, Lóndres, 1806, t. v.

(4) BALAGUER, *Tragedias*, Madrid, 1878.

gier (1), y otros que más ó ménos fantaseadores no pueden haberse propuesto sino el fin que hemos indicado. Pero con el autor de la desdichada tragedia á que nos referimos no podemos hacerlo: el Sr. Balaguer, académico de la Historia, aunque no podrá probar gran intimidad con Clío, el Sr. Balaguer, académico también de la Española, aunque procediendo con justicia le hubiera costado gran trabajo ingresar en la Catalana, si se fundara, estaba obligado á hacer más, y quédese para quien todo lo sabe el por qué no lo hizo. Pudieran disculparlo muchos alegando que lo que él, creyéndose aún modesto, llamó tragedia (2), es una producción literaria en la que la fidelidad histórica no es absolutamente precisa, y aunque á los que nos hicieran semejante manifestación podríamos contestar que quien no quiera atenerse fielmente á la historia, no desfigure asuntos de ella, pues pueden muy bien, en vez de Safo, escribir de Doña Luz la vergonzosa ó de D. Juan el comedido, nosotros, queriendo evitar pecados, nos vamos á referir sólo á la *Advertencia* que precede á la tragedia, puesta sin duda para enseñanza de los que la lean, y á las notas puestas á la misma que no pueden tener más oficio que el de volver al lector á la realidad, si por acaso lo sacaran de sus casillas los arranques *sotádicos* (3) del vate. Hablando

(1) ENFIS y COUNROL son los autores del libreto para la ópera del maestro REICHA, estrenada en París el 16 de Diciembre de 1822; AUGIER escribió el libreto para la del mismo título del maestro GOUNOD, estrenada en la Academia nacional de música de París el 16 de Abril de 1857. Además el maestro PACINI tiene una, que es la más conocida y de la que ignoramos quién fué el autor del libreto.

(2) Los más elementales tratados de Retórica pueden probar al autor de que hablamos que su monólogo no es una tragedia, y enseñarle de paso lo que es.

(3) Me crech encara allí, Bacant impúdica,
 prodigant mas blandícias y mos besos,
 soltas al vent las deslligadas trenas,
 la blanca tunicela descenyida,
 amorejant ab tots y ab totes, nua
 de pits y honestitats, tenint en brassos
 á ma bella Corina, may mes dolsa,
 y veyent, en aplech borda y confusa,
 als espetechs de la olorosa cera,
 á la llum dels blandons, entom la taula
 del saturnal festí, dansar en colla,
 y nuas ab sas glassas transparentas,
 de las *hetareas* la revolta folia.

por cuenta propia podíamos dar lugar á que no se nos creyera, y hé aquí por qué lo trascibimos cual curiosa nota (1).

Luego que la hubimos leído nos dieron ganas de enviársela á Kock, á Welcker y á Schoene, diciéndoles: «aprendan ustedes,» y mandarla también á Comparetti para decirle, no mandando como el guía de aquel glorioso florentino cuya estatua campea en la plaza de Santa Croce, sino humildemente: «guarda é pasa.» ¿Qué libros serán los que ha hojeado el Sr. Balaguer para hallar tan peregrinas noticias? Tal vez el *Bertoldo*, ó el *Arte de criar canarios*, ó *Tiranle el Blanco*, que según creemos son de aquellos en que menos se

(1) Saffo, nacida 612 años antes de nuestra era, floreció en 590. Es una de las más célebres poetisas de la antigüedad.

Era contemporánea del poeta Alceo, nacido, como ella, en Mitylena, y que, según ciertos autores, fué uno de sus amantes (!). Las noticias que, *hojeando libros* (!), he podido recoger á propósito de Saffo, son las siguientes:

Siendo muy joven aún, *casó con un rico vecino de Andros* (?), llamado Cercolas, con quien tuvo una hija, cuyo nombre era Cleis. No tardó Saffo en fallarle á su esposo, huyendo de su casa para entregarse á la vida voluptuosa y disipada de las *hetareas* ó MUJERES PÚBLICAS DE LESBOS (!!).

A ser cierta una tradición, muy extendida, Saffo fué no sólo hetárea, sino *lesbiana*, en toda la extensión de la palabra: «No son los hombres, decía Luciano, los que hacen el amor á las lesbianas.» Efectivamente, la palabra *lesbiana* y el verbo *amar á la lesbiana*, quedaron en la lengua griega como testimonios irrecusables de la espantosa disolución que reinaba en las costumbres de Lesbos.

Ovidio, en sus *Heroidas*, epístola 15ª, que figura dirigida por Saffo á Faón, nombra á varias amigas ó queridas de Saffo, y á más, *atque alia centum, quas non sine crimine amavi*, según hace decir por boca de ella misma.

Saffo abandonó sus desórdenes y costumbres lesbianas al enamorarse de Faón, á quien parece profesó un amor tan intenso y extraordinario, que acabó por ser causa de su muerte (!!!).

Faón, despues de haber vivido algún tiempo *amancebado con Saffo* (?), *partió á Sicilia*, dejándola abandonada, y cuando ella se convenció de que su amante no regresaba (!), consultó al oráculo y partió á Léucada, donde *se levanta un cabo* (!!), famoso en historias y en leyendas y causa á menudo de muchos naufragios.

Una tradición aconsejaba á los amantes desgraciados que desde aquel cabo se arrojasen al mar, pues así se curaban de sus amores. Saffo fué á Léucada para intentar la terrible prueba. Subió á la escarpada roca, que se adelantaba sobre las olas, cantó su oda ó su himno á Venus y se arrojó al abismo.

Sólo quedan de esta poetisa, que se supone haber sido inventora de los versos, de su nombre llamados *sáficos*, algunos pensamientos sueltos, unos cuantos versos aislados y dos composiciones, una de ellas sólo en parte conocida: su *Oda á Venus Aphrodita* y su poesía *A una mujer querida*.

habla de literatura griega. En el año de 1878, todavía un individuo de las dos Academias más importantes de este país, dice que en los libros *que ha hojeado* aprendió lo que dice en su *Advertencia*, lo cual ni aun en su mínima parte deja de ser portentoso. Lo bien definidas que por él han sido las *hetéreas*, como dice, el acta de matrimonio de la poetisa con el llamado Cercolas, las diligencias judiciales practicadas en contra de la poetisa por abandono del hogar doméstico, son piezas de convicción que ha debido hallar en algún archivo de la alta montaña de Cataluña ó en el mismo en que recogió aquel documento probatorio de que D. Alfonso el Sabio había concedido una ciudad libre á los trovadores (1); todo esto y el arrepentimiento de la protagonista regenerada por el amor de Faón hasta el punto de apartarse de las costumbres lesbianas; el abandono que experimenta después, y más que nada, la oportunidad del momento en que entona, acompañándose con la lira, el himno á Venus, hacen pensar con qué razón ha llegado el Sr. Balaguer á los puestos literarios que ocupa.

La *Advertencia* pareció poco al autor, y puso á la tragedia tales notas, que cada una merece un comentario más amplio que los hechos para Homero y para Virgilio; en prueba de ello, véase la primera, que está redactada en los siguientes términos: «se cuenta que en varios certámenes públicos Safo venció á Alceo, alcanzando el premio de la poesía.» En la segunda, apoyado siempre en la falsa autoridad de Ovidio, que casi vale tanto en esta cuestión como la nuestra en muchísimas cosas, y para probar, sin duda, conocimientos que le deben parecer muy áridos, presenta algunos pensamientos y versos de Safo, traducidos con la fidelidad que atestiguan los siguientes:

«La hora pasa y yo me revuelvo solitaria en el lecho;»
 «Mis cantos no llegan al cielo, que está sordo para mí.»
 «¿A qué puedo compararte, amada mía? A una rama flexible solamente.» (2)

¡Safo *revolviéndose* en su lecho! ¡Oh, delicadezas tuyas, hija de Lesbos! ¡Oh, propiedad de tus bocablos lengua castellana! En esta

(1) Un error de traducción le valió al Sr. Balaguer poder blasonar de un descubrimiento, que pareció peregrino, hasta que la *Rumania* puso en claro el asunto.

(2) De estos tres pensamientos, por no extendernos más, diremos que no los ha visto en griego, aunque lo contrario hubiera representado lo mismo. Sin duda

segunda nota, el Sr. Balaguer llega hasta á traducir el *Cándida Cydno*, y es que cree que sin hacerlo, el pensamiento sería entendido de muy pocos. En la nota quinta manifiesta que en la advertencia dijo lo que eran las *hetéreas*, y ojalá que lo hubiera callado, y como complemento á estas ilustraciones, traduce las dos únicas poesías, que según tan ilustrado helenista, quedan de Safo (1); pero haciendo con ellas tales atropellos, que más valía que las hubiera dejado donde debió quedar, lo que puede haberle valido el ingreso en las Academias que lo han favorecido, y que por dejarlo fuera no creemos se hubieran visto obligadas á justos resarcimientos el día en que á la historia y á las bellas letras falte el apoyo de tan distinguido catalanista, por el desgraciado accidente que con frecuencia nos priva de hombres de gran valía (2).

Para deshechar el mal humor que engendran tales despropósitos, puede citarse el *Ultimo canto de Safo*, que escribió Lamartine y

debe haberlos copiado de la traducción hecha por algún novelista de á cuartillo de real la entrega, pues no se conciben de otra manera tantos errores. El primero es un fragmento que consta de cuatro versos; nos ha sido conservado por HEFESTIÓN y tiene el número LV en la colección NEUE; si no recordamos mal, este fragmento está inserto en la *crestomatia* que hizo nuestro maestro D. LÁZARO BARDÓN, para uso de sus discípulos, y cualquier alumno del primer año de esta asignatura se lo podrá traducir conservándole la delicadeza que en el original tiene y sin dar lugar á que se crea fué Safo una vaca excitada constantemente por malos deseos: el segundo lo debe haber inventado quien tanto manifiesta valer, en letras griegas, pues de ninguno de los fragmentos que se conservan puede conseguirse semejante traducción: el tercero podría convencer de lo que desea el autor de *Don Juan de Serrallonga*, si fuera exacto: el original consta de dos versos que nos han sido conservados también por el citado metrólogo, y tiene el número XXXIV en la colección NEUE. En el primero de los versos está la palabra griega γαμβρά que para que lo sepa el Sr. Balaguer, no puede ser traducida por *amada mía*, pues ni remotamente lo significa. El equivalente de tal palabra es la latina *sponsa*, y no decimos más; pues el latín que sabe tan distinguido académico le ha de permitir traducir ésta, como tradujo el *Cándida Cydno*.

(1) Composiciones perfectamente acabadas de la poetisa, son también los epigramas que de ella se han conservado en la *Antología palatina*. Estos epigramas son el 269 de los votivos, ed. cit., t. 1, p. 202, y los 489 y 505 de los funerarios, ed. cit., t. 1, ps. 335 y 339. Además están insertos en la ed. NEUE, ps. 102-104.

(2) Después de muerto Molière, la Academia francesa, que no lo había admitido en su seno, colocó su busto en el salón de sesiones, y Saurin le hizo el oportuno verso siguiente:

Rien ne manque à sa gloire, il manquait à la notre.

que hubiera bastado para darle nombre entre los hijos de las Musas. Leopardí, también lanzó acentos de su alma dolorida poniéndolos en boca de la ilustre hija de Lesbos.

El poco fundamento de los detalles con que durante tantos siglos se ha venido redactando la biografía de la poetisa, hace dudar que sea cierta la trágica muerte á que se cree debió su fin, que es más que nada, por lo que de ella tienen noticia, los no conocedores de la literatura griega. La desgracia de amar sin ser correspondido, ha sido causa de que en todos los tiempos y países, los seres que la han experimentado, busquen el camino más corto para la muerte, único término al parecer, de tamañas desventuras; está claro, que dadas las violentas pasiones que se pueden deducir de las obras de la poetisa, y los desventurados amores que le supusieron, lo más natural era que, para desenlace de la novela, forjaran un suicidio, contando para ello de antemano, con el célebre promontorio de la isla de Leucades, del que debía ser olvidado todo lo que no fuera el triste fin que se ha inventado para Safo.

Enclavada en el mar Jonio, frente á la costa de Acarnania (1), unida al continente en un principio, según los testimonios de Plinio (2) y de Homero, que la designó con las palabras ἀκτὴν ἑπείροιο (3), dando el nombre de Epiro á todo el continente que está frente á las islas de Itaca (4) y Cefalonia y convertida en isla merced á la rotura del istmo llevada á cabo por la colonia de Corintios que enviaron los tiranos Cipselo y Gargaso (5), tiene al Norte la Acarnania y al Sur la isla de Cefalonia; una de las extremidades, frente á esta última población, era la cumbre desde donde se precipitaban los amantes que sufrían honda pena, y acerca de cuyo nombre se han emitido distintas opiniones; unos le llamaron Leucades, Leucates ó monte Leucadio, derivando estos nombres de la palabra

(1) *Acarnania*, comarca de la Grecia central, de la que formaba parte la isla de Leucades. PLINIO, ed. cit., I. II, p. 92, y IV, p. 2.

(2) PLINIO, I. IV, 2, ed. Holtze, t. I, p. 266.

(3) HOMERO, Od. XXIV, v. 378, ed. cit., p. 371.

(4) Entre Cefalonia y Zacinto, HERODOTO, II, 7.

(5) *Cipselo y Gorgo* (γόργου en vez de γαργάρου, es una enmienda propuesta por MEINKE en su libro *Vindiciarum Strabonicarum*, Berlin, 1852, p. 170). Ambos son tiranos de Corinto, que según STRABÓN, I. X, c. II, p. 331, florecen en el siglo VII antes de J. C.

λευκός, blanco (1), ó porque habiéndole tocado aquel terreno en la partición de los bienes de su padre á Leucadio (2), hijo de Icarío y hermano de Penélope, le dió su nombre; otros afirman que el llamarse así lo debe á Leucos, compañero de Ulises (3), que construyó el templo de Apolo, que había en su cumbre, y, por último, hasta para que pudiera explicarse por una tradición mítica, han asegurado varios que este nombre lo debe á un decidido joven, llamado Leucateo, que huyendo de la nefanda persecución de Apolo, fué el primero que se arrojó desde aquella eminencia (4), cuya altura no ha determinado ningún autor, no faltando quien afirme que de continuo era besada por las nubes (5), y que el templo de Apolo, edificado en la cumbre, servía para orientar á los navegantes (6).

Como es de gran importancia el detalle en que nos ocupamos, justo será detenernos, y séanos dispensada la proligidad en gracia al deseo de dar á conocer lo cierto, que no es ni con mucho lo contado. Se ha entendido siempre que la muerte conseguida arrojándose desde lo alto del promontorio de Leucades, era el eficaz remedio para curar la intensa pena, el dolor profundo que produce no verse correspondido en el amor que impulsa hácia una persona. Según el testimonio de los antiguos autores que han tratado de esto, no era la muerte el remedio: si lo hubiera sido (lo cual no dudamos) no había necesidad de que aquellos infelices hicieran un largo y penoso viaje, pues suponemos que más cerca de su vivienda tendrían, los que fueron hasta allá, un precipicio, un lugar elevado, que sinó tanto como la roca leucadia, fuera al menos lo bastante para causarse la muerte en la caída.

(1) STRABÓN, I. X, c. II, lug. ind. El pasaje, traducido literalmente, dice así: «Del cabo de Leucades, es decir, á la roca que avanza en dirección del mar adentro hasta frente de Cefalonia y que probablemente debe el nombre á su color.»

(2) *Leucadio*, hijo de Icarío y de Policaste ó de Dorodoca, hermano de Penélope y de Alysea. La tradición lo presenta como el héroe epónimo de la isla de Leucades.

(3) HOMERO, *Il.*, IV, 491. ed. cit., p. 26.

(4) SERVIO, in *Virgilio*, *Eneida*, c. III, v, 274.

(5) AUSONIO, *Cup. crux. af.*

Et de nimbo Saltum Leucate minatur.

(6) VIRGILIO, *Eneida*, c. III, v, 274.

Mox et Leucatae nimbo cacumina montis
Et formidatus nautis aperitur Apollo.

En las capas atmosféricas que tenían que atravesar, en el aire que respiraban al caer, en las aguas que batían las rocas y en que se inmergian, ó en todo junto, suponían una virtud grande y poderosa; la de desvanecer el amor que tanto les había ofuscado. En prueba de esto, se referían historias que á primera vista se comprende debieron ser exaltaciones de poetas ó cuentos de los sacerdotes de Apolo Leucadio para conseguir gajes. Los dioses del radiante panteón helénico, bajaron muchas veces á la tierra y no pocas se confundieron con los mortales, experimentando sus pasiones y hasta sus extravíos, pues si alguna vez pudiéramos disculpar lo de Leáa, jamás podremos admitir lo de Ganimedes. Víctimas de pasiones que avasallan tiránicamente al corazón humano, los habitantes del Olimpo fueron los que hicieron público el secreto, y según nos refiere Ptolomeo Hefestión (1), que fué el que más infelices catalogó, Venus, inconsolable por la muerte de Adonis, viendo que nada ponía remedio á la pasión intensa que, aunque alimentada con un recuerdo, la devoraba, tomó consejo de Apolo, y éste, como dios de la medicina, le indicó el seguro medio para hallar alivio (2). Halló efectivamente, la diosa de la hermosura, lo que deseaba, y curiosa por lo que le debió parecer extraordinario, inquirió de Apolo, llegando á saber que Júpiter mismo lo había ensayado para verse libre del constante deseo que lo llevaba hacia Jano (3). Propalada esta fábula, dió lugar á la costumbre á que, según dicen, recurrió Safo, y que modificada después, había de ser segura fuente de riqueza para los citados sacerdotes. Según Ovidio, el primero de los humanos que empleó tan heroico remedio, fué Deucalión (4), y se-

(1) PTOLOMEO HEFESTIÓN ó CHENNO, es uno de los autores cuyas obras se han perdido y que permanecerían ignoradas á no estar reasumidas en la *Biblioteca de Focio*. Este eruditísimo compilador declara que eran siete los libros de su historia. *Photii Bibliotheca* ex recensione IMMANUELIS BEKKERI, Berlin, 1824, p. 153. En el séptimo libro trataba del Salto de Leucades, haciendo mención, á más de los de Venus y Júpiter, de los de Hipomedonta, Nicostrato, Maces, Bulagora, Rodope, Charino y Nereo. Los fragmentos de PTOLOMEO HEFESTIÓN fueron publicados por ROULEZ, Aquisgran, 1834, y se hallan incluidos también en los *Scriptores poeticae historiae Graeci*, editados por WESTERMANN, Brunswick, 1843.

(2) PTOLOMEO HEFESTIÓN, *lug. cit.*

(3) PTOLOMEO HEFESTIÓN, *lug. cit.*

(4) OVIDIO, *Heroidas, Sappho Phaonis*.

gún Xarón, Fobo (1). Menandro en unos versos, con que sin duda daba comienzo su comedia *La Leucadia*, y que han sido conservados por Strabón, afirma que la primera mujer que se arrojó desde Leucades, fué Safo (2); este geógrafo niega tal aserto citando como anterior el caso de la hija de Pterela (3), que enamorada de Céfalos, hijo de Dione, lo siguió abandonando á su padre: viéndose desdeñada después, se arrojó desde el elevado promontorio. Además, en Ateneo (4) se halla la referencia de un poema de Stesícoro acerca de una joven llamada Calica, que no pudiendo lograr que correspondiera á su pasión Eualtho, de quién estaba perdidamente enamorada, recurrió también á dar el terrible salto. Ahora bien, Stesícoro fué contemporáneo de Safo, y al afirmar que Calica fué la primera desventurada que se vió obligada á recurrir á tan heroico remedio, se comprende que nada se decía aún de la poetisa; si á esto se añade que igual silencio guardan los demás poetas y escritores que vivieron en su tiempo y que lo mismo hace el historiador Herodoto, que tantos detalles suministra de todo, es bastante, á nuestro modo de ver, para hacer pensar que la trágica muerte que de ella se ha venido afirmando, no es más que el obligado desenlace de la agitada vida que se le supone.

Otra prueba en apoyo de nuestro aserto puede deducirse de la

(1) CHARÓN, historiador que florece en la Olimpiada LXXIX. Los fragmentos de sus obras están incluidos en los *Fragmentos historicorum graecorum* de la Biblioteca Didot. De ellos el IV, de REBUS LAMPSACI, dice, traducido por MULLER: «Codridae genere, patria Phocacenes fuerunt duo gemini fratres Phobus et Blepsus, quorum ille primus a Leucadibus petri in mare se dedit.»

(2) STRABÓN, l. x, ed. Holtze, t. II, p. 332.

Se dice que Safo fué la primera que en el delirio de la pasión y despechada por haber perseguido á Faon amorosamente, en vano, se arrojó desde lo alto de esta roca, invocando tu nombre, divino Señor.

(3) STRABÓN, l. x, ed. cit., t. II, pág. 432. Céfalos, hijo de Deíneo y de Diomedea, fué el primero que buscó en esta prueba remedio á la pasión que sentía por Pterelas.

(4) ATENEO, l. x, ed. cit., p. 619. STESÍCORO, poeta lírico que floreció en los años 632 á 552 antes de J. C., era natural de Himera y se llamaba ISIAS; más tarde recibió el nombre de STESÍCORO (*regulador del coro*), por haber inventado la poesía córea. De su poema *Calica* no queda nada; los demás fragmentos de sus composiciones que han llegado hasta nosotros, conservados en las obras de PLATÓN, ARISTÓTELES, STRABÓN, ATENEO y otros autores antiguos, se encuentran en la *Anthologia lírica* de BERGK, p. 634 y sig.

forma y modo con que se intentaba este remedio de amor, pues según hemos dicho, no era la muerte lo que se buscaba en tan espantoso salto, sino un alivio al profundo mal que se venía sintiendo y que era seguro hallarlo por el referido medio: sólo así se explica que de los más remotos países fueran hasta allí crédulos supersticiosos de los que la historia nos ha conservado el nombre, indicando á quien más de una vez lo hiciera. Artemisa (1), la hija de Ligdamy, reina de Halicarnaso, que tanto logró distinguirse en la política como en la guerra, hasta el punto de que Xerges, después de la batalla de Salamina, en vista de su conducta, dijo que en la acción las mujeres se habían portado como hombres y éstos como mujeres (2), no pudo resistir el desprecio de un joven abidense, llamado Dárdano, de quien estaba perdidamente enamorada; en su despecho le hizo saltar los ojos mientras dormía, y desesperada luego, hizo el viaje á Leucades para arrojarse desde el promontorio, lo cual efectuó, muriendo en la caída. Los historiadores nos han conservado el nombre de Nicostrato (3), que cumplió la prueba, y el de Charino (4), célebre entre los de su tiempo y en los posteriores por lo perfecto de sus yambos, que impelido por el vehemente deseo de hallar alivio á la pasión que sentía por Erota, se arrojó desde la celebrada cúspide y murió exclamando:

Ἐρῶτις πλανήει καὶ κακὴ πέτρῃ Λευκάς
 Χαρίνο, αἰ αἰ, τὴν ἰαμβικὴν μούσαν
 Κατηθάλωσας ἔλπιδος κενοῖς μυθοῖς
 Τοῖζυτ' Ἐρωτος Εὐπάτωρ ερασθεῖη (5)

Más afortunado fué Macés de Butrhoti, que por cuatro veces realizó la terrible prueba, por lo que le dieron el nombre de

(1) HERODOTO, I. VII, 99, *ed. cit.*, t. III, p. 47.

(2) HERODOTO, I. VIII, 88, *ed. cit.*, t. III, p. 157.

(3) NICOSTRATO, de la Comedia media, poeta de quien ATENEO ha conservado fragmentos de diez y nueve obras. Según PTOLOMEO HEFESTIÓN, se arrojó desde el promontorio porque no correspondía á su pasión la cortesana Mirrina.

(4) Los fragmentos de este poeta que han llegado hasta nosotros, han sido recogidos por MEINKE é insertos con los de BABRIO, Berlín, LACHMAN, 1845.

(5) Fuera aniquilada, desgraciada y funesta roca Leucadia: ¡ah! Xarino, el poeta querido de las musas del verso yambo, se ha dejado seducir por las vanas esperanzas con que lo habías lisongeado. Así Eupator arda por Erota con fuego tan intenso como el que me abrasa.

Λευκοπέτρα (1), *el de la roca blanca*. Esto prueba que los sacerdotes del templo de Apolo, levantado en la cumbre, cuidaban muy eficazmente de acreditar la tradición, cuyo origen mítico conocemos, y mayor había de ser el interés de ellos, cuando los que empleaban tan enérgico remedio hacían sacrificios y depositaban en el templo valiosas ofrendas. Para conservarlas era menester que no espantara tan terrible medicina, y á este fin se tomaban todas las medidas conducentes á que fuera mayor el número de probabilidades en pró de la vida de aquellos supersticiosos; al rededor del promontorio había dispuesto gran número de barquillas tripuladas por hábiles remeros con objeto de prestar auxilio á los que se arrojaban. Según Menandro, Safo fué la primera que se arrojó, muriendo en la caída; Strabón nos ha conservado lo que parece ser el coro que los sacerdotes entonaban, en la comedia del referido autor, titulada *La Leucadia* (2), pero no señala la época en que sucedió tal cosa, lo cual es difícil averiguar; por lo probado, y gracias á ciertos fragmentos que se conservan de Safo, puede darse como cierto que la ilustre lesbiana llegó á una edad bastante avanzada, y entonces es más que probable estuviera ya relajado el culto, siendo la época en que no era menester que se arrojara el paciente, sino que había hombres dispuestos para dar el salto (3) por quien lo necesitara, quedando curado aquél, ó lo que es más, con el tiempo en que no era necesario el sacrificio de la persona, pues bastaba con que se arrojara una determinada cantidad de dinero, subterfugio al que sin duda habían recurrido varios, según parece probarlo la aventura de Nereo de Catania (4).

Si atentamente se considera cuanto acabamos de exponer, deducido de fuentes históricas de reconocida autoridad, creemos que

(1) PTOLOMEO HEFESTIÓN, *lug. cit.*

(2) STRABÓN, *lug. cit.*

(3) SERVIO, *in Virg. Eneida*, III, v. 279, STRABÓN, *lug. cit.*

(4) PTOLOMEO HEFESTIÓN, *lug. cit.*, refiere que Nereo, de Catania (Sicilia), se arrojó desde el promontorio para aliviarse del amor que sentía hacia una hermosa joven llamada Atica, como lo consiguió; sacado del mar en una red, arrastró también una caja llena de oro, que se quiso apropiarse, diciendo que era un don que Apolo le hacía: la cuestión fué llevada ante los jueces, pero no hubo necesidad de que la ultimaran; la noche antes se le apareció el dios, y le aconsejó que desistiera de su injusta demanda, so pena de incurrir en su indignación, y aun le añadió que debía darse por satisfecho con haber conservado la vida.

se comprenderá sin trabajo, el poco fundamento que tienen las falsas aseveraciones con que hasta aquí se ha venido formando la biografía de una de las grandes poetisas de la antigüedad. Considerada como mujer, no solo se la ha ridiculizado, sino que también se la ha injuriado y escarnecido sin justos motivos; la observación general que podemos llevar á cabo con respecto á cualquier hecho, nos manifiesta, como una idea, por descabellada que sea, se da como cierta y adquiere crédito en el trascurso del tiempo si se repite constantemente, y como cuando es firme el propósito de llevar á término una hipótesis se recurre á viciosas demostraciones, á finas argucias y sutilidades que nada dicen cuando se ven y analizan con detenimiento, y esto, lo mismo que sea para favorecer que para perjudicar, pues si con Safo ocurre lo que es tan de sentir, sucede lo contrario con Homero, á quien hubieran santificado, si la santificación hubiera estado en las creencias de entonces; pero que no pudiendo hacerlo, hubo quien acumuló fábula sobre fábula para explicar su nacimiento, estableciendo una genealogía en vista de la que descendía de los mismos dioses (1). La libertad de costumbres que se ha reprochado á la poetisa, deducida del lenguaje empleado en sus composiciones, no puede considerarse como vicio vituperable, dadas las costumbres admitidas en la región en que nació: para que la censura hubiera tenido fundamento, se hacía necesario suponer una constitución política semejante á la de Atenas, donde el desempeñar una mujer cualquiera acto que no fuese propio de la vida doméstica, era suficiente motivo para que se la creyera deshonorada. Como sabemos, esto no sucedía entre

(1) Según esta genealogía que nos ha sido conservada por Suidas, ed. cit., t. III, página 1092, Aetusa, hija de Neptuno y Alciona, fué madre del poeta y músico Lino, padre de Piero, que á su vez lo fué también de Oeagro: éste, casado con Polihimnia ó Caliope, dió el ser á Orfeo, padre de Dres, que lo fué á su vez de Eucleo, de quien nació Idmonide, famoso adivino de los argonautas; hijo de éste fué Filoterpe, y de éste Eufemo, de quien nació Epifrade, padre de Melanopo, que dió nacimiento á Apelles, padre de Maeo, que vino de Smirna con las amazonas, trayendo á su esposa Eumenide, nieta de Euepis Mnesígenes, que fueron los padres de Homero. Difícilmente se puede arbitrar una genealogía más á propósito para engrandecer á un hombre: todas sus ascendientes serían dioses y reyes; pero teniendo presente las poéticas ficciones á que recurrirían los griegos, y sabiendo que Filoterpe es el amor de las delicias, Eufeme la bella locución, se ve que lo que quisieron fué hacer una alegoría para indicar los superiores talentos del poeta.

los eolios, que alejados de la influencia asiática, tardaron más en participar de las costumbres de aquellos pueblos: entre ellos, la mujer es altamente considerada, se la estima como ser susceptible de derechos, puede tomar parte en los asuntos de la vida pública, y apesar de esto la ley no la rebaja ni la prostituye como en Esparta, donde para que la fuerza del Estado no decreciera, la mujer fué reputada como una máquina.

Esta especial consideración dispensada á la mujer, dió resultados provechosos, y de la misma manera que en Atenas los severos y virtuosos filósofos abrieron academias y escuelas para instruir á los jóvenes, Safo, en Lesbos, hace lo mismo, é ilustra á las de su sexo, que se sienten inspiradas por las musas: iguales fueron las tendencias, semejantes los medios é idénticos los resultados; á Sócrates se le llama pederasta (1), y por sus lucubraciones filosóficas se le condena á beber la Sicutá; á Safo se la llama tribade, y exagerando su ardimiento erótico, suponen que se arrojó desde el promontorio de Leucades. No queriendo atender á esta consideración, ó juzgándola muy de ligero, han resultado las calumnias que procuramos combatir, y como aún parecía poco, no faltaron autores que han afirmado que Safo era fea, pero fea hasta llegar á ser repulsiva. Si esto fuera cierto lo veríamos confirmado en las medallas donde está grabada su cabeza (2); siendo repulsiva no hubiera inspirado á los pintores que hicieron de ella asuntos para sus cuadros (3), ni á los escultores que del informe trozo de piedra sacaron las estatuas consagradas á ellas. De una nos habla el poeta Criptodoro de Coptos, al describir el gimnasio público de Seuxipo (4); otra fué motivo de acusación en una de las más brillantes oraciones del gran orador

(1) En estas ideas abundaba MÁXIMO DE TIRO, Dis. VIII. Véase con respecto á este punto la disertación de GESNER (A. I.), *Socrates sanctus pederasta*: dicho trabajo ha sido traducido al francés por BONNEAU.

(2) La cabeza de Safo estaba grabada en las monedas de Mitilene, según atestigua POLUX, l. IX, c. VI, *ed. cit.*, p. 1064, y ARISTÓTELES, *Ret.*, l. II, c. 23. Además se ve en distintas medallas cuyas reproducciones pueden verse en GRONOVIO, *The-saurus ant. grae.*, t. II, gr. 34. SEGUINO, *Numis. ant.*, 31, p. 74. ECKHEL, *Doctrina nummorum veterum* (Viena, 1797), t. II, p. 504. GOLTZIO, *Numis. Grae. Tab.*, xv.

(3) El pintor Leo había hecho un retrato de Safo. PLINIO, *ed. cit.*, l. XXXV, 40, párrafo 35.

(4) *Antiblogia*, *ed. cit.*, t. I, p. 29.

romano (1), por hallarse en la galería de Verres, obra del escultor Silanión, que había sido quitada del Pritaneo siracusano y para la que parece hecho el epigrama en que por igual se le da la nobleza de las musas y la gracia de Venus (2). Después de cuanto acabamos de exponer, afirmamos que podrá ser desconocida en detalles la vida de la poetisa, pero que en modo alguno puede ni debe formarse con los que hemos procurado rebatir y que han sido admitidos durante mucho tiempo.

Según Suidas (3), el número de composiciones de la ilustre hija de Lesbos era considerable, contándose entre ellas odas, epigramas, elegías, epitalamios y yambos. De tan incomparable riqueza, solo quedan fragmentos; apenas si el tiempo ha respetado lo que tanto debía valer, y dispersos cual pétalos de preciosas flores, impelidos por la borrasca, encontramos solo trozos de aquello con que formó su corona, la que mereció que Platón la llamara décima musa (4). Las poesías que nos quedan prueban hasta qué punto debían ser bellas las que se han perdido, composiciones que todos alababan y celebraban, y de las que al escuchar una el severo Solón exclamó: «no quisiera morirme sin haber aprendido de memoria tan hermosa poesía» (5); además no hay un poeta imparcial, á cuyo conocimiento hayan llegado obras de la insigne cantora, que no emita un juicio acorde con lo que primeramente se piensa de ella. En la Antología existen valiosísimas pruebas que así lo acreditan, y á más del epigrama en que Posidipo (6) recuerda la composición en que la poetisa censuró los impuros amores de su hermano, hay uno

(1) CICERÓN, *in Verrem*, LVII, ed. Holtze, t. III, p. 482.

(2) *Antología*, ed. cit., t. III, p. 304, ep. 310.

(3) *Antología*, ed. cit., t. II, p. 193, ep. 506.

(4) SUIDA, *lug. cit.*

(5) ESTOBEO, *Florilegio*, tit. XXXIX, 58, ed. cit., t. II, p. 6.

(6) POSIDIPPO, poeta epigramático inserto en la *Antología*, y que según ATENEO, XI, 491, escribió dos poemas épicos, florece 274 años antes de J. C. El epigrama á que nos referimos, conservado por ATENEO, XII, ed. cit., 543, inserto en la *Antología*, ed. cit., t. III, p. 347, ep. 64, dice: «Dórica, hace mucho tiempo que tus huesos son cenizas, lo mismo que las trenzas de tus cabellos y la túnica impregnada de perfumes; tú que en otro tiempo estrechabas en tus brazos al bello Caraxo y que compartiendo su lecho apurabas con él la copa matinal. Pero tus versos magníficos ¡oh Safo! viven aún y vivirán siempre. Tu nombre es glorioso, y Naucratis no lo olvidará en tanto que los barcos vengan de todos los mares á las orillas del Nilo.

de Antipater de Sidón (1), declarándola superior á todas las poetisas y otro de autor desconocido, que en la poesía lírica le da la preferencia sobre Erinna (2). Más que nada, la forma especial empleada por la poetisa, los géneros cultivados por ella y la belleza de sus concepciones, asuntos de que vamos á tratar, nos dan suficiente prueba del justo entusiasmo que despertó entre sus compatriotas, de la veneración que Grecia entera la tributaba y de la admiración que ha excitado en las generaciones posteriores.

Pasando ya á ocuparnos de lo que se refiere á las composiciones de la poetisa, justo será que para proceder con orden, digamos algo acerca de la forma: fuerza es que antes nos ocupemos, siquiera sea brevemente, en lo que con más razón se ha llamado sáfico en la prosodia griega y latina. Verso sáfico y estrofa sáfica son denominaciones que convienen, la primera á un verso endecasílabo, ó lo que es lo mismo, á un trimetro cataléctico (3), ó sea $\underline{\text{U}}\text{U}\text{U}\text{U}\text{U}\text{U}\text{U}$; la segunda á la combinación de tres versos de esta clase y un adónico (4), ó sea $\underline{\text{U}}\text{U}\text{U}\text{U}$.

Según creen algunos autores, esta estrofa constó primitivamente solo de tres versos sáficos de los que el último estaría alargado por un adónico que más tarde separarian los gramáticos.

De cualquier modo, esta combinación fué la más dulce y suave de cuantas existieron, y aún se hacia más agradable recitada en el modo musical mixolidio, que según los autores, inventó Safo también. Este modo ó armonía, como los antiguos griegos llamaban, tenía mayor semejanza con el primitivo lidio, que siendo más alto se adaptaba mejor á la voz de mujer y era de carácter más dulce y tierno: al aumentarse el número de los modos se perfeccionó el carácter de la armonía lidia, y el nuevo atribuido á Safo fué el más á propósito para acompañar los cantos sentimentales. ®

Estas invenciones que se han atribuido á Safo, pudieran defenderse, pues nada más natural que una mujer de tanto genio bus-

(1) ANTIPATER DE SIDÓN, autor citado ya. El epigrama á que nos referimos es el 15 de los funerarios, *Antología*, ed. cit., t. I, p. 227, que dice: «Safo, es mi nombre; en poesía he aventajado á todas las mujeres como Homero á todos los hombres.

(2) Ep. 190, ed. cit., t. II, p. 58.

(3) Seis pies menos una sílaba.

(4) Un dactilo y un espondeo.

cara medios adecuados para la expresión de sus sentimientos; pero como afirmarlo rotundamente, pudiera ser considerado como un efecto de fanatismo, nada cuesta estudiarlo y quédese la verdad donde debe. El verso sáfico que ya hemos apuntado, es el mismo que empleó Alceo en su himno á Hermes (1), y por tanto hay ya un motivo para dudar de que la inventora fuera la poetisa que estudiamos. Hefestión, sin datos bastantes para decidir en absoluto, titubea entre Alceo y la hija de Lesbos (2); pero Diomedes, sin reserva ninguna, se decide por esta última (3). Mario Victorino (4), opina todo lo contrario y manifiesta que el verso en cuestión fué inventado por el acérrimo enemigo de Pitaco, si bien concede que Safo lo empleó con más frecuencia, y Atilio Fortunatiano (5) declara que á dicho verso se daba indistintamente el nombre de sáfico ó alcéico. Iguales dudas que con respecto al verso, se dan también con respecto al modo musical, cuya invención se atribuye á Safo, pues en tanto que unos lo afirman así, otros, entre ellos Plutarco (6), sostienen que la invención del modo mixo-lidio se debe á Pitóclides: esta cuestión no resuelta deja, sin embargo, entrever que del verso y de la estrofa que posteriormente se llamaron sáficos, hizo gran uso nuestra autora, aunando de este modo lo que al fondo y á la forma se refiere.

Suidas (7) declara que uno de los géneros cultivados por Safo, fué la oda, y con efecto, se ha conservado hasta nosotros una completa y un fragmento considerable de otra. Este género poético, griego por excelencia, porque allí en la patria del arte fué cultivado primeramente, es sin disputa la más elevada manifestación de la lírica, á la que han recurrido los mejores poetas para expresar la

(1) De este himno queda sólo un verso, que constituye el número 3 de los fragmentos de ALCEO, insertos en la *Anthologia lirica*, de BERGK.

(2) HEFESTIÓN, ed. cit., p. 35; 66 de la ed. de GAISFORD.

(3) DIOMEDES, gramático latino que floreció en el siglo V de nuestra era. Su obra, á que nos referimos, *Artis grammaticae, libri III*, está inserta en los *Scriptores latini rei metricae*, ed. GAISFORD, Oxford, 1837, y en los *Grammatici latini*, edición KEIL, p. 298-529.

(4) MARIO FABIO VICTORINO, gramático del siglo IV, nacido en Africa. Su obra, á que nos referimos, *Ars grammatica*, se halla inserta en la ed. cit. de GAISFORD.

(5) ATILIO FORTUNATIANO, su obra se halla inserta también en la ed. cit.

(6) PLUTARCO, *De Musica*.

(7) SUIDAS, *lug. cit.*

veneración á las ideas superiores y el culto á que se sentían arras-trados; los grandes triunfos del pueblo y las excelsas proezas del espíritu; las altísimas manifestaciones de la inteligencia y los afectos profundos del corazón humano. Dado esto, es sumamente difícil clasificar las odas; pero admitiendo lo establecido desde hace mucho tiempo, de las de Safo, una es religiosa, otra erótica, tal vez la que más ha dado lugar á que se la crea exaltada hasta el frenesí. Juntamente con las demás composiciones de la poetisa, merecieron los aplausos de la antigüedad clásica, mas cuando de ellas se perdieron la mayor parte, por rigores del tiempo ó por descuidos de los hombres, la atención de todos se fijó en la oda á Afrodita, conservada por fortuna en las obras de Dionisio de Halicarnaso (1). Desde que se reanudaron los estudios clásicos,

(1) DIONISIO DE HALICARNASO, *De structura oratione*, *lug. cit.* Esta obra, escrita en sáficos, consta de siete estrofas y ocupa el primer lugar en todas las ediciones citadas. La mejor y más exacta versión que podemos recomendar es la latina, hecha por el distinguidísimo helenista CRISTIAN FEDERICO NEUE, que dice así: «*Solio affabre facto conspicua, Venus immortalis, filia Iovis, quae dolos noctis, precor te, ne mihi, taediis aut macroribus, sancta, animum doma. Sed buc veni, si quando et alias vocem meam percipiens multam exaudisti, patrisque domo relicta, aureo venisti curru subiuncto: pulchrique te rebebant agiles passeris circa nigram tellurem crebras vibrantes alas a caelo medium per aetherem. Confestim autem advennerunt: tu vero, beata, subridens immortalis oré, quaerebas, quid tandem esse, quod paterer, et quid tandem esset quod vocarem, et quid maxime meae vellem co-nire vesanae menti: quem rursus pelliciam inducens in amorem, quis te Sappho, violat? Namque si fugit, cito persequetur, si dona non accipiebat, at dabit, si non amat, cito amabit vel nolentem. Veni mihi nunc quocumque, gravibusque solve ex curis, et quaecumque perficere animus mihi gestit, perfice, tu ipsa adiutrix esto.*» Como ejemplo de la distinta interpretación dada á varios pasajes de esta oda, diremos sólo que el primer verso:

ποικιλῶρον' Αθάνατ' Αφροδίτα

A nuestro modo de ver, no puede ser traducido ni entendido mas que á la manera que lo hizo NEUE, si bien usó de alguna libertad al traducir ποικιλῶρον por el adverbio *affabre*. La palabra griega significa, «sentada en un trono adornado con diferentes colores,» y *affabre* no indica más que hecho con arte; aquello significa esto, pero la idea queda muy incompleta. Sin embargo, preferible es dicha libertad á la licencia de otros; NEUE es el traductor que más se atiene al original. VOLGER, en alas de su imaginación, lo traduce por *quae varias multas habet sedes*, y lo explica por los muchos templos en que se rendía culto á la diosa del amor, enumerando los de Chipre, Pafos, Epiro, Caria, etc., etc. MOEBIUS, menos fantaseador, no se atiene á la idea de color, sino á la diversidad de materias empleadas en el trono, y traduce *exornabantur throni vario modo ebore, auro, aere*. ROGATI, pasó diciendo: *O Ve-*

desde que las obras de los antiguos volvieron á tener el prestigio que jamás debieron perder, dicha oda ha merecido gran número de alabanzas, y tal vez no haya un idioma al que no se hayan vertido aquellos pensamientos magistrales: en dicha composición se advierte un apasionado ardor que la lleva á exclamaciones míticas. Más tarde, este género de exclamaciones tendrá una interpretación inofensiva porque alcanza el carácter que ha hecho tomar á ciertas manifestaciones la reforma cristiana. Llevada del sentimiento, buscando alivio al fuego que la consume, implora á la diosa de los amores, que no acude como otras veces á dar consuelo á la intensa pena que la devora; en esta poesía, á más de la perfección del ritmo, hay la fiel revelación de un estado psíquico, que eleva á nuestra propia alma, haciéndonos comprender cómo es el amor cuando se apodera del ser y hasta qué punto agita la mente y excita el corazón; algunas de sus estrofas tal vez puedan servir de explicación para ciertas suposiciones á que ya nos hemos referido. En la composición de que hablamos, la poetisa se refiere á un amor no correspondido que le hace sufrir; pero ni cita nombre, ni deja comprender quién sea objeto de aquel sentimiento; antes al contrario, recuerda á la diosa cuando sonriendo su inmortal semblante preguntaba qué era lo que padecía, para qué era llamada y qué era lo que su corazón deseaba; frases que parecen indicar una intervención divina en que nada humano cabe, pues si tal era la fe que la invocaba, claro es que la impetración de esta gracia no podía ser en pro de la corrupción de costumbres que se le ha supuesto.

Desde el momento en que se pensó reunir cuanto existía de Safo, los críticos y los helenistas principiaron á comentar y enmendar los versos que de ella han conservado los antiguos autores. Con tal

nere immortale que bai diversi troni. LE FEVRE lo tradujo por *praepotens*. MME. DACIER creyó que no cometía delito traduciéndolo por *pulchra seu varia veste utens*. BASTERO se aproximó más al original, y dijo *solio versicolori*. CONTI siguió estas huellas, y puso *troni vario dipinti*. PINDEMONTÉ, *vario-pinto soglio*, PARNI, más atrevido, creyó que todos se contentarían con lo que él dijera, y sin atenerse más que á su conveniencia, y siempre la conveniencia del traductor en verso fué contraria al original, dijo *Toi qui pour temple á l'univers*. PESSONNEAUX dijo sencillamente *elegamment façonne*; KOCK, *herrlich thronende* (suntuoso trono). De esta manera podríamos continuar el análisis de las variantes é interpretaciones, y aunque concluiríamos alguna vez, nuestros lectores comprenderán que tardaríamos mucho y no agotaríamos la materia.

saña lo hicieron, que seguramente, si Safo resucitara, tendría gran trabajo en reconocer como suya dicha oda y los demás fragmentos. Wolff, Neue, Bergk, Moebio, Volger y otros muchos, se han aplicado con laudable esfuerzo á su revisión, y hoy contamos con un texto claro, comentado hasta la saciedad, y con prolijas notas que permiten apreciar la oda tal como es. Los traductores han contribuido á que no sea fielmente conocida, pues muchas veces las versiones carecen de la exactitud que debieran tener y resultan parafrasis más ó menos desgraciadas, de las que pueden citarse muchas.

Oda también, pero más grande, más elevada, más sublime y en armonía con el carácter que á Safo se ha supuesto, es la incompleta que nos ha conservado Longino (1), bastante para que demos crédito á Plutarco, que decía eran los versos de Safo composiciones en las que se advertía el fuego que ardía en su corazón (2). Aunque incompleta la composición, deshecha ya la duda que se manifestó, acerca del sexo á que pertenecía la persona á quien iba dedicada, se nota una sin igual elegancia, un esquisito sentimiento y el especial cuidado con que salvó el gran inconveniente que presentaba el asunto, supuesto que, á nuestro entender, no hay relación entre el fondo y la forma de esta poesía. Extasiada la cantora de Lesbos, se abandona á la violencia de su inspiración y revela los efectos que en su cuerpo producen las sacudidas del alma; la comparación es elevada, y toda ella justifica las alabanzas que le tributó quien la transcribió en su obra, en la que se ha conservado. Tratando Longino de cómo se realiza el sublime, después de analizar todos los movimientos que enumera, termina diciendo: «Y cuando todo esto ocurre á los amantes, reuniéndose con arte los sentimientos amorosos, que dice, causan la sublimidad» (3). Tan notable composición (4), no podía menos que determinar grande influencia en

(1) LONGINO, *De Sublime*, sec. x.

(2) PLUTARCO, *De Musica*, xvi.

(3) LONGINO, *ed. cit.*, p. 41.

(4) Transcribimos la traducción más fiel que se ha hecho de esta poesía, debida á NEUE, que dice: «*Ille mihi vir par esse diis videtur, qui adversus te sedet et prope dulce loquenti auscultat et suave ridenti: hoc mihi cor meum in pectoribus percultat. Quando enim te adpexi, confestim mihi vocis nihil amplius adest. Sed infraeta es lingua, tunisque statim artus flamma subiit, oculis nihil cerno, et vertigine aures rotantur. Ac sudor gelidus defluit, tremorque totam occupat, pallidior sum herba, et a morte prope abesse videor... Sed quidvis audendum, quum et pauperem.*

el ánimo de todos, lo cual ocurre también con el mayor número de los delicadísimos pensamientos que nos quedan de la poetisa (1).

Otro de los generos que cultivó Safo, fué la *elegía*: ya sabemos que los griegos atendieron para la clasificación de su poesía, únicamente á la forma externa; de aquí que la palabra *ελεγειον* en un principio no expresara un asunto determinado, sino únicamente la unión del exámetro con el pentámetro; dicha palabra, á la que muchos niegan origen griego, se deriva de una primitiva que tiene varias significaciones, según los autores. Diomedes (2), la

(1) CATULLO, más que imitar, tradujo esta composición en su elegantísima elegía á Lesbía:

Ille mihi par esse deo videtur
Ille si fas est, superare divos,
Qui sedens adversus identidem te
Spectat et audit.

son varios los autores en cuyas composiciones se ven copiados algunos de esta poesía; entre ellos citaremos: ANACREONTE, *Od.* XLIII, 18; TEÓCRITO, *Id.* II, 196; PROPERCIO, II, 22, v. 11 y 12.

Quae si forte aliquid vultu mihi dura negara
Frigida de tota fronte cadebat aqua.

OVIDIO, *Mét.*, IV, 134.

Oraque Buxo pallidiara gerens exhorruit.

LUCRECIO, III.

Rerum ubi vehementi magis est commota metu mens
Consentire animam totam per membra videmus
Sudores itaque et pallorem existere toto
Corpore et infringi linguam, vocemque aboriri
Caligare oculos, sonare aures, succidere artus,
Denique concidere ex animi terrore videmus
Saepe homines.

PETRARCA, *Son.* CXXVI.

Non sa com' Amor sana e come ancide
Chi non sa come dolce ella sospira
E come dolce parla e dolce ride.

VALERIO EDITUO, hizo también el siguiente epigrama, en el que se advierte desde luego la influencia de Safo:

Dicere quum conor de curam tibi Pamphila, cordis:
Quid mi abs te quaeram? Verba libris abeunt.
Per pectus miserum manat subito mihi sudor
Sic tacitus, subiduo duplo ideo pereo.

(2) Diomedes ya cit. La autoridad de este escritor se hace muy sospechosa, y con sobrada razón Reifferscheid lo ha llamado *misserrimus grammaticus*. Westphal no tiene inconveniente en decir que es uno de los métricos más ignorantes.

hace venir de *ελεγεῖραν* estar en furor; Scaligero (1) de *ελεγος*, pájaro nocturno, y Didimo (2), de *εὐελεγειν* exclamar dolorosamente por las exclamaciones *εὐε* tan comunes en los poetas elegiacos: siendo muy discutible todo esto, lo más seguro es afirmar que *ελεγος* tiene la significación de queja, que sin duda es á lo que primitivamente se destinó la elegía entre los griegos; siendo distintas las causas que las pueden arrancar del corazón humano, puede decirse que en un principio, bajo la misma denominación, permanecieron confundidas muchas composiciones que, atendiendo al pensamiento, ocupan hoy muy separados lugares. Del mayor número de los grandes poetas elegiacos de la antigua Grecia, no quedan más que los nombres y escasos fragmentos de las valiosas obras á que deben su fama. Varios son los que se citan como inventores de este género que había de llegar á ser expresión de luto y duelo, habiéndolo sido de las angustias que el amor produce, ó de la alegría que causa el triunfo, ó del alborozo que engendra la victoria, cosa que podrá parecer muy extraña, pero que así resulta testualmente de las historias de la literatura griega. Puede decirse que el mayor número de los poetas elegiacos de más renombre, florecieron en la época de Safo, coincidiendo muchos con ella. De éstos es uno Minermo (3), citado siempre como modelo, á pesar de lo poco que de él se conserva; según muchos autores, hasta que él floreció la elegía nunca pasó de ser el canto funerario; había sido la composición destinada á las tristes ceremonias que se practicaban en honra de los que fueron, pero él, que siempre había cantado la juventud y los placeres (4), él, que en más de una ocasión había expresado en hermosos versos su deseo de morir antes de llegar á la vejez (5), llegó á ella con la desgra-

(1) Scaligero (J. C.) 1484-1558, *Poetices*, libri VII.

(2) Didimo, apellidado *Χαλκέντερος* (entrañas de bronce) gramático griego, nacido en Alejandría durante el siglo I de nuestra era. Según Suidás, edición citada, tomo I, p. 1329, escribió cuatro mil obras, y según Ateneo, IV, ed. cit., p. 139, tres mil quinientas. Ninguna de ellas ha llegado completa hasta nosotros, no poseyéndose más que fragmentos publicados por Kitter, Colonia, 1845, y por Schmidt Leipzig, 1854, ed. Teubner.

(3) MINERMO, natural de Esmirna, colonia de Colofón, florece en la Olimpiada, XXXVII (532 a. d. J. C.).

(4) ATENEO, XIII, ed. cit., p. 597.

(5) Véase el fragmento número 2, inserto en la *Anthologia lirica* de BERGK.

cia de enamorarse entonces de la hermosa flautista Nanno, que lo desdeñó (1); esto le llevó á la sentida y dulce queja que le valió el nombre de *Ligistade* y por lo que Propercio (2) le da la preferencia sobre Homero en el famoso verso.

Plus in amore valet Mimnermi versus Homero.

Como elegíaco, hemos de citar también á Arquiloco (3), que si bien se distinguió más en la sátira, dejó hermosas elegias; á Esquilo, que lloró en sentidos versos la muerte de los griegos que sucumbieron en Maratón (4); á Ión (5), que acusó duramente á Pericles de ser causa de los desdenes con que lo hería Crífila (6), á Platón (7) y Aristóteles (8), que dejaron sentidas manifesta-

(1) Véase el fragmento número 1 inserto en la *Anthologia lirica* de BERGK.

(2) PROPERCIO, l. 1, *Eleg.* IV, v. 11.

(3) ARCHILOCO fué tenido por uno de los inventores de la poesía lírica. Floreció en el siglo VII a. d. J. C. Los fragmentos de este poeta fueron publicados primeramente por LIEBEL, Viena, 1818, y de sus elegias, forman parte los fragmentos 1 á 7 de los publicados por BERGK en su *Anthologia lirica*, que corresponden á los 52, 56, 50, 49, 51, 58 y 7 de la primera.

(4) ESQUILO, el célebre dramático, compuso también hermosas elegias, de las que son muestra los epigramas insertos en la *Antología*: uno de ellos, el 255 de los funerarios, ed. cit., t. 1, p. 280, conmemora á los tesalios muertos en la falda del monte Ossa; otro, el 3 de la *Antología Planúdea*, inserto en ATENEO, XIV, ed. citada, página 627, es para su tumba, y recuerda su presencia en Maratón. A los muertos en esta batalla, compuso una hermosísima elegia, de la que no se conserva nada, y además compuso otras, de las que nos han conservado versos TEOPRASTO, *Historia Plaut.* IX, 15, y PLUTARCO de *fort. Alex.*, c. 1. Tanto estos fragmentos como los epigramas, están insertos en la *Anthologia lirica* de BERGK.

(5) IÓN, poeta é historiador, nacido en Quios el siglo V a. d. J. C. Solo se conservan de este poeta los títulos de varios de sus dramas y algunos fragmentos de sus elegias, que nos ha conservado ATENEO, y que insertó BERGK en su *Anthologia*.

(6) CHRIFILA, de Corinto, hija de Teleo, concubina de Pericles Olímpico y amante del poeta Ión.

(7) PLATÓN, el ilustre filósofo, hizo también bellísimas composiciones amorosas. Todas las suyas debían pertenecer á este género, dado lo que dice APULEIO en la *Apología*: «*Etiámne Aemiliane, si Platonis ipsius exempla dicea factos? Cuius nullo carmina exstant, nisi amoris elegia nam caetera omnia credo quod tan lepida non erant, igni deusit.*» Todas ellas se encuentran en la *Anthologia*.

(8) ARISTÓTELES escribió también elegias, de las que solo se conserva un verso que nos ha conservado DÍGENES LAERTIO, v, 27.

ciones; y al trágico Melanto (1), tan censurado por su veracidad, así como también á otros muchos que escribieron elegias de distintos caracteres, mereciendo aplausos que no llegaron á los que Safo recibió por las suyas. Esto hace más sensible que no se haya conservado ninguna y cueste sumo trabajo determinar qué fragmentos de los recogidos pertenecen á este género poético. Sin embargo, lo que Rogati entendió que era una oda, y como tal la tradujo, ó sea el fragmento 55 de la edición Neue (2), parece ser el final de una elegia, si es que no formaba parte del poema á Vespéro, que según Himerio (3) había compuesto la poetisa. Al mismo género entendemos que pertenecen los fragmentos 19 (4) y 37 (5), de la misma edición, que implican pensamientos tan delicados como tiernos y sentidos.

No menos justas fueron las alabanzas que los antiguos le tribuaron por sus epitalamios, género en el que todos la consideran á gran altura. Efectivamente, esta clase de poesía armonizaba más con la dulzura de su carácter, y contando con su inspirada fantasía, podía verter en ella las luces de su inteligencia y el fuego de su imaginación. Conocedora de las gracias que poseen ambos sexos,

(1) Los dos únicos versos de una elegia de MELANTO que nos quedan han sido conservados por PLUTARCO in *vita Cimonis*, IV, y están insertos en la *Anthologia lirica* de BERGK.

(2) Fué conservado por HEFESTIÓN. NEUE lo tradujo fielmente en los siguientes términos:

Occidit quidem luna et Vergiliae, media nox est, ac praeterit hora, ego vero sola cubo: También los traductores se han ensañado con ella. ROGATI, necesitado de versos, se atrevió á decir:

L'ora già passa, e vigile
lo sulle piume in tanto
sola mi struggo in pianto
senza sperar pieta.

LONGPIERRE.

Cependant je dors seule et triste sans secours,
Je passe á soupírer une nuit solitaire.

BALAGUER, en fin,

La hora pasa y me revuelvo sola en mi lecho.

(3) HIMERIO, *Orat.*, XIII y 9.

(4) Conservado por STOBEO, *Florilegio*, IV, 12, contra una mujer ignorante.

(5) Conservado por HEFESTIÓN, 42. Queja de Atthis y uno de los fragmentos en que se han apoyado más los detractores.

y entusiasta por las amorosas escenas, no se necesitaban grandes esfuerzos para comprender lo admirable que serían aquellas composiciones. Según venimos viendo, los griegos en todo aquello que les hería la imaginación, veían algo sobrenatural que explicaban por míticas ficciones para hallar razón á lo sublime que resultaba: he aquí por qué no son pocos los testimonios que inventaron para probar que Homero era hijo de los dioses, que Hesiodo había sido enviado por las musas, y hemos visto cómo el rumbo que hicieron tomar las aguas á los restos de Orfeo, despedazado por las Ménades tracias, y el lugar en que se detuvieron su cabeza y su lira, sirvió para explicar por que habían nacido en Lesbos el mayor número de los poetas líricos, que alcanzaron mayor fama. Para explicar la aparición del epitalamio, en la historia literaria, inventaron también una poética tradición acreditada por obras que se han perdido. Según ellos, el primer epitalamio se debe á Stesicoro y lo hizo para revindicar á Helena de los ultrajes que él mismo le había inferido en un poema satírico (1), y recobrar la vista que Castor y Polux le habían hecho perder, vengando así á su bellísima hermana, la tornadiza esposa de Menelao (2).

Esta opinión, que en realidad es altamente poética, carece de exactitud; en la historia general de la literatura, hay muchos epitalamios anteriores á éste, como son el *Salmo XLIV*, compuesto por David para el casamiento de Salomón con una princesa egipcia, y el *Cantar de los Cantares*, composición á la que nunca Orígenes dejó de dar aquel nombre. Sin salir de la literatura griega, Homero, al hacer la descripción del escudo de Aquiles, cuenta que en una de las ciudades representadas por él, se celebraban bodas y festines y

(1) De este poema nada se conserva; pero existió indudablemente, á juzgar por las referencias que hacen al mismo PLATÓN, *Fedro*, ed. cit., t. I, p. 184, y *Republica*, I, IX; SUIDAS, ed. cit., t. II, p. 155; *Pro imaginibus*, t. III, p. 22; CONÓN, *Narratio*, XVIII. Un resumen de las obras de este autor, perdidas ya, se encuentra en FOCIO, *Bibliotheca*, cod. CLXXXVI, ed. cit., p. 133. MULLER los insertó en el t. IV de *Scriptores historicis*, París 1859: antes los había incluido WESTER MANN, en los *Scriptores mythologicis*, Brunswick, 1843.

(2) De este himno ó himeneo de STESICORO, al que llamó *Palinodia*, sólo quedan tres versos, conservados por PLATÓN, *lug. cit.* en los que dice: «No, esa narración es falsa; no, tu no has ido en los barcos bien provistos; jamás entrastes en las fortalezas de Troya». La retractación no pudo ser más completa, y nos recuerda la de HORACIO en su *oda* XVI del l. I.

que conducían á las jóvenes desposadas desde sus moradas á las de sus esposos, entonando cantos de himeneo (1). Hesiodo pone en boca de Apolo el epitalamio en las bodas de Tetis y Peleo (2), y al describir el escudo de Hércules, dice, que sobre un carro figurado en él, se veía una joven cuya familia la conducía á casa del esposo, en tanto que alrededor se entonaban cantos de himeneo (3). Esto que decimos prueba la respetable antigüedad que cuenta el género á que nos referimos, y aun resulta más antiguo cultivado por Safo que inventado por Stesicoro, dado que éste vive después que la ilustre hija de Scamandrónimo. De todos los que escribió no quedan más que fragmentos, tan breves algunos de ellos, que apenas puede formarse idea de lo que decían (4); más extensos otros, permiten apreciar singulares bellezas y delicadísimas comparaciones que han aprovechado muchos poetas, entre ellos Catulo en su epitalamio á Julia y Manlio (5) y en el *Carmen nuptiale*, que comienza: *Vesper adest, juvenes consurgite* (6).

De la misma manera que en la antigüedad, á la *elegía* se le daba distinto significado que hoy, epigrama, que en nuestro tiempo equivale á breve composición, que envuelve un pensamiento picante y hasta desvergonzado, entonces solo significaba corta inscripción puesta sobre tumba, estatua, arco ó cualquiera otro monumento. Poco á poco fué cambiando el sentido de la palabra: dejó de significar inscripción, y hasta fines del siglo XVII se entendió que epigrama era una corta composición poética, aplicándose después este calificativo á lo que hemos indicado. La Antología griega contiene gran número de ellos, entre los que, si bien antiguos, pueden encontrarse modelos para justificar los cambios de significación que ha tenido la palabra, atendiendo á la índole de la composición. De Safo nos han conservado tres; uno votivo y dos funerarios; pero ninguno de ellos tiene la brillantéz de las demás compo-

(1) HOMERO, *Il.* XVIII, v. 490-495, ed. cit., 364.

(2) HESIODO, *Bodas*.

(3) HESIODO, *Escudo de Hércules*, v.

(4) Los fragmentos de SAFO que corresponden á epitalamios, según los autores que los han conservado, son los 34, 35, 38, 41, 49, 51, 63, 64, 65, 68, 69, 70, 71, 73, 78 y 86 de la ed. NEUE; 44 á 60 de la de SCHNEIDEWIN.

(5) CATULO, LI.

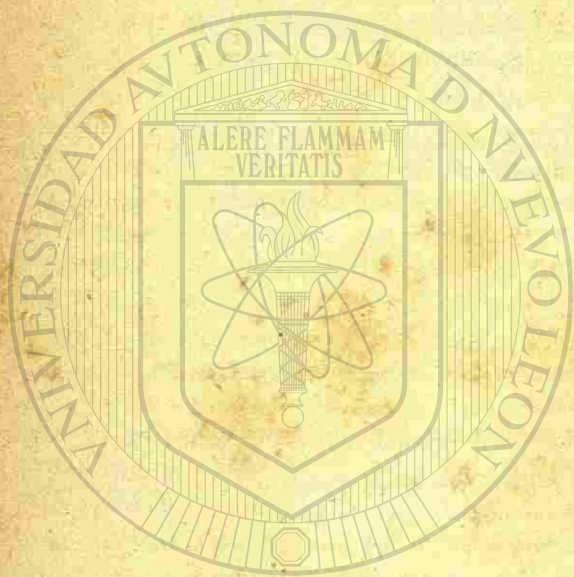
(6) CATULO, LII.

siciones de la poetisa; por los asuntos, más parecen obras encargadas que inspiradas en lo que representan.

En algunos otros fragmentos, ensalza la virtud de las mujeres, y entonces, como dice Müller, su lira eleva el tono; las hace émulas de los valerosos héroes que conquistaron gloria y dá lugar á que todos sus contemporáneos y los que después pudieron gozar con la lectura de todas sus obras, afirmen que ningún poeta había llegado donde ella, y si en tiempos posteriores se olvidó esto, y se emiten juicios que pudieran perjudicarla grandemente, se debe á las imputaciones que hemos procurado rebatir haciendo ver su falta de fundamento. Ciertamente que en otros fragmentos, Safo manifiesta una gran libertad en la expresión, que en nuestros días pudiera parecer extraña; pero nunca le falta la gracia del pudor que acompaña á la sencillez natural, ni lo que caracteriza al amor que pintan desnudo, ni la castidad en que parecen envueltas las formas de las clásicas estatuas, y sobre todo, cuanto pudiera decirse en contra de la ilustre lesbiana fundándose en sus frases, se desvirtúa concordando las obras con el tiempo, y resulta muy ténue si se recuerda que en aquella civilización, semejante á la homérica, las mujeres no han perdido, lo que sirve de disculpa á la inocente Nausica en las frases que el cantor de Quíos pone en sus labios, al encontrarse con Ulises.

Figura tan interesante en la historia literaria, tipo de mujer, tan encantador por todos conceptos, tenía forzosamente que excitar la admiración universal é inspirar á los artistas, con las ideas brillantes de sus obras, por las supuestas desventuras de su vida ó por la belleza con que siempre se la concibe. Hemos visto en el curso de este trabajo cómo los antiguos procuraron rendirle el tributo que se le debe: el bronce, los mármoles y el color sirvieron para ello; unos esculpieron su cabeza en monedas y medallas; otros tallaron en el blanco mármol sus elegantes formas; otros, en fin, las trasladaron al lienzo animándolas con el color ó á los muros como acredita la pintura de Pompeya, conservada en el museo de Nápoles. Los tiempos modernos han sido aún más justos, y á las obras que legaron las épocas clásicas, hay que añadir no pocas que revelan cuánto influye aún la antigüedad en las producciones artísticas contemporáneas. Desde 1796, en que el alemán Danneker presentó su estatua de Safo, hasta nuestros días, es muy rara la expo-

sición en que falta cuadro ó escultura que nos recuerde á la poetisa: Angélica Kausman, la ha pintado recibiendo la inspiración del amor y conversando con Homero; Vient, acompañándose el canto con la lira; Augusto Loir, en lo alto del promontorio de Leucades; Agnemi, en el momento que la sacan los delfines del fondo del mar; pero las producciones que como representación de la poetisa tienen más nombre en el mundo artístico, son las estatuas de Pradier y de Clessinger. Parécenos interesante por demás, y propio para explicar la influencia que el conocimiento de la vida de la poetisa, tal como hasta aquí se viene admitiendo, ha tenido en las artes, trasladando aquí lo que de la primera dice el reputado crítico M. J. Canonge: «Una hermosa joven judía, se vió obligada por la necesidad, á desempeñar el oficio de modelo que siempre le había repugnado. Una mañana se dirigió al estudio del gran artista, llegando ántes que él; sentóse á esperarlo junto al fuego y abandonada á sus meditaciones poco después, dejó caer la cabeza sobre el pecho como si la obligara extraño peso; sus cabellos sueltos caían en flotantes rizos y la amplia túnica que la cubría, caida por la espalda y deteniéndose á la mitad de los brazos extendidos hácia las rodillas, que se apretaba convulsamente contra las manos, formaba anchos pliegues muy parecidos á los que se admiran en las estatuas griegas del más floreciente período del arte. Aquella era una aparición digna de Praxiteles ó de Fidias. Llegó Pradier, y con un gesto encargó la inmovilidad al encantador modelo; delineola en su álbum y más tarde, con los atributos, el traje y los grandes conocimientos que el artista tenía, aquel rápido diseño quedó convertido en «Safo, pensativa sobre el promontorio de Leucades.» La mentida historia de Safo, es casi de bendecir, considerando la obra de arte que ha engendrado: lo mismo sucede atendiendo á la de Clessinger, de la que, para terminar, repetiremos las palabras de Perier: «Clessinger ha acariciado con amor de poeta los flancos voluptuosos y el brillante torso de la esbiana que se siente morir.»



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

BIBLIOGRAFÍA

PRINCIPALES EDICIONES QUE SE HAN HECHO DE LA ODA Y DEMÁS FRAGMENTOS DE SAFO

1554. París. STEPHANO H. *Opera*. En esta ed. hay dos composiciones de SAPHO.
1556. París. STEPHANO ROB. *SAPPHUS fragmentum*, con versión latina de ELIAS PUTSCHIO.
1556. Basilea. NEANDRO M. *Aristologia Pindari*, p. 427, y sig. frag. SAPHUS.
1560. París. STEPHANO H. PINDARI. *Olimpia etc., Ceterorum octo lyricorum carmina*.
1568. Amberes. URSINO F. *Carmina novem illustrium foeminarum et lyricorum*.
1586. París. STEPHANO H. Edición de 1556, con notas de CASAUBÓN.
1598. Heidelberg. PORTIS E. *Novem lyri graecorum*.
1612. París. STEPHANO H. Cuarta ed. hecha por P. STEPHANO, con mayor número de notas de CASAUBÓN.
1612. París. STEPHANO H. Quinta ed. hecha por P. STEPHANO.
1614. Ginebra. SAPHO en el *Corpus poetarum graecorum ceterum*.
1660. Saumur. FABRI T. SAPHO, (dos odas en la *ed. ANACREONTIS carmina*, con la trad. de H. STEPHANO.
1680. París. LONGEPIER. SAPHO, (dos odas), en la *ed. ANACREONTIS, carmina*, con trad. francesa, en prosa y notas.
1680. Saumur. FABRI T. Segunda ed. de la cit., con trad. latina.
1682. París. DACIER, ANA. SAPHO. frag. trad. francesa en verso y notas.
1684. París. LONGEPIER. Segunda ed. de la cit.
1686. Lyon. VOSSIO I. SAPHO, (dos odas) como notas al epitalamio II, en la *ed. CATULLI, carmina*, p. 113, 152, 213, 295, 345.
1690. Saumur. FABRI T. Tercera ed. de la cit.
1692. Ansterdan. LONGEPIER. Tercera ed. de la cit.
1693. París. DACIER, A. Segunda ed. de la cit.
1695. Londres. BAXTER. SAPHO, odas y epigramas en la *ed. ANACREONTIS, carmina*, con trad. lat. y notas.
1697. Ansterdan. BENTLEIO. SAPHO, un epígrama en la *ed. CALLIMACHI, fragmenta*. Puesto como nota al frag. 417.
1699. Ansterdan. DACIER, A. Tercera ed. de la cit.

1733. Hamburgo. WOLFF, J. CHR. SAPPHO, *poetriae lesbiae fragmenta et elegia quotquot in auctoribus antiquis, gr. ac lat. reperiuntur cum vir doct, notis integris, cura et studio... qui vitam Sapphoni et indices adiecit.*
1733. Londres. GILLIVER. ANACREONTIS, *carmina, etc... et poetria Sapphus quae supersunt.*
1735. Hamburgo. WOLFF J. CHR. SAPPHUS, *in Foeminarum novem illustrium.*
1766. Estrasburgo. BRUNCK. SAPPHUS, *en la Analecta veterum poetarum graecorum.*
1789. Leipzig. BORN, F. GLO. ANACREONTE ET SAPPHUS, *carmina graece ed. notisque illustravit perpetuis ex optimi interpretibus, quibus et suas adiecit.*
1802. Giessen. SCHNEIDER. A. SAPPHO *in selecta poetiarum carmina et fragmenta.*
1807. Ansterdan. RENNEM I. H. ANACREONTIS EN SAPPHUS, *reliqua.*
1823. Oxford. GAISFORT TH. SAPPHO: *en el t. III de los Poetae minor. graeci.*
1824. Upsal. TRAUER I. SAPPHO *grecanicae poetriae quae extant, residua collegit.*
1825. Gotha. MOEBIUS E. A. ANACREONTE, SAPPHUS ET ERINNA, *frag.*
1827. Berlin. NEUE CHR. F. SAPPHO *fragmenta, specimem operae in omnibus artis graecorum lyricae reliquiis excepto Pindaro collocandae proposuit.*
1834. Francfort. HEINEBACH J. M. SAPPHONIS *fragmenta in specimen scrip. graec. m. n.*
1838. Gottinga. SCHNEIDWIN J. M. SAPPHO *frag. en la. sec. III del Delectus poesis graecorum.*
1843. Leipzig. BERGK TH. SAPPHO *in pars. III de poetae lyriici graeci.*
1783. Erfurt. GUNTHER WAHT, F. L. ANACREON UND SAPPHO, *Lieder der Liebe aus dem Griech.*
1787. Libau. FRIEDRICH, BION ANAKREON V. SAPPHO, *Aus d. Grich. Uebers...*
1787. Altenburgo. DEGEN (J. F.) *Anacreon u. Sappho's*, *Lieder nebst aut. lyr. Gedichten. Tex u. Uebers.*
1809. Wetzlar. BRAUM (G. C.) SAPPHO, *fragmente uebers. von.*
1808. Soest. GOLDMANN (C. A. F.) BION, *nebst einigen Gedichten der Sappho, der ERINNA und des MIMNERMUS, Uebers...*
1810. Berlin. FINKENSTEIN (F. L. K.) SAPPHO, *ode and Aphrodita, uebers.*
1826. Riga. REINHOLD (J. L.) ANACREON, *und der SAPPHO, Lieder, tex. und Uebers.*
1827. Lemgo. BROCKHAUSEN (R.) SAPPHO'S, *Lieder in deutschen Versen nach gebildet von...*
1827. Prenzlau. KANNIESSER (K. L.) ANACREON U. SAPPHO, *uebers von....*
1833. Leipzig. RICHTER. SAPPHO U. ERINNA, *nach ihren lebem beschrieben und in ihren poët Ueberresten übers u. erklärt von.*
1847. Leipzig. GERHARD W. ANACREONTE UND SAPPHO, *Freie Nachbildung für den deutschen Gesang von.*

1852. Berlin. JAEGER W. SAPPHO, *poesies français et allemands, Ueberts. von.*
1856. Leipzig. HARTUNG J. A. SAPPHO, *Griech. mit metr. Uebers. von. t. IV, Liriken, die Grieschischen.*
1871. Berlin. RAMLER K. W. ANACREONTE, *Anselersene Oden u. die zwer noch übrig. oden der Sappho.*
1684. Rotterdan. *Mercur galant. trad. fr. del frag. conservado por Longino.*
1712. GACÓN, *Metaphrase d' ANACREON et SAPPHO.*
1778. Paris. POINSINET DE SIVRY, ANACREON, SAPPHO, MOSCHUZ, BION et autres poets. grec.
1847. Paris. MARCELOT ET GROSSET. *Odes d'ANACREON et de SAPPHO, traduction français avec le texte en regard.*
1878. Paris. COURRIER (P. L.) SAPPHO. *Poesies trad.*
1782. ROGATI (F. L.) *Le odi di ANACREONTI e di SAFFO, recate in verso italiano.*
1763. Bologna. BUTTELLI (G.) *Vita et frammenti di Saffo de Mitilene Discorso et vers. di*
1871. CIPICLA (F.) SAPPHO, *versione di*
1877. Madrid. MENENDEZ PELAYO, *trad. en ver. de la oda á Afrodita; en la 1.ª ed. de las poesias de tan docto academico.*
1880. Barcelona. RUBIÓ Y LLUCH, A. *Trad. catalana de la oda á Afrodita y de frag. cons. por Longino.*
- ESTUDIOS CRÍTICO-LITERARIOS ACERCA DE SAFO Y SUS OBRAS
- AHKENS, H. L. *Conjecturen zu Alcaeus u. Sappho, Rhein. Mus. 1842, página 382, 401.*
- ARNOLD, B. *Sappho. Vortrag, gehalten zu München am 25 März 1870, Aus Sammlung gemeinverstoendlicher Vortrege heraus. v. Rud. Virchow u. Fr. von Holtzendorff, Berlin 1871.*
- BERGK, TH. *In Sapphonem. En sus Comment. crit. spec. I, 1844.*
- BOETTICHER, K. *Zwei Hermenbildnisse der Sappho, Archaeol. Zeit. 1873, páginas 83, 86.*
- CONFARETTI, D. *Saffo e Faone dinanzi alla critica storica. Nuova Antologia. Feb. 1876, p. 253, 288.*
- Sulla epistola ovidiana di Saffo a Faone; Florencia 1876.*
- DOEDERLEIN, L. *In Sapphonem. (Miscellen zu). In dessen Reden u. Aufsätze u. Samml. Erlangen 1847, p. 244, 252.*
- HARTEL, W. *Die Sappho und die Sappho-Sage, en Oesterr. Wochenschrift f. Wissenschaft u. Kunst, v. W. Bucher, N. F. 2 vol. 1872.*
- HELLER, H. I. *Carmen Sapphus secundum, (Ent. zugleich d. Tex. d. lat. u. deuts. Uebers.) Philologus, 1856, p. 431, 437.*

- HERMAN, G. *Bemerkungen über Homer u. die fragmente der Sappho.* En sus opúsculos, t. vi, p. 70-141, 1835.
- HOEBNER, EM. *Die Madrider Sappoerme.* Archaeolog. Zeitung, 1872, páginas 86, 87.
- KOCK, TH. *Alcaeos und Sappho.* Berlin 1862.
- KCHLY, H. *Ueber Sappho, mit Rücksicht auf die gesellschaftliche Stellung, der Frauen bei den Griechen.* Academische Vorträge Zurich, 1859, p. 155, 277 y 406, 412.
- MEHLY, J. *Sappho bei Himerius.* Rhein. Mus. 1866, p. 301, 303.
- MICHAELIS, AD. *Thamyris und Sappho auf einem Vasenbilde,* Leipzig, 1865.
- MODONA, L. *La Saffo storica ed il mito di Saffo e Faone.* En la Revista Europea. Florencia 1878.
- MURE, W. *Sappho, and the ideal love of the Greeks.* Rhein. Mus 1857, páginas 564, 593.
- PRIEN, C. *Die Symmetrie und Responsion der Sapphischen und Horazischen Ode,* Lubeck 1865.
- RAABE, A. *Interpretatio odarii Sapphici in Venerem,* Leipzig 1794.
- SCHNEIDEWIN, F. *Exercitationum criticarum in poetas graecos minores capita quinque (2, in Sapphonis et Alcaei carminum reliquia)* Brunswick 1836.
- SCHOENE, A. *Untersuchungen über das Leben der Sappho.* En *Symbola philologorum Bonnensium in hon. Ritscheli.* fas. II, p. 731, 762. Gotha 1800.
- VOLGER, H. F. *Diatrise historico-critica de Sapphus poetriae vita et scriptis.* Gotha 1800.
- WELCKER, F. *Sappho von einem herrschenden Vorurtheil befreit,* Göttinga, 1816.
- » *Sappho und Phaon:* Rhein Mus 1863, p. 226, 259.
- WESTPHAL K. *Zwei Strophen der Sappho.* En *Jahrb. f. class. Philol.*, 1860, p. 690, 694.

Impresa el 18 de Marzo de 1884.

DIRECCION GENERAL DE BIBLIOTECAS

